CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

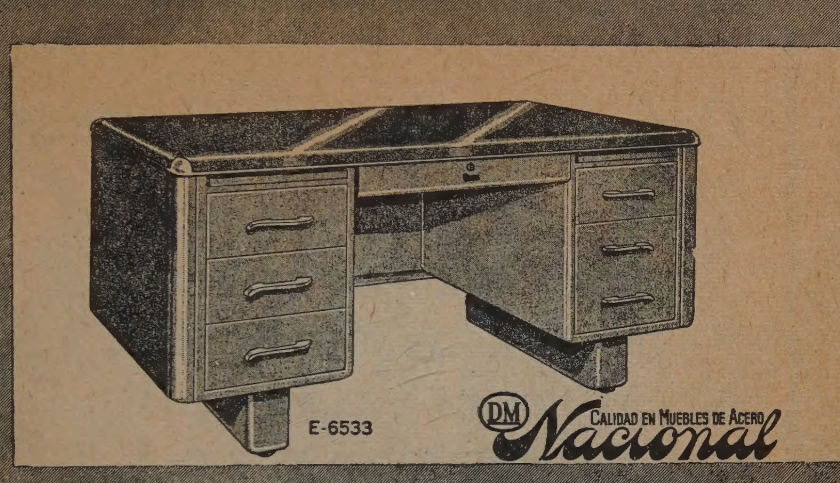
1



GUADALAJARA, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra Historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen a Guadalajara, diariamente un tren, coches pullman y un tren con servicios de primera y segunda clases. Este es un viaje que puede usted realizar con todo confort.


E-6533
DM
CALIDAD EN MUEBLES DE ACERO
Nacional


E-4433
E-4433-M
E-4933-C
E-5933-CD
única garantía de su INVERSION


Coca-Cola
HECHO EN MEXICO
Tome
Coca-Cola
MARCA REGISTRADA
Bien fría

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1 Enero - Febrero de 1949 Vol. XLIII

INDICE

Págs.

NUESTRO TIEMPO

Mensajes Democráticos 7
Andrés Iduarte. Carta a Rómulo Gallegos . . 8
Jesús Silva Herzog. Recordación del drama contemporáneo 16
Emilio Romero. Meditaciones indigenistas entre Pátzcuaro y Cuzco 22
Francisco Ayala. Para quién escribimos nosotros 36
España contra América en la industria editorial, por Daniel Cosío Villegas 59
Explicación y significado de la victoria de Truman, por Manuel Crespo 72

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Leopoldo Zea. La filosofía como compromiso . 81
Roger Caillois. Economía cotidiana y juegos de azar en América Latina 101
Héctor P. Agosti. La expresión de los argentinos: la conciencia nacional 117
Un Congreso de Filosofía, por Román I. Duque . . . 131
Albert Schweitzer: el hombre del siglo, por Eugenio Imaz 133

PRESENCIA DEL PASADO

Felipe Cossío del Pomar. El arte de Parakas . 139
Arturo Ardao. Rosas 158
Carlos M. Rama. Visión y legado del siglo xix . 174
Cuadernos de Historia de España, por Javier Malagón Barceló 195

Págs.

DIMENSION IMAGINARIA

Alfredo Cardona Peña. Valle de México . . . 201
Bernardo Ortiz de Montellano. Del "Diario de mis sueños" 217
José Moreno Villa. Una línea en la intimidad de Tirso 230
Mario Monteforte Toledo. Marcel Proust, profundo superficial 245
María Rosa Oliver. La Resolana 255
Lucio Mansilla, por Raimundo Lida 275
Memorial de la sangre, por Rogelio Sinan 279
Subordinaciones, por Manuel Lerín 293



SERVIR A MEXICO, coadyuvando al desenvolvimiento de la Industria, es la meta final de esta Empresa. De ahí nuestro firme propósito de COOPERAR con todas aquellas industrias que para su desarrollo dependen de los productos básicos manufacturados por Altos Hornos de México, S. A.

Nuestro constante anhelo y política es auxiliar a la industria nacional, poniendo a su disposición una producción suficiente para abastecer la creciente demanda de productos básicos, técnicamente elaborados, por procedimientos que hacen que nuestros productos sean de intachable calidad.

Esperamos confiados que nuestro servicio gratuito de consulta técnica sobre procedimientos y usos de nuestros productos, y estos mismos, será continuamente aprovechado por todos aquellos industriales que, al igual que Altos Hornos de México, S. A., desean servir a México, desarrollando la capacidad productiva de nuestro país y satisfaciendo en esta forma uno de los más legítimos anhelos de toda la Nación.

OFICINAS EN MEXICO:
V. CARRANZA No. 25
DESP. 404 a 411

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

ERIC. 12-86-90
" 12-91-42
MEX. 35-50-78


PETROLEOS MEXICANOS
PRODUCTORES, REFINADORES y VENDEDORES de PETROLEO y sus DERIVADOS.
pone a las órdenes de los señores industriales y demás consumidores de sus productos, la experiencia y consejo de sus técnicos en lubricación y otras especialidades.

CUADERNOS

AMERICANOS

AÑO VIII VOL. XLIII

1

ENERO - FEBRERO
1 9 4 9

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1949

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

MENSAJES DEMOCRÁTICOS

Andrés Iduarte — Carta a Rómulo Gallegos.
Jesús Silva Herzog — Recordación del drama contemporáneo.
Emilio Romero — Meditaciones indigenistas.
Francisco Ayala — Para quién escribimos nosotros.

Notas, por Daniel Cosío Villegas y Manuel Crespo.

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

Leopoldo Zea — La filosofía como compromiso.
Roger Caillois — Economía cotidiana y juegos de azar en América Latina.
Héctor P. Agosti — La expresión de los argentinos: la conciencia nacional.

Notas, por Román I. Duque y Eugenio Imaz.

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

Felipe Cossío del Pomar — El arte de Parakas.
Arturo Ardao — Rosas.
Carlos M. Rama — Visión y legado del siglo XIX.

Nota, por Javier Malagón Barceló.

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

Alfredo Cardona Peña — Valle de México.
B. Ortiz de Montellano — Del "Diario de mis sueños".
José Moreno Villa — En la intimidad de Tirso.
Mario Monteforte Toledo — Marcel Proust, profundo superficial.
María Rosa Oliver — La Resolana.

Notas, por Raimundo Lida, Rogelio Sinan y Manuel Lerín.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Congregación indígena en el departamento de Cuzco . . .	28
Rebaño de alpacas jóvenes en la cordillera peruana . . .	29
Fardos funerarios de Parakas a medio abrir. *Tricromía* . . .	140
Vestimenta ceremonial procedente de un fardo de Parakas . .	144
Detalle de un manto bordado de Parakas	„
Manto ceremonial de Parakas	„
Detalle del manto reproducido en la página anterior . . .	145
Motivo ornamental de un manto de Parakas. *Tricromía* . .	148
Figura de un ceramio de Parakas	152
Unkuña, mantellina. Parakas	153
Pendiente y vara ceremonial de plumería. Parakas. *Tricromía* .	156
José María Velasco. El valle de México. Oleo	208
San Juan Teotihuacán. Detalle ornamental de una pirámide .	„
¡Oh cactus, oh corona de espinas!	„
Dr. Atl. Valle de México	209



Fotograbados de
Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.
Bucareli 24.—México, D. F.

Nuestro Tiempo

MENSAJES DEMOCRATICOS

Diciembre 7 de 1948

Sr. Rómulo Gallegos,
Hotel Nacional,
Habana, Cuba.

Reunida en sesión extraordinaria la Junta de Gobierno de Cuadernos Americanos eleva su protesta contra la vejación intolerable de que en la persona de usted se ha hecho víctima a la voluntad democrática, a los ideales y a la dignidad bolivariana de América, al tiempo que todos sus miembros en conjunto y cada uno particularmente nos complacemos en expresarle nuestra solidaridad intelectual y humana, nuestra admiración y nuestra confianza sin reservas en el futuro. Excusamos decirle con qué satisfacción las páginas de Cuadernos Americanos estarían a sus órdenes si se decidiera usted a honrarlas para hacer un llamamiento a la conciencia de nuestros pueblos.

Daniel Cosío Villegas, Eugenio Imaz, Juan Larrea, Manuel Márquez, Alfonso Reyes, Jesús Silva Herzog.

La Habana, 18 de diciembre de 1948

Sres.:
Daniel Cosío Villegas, Eugenio Imaz, Juan Larrea, Manuel Márquez, Alfonso Reyes, Jesús Silva Herzog.

Distinguidos amigos:

Me es honroso acusar a Uds. recibo del cablegrama en el cual, como integrantes de la Junta de Gobierno de Cuadernos Americanos, protestan contra la vejación que en Venezuela se ha hecho a la soberanía popular y a la democracia, con el reciente golpe militar que derrocó al Gobierno Constitucional por mí presidido.

Al agradecer profundamente la gallarda posición de Ustedes y el generoso ofrecimiento que de las acreditadas páginas de Cuadernos Americanos me hacen, no vacilo en manifestarles que mientras la intelectualidad americana y del mundo asuma la actitud con que han respaldado la causa de Venezuela las más valiosas figuras del pensamiento americano —Ustedes entre ellas— sentirán fortaleza y fe acrecentadas quienes luchan por el triunfo de los ideales de Justicia social y de Democracia.

Reitero a Uds. mi consideración y aprecio,

Rómulo Gallegos.

CARTA A ROMULO GALLEGOS

Por *Andrés IDUARTE*

MUY QUERIDO RÓMULO GALLEGOS:

Con verdadero dolor, pero sin sorpresa de ninguna especie, recibí la noticia del cuartelazo que derrocó a su gobierno. Con inquietud y cuidadosa atención venía yo siguiendo, desde antes de que tomara usted posesión, el ataque de sus enemigos, y las maniobras más o menos veladas que se llevaban a cabo para organizar y producir el pronunciamiento. Y ahora sigo, con diaria angustia, la suerte de Venezuela.

Mi pena no es sólo de amigo. Si lo fuera, no hablaría de ella en público. Es de hombre y de hispanoamericano. Su caída, por golpe del ejército —esto la hace ascensión—, es la de uno de los hombres más buenos y sencillos que he conocido, de uno de los gobernantes mejor intencionados que ha elegido el pueblo de América, de uno de los más altos escritores de nuestra lengua. Nuestro duelo no es nada más personal o sentimental, sino duelo moral, político —en el noble sentido del término, intelectual.

Parecidas cosas he dicho y he publicado sobre usted —por allí andan impresas— desde que tuve la fortuna de conocerlo

y de hacerme su amigo, durante su destierro, allá en la España de los treintas; cuando, a la muerte de don Juan Vicente Gómez, salió usted para Venezuela; cuando andaba usted por México cumpliendo su viejo deseo —puedo decir que fortalecido en mi compañía— de filmar en mi país sus grandes novelas; cuando llegó usted a la Presidencia; cuando visité su patria por invitación de ustedes, que me honra. No, no es usted de los que necesitan tener poder ni tener dinero, ni halagar a nadie en ninguna forma, para recibir alabanzas. Basta leerle, basta sólo verle y oírle, para quererle y apoyarle. Su modo de ser —tan parco en caravanas, tan ajeno a genuflexiones y a toda clase de artificio— es el polo opuesto de los buscadores de publicidad. Y no sólo no la busca sino que clara, expresa e insistentemente la rechaza. Guardo una carta suya, escrita en Beluso de Galicia en 1935, pidiéndome que yo no publicara, o que cuando menos recortara, un pequeño ensayo mío —en lo que no le hice caso— porque le parecía "demasiado generoso". No, Rómulo Gallegos, aunque no lo quiera usted, siempre tendrá elogios limpios de los que hayan leído su obra fuerte o hayan visto su vida diáfana. Ya ve usted que en el momento de su caída gubernativa por obra del sable militar, de su nueva ascensión moral, son Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Jorge Mañach, Juan Marinello, Mariano Azuela, Germán Arciniegas, Raúl Roa, Carlos Pellicer, Manuel Sandoval Vallarta, Fernando Ortiz, cien valores más de todas las disciplinas y de todas las generaciones, lo más representativo de nuestra América, quienes inmediatamente se han puesto a su lado. Lo estuvieron cuando estaba usted en el poder, lo están más que nunca cuando usted lo deja. Su nombre, Rómulo Gallegos, aunque usted se empeñe en evitarlo, aunque usted quiera prohibirlo, es otra vez su arrolladora propaganda.

Hablaba yo del dolor que hemos sentido. Diré ahora algo de por qué no nos sorprendió el asalto de que fué usted víctima. Difícil era que un hombre de su categoría moral no naufragase en los mares de la política —sería mejor decir de la politiquería— que han sido y son de intriga y violencia. Y no es porque usted padezca de lo que sus malquerientes han dado en llamar "ingenuidad": es porque su pureza le impide navegar sobre la primera y sumergirse en la segunda. Si usted quisiera podría ganar en ellas a todos los *vivos* y a todos los tigres; pero no quiere usted, ni puede querer, ni querrá nunca. No, no es que

usted ignore cómo funciona la picardía, ni desconozca cómo opera la fuerza. No es tan arduo aprender a disparar en el momento oportuno los clásicos cañonazos de cincuenta mil pesos, ni los antediluvianos golpes de maza. Todo lo que, en síntesis, viene diciéndose contra usted, es que carece del costado reptil y del costado carnicero que hasta hoy se considera necesarios para mandar y disciplinar hombres. Esto es, realmente, otro elogio. La cantilena de su ingenuidad y de su suavidad es el tributo que, sin saberlo, le rinden cotidianamente sus enemigos. Como crítica, como censura, se quiebra ante la razón más embotada: el autor del grupo de novelas hispanoamericanas más homogéneo de nuestra época, el creador de Doña Bárbara y el buceador de Juan Solito, de Cholo Parima, del Sute Cúpira, de Ño Pernalete, de Santos Luzardo, de Marcos Vargas, del Conde Giaffaro, de los Ardavines —de hombres buenos, de hombres violentos, de hombres torcidos, de hombres caídos— no sólo conoce bien al ser humano, sino que lo hace y lo deshace, lo crea y lo recrea cuando le viene en gana. Lo que no hace, porque está por encima de ellos, es embarrarse en su fango.

Difícil era, particularmente difícil es la hora de satrapías que ha vuelto a caer sobre América, esta hora de compras, ventas, regateos y cabildeos indecentes que azota al mundo. Nuestra vernácula tradición vivaquera se empeora con una realidad universal mercachifle y tenebrosa. La derrota política —si eso es derrota— es hoy, aquí, más que nunca, valioso galardón para mañana y para siempre.

Y no le pese, mi querido Rómulo, el reproche que ya se le ha hecho y se le seguirá haciendo: ¿por qué, siendo tan ajeno a las triquiñuelas y a las brutalidades de la política, aceptó este hombre su ingreso en ella?. . . Muchos le hacen el reproche con malicia, como argumento habilidoso; otros, con auténtica inocencia. Existe el hombre inmoral que ve al hombre moral como un estorbo en su mismo campo; existe también el frívolo sin idea de responsabilidad política, sin responsabilidad humana. Para el frenético de poder, para el ambicioso de dinero, para el buscador de apariencias ¿qué puede ser, sino motivo de molestia, quien entra a la política con ánimo de dar y no de recibir, de servir a los hombres y no de montarse sobre ellos, de regalar para el bien público el nombre y la fama que ya adquirió con la virtud, con la inteligencia y con el trabajo? Y para el escéptico

¿no es el ingreso a la política una estúpida inmolación, un sacrificio por nada y para nada?

Usted dió una lección al aceptar y da otra al perder materialmente el mando. Sube usted a la Presidencia llamado por el voto público; lo derrocan, lo encarcelan y lo destierran contra el voto público. Acepta usted el poder en un momento grave, interior y exteriormente, con graves problemas dentro de casa, con graves problemas alrededor de ella, por todas partes. Había defectos de raíz, muy hondos y muy viejos, feudales, cuarteleros, y otros nuevos, agudos y amenazantes. Pero había, por eso mismo, la posibilidad de iniciar una nueva etapa, una etapa popular y constitucional. ¿Cómo iba usted a decir que no? . . . Le seguí desde lejos, y adiviné y luego supe todas las perplejidades y las resistencias que dentro de sí mismo tuvo usted que vencer, que generosamente venció usted. Y ya en el poder veía usted que era necesario ceder en lo que no quería usted ceder, atropellar en donde no quería usted atropellar. Siguió usted siendo el mismo, sujeto a su conciencia, atado a su deber. Los que por un lado le acusan de blando y los que por otro de abusador de las leyes, ya tendrán ocasión de comparar. Lo cierto es que usted, al entrar al ruedo político, y en el mando, dió una lección de limpieza que ya ven muchos, que todos verán mañana. La lección del sacrificio de su vida de escritor a los duros deberes de la ciudadanía, al peligro de andar sobre la cuerda floja que es hoy un gobierno nacido del pueblo y para beneficio del pueblo, y el espectáculo actual de las charreteras y el dinero contra la legalidad y la inteligencia, allí quedan. ¡Feliz de usted hoy y mañana! . . . El atentado cometido contra la democracia y la cultura, encarnadas en un hombre como usted y en un nombre como el suyo, no halla justificación, y no la hallará, cada día menos. En la euforia del triunfo, los autores, los cómplices, los propiciadores, los provocadores, los deseadores y los beneficiarios del golpe —a la postre nadie será beneficiario— buscan, esculcan, hurgan, revuelven, sacuden y estrujan los hechos para encontrar justificaciones. No las hallan. Todo resulta juego verbal, habilidad, sofisma, mentira o eructos de odio. Allí se estrellan los inteligentes tanto como los necios.

En principio, no hay mayor mal, ni mayor surtidor de males, en cualquier parte, que un ejército deliberante. El cambio violento de gobierno puede admitirse, y aun es necesario y conveniente, cuando el pueblo encabeza la insurrección o cuando,

al menos, toma parte importante en ella. Y en la América Española, por la negra tradición del ejército deliberante, por el flanco vulnerable que la ilegalidad descubre ante los intereses extraños, el cuartelazo no puede ser visto sino con duelo y aun terror. Del cuartelazo no puede salir más que otro despotismo, después de una terrible lucha entre los que se creen con derecho al mando, o una sangrienta guerra civil. ¿Qué buenos pronósticos pueden hacerse sobre un gobierno militar que viola la misma voluntad que él apoyó? ¿Con qué autoridad moral puede proteger a su pueblo y hablar ante el extranjero?

Que el pueblo se haya sometido —si es verdad que se sometió— no puede indicar colaboración ni aceptación. ¿Qué han de hacer las manos inermes cuando brillan las bayonetas, las ametralladoras y todo el material motoblindado moderno? ¿Quién, qué poder —bueno o malo, fuerte o débil—, quién puede dar más crédito a este típico pronunciamiento que a la elección que le llevó a usted al gobierno, con todos los reproches de violencia y soborno que le atribuyen los mismos que ayer la sancionaron?

Que el gobierno de usted era incapaz. . . Así dicen: incapaz. ¿Qué capacidad —intelectual, moral, legal— tienen los militares para juzgar la de Rómulo Gallegos y su grupo de jóvenes fervorosos? ¿Cómo puede nadie hablar de ella con sólo nueve meses de administración? ¿Qué derecho tiene nadie, valido de tan pobres argumentos, de tronchar la primera elección directa del pueblo venezolano? Mañana acusarán de cualquier cosa al nuevo gabinete que han formado, o al que salga de las elecciones que prometen para pronto, y lo derrocarán también. Inevitablemente vuelve la pregunta: ¿en qué mínimo aspecto puede ser esta situación mejor, más estable, más fuerte, más respetable que la que usted presidía? . . . No. Sólo el odio ciego, el rencor destructivo, los intereses egoístas o la total falta de cordura pueden ver sin espanto la desgracia caída en esta hora aciaga sobre América.

Salí de Venezuela sintiendo y sabiendo lo que iba a ocurrir. Pude sentirlo y saberlo porque recorrí el país y hablé con muchas gentes. Vi el fervor y la honestidad de sus colaboradores, y vi la fuerza material —militar, financiera— de sus enemigos. Vi la joven planta democrática que crecía y también vi la cizaña cavernícola, caudillista, seudoaristocrática que quería coparla, que iban a coparla. En las tres charlas que di a mi llegada a

Nueva York —en el Instituto Hispánico, en el Centro de Redactores Hispanos, en el Centro Mexicano— no dije mis temerosas previsiones con toda claridad, por no dar alas al mal. Hablé de Venezuela —pueblo al que aprendí a querer desde mi infancia costeña, a admirar desde una adolescencia encendida por la admiración a Bolívar, a Sucre, a Bello, a Cecilio Acosta— con cariño y con tristeza. Repetí —cubriendo la dolorosa verdad de colores esperanzados—, lo que ya había yo dicho a mis amigos del gobierno y a los pocos viejos amigos que estaban abiertamente en la oposición, y que también me recibieron cordialmente en Venezuela. De la reseña que de una de esas charlas publicó en "El Nacional" de México y en "El Mundo" de La Habana, en octubre, el joven periodista cubano Roberto Esquenazi Mayo, recojo estas frases: "Hay dos clases de oposición en Venezuela: una legítima, de hombres en desacuerdo fundamental con los que gobiernan, pero que a menudo llega a perder su condición legítima por el encono, la violencia y la ceguedad de sus ataques; otra ilegítima, por fuera y por dentro, porque no quiere más que el goce egoísta de las riquezas de Venezuela y la supervivencia de todas las formas feudales y coloniales de su economía. Esta es la caverna reaccionaria, fatal para España y para América. Por ese camino sólo puede irse a la creación de un Huerta asesino que no sería más que el primer paso hacia un Villa vengador, pues el ímpetu reivindicador del pueblo venezolano y de sus jefes no podrá ser aniquilado: triunfará mañana como está triunfando hoy". Y parafraseando los versos de Darío sobre Antonio Machado, añadí: "Ruego por Rómulo a mis dioses. Que ellos le salven siempre. Amén".

Mis charlas con la oposición buena o legítima me habían producido escalofríos: ¡ciegos, ciegos del todo! Reconocían la honestidad y la buena fe de los dirigentes, le admiraban y le respetaban a usted, pero el detalle menudo, el agravio personal, el incidente del día los encendía hasta la violencia. Oía yo, escuchaba yo, para insistir luego y para preguntarles la solución que proponían. No había, no hay solución política en el alma en que priva la furia, y en la furia que se dispara sin obstáculos en el abuso de la libertad. Encontré que algunos de ellos aceptaban como posible el cuartelazo. No, no estarían con él, pero tampoco lucharían contra él. Esto era, en rigor, estar con el cuartelazo. ¿Y luego, y después del cuartelazo, qué? . . . Nada, sabían que la nada, pero iban por sus propios pies a la nada.

"¡Ay de ustedes, ay de Venezuela!", recordarán ellos, en su necia alegría de hoy, en su cuerda tristeza de mañana, que alguien les dijo. ¡Cuánto van a añorarle pronto, Rómulo Gallegos!

También, en la prensa de oposición, en los corrillos de la Cámara, y en contactos accidentales —terribles accidentes del caminante— vi brillar los afilados dientes de la oligarquía que veía a su país, a su rancho, en otras manos que consideraban sacrílegas; los ojos licuados del odio y la venganza personal; oí las muertas y podridas seudodoctrinas políticas de un señoritismo tan cómico y fanfarrón como feroz y trágico, bien conocido en España y en nuestra América toda.

Y todo esto usted lo sabía tanto como yo, o mucho más que yo, Rómulo Gallegos. No hablaba usted de ello, cuando menos con quienes no somos venezolanos. Aun sentado en el volcán conservó usted su ponderación, su dominio, su noble serenidad. Pero yo le vi rodeado de pueblo, y le vi su llanera risa; le vi rodeado de militares, y rodeado de diplomáticos, y le vi su encuevada sabiduría. Sí, sabía usted. Y en el momento dado tampoco se doblegó usted, sin por eso caer en estridencias. Recurrió usted al llamado del pueblo, que la fuerza vieja, dura, empecinada, pudo silenciar. Pero no podían silenciarle para siempre, no podían. Hablaban, hablan, hablarían por usted diez libros, y un continente se empinaba para ver, aguzaba los oídos. Vivo, usted hablaría. Muerto, también. Así ha hablado por muchos años don Francisco I. Madero.

Pero esos son los detalles. El bloque está en pie. Su nombre quedará, y ya no es sólo gloria literaria, sino símbolo del derecho conculcado y de las libertades humanas violentadas. Y no olvide usted que las cosas vuelven al lugar de donde partieron. . .

En cuanto a los aparentemente victoriosos, no puede vérseles sino con sincera pena, y decirles la frase que le decía yo a mis amigos de la oposición a su gobierno: "¡Ay de vosotros, ay de Venezuela!".

A usted, Rómulo Gallegos de carne y hueso —y a nuestros amigos, sus colaboradores— ya sabe que lo esperan brazos y corazones abiertos en toda América, y en el mundo, hoy y mañana. Su casa es todo el mundo de habla española. Ahora que lo sacan de la suya quienes debieron cuidarlo, honrarlo y conservarlo en ella, más que nunca. Hasta las puertas de su cárcel habrán llegado los aldabonazos de la inteligencia de todas par-

tes, y en los oídos de sus carceleros estarán resonando para siempre.

Y a usted, Rómulo Gallegos, escritor, maestro y Presidente, creador en las letras de un Santos Luzardo, y en la lucha política de un gobierno legítimo, símbolos los dos de las fuerzas de la civilización contra las de la barbarie, lo espera en el poder o fuera del poder, cualquiera que sea el camino que lleve su Venezuela y el mundo, la "segura inmortalidad" que Rubén Darío señaló en José Martí.

Diciembre, 1948.

RECORDACION DEL DRAMA CONTEMPORÁNEO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

NO voy a decir nada nuevo. Voy sólo a recordar hechos de la historia contemporánea y a repetir lo que dice en todas partes el hombre de la calle.

La primera guerra mundial comenzó en agosto de 1914 y terminó en noviembre de 1918. Se dijo entonces que Alemania, país militarista, luchaba por la dominación del mundo y para imponer principios despóticos y bárbaros. En cambio, se afirmó repetidas veces que Francia e Inglaterra defendían la democracia, la libertad y la civilización; en resumen: luchaban por mantener incólumes los más altos valores humanos.

Los Estados Unidos entraron a la guerra en 1917, haciendo que la balanza se inclinara a favor de las potencias aliadas.

Los alemanes y los austríacos eran los malos, y los franceses, ingleses y norteamericanos, los buenos; aquéllos demonios escapados del averno; éstos, ángeles tutelares del hombre.

La guerra dejó un saldo de millones de muertos, de miles de mutilados, de viudas y huérfanos. También dejó fortunas inmensas a los negociantes de las naciones victoriosas. Los Estados Unidos, de país deudor ascendió a la categoría de país acreedor.

La revolución socialista rusa sorprendió a las cancillerías de la Europa Occidental, menguando la euforia del triunfo a tan alto costo conseguido. Y una vez más apareció en el viejo continente el espectro del comunismo. Los aliados acudieron con soldados en ayuda de los rusos blancos y fueron vencidos. Lenin se afirmó en el poder.

En 1922 el espectro del comunismo produjo el fascismo en Italia y una década más tarde, en el fondo por la misma causa, Hitler se adueñó de la situación política en Alemania.

La Liga de las Naciones, sueño de paz de espíritus generosos, fracasó una y otra vez y su prestigio declinó día tras día.

A las grandes potencias que manejaron la Liga no les importó nunca la paz del mundo sino sus propios intereses económicos.

Durante la década de los 30 se preparó la segunda guerra mundial: la crisis económica más grave de la historia; Abisinia; la guerra en España; y, sobre todo, la ayuda financiera a Hitler, de Francia, de Inglaterra y de ciertas grandes unidades económicas norteamericanas, con el propósito de que al armarse Alemania, los hábiles diplomáticos ingleses la arrojaran sobre la Unión Soviética; así después, Inglaterra se comería apaciblemente el pastel. Por último la invasión de Austria y la insensatez de Munich.

Y mientras tanto el hombre contemporáneo se hundía en el pantano de la más profunda crisis de todos los tiempos. Crisis vertical y horizontal, moral e ideológica: crisis total.

La segunda guerra mundial que abarcó mayor espacio geográfico que la primera y que fué más larga y mucho más cruenta comenzó en septiembre de 1939. En mayo del año siguiente, los ejércitos de Alemania se arrojaron sobre Bélgica, Holanda y Francia, venciendo fácilmente la débil resistencia que se les opuso. Hitler se había preparado bien. París la vieja capital intelectual del mundo cayó sin combatir en manos de los nuevos bárbaros. Los ingleses sufrieron la derrota de Dunkerque y resistieron con heroísmo los bombardeos asesinos sobre Londres. Si después de Dunkerque Hitler hubiera invadido las Islas, hubiera ganado la guerra; pero no pudo o fué éste su primer gran error.

Se dijo sustancialmente lo mismo que en 1914-18: los alemanes eran los malos, los otros los buenos. En realidad en la nueva contienda se acentuó la diferencia en los principios económicos políticos y culturales de las naciones en pugna. Otra vez Alemania luchó por el dominio del mundo y por imponer su régimen regresivo y dictatorial. Otra vez los aliados acudieron en defensa de la democracia, de la libertad y de los más sagrados derechos. Otra vez los Estados Unidos participaron al fin en la pelea, obligados por el alevoso ataque del Japón a Pearl Harbor. Otra vez su participación fué factor decisivo en los resultados.

Hitler cometió su segundo gran error en contra de la opinión de sus más destacados consejeros: lanzó sus tropas so-

bre la Unión Soviética, inmenso territorio defendido por todo un pueblo. Allí comenzó a declinar la estrella del torvo dictador alemán. De la noche a la mañana la Unión Soviética dejó de ser atacada por la prensa, la radio y el cine de las naciones adversarias de Alemania, Italia y Japón. Los perversos rusos se tornaron bondadosos y heroicos; los demonios se convirtieron en ángeles y hasta llegó a hablarse a menudo de la democracia soviética, olvidándose de la realidad: de la dictadura del proletariado.

¡La Carta del Atlántico! ¡Las Cuatro Libertades! ¡Esperanza del hombre atribulado! Cuánto se escribió entonces sobre ese documento, redactado en medio del océano. Roosevelt y Churchill aparecían como los paladines de un mundo nuevo donde el hombre viviría con decencia y sin temores. El primero murió fiel a sus principios; el segundo, aun antes de terminar la guerra declaró que cada vez se luchaba menos por ideales y más por intereses económicos. Ahora suele decirse que la Carta del Atlántico jamás existió, que fué una mera ficción de gentes de buena voluntad. Sea de ello lo que fuere, la Carta del Atlántico fué un hecho históricamente verdadero, en el sentido de que sus ideales se clavaron en la conciencia colectiva.

Poco antes de que la contienda terminara se reunieron en San Francisco representantes de numerosos países para constituir la nueva sociedad internacional. Diplomáticos comedidos, elocuentes discursos y escenografía deslumbrante. También buenos deseos, buenos propósitos y anhelos de mejoramiento social. Todavía se luchaba en todos los frentes, todavía se destruían riquezas acumuladas por los siglos, todavía morían centenares de seres humanos en las ciudades, en las campiñas y en el mar. El fracaso de la Liga de las Naciones se hallaba vivo en la mente de los delegados plenipotenciarios. Había que hacer algo nuevo, algo distinto para que la paz reinara para siempre sobre la faz del planeta; y otra vez el hombre con su capacidad para olvidar los dolores de ayer y para dejarse engañar por su ansia de mejoramiento y sus sueños en un porvenir mejor, se sintió alegre y optimista ante el brillante paisaje que le ofrecía la flamante y novísima unión de naciones.

Después, el asesinato de Mussolini, el suicidio de Hitler, la toma de Berlín, la bomba atómica y la rendición del Japón; después la algarada de la victoria y un alborozo triste y contenido de los pueblos. ¡Qué distinta fué la celebración de esta

victoria a la de la terminación de la otra guerra! Entonces hubo entusiasmo desbordante y sin recelos y en agosto de 1945 las manifestaciones de alegría fueron a la sordina como si el alma de las masas hubiera presentido los horrores de la paz.

ALGO más de tres años han pasado y no ha pasado todavía ni parece que pronto pasará la tremenda crisis que azota a los habitantes de nuestro globo. Franco el fascista, el aliado de Hitler y Mussolini, el asesino de su pueblo, permanece en el poder para escarnio de la decencia internacional; la guerra continúa en China con encarnizamiento inaudito; la lucha en Grecia continúa; y los sabios diplomáticos de las Naciones Unidas tomaron atinadas resoluciones para sembrar la discordia en Palestina.

En estos momentos los diplomáticos de más de cincuenta países deliberan en la capital de Francia. La impresión de los observadores honestos y más alertas, es la de que después de los hermosos discursos inaugurales, se advierten tan sólo las pugnas por pequeños o grandes intereses económicos y políticos entre Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética. El bienestar de los pueblos es para los gobernantes de las grandes naciones, una cuestión puramente secundaria.

Mientras tanto la falta de alimentos en no pocas zonas de los países devastados, el hambre y la ruina. Francia amargada por la derrota; Italia rehaciéndose lentamente con la ayuda norteamericana; Inglaterra, sacrificando a su pueblo con la ilusión de reconstruir su imperio; Alemania triturada; Rusia decidida a ensanchar su influencia; y los Estados Unidos hinchados de orgullo y de poder pretendiendo resolver ellos solos los complejos problemas del mundo entero. Y en medio de este aquelarre de pasión, de ambiciones y de odio se levanta siniestra la amenaza de una nueva contienda armada. La bomba atómica, las bombas cargadas de bacterias y todos los demás elementos de destrucción, descubiertos por la magia negra, listos para entrar en juego y acabar con el progreso y la civilización.

No puede negarse el gran poder económico, financiero y militar de los Estados Unidos; pero reconociéndolo así, sin ambages, no creo que ellos solos puedan resolver los múltiples problemas de tantas naciones, y mucho menos traicionando los principios de la libertad de los fundadores de la gran nación

norteamericana. Los problemas actuales, sólo podrán resolverse con apoyo en bases distintas; con la buena voluntad de los estadistas, y la cooperación de los pueblos; subordinando todos los intereses a un supremo interés: la paz y el mejoramiento de la vida humana. Tampoco podrán resolverse los problemas contemporáneos buscando las soluciones en los sistemas que implantaron las potencias vencidas. No puede haber paz verdadera sin libertad. ¡Ah, el fantasma del comunismo! No hay que temer a los fantasmas. La única fórmula eficaz para vencer una doctrina, estriba en la demostración de que es mejor la que se profesa, y el único modo para que un sistema social impere sobre otro sistema, consiste en probar la superioridad del uno sobre el otro en el marco de la realidad. El dólar es un diosecillo poderoso, mas no es el único, hay otros diosecillos y otros dioses tal vez más poderosos. Estoy pensando sobre todo en una diosa: la Justicia.

No es posible olvidar en este esquema a los países latinoamericanos. Los últimos acontecimientos no son nada alentadores y nos llenan de tristeza. Lo ocurrido recientemente en Venezuela es algo vergonzoso. Gallegos fué depuesto por un grupo de sargentos irresponsables, al servicio de obscuras y ruines ambiciones de las compañías petroleras, de esas poderosas empresas saturadas de maldad que tanto daño han hecho en todas las regiones del mundo adonde las ha llevado su codicia. Los amargos resultados son que en los países de nuestra América, en los tres últimos años, lejos de consolidarse los gobiernos democráticos, son los gobiernos dictatoriales, fascistizantes, los que se han afirmado en el poder. El militarismo triunfa sobre la democracia y la libertad; la bota del soldado sobre la legalidad; la fuerza sobre el derecho y la razón. No hay castigo para los criminales. Las protestas aisladas de los mejores hombres se pierden como grito sin eco en la soledad de un inmenso desierto.

El panorama del mundo actual no puede ser más desalentador, ni puede estar más cargado de graves peligros. El pantano ha poseído al hombre, se ha metido en su carne, en sus huesos, en su cerebro y no parece sino que le ha hecho perder la razón. Y si no reacciona con un supremo esfuerzo para sobrevivir, el lodo lo destruirá fatal e inevitablemente. Que

mediten bien los grandes estadistas lo que hacen. Su responsabilidad no tiene límites. El dilema es claro: o se coloca por encima de todo el interés esencial del hombre que por ahora es la paz; o por encima de ese supremo interés se colocan los intereses de los negociantes y el orgullo y el capricho de los mandatarios de las grandes potencias; y esto, es la guerra, la destrucción, el hambre y la muerte. Comenzarían a realizarse las profecías del Apocalipsis.

Yo pienso que si en una nueva contienda armada se utilizan la bomba atómica y las bombas cargadas de bacterias, eso demostrará que la especie humana no tiene posibilidades de salvación, que ha seguido un camino torcido en su desarrollo histórico y que es mejor que recomience el drama; pero pienso también que no hay que caer en el desaliento y el derrotismo, que hay que pelear por la paz; que hay que hacerle la guerra a la guerra, sin partidarismos a favor de ninguno de los grandes imperios; lealmente y tan sólo por motivos humanos, en defensa de la supervivencia de la especie. Así y únicamente así, renacerán esperanzas de salvación.

Sin la paz no saldrá el hombre de la crisis, no saldrá del pantano. Por eso luchar por la paz en estos momentos angustiosos que vive el hombre, es deber ineludible del hombre de bien.

Diciembre de 1948.

MEDITACIONES INDIGENISTAS ENTRE PATZCUARO Y CUZCO

Por *Emilio ROMERO*

En la reunión VII de la Conferencia Interamericana, se aprobó la iniciativa de reunir un Congreso Indigenista Interamericano en La Paz (Bolivia). El Congreso no pudo instalarse en la fecha fijada y Bolivia accedió a que la primera reunión se efectuara en México. El 14 de abril de 1940 el General Lázaro Cárdenas, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, inauguró en Pátzcuaro el Primer Congreso Indigenista Interamericano, al que concurrieron eminentes profesores, sociólogos y escritores del continente. Se presentaron interesantes trabajos y ponencias y al terminar sus labores, el Congreso aprobó 72 resoluciones. Luego se señaló el Cuzco como sede del II Congreso para el año 1943. Estamos en 1948 y la reunión del II Congreso Indigenista no ha tenido lugar debido a múltiples aplazamientos. Parecía a primera vista que los gobiernos de Perú y Bolivia rehuyeran la responsabilidad de la reunión del Congreso. En realidad, Bolivia debió afrontar graves problemas políticos y sociales para la fecha señalada para el primer Congreso. Por lo que se refiere al Perú, la fecha definitiva, el 20 de octubre de 1948, fué también aplazada frente a graves sucesos políticos y militares.

Pero no es la situación política de Bolivia y Perú la verdadera causa de la no reunión del Congreso Indigenista. La verdad es que en Pátzcuaro se agotó el tema indigenista. Después de los brillantes aportes intelectuales y teóricos del Congreso en México, no quedaría sino una confrontación de realidades o de experiencias y no una nueva asamblea teorizante. Pero todavía hay algo más, que está más adentro de la cuestión indígena. Desde Pátzcuaro a las vísperas del Cuzco, muchas gentes han comenzado a interesarse y a estudiar lo que se dice el "problema indígena" del continente. Y entonces ha sur-

gido el análisis y el desmenuzamiento de la idea indigenista. Revisemos someramente las partes más álgidas de la cuestión.

El delegado mexicano, profesor Luis Alvarez Barret dijo: "El Congreso Indigenista Interamericano, reunido en Pátzcuaro, Michoacán, en fecha reciente, es la asamblea política más importante que los países de América han realizado en los últimos años. El nuevo Continente ha tenido en sus manos el problema que más ha acongojado a la vieja Europa; el problema de sus minorías étnicas". Y luego agrega: "La América criolla descubre al cabo de cuatro siglos, que vive sobre un volcán; un volcán apagado, imperfectamente apagado por sus propias cenizas; un volcán que ha seguido rugiendo a través de los siglos; y que ahora da muestras de querer estallar envolviéndola en un gran terremoto".

El Congreso Indigenista Interamericano ¿ha creado una inquietud racial en América Latina? El problema del indio fué un problema de libertad, un problema económico, educacional y social. No fué nunca un problema racial. En Perú Francisco Pizarro y los conquistadores ibéricos tomaron mujeres indias. Los españoles en general y los criollos después, se ayuntaron con indias y negras. Pero el caso fué que los españoles eran poco semental para tan gran población india.

Pero en estos años, las corrientes de ideas han cobrado una categoría que jamás habrían tenido en el mundo, debido a la difusión radial, cinematográfica y periodística. El indigenismo no es un problema continental como creen muchos, que afecta solamente a la esfera interamericana. El indigenismo es un problema de la esfera del Océano Pacífico.

Si de acuerdo con las palabras del profesor Alvarez Barret, América está sobre un volcán, no olvidemos que geológicamente el círculo volcánico más grande y aterrador del globo rodea todas las márgenes continentales del Océano Pacífico. Los grandes volcanes de Chile, Perú, Ecuador, Centro América y México, tienen su continuación en el gran círculo que avanza al Japón, Asia y las Islas Oceánicas, además de los grandes cráteres sumergidos y volcanes de agua.

Paralelamente a la zona volcánica existen las poblaciones indígenas de los Andes, de América Central, de México, del Japón, China, Indias Holandesas y las innumerables islas oceánicas, se extienden hasta cerrar el gran círculo en las islas Rapa Nui frente a las costas de Chile. El problema indígena del

mundo actual estaría sobre el círculo volcánico más grande del mundo, puesto que en esta hora de la humanidad, es posible que todos los problemas, que antes podían diagnosticarse parcialmente desde los puntos de vista educacional, económico, sanitario o social, tiendan a convertirse en un solo gran problema de aspecto singularmente político pan-indígena.

En la actualidad apreciable número de jóvenes indígenas peruanos están llegando a las Universidades nacionales para graduarse de abogados, médicos y en gran número, sobre todo, de maestros. Las masas indígenas pueden tener algún día conductores propios de un tipo político que distará mucho del tipo conductor de Tupac Amaru. Entonces es posible que el deseo de encontrar un puesto en la política nacional afirme la idea racial, cuando esa consideración étnica no existió antes. Con motivo del Congreso del Cuzco, el indígena Apaza, estudiante universitario de San Marcos, dirigió una carta al diario "El Comercio", expresando con orgullo de ser indígena, su extrañeza por un Congreso Indigenista con mayoría de delegados blancos, sin delegados indios. Un Congreso de Indigenistas y no Indigenista en resumen.

Hay otra consideración que puede hacerse sobre este tema y que surge de la lectura de dos trabajos interesantes aparecidos últimamente. Uno de ellos es el libro *Slave and citizen* de Frank Tannenbaum, de la Universidad de Columbia y el otro, una serie de artículos publicados en "El Comercio" de Lima por Raúl Porras Barrenechea con el título "Los quechuistas coloniales". En este último interesante estudio se plantea el problema del aislamiento de los indios, ocasionado a fuerza de interesarse demasiado en el aprendizaje de sus idiomas. Los jurisconsultos Juan de Solórzano y Pereyra y Juan de Matienzo sostuvieron en el siglo XVII que en vez de que los misioneros españoles estudiaran el quechua y otras lenguas vivas para catequizarlos, los indios deberían aprender el castellano, ya que todo pueblo vencido pierde el derecho a su idioma. Por el contrario, José Eusebio Llano Zapata, del Perú, sostuvo en el siglo XVIII la necesidad de estudiar el quechua "que explica las pasiones del ánimo con más viveza y naturalidad que ninguna otra lengua". El Arzobispo de México había escrito al Rey en 25 de junio de 1769 aconsejándole que instruyese a los indios en los dogmas de la religión en castellano; que aprendiesen a leer y escribir en esa lengua y que el castellano fuese impuesto como idioma uni-

versal del reino y colonias. Recién en 10 de mayo de 1710 se dictó una Real Cédula sobre la enseñanza del castellano. Pero era demasiado tarde. Los indios formaban ya grupos aislados del hombre blanco. La misma legislación contribuyó con la Iglesia, aunque era un esfuerzo bien intencionado a favor del indio, a su aislamiento definitivo. ¿Podríamos decir que los engrieron demasiado, los cuidaron de la contaminación con el pecador blanco para salvar sus almas? Parecería una irreverencia esta afirmación, a primera vista contraria al clásico concepto "protector" del indio. Tannenbaum, en *Slave and Citizen,* dice que el trato a los negros, cruel e inhumano, no registró nunca ninguna preocupación por aprender su idioma ni por escribir evangelios en lengua negra. El resultado fué que el negro debió aprender el idioma del país a donde había sido llevado. Se adaptaron a los usos y costumbres de los colonizadores y contribuyeron en cierto modo a la colonización de América, "empresa afro-europea", según Tannenbaum. El resultado ha sido que el negro ascendió socialmente y llegó a las altas clases sociales, cultas, financieras y económicas, por lo menos en la región del Caribe, donde el negro es culturalmente europeo "hombre blanco con cara negra". El negro mal tratado y envilecido, muy inferior al indio espiritualmente y sin la cultura del azteca o del quechua, resulta hoy un tipo arrogante, fuerte y civilizado en gran parte. En cambio el indio, protegido, catequizado y alabado, todavía es un niño grande. Dos disciplinas, dos sistemas de tratamiento que moldean la dicha o la desdicha humana.

Toda acción política continental o nacional que tienda a aislar al indio como indio, resultaría pues contraproducente a la larga, como ha resultado la obra de los misioneros tan amantes del indio en el Perú.

En el Congreso de Pátzcuaro, la recomendación No. XL estableció el postulado de que "los países americanos expidan, en su caso, la legislación respectiva para rectificar la división política territorial de las regiones habitadas por indígenas, a fin de formar entidades político-administrativas homogéneas, en lugar de dividir arbitrariamente a la masa indígena en diversas jurisdicciones".

Es evidente que semejante declaración tiende a crear no sólo un aislamiento espiritual, sino geográfico y político sobre los núcleos indígenas. Recuerda mucho a las disposiciones que

sobre las *Reducciones de indios* aparecen codificadas en la Recopilación de Leyes de Indias, y que crearon barreras como cordones sanitarios, para que los indios no fueran contaminados por los blancos y negros.

Todavía hay más consideraciones, mientras dura el compás de espera del II Congreso Interamericano Indigenista. Hay dos problemas indígenas en gran parte de los países latinoamericanos, ya que existen dos grupos indígenas definidos por su estado cultural. Aquellos pueblos que provienen de las antiguas culturas incaicas, mayas, aztecas y afines, en cierto sentido están dentro del área cultural de los pueblos civilizados actuales. Esos pueblos están en las riberas de la raza blanca, en el oleaje sanguíneo de la mestización racial o cultural. El pueblo indio mexicano y peruano, comprendiendo en estas denominaciones a los grandes grupos del Norte y del Sur, hace algunos años que ha roto la muralla del temor colonial y se ha lanzado como mercachifle, paseante en corte, gestionador de beneficios para su comunidad o defensor de pleitos, por las anchas avenidas de Ciudad de México o de Lima. En Perú el indio quechua o aymara ha dejado de ser tonto; con excepción de los indios pastores de las regiones ganaderas de los altiplanos alejados de la capital, el indio en general está emigrando del campo a las ciudades, primero en forma tímida, oculto detrás de sus recuas de llamas; luego llevando productos alimenticios o tejidos de lana. En seguida ha comenzado la etapa de la emigración en masa. Millares de indios en Lima, Arequipa, Puno, Cuzco y otras ciudades son obreros en las fábricas, en los servicios públicos, en la policía y en el ejército. Este hecho estimula a los jóvenes indios, los que antes de llegar a su mayor edad emprenden el camino de la ciudad. Unos meses más tarde visten overall, los domingos blusa de cuero y por último slack o sweater. En la medida en que el país prospera comercial e industrialmente, aumentando el plan de obras públicas y privadas, la absorción del indio por la ciudad es mayor.

En la actualidad, después de la guerra, esta corriente del campo a la ciudad se encuentra intensificada debido al absurdo sistema de controles de precios de los artículos de alimentación al socaire de la defensa de la salud del pueblo urbano. En la mayor parte de las ciudades de los estados de América del Sur, los gobiernos nacionales o provinciales han fijado precios a los productos del campo, sin tener en consideración las justas nece-

sidades del campesino. Es una verdadera lucha entre el hombre de la ciudad contra el hombre del campo. En las puertas de las ciudades y de los mercados el hombre de la ciudad despoja al hombre del campo. Entonces el campesino prefiere abandonar la huerta, y se rinde a la ciudad con sus amplias avenidas iluminadas, sus cines, cafés, fondas y parques y sus misterios y encantos. El hombre de la ciudad está destruyendo las bases económicas de su alimentación cuando controla el precio de la leche, del trigo y de las papas con una energía edilicia ridícula, cuando se piensa que la coca-cola, el cine y el chicle del hombre de la ciudad alcanzan categorías superiores a los productos básicos y protectores de la vida del hombre.

El progreso de las vías de comunicación y la democratización creciente de los medios de transporte, está contribuyendo al aumento del éxodo del campo a la ciudad. En el Perú, el caballo está en proceso de extinción debido a la difusión del camión. El uso del caballo está restringido al ejército y policía montada y al hipódromo. El caballo de paso es un lujo raro en la actualidad. El indio sube a los camiones y llega a la ciudad dormido sobre montañas de carga.

Ahora bien. ¿Vale la pena restaurar una corriente indigenista, cuando el indio en masa se va desindigenizando? ¿No es anacrónica y tardía la reunión de Congresos Indigenistas Interamericanos que pueden derivar hacia ideales pan-indígenas posiblemente de inspiración comunista reflejando los ideales indigenistas de la Malasia?

En la actualidad hay en el mundo una clase de agitadores sociales. Los indios de Bolivia cayeron en las manos de algunos de éstos y en junio de 1947 se alzaron en masa alrededor de La Paz. El caudillo aparente llamado "El General" invadió el fundo Carapata a orillas del lago Titicaca y después de cometer los más atroces actos de violación con Ana Vilela, una chica de 18 años, acabaron a golpes de piedra y arrastraron el cadáver desnudo del Dr. Agustín Prieto. Pocos días después, 20,000 indios amenazaban la capital de la república de Bolivia, el 23 de junio de 1947 en la noche de San Juan. Los indios de Perú y Bolivia hacen fogatas y grandes luminarias en homenaje a San Juan, según los catequistas y misioneros españoles que introdujeron la costumbre, que fué inmediata y fácilmente adoptada por los indios, porque coincidía con la gran fiesta del *Intip-Raimi* en homenaje al sol y en acción de gracias por las cosechas

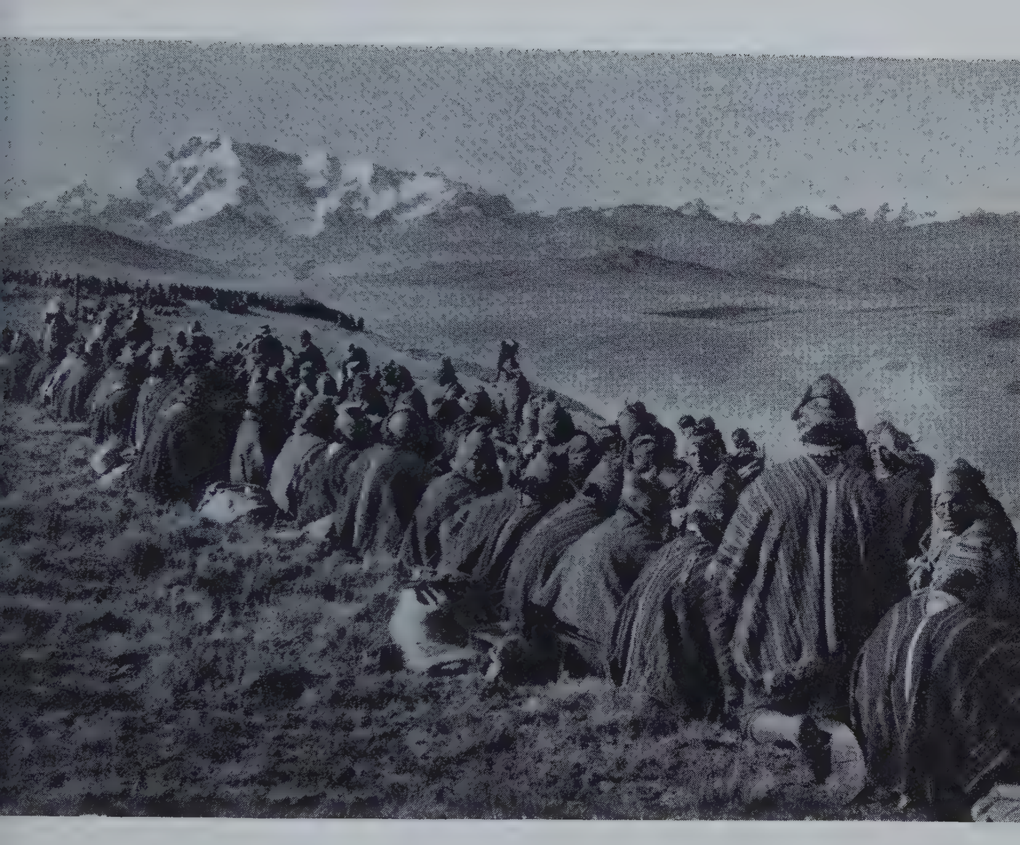
recogidas. La "noche de San Juan" de 1947 en las calles de la ciudad de La Paz habían sombras y luminarias de tragedia. Las fogatas ardían en las calles desiertas, como prendidas por fantasmas. La temperatura era de varios grados bajo cero. En el aire seco y frío, cortante como una cuchilla de hielo, no resonaban los cohetecillos de fiesta de otros años, sino millares de balas que desde puntos escondidos se lanzaban al aire. Con motivo de la revolución para derrocar al Presidente Villarroel, el pueblo asaltó y desmanteló los parques y arsenales de armamento. Todos disparaban desde el profundo hueco brillante de la ciudad, mientras por las cumbres oscuras de las montañas que la rodean, las masas indias que amenazaban invadirla husmeaban como lobos hambrientos. Pero no ocurrió nada. Nada más que algunos cientos de "jefes" indios pudriéndose en las horrendas cárceles andinas.

En el Perú la condición del indio mejora debido a su mayor industrialización y proximidad a la costa del Pacífico, pero también suele ocurrir que algunos grupos de indios se levanten con armas primitivas de piedra, de fuego y de cuchilla, para resolver litigios que entonces terminan con la intervención de los soldados, los jueces y las cárceles.

Las masas indígenas de Perú y Bolivia son susceptibles de fácil organización en manos de conductores de cualquier tipo. Y, fenómeno interesante, en el Perú, es posible constatar que podrían inclinarse políticamente al movimiento comunista, antes que al llamado aprista, quizá debido al desdén que este último partido tuvo por el problema indígena o al menos, por haberlo relegado a último término por carecer de voto electoral, como factor de éxito político del momento.

Nada se puede afirmar, sin embargo, sobre realidades políticas actuales, sino sobre posibles orientaciones futuras de las masas indígenas. Y en tal sentido cabe afirmar que las masas indígenas andinas de Ecuador, Perú y Bolivia podrían ser motivo de interés e influencia de cualquier tipo de táctica conductora. Todo esto conduciría a reafirmar la idea de que un movimiento político pan-indígena podría ser el futuro lejano después de Pátzcuaro y Cuzco.

Un interesante tema fué debatido en el Segundo Congreso Mexicano de Ciencias Sociales, organizado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que tuvo lugar en México en octubre de 1945. El Lic. Gilberto Loyo en su "Esquema



Congregación indígena en el departamento de Cusco.



Rebaño de alpacas jóvenes en la cordillera peruana.

Demográfico de México" dice: "Quienes dirigimos y levantamos el Censo General de Población en las deplorables condiciones sociales de México en 1940, perturbadas por una agitada campaña electoral para la Presidencia de la República, consideramos en el cuestionario censal y desde un punto de vista cultural, como indígenas, a los habitantes que hablan exclusivamente lenguas indígenas, porque debido a su idioma, no tienen acceso a la cultura mexicana moderna. En México la condición de indio es sólo una condición exclusivamente económica y cultural".

Puede aplicarse al Perú este mismo criterio. El indio que usa zapatos, come pan, sabe leer y duerme en catre ya no es indio. Y esta es la condición a la que marchan los indios en su éxodo a las ciudades.

El profesor Máximo Cuczynski-Godard, en colaboración con el Dr. Carlos E. Paz Soldán, en un interesante estudio titulado "Disección del Indigenismo Peruano" publicado como una contribución del Instituto de Medicina Social de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, al frustrado II Congreso Interamericano Indigenista del Cuzco, constata que "un problema tan grande, se resuelve de por sí por el remolino socio-económico de las últimas décadas". Señalan entre otros antecedentes trascendentales de la solución del problema peruano: "El crecimiento démico general, la existencia de muchos 'campesinos sin campo', las migraciones de escape, la construcción de una red de caminos y de carreteras más transitables que las antiguas, la 'motorización' e industrialización que absorben a muchos hombres rústicos o a sus descendientes inmediatos. El sol de una civilización técnica, tardío en la historia nacional del Perú, socialmente provocó un alud en plena y actual evolución".

En una palabra, el gran problema indígena se resuelve solo y mejor, mientras menos intervención de planes directos existen. En las etapas de crisis y convalecencia, debe dejarse gran margen a la reacción del propio organismo y no correr el peligro de intoxicar al convaleciente con demasiadas intervenciones. En tal caso, la gran obra sería la de crear un nuevo ambiente social, económico y cultural en cada país, en el cual puedan restablecerse aquellos grupos débiles o enfermos.

Dentro de este plan, la intervención más enérgica debe hacerse sobre la organización de los estados y gobiernos que son los verdaderos causantes de que perduren las dolencias del

campesinado en América. Ya no necesitamos llamar "indígena" al campesinado americano, porque los grandes males que padece son comunes al campesinado del mundo. El "indigenismo" americano no es otro que el selvático, de raíces culturales y geográficas totalmente distintas a las del campesinado.

En Perú, las grandes dolencias del campesinado de los Andes son sostenidas por el Estado en beneficio de la creciente burocracia urbana. Los dos "venenos sociales" del campesino del Perú son la coca y el alcohol. El uso de la coca no produce daño a las personas bien nutridas. La coca deriva en vicio cuando la comida es escasa y el salario bajo. El alcohol se consume cada vez más fuerte, mientras más precarias son las condiciones de vida, afecta más a las gentes urbanas que al campesinado. El Estado recauda 18 millones de soles por impuestos sobre el alcohol y cerca de medio millón de soles sobre la coca. La obra de colonización del Estado en las regiones de montaña, ha descansado sobre la explotación de las tierras amazónicas mediante dos productos básicos, coca y alcohol. El Estado recauda cerca de 8 millones de soles de impuestos sobre la explotación de la lana de alpaca, cuya crianza está exclusivamente en manos de los campesinos de los Andes. El Estado tiene la constante preocupación de aumentar año tras año los ingresos fiscales provenientes del consumo de alcohol, coca y tabaco. Exhiben los Ministros de Hacienda como una prueba de éxito el mayor rendimiento de esas rentas y mientras, el campesinado de las regiones andinas y selváticas degenera y se consume con grave daño para el país.

La obra más importante en la solución del llamado "problema indígena" corresponde a los gobiernos. Pero ¿qué podrá hacerse de positivo en los Congresos como el convocado para tratar asuntos de indios, cuando los delegados son nombrados por los propios gobiernos?

En Pátzcuaro, después de haber aprobado 71 recomendaciones de primer orden, se aprobó la Nº 72, cuyo texto dice así: "LXXII.—Declaración de que los Acuerdos del Congreso no comprometen a los Gobiernos representados. El aprobar los mencionados acuerdos, recomendaciones, resoluciones y declaraciones, no compromete a los gobiernos de los Estados representados".

Con razón pues, ante la inminencia de una reunión de Congreso Indigenista en Perú y Bolivia, los indios se pusieron

sobre las armas. Con el cuchillo entre los dientes y una llamarada de odio en los ojos.

La creación de un Instituto Indigenista ha sido quizá el más brillante aporte del Congreso de Pátzcuaro. Pero si el Instituto va a dedicarse exclusivamente al estudio de los diversos aspectos antropológicos del indio, como un ser curioso y original, estaremos ahondando el abismo en torno a ellos. El Instituto Indigenista, debería ser quizá una institución desindigenista, desde el punto de vista cultural y económico.

Y en realidad, esta es la paradoja del Congreso Indigenista, ya que en última instancia se trata de desindigenizar al indio. El Instituto Indigenista podría ser una organización estatal de fomento económico, técnico y financiero para desindigenizar al indio. En consecuencia, no serían los indigenistas los llamados a dirigirlo; no serían los etnólogos, antropólogos, ni historiadores quienes al estudiar y ocuparse con demasiado afecto de los indios, contribuyen quizá a la persistencia del indio en América. Es claro, que esto puede ser otra herejía en el Concilio Indigenista. La desindigenización sería una lástima para el arte, el folklore y para el turismo. Para las empresas de turismo mundial fué también un golpe la caída de Alfonso XIII.

En el hermoso pueblo de Capachica, a las orillas del lago Titicaca, (Perú), habían las más bellas indias de la región. Pintorescos trajes y música extrañamente alegre y primitiva. El año 1945 las indias de Capachica seguían siendo hermosas, dentro de su tipo, pero usaban zapatos y polleras de lana, un poco "new look". Para bailar sacaban unos pañuelitos de batista. Y la música no era más de flautas de pan, ni tambores. Eran bronces y latones, corneta y cornetina, que tañían una extraña mezcla de música mestiza sud-americana de todos los países. Una especie de "papiamento" musical. No cabe duda que es decepcionante encontrar al indio desindigenizado. Pero la primera pregunta que todo plan indigenista debe hacerse es ésta: ¿Desea el indio seguir siendo indio, por lo menos cultural y económicamente? Es seguro que no. El indio en el Perú no sólo marcha a paso acelerado a despojarse de su condición de tal en el campo económico-cultural en las grandes zonas del Titicaca, sino que se observa la tendencia a una desindigenización total, incluso en el aspecto idiomático y racial. El primer indio que fué poseedor de un camión en Puno, se apellidaba *Hancko*

(blanco), formando después la Compañía de Transportes Blanco Hnos.

En el terreno de la paradoja, esto nos conduciría a la idea de reunir un Congreso Interamericano Desindigenista y a la creación de un Instituto Interamericano Desindigenista, con un plan financiero en cada nación para desarrollar en gran escala recursos naturales aun no explotados, en el campo de la irrigación, de la minería y de la industria agrícola y pecuaria, pero con una orientación definida de desindigenización. Porque el proceso indigenista ya terminó su ciclo histórico. Pertenecía a la etapa del misionero evangelizante, caritativo, protector y salvador de almas. Conservador de la inocencia del indio. Y las leyes, los reglamentos y la obra del gobierno siguió esa misma corriente. Esa orientación ha fracasado o por lo menos ya no es aplicable en el siglo XX y en la víspera del siglo XXI.

En consecuencia, el panorama indigenista debe dividirse en dos grupos. A un lado, el grupo científico de estudios estadísticos, antropológicos, jurídicos, etc., etc., que es el clásicamente llamado indigenista. Al otro lado, el organizador de una empresa económica en cada nación con indios, para procurar su desindigenización. Estos dos grupos de hombres no pueden ni deben tener contacto. Unos son indigenistas y los otros antiindigenistas, aun cuando la obra de ambos tendría una coordinación indispensable. Mientras no concluya este dilema y se rompa el nudo gordiano de esta paradoja, la iniciativa del Congreso Indigenista flotará entre Pátzcuaro y Cuzco, como una sombra de otros siglos.

Y este nuevo planteamiento del problema lo han entendido mejor los propios frailes misioneros "indigenistas" amables y santos. En el Perú las misiones evangelizantes, desde la mitad del siglo pasado, han dejado de trabajar sobre la masa todavía llamada "indígena". Los misioneros han comprendido mejor que los hombres de Estado y que los intelectuales, que el problema "indígena" se ha desplazado a las selvas. Los dominicos y franciscanos tienen admirables puestos de avanzada en las selvas de Pangoa y de Madre de Dios. Catequización, ropa, zapatos, pan, overall, salarios, sanidad. Ese es el gran problema indígena americano que requiere de Institutos científicos y acuerdos. El otro problema "indígena", nombre con que se quiere falsificar o encubrir la gran injusticia social presente, es simplemente la tragedia del campesino sin campo, sin salarios

suficientes y sin salud. Es la tragedia del hombre del campo, negro, mestizo, indio, cholo, roto o como se llame, según el país, esquilmado por los hombres de la ciudad, por los gobiernos de la ciudad, por la organización de la ciudad. Raza, tradición, folklore, historia, todo es muy interesante, pero jamás cuando se transforma en un barniz de momia egipcia para cubrir un cuerpo vivo que lucha por libertarse por sus propios medios.

En el sendero de las realidades en favor del campesinado americano resulta mucho más provechoso reunir a técnicos en determinados ramos para confrontar experiencias y trazar planes de acción que concluyan en protocolos firmados por los representantes de los gobiernos, en forma que constituyan pactos bilaterales o multilaterales de realización inmediata. Tal el acuerdo sobre educación rural celebrado entre Bolivia y Perú, que determinó el envío de una misión de maestros peruanos rurales a Bolivia, para trabajar en la Escuela de Warisata y la estadía de un grupo de maestros bolivianos en la Granja Escuela de Puno. Semejantes convenios entre los gobiernos, por vía diplomática en favor de la educación rural, tendrían repercusión presupuestal inmediata haciendo un positivo bien a la población campesina indígena.

Otros aspectos importantes existen, que no tienen eco en los Congresos Indigenistas, debido a la naturaleza de su organización y a la propia composición interna del Congreso. Entre ellos debe mencionarse uno que se refiere al aspecto médico y sanitario. El debate de los problemas de este orden correspondería a pequeñas asambleas de mesa redonda, formadas por técnicos en la materia. En Pátzcuaro se ha ignorado y probablemente no llegará a la sala de sesiones del Congreso del Cuzco, la obra de muchos médicos sanitarios del continente en favor de las clases campesinas. Una campaña sin precedentes contra el piojo y el pelo largo desarrolló en San Román (Perú) el Dr. Manuel Núñez Butrón, logrando organizar un movimiento de masas con el lema *Rijchary* palabra quechua que quiere decir ¡despierta! Para alcanzar éxito Núñez Butrón tuvo que transformarse en indio y ponerse el poncho y las sandalias del campesino andino a fin de ganar su confianza. Tijeras, jabón y agua contra el piojo fueron las armas manejadas por los propios indios, sin intervención de los blancos para salvar del tifo a millares de gentes. La obra no fué fácil. Núñez Butrón debió aparentar un olvido total de su condición, de sus estudios

y de su título; creer ciegamente en los repugnantes sistemas del curanderismo indígena, comprenderlo en sus bases y principios, como punto de partida de creencias mágicas explicables, para llegar gradual y pacientemente a la medicina contemporánea con la propia colaboración del campesino. En este aspecto sanitario se necesitan tipos apostólicos y de una gran fuerza moral. Médicos rurales que no empiecen por menospreciar el curanderismo indígena, en la misma manera como el agrónomo no puede desconocer los medios empíricos pero basados en un conocimiento profundo de la realidad geográfica, en favor de la agricultura indígena.

En el aspecto médico hay todavía otro género de experiencias de orden médico que están avanzando y que deben ser materia de confrontaciones de orden técnico internacional y no de repercusión parlamentaria de tipo congresal. El doctor Tomás Escajadillo, de Lima, en un informe científico titulado "La población mestiza del Perú y los grupos sanguíneos" ofrece interesantes datos sobre los progresos de la etno-antropología en el campo de la investigación de la sangre india y mestiza. Escajadillo se refiere a los trabajos de otros dos médicos peruanos, José Marroquín y Jorge Arce Larreta; a los de los argentinos Mazza y Francke; a la obra de Golden entre los indios de Yucatán. El grado de mestizaje resalta en los cuadros presentados por los especialistas del continente al mismo tiempo que aparece el cuadro de las enfermedades que tienden a reducir el número y el vigor del campesinado.

El aspecto médico debe completarse con el estudio de las condiciones de la alimentación indígena, desde México hasta el Norte argentino. Qué comen, cómo comen y qué valor nutricio tienen los alimentos del campesinado americano, es quizá la investigación fundamental. Los estudios parciales que en el Perú se realizan dan resultados sorprendentes. Hasta hoy día estamos hablando de memoria y sin fundamento alguno sobre los efectos de la coca. Ignoramos la vida íntima del indio, condenamos el cocaísmo y alcoholismo, que no tiene ninguna significación frente al cocktail cotidiano y al excesivo uso de tabaco por las poblaciones blancas y mestizas del continente. Un reciente estudio de los médicos Carlos Gutiérrez Noriega y Vicente Zapata Ortiz acerca de la coca y la cocaína en Perú, son los primeros aportes serios y científicos en un problema sobre el que se han pronunciado muchos discursos ignorando en abso-

luto la verdad del tema. En Bolivia se han formulado estudios y conclusiones favorables a la coca, basados en el conocimiento científico de la realidad.

Si el Congreso próximo a reunirse en Cuzco se pierde en el mare mágnum de los trabajos y ponencias; conclusiones y votos y no encauza la obra del futuro en efectivo servicio del campesinado americano, hará solamente una obra peligrosa de consecuencias demagógicas y no una efectiva contribución para lograr un avance digno del siglo XX, como obra de superación a la que España hizo en favor de los indios de América.

Lima, noviembre de 1948.

PARA QUIEN ESCRIBIMOS NOSOTROS

Por *Francisco AYALA*

CUANDO, hace ya varios años, publiqué mi *Razón del mundo,* me proponía considerar con amplitud y el rigor debido un problema que durante estos últimos tiempos se ha debatido mucho por todas partes: el de la función que al intelectual le incumbe en la actual sociedad y responsabilidades que puedan caberle por sus desastres y trastornos. Aunque circunspecto, el libro provocó algunas indignaciones junto a no pocos asentimientos; perturbaba prejuicios casi siempre fundados en la comodidad, pero ya insostenibles, al subrayar ciertas relaciones que hoy se han hecho obvias; y así, su publicación resultó, creo, eficaz —más, en todo caso, de lo que yo hubiera esperado—, probablemente por cuanto hurgaba en cuestiones vivas que para mí, dadas las circunstancias personales, eran candentes, pero que a todo escritor afectan ahora y solicitan, por mucho que se obstine en volverles la espalda.

Procuré entonces enfocar plenariamente el tema de la actividad intelectual, referirlo a las condiciones sociales del presente, y enlazar su tratamiento con la peculiaridad de nuestra concreta perspectiva, —la que nos impone el hecho de pertenecer al ámbito cultural marcado por el uso del idioma castellano, con todas las implicaciones correspondientes a nuestro común destino histórico. Aquí, he de retomar el tema en un aspecto limitado, y subjetivarlo por completo; quiero preguntarme: ¿Para quién escribimos nosotros? Yo, español en América, ¿para quién escribo?

El ejercicio literario se desenvuelve dentro de un juego de convenciones gobernadas en gran parte por la entidad del destinatario; según quien éste sea, así se configurará el mensaje, pues la relación entre escritor y lector constituye el sentido de cualquier actividad literaria, al determinar su forma. La forma abstracta, despersonalizada, en que hoy suele escribirse, oculta —o mejor: esfuma, diluye— al destinatario en la indetermina-

ción de un *público* vago, que tanto puede ser actual y real como supuesto y futuro, o meramente hipotético. Con esto, el escribir llega fácilmente a ser una rutina profesional desenvuelta en el vacío y, más que un soliloquio, el discurso de un demente, sin engarces con el mundo exterior; en definitiva, una actividad desprovista de sentido. Será, pues, saludable que, a esta altura de las cosas, se pare uno a preguntar para quién está escribiendo.

La guerra de España fué, como es notorio, un acontecimiento, no sólo peninsular, sino universal por su alcance y consecuencias morales. En el orden de la cultura concreta afectó directamente a todos los pueblos que participan en el idioma, y no con exclusividad a aquellos que están comprendidos en los límites políticos del Estado español. Ahí, su efecto inmediato fué el de interrumpir la producción intelectual del país: ciertas publicaciones que durante la guerra se hicieron con el apoyo oficial en la zona republicana, excelentes y vivaces como eran, tenían en su maravilla un algo de inverosimilitud; las que, también oficiales, vienen apareciendo en España después de terminada la lucha, apenas son más que oquedad, fachada, propaganda. En todo ello no hay de qué sorprenderse: al Estado, cualesquiera sean sus orientaciones, no le interesa la cultura sino como instrumento para sus propios fines, que son por esencia fines políticos; lo más que puede hacer en favor suyo es conservarla: mantener museos, fundar academias, subvencionar teatros, publicar archivos, editar clásicos. En cuanto a los brotes nuevos de la cultura, cuando no los pisotea, los deseca y falsifica, —y no se sabe qué sea peor, si el caballo de Atila o los fabricantes de césped artificial—. La guerra, pues, vino a suspender en España la creación intelectual: una gran parte —no he de decir yo si la más calificada; en todo caso, la mayor— de los hombres que la ejercían, salieron exilados, para reemprender como pudiesen su labor en nuevas circunstancias; y nuevas eran también —y no mejores— las que, en España misma, se les habían producido a quienes allí debieron quedarse: sus ulteriores escritos dan buena cuenta de ello. Unos, los más viejos, repiten melancólicamente su pretérito, se sobreviven; otros, que eran promesa, la han desmentido, o desconcertados o hueros; y, entretanto, una nueva generación hace acto de presencia, vuelta sobre sí misma en busca de expresión

lírica, o mediante cautelosos tanteos escapistas. Pero todo ello —la calidad refinada, el espíritu que, en sus manifestaciones intimistas, alcanza a veces el grado más alto— aparece en conjunto sofocado y como acoquinado por aquella literatura inerte y ramplona que antes de la guerra alimentaba las páginas del semanario mesocrático, la revista de barbería o el libro anodino, sin pena ni gloria. Desde este limbo, muchas figuras que por aquel entonces lo eran de pública irrisión, han escalado las posiciones más notorias, son acatadas —aun cuando sea, como es de suponer, a regañadientes de los mejores— y abruman a la vida literaria con sus cánones chabacanos. Quien pasee la vista por el panorama de la letra impresa en España durante el último decenio, comprobará —son cartas puestas sobre la mesa— la apoteosis lamentable de los mediocres, que, no reducidos a producir y publicar —siempre lo hicieron en abundancia—, dan ahora el tono dominante. Hubiera podido esperarse, y no faltaba quien lo temiera, que los más idóneos voceros ideológicos del régimen, autorizados por los servicios que le hubieron de prestar como heraldos, dieran luego expresión auténtica a la realidad por él constituída. Mas ¿quién osa ahí expresar realidad alguna? ¿qué escritor hay capaz de hablar a la nación? Orondos, los que nada tienen que decir dan rienda suelta a la pluma majadera, y explayan a sus anchas la nonada; sólo ellos están en su elemento y expresan, aunque sin pretenderlo, la ambiente realidad al exteriorizar su vacío; y quien, entretanto, apremiado por su personal intimidad, tome la pluma para comunicar algún pensamiento o sentimiento original, tendrá que hacerlo, mediante recelosos desvíos, escribiendo con la cara vuelta. . . No; una situación históricamente oclusa no consiente al espíritu mayores despliegues, y hace sospechosa toda palabra verdadera, por más que se presente como desentendida, inofensiva o aun amistosa, por el mero hecho de invocar al público en nombre propio. Cuando Ortega se tomó la libertad de ensayar el timbre de su voz, que otrora conmovía los ámbitos del país, su cauto pretexto oratorio suscitó un eco miserable de injurias cuyo descaro lo confinaría otra vez en los senos del silencio. Y era previsible. Pues ¡qué! ¿acaso no había sido afrentado en sus propias barbas el viejo Unamuno, y reducido a callar para siempre?

Quiero mostrar con esto cómo, no sólo los intelectuales exilados, sino también los que permanecen en el suelo de Es-

paña —hablo de quienes algo significan; la turbamulta de los demás no hace al caso— hemos perdido todos la posibilidad de dirigirnos a esa comunidad activa, hosca y amarga, sí, pero sensible, que era la nación española, ante la cual se desenvolvieron las actividades literarias de sucesivas generaciones hasta el comienzo de la guerra.

¿Hemos hallado tal vez nosotros, al pasar a América, otro público para destinatario de nuestros mensajes?

Por lo pronto, hemos disfrutado de la holgura suficiente para dilucidar las causas de nuestra nueva situación, apurar las raíces del conflicto en que se origina y ponernos en claro con nosotros mismos. Hemos venido a países que también habían hecho la guerra de España; sin armas, a este lado del Océano se puso en ella no menor pasión, esperanza y dramático fervor. Y si algunos de entre nosotros, pocos, percibimos ya al traspasar la frontera hacia Francia lo que este paso tenía de irrevocable destino, otros muchos, y toda la gente que en América siguiera con el alma en un hilo, a través de la turbia lucha, la suerte de los valores humanistas en juego, no se resignaban a la violenta decisión y aplazaban sus deseos y expectativas hasta el final de la guerra mundial en ciernes, prometiéndose justicia razonablemente de su resultado. Encontramos, pues, simpatía atenta para cuanto hubiéramos de decir; y en este sentido el tránsito hacia nuestras nuevas condiciones de actuación fué suave y benigno. Más todavía, a virtud de otra circunstancia. La guerra española —según antes dije— había afectado también en forma directa al estado de la cultura, aun en su aspecto material, no sólo en la Península misma, sino también en todos los países donde se habla castellano, —y aquí, en éstos, de manera que al comienzo pudo parecer favorable; pues, suspendida allá la producción editorial que prácticamente abastecía al área completa del idioma, esa industria se desarrolló en seguida en América, con dos núcleos capitales, Buenos Aires, y México, en conexión estrecha con los intelectuales españoles inmigrados, que a ella aportaron su saber y experiencia, recibiendo en cambio alguna base económica para sustentarse. El acceso que pudieron obtener a universidades, periódicos y revistas permitió, junto con eso, que prosiguieran en suma desenvolviendo aquella su labor de intelectuales cuyos anteriores soportes sociales quedaron cortados con la expatriación, o suprimidos.

Pero el tema de "España", el "problema español", que había sido preocupación cardinal de la generación del 98, y luego de la generación de Ortega y Gasset, y de la siguiente, por entonces en plena juventud, llegaba con esto a tocar fondo en los escritos de varios emigrados; y ahora, ya, sólo cabía, o convertirlo en obsesión y consumirse con él, o superarlo de diversas maneras —que podían ser las pertinentes a la vocación particular de cada uno—, y proseguir el desarrollo de las respectivas personalidades en el nuevo espacio y el nuevo tiempo.

Probablemente, la tarea intelectual que, en América, ha podido seguir desenvolviéndose con un mínimo de perturbaciones imputables a la adaptación es aquella que venía encauzada en moldes académicos, y formalmente engarzada a una tradición escolar. Buena parte de los escritores emigrados eran universitarios cuya producción está referida a la literatura de alguna especialidad y tiende a proseguirla, bien que muchas de esas especialidades tienen una vertiente de interés general que, sacando la obra del estricto conventículo, la derrama hacia la publicidad abierta, y ello sobre todo mediante la publicación de libros o artículos. En el conjunto de esta profesionalidad escolástica la aportación personal es tan sólo un aspecto de una actividad más compleja, donde cuenta por mucho, junto a ella, la exposición divulgadora, la discusión crítica y la traducción de textos extranjeros. Las demandas comerciales de la industria editorial, ahora desarrollada en América, hicieron que el trabajo de traducción y edición de tales libros ocupara de modo muy particular a los intelectuales españoles. Y hay que decir que, entre nosotros, se ha continuado con no menor intensidad y tino, y la posible eficacia, aquella operación de transvase cultural por cuya virtud se mantenía antes desde España al mundo de lengua española en contacto con los grandes centros científicos europeos.

Nunca será ponderada con exceso la importancia —y no sólo para nosotros, para el orbe entero— que las circunstancias en que se cumplía adjudicaron a labor tan secundaria, ancilar y humilde: eran esas circunstancias las de interdicción y hundimiento de aquellos centros científicos en la catástrofe de Europa, y cuando los Estados Unidos carecen, como es evidente, del sentido y la disposición necesarios para recoger las elabo-

raciones más finas y gratuitas del espíritu. Al comunicar mediante la traducción a nuestro público, con los consiguientes comentarios e influencias diversas, muchas de esas elaboraciones, se prolongaba su existencia eficiente en el momento mismo en que la irrupción totalitaria y, en seguida, la destrucción militar, obturaban las vías de su natural desenvolvimiento en Europa. Aquella recuperación e incorporación a que Norteamérica se aplicara respecto de las adquisiciones culturales capaces de inmediata conversión práctica y susceptibles de repercusión técnica aprovechable a fines útiles, la ha cumplido a su vez Hispanoamérica, en cierta medida, para los valores más sutiles de la cultura. Y no podrá negarse que tal medida hubiera sido muy inferior sin el refuerzo de la emigración intelectual española, aun cuando, por otra parte, es claro que tampoco ésta, por sí sola, sin el ambiente constituído ya en torno a las personalidades señeras de cada país americano, hubiera podido hacer gran cosa. Un solo ejemplo ilustrará bien la trascendencia del fenómeno a que me refiero: el ejemplo suministrado por la *Psicología* de Maximilian Beck, en cuya traducción tuve parte yo mismo. Editado en Holanda en 1938 —es decir, en vísperas de la segunda guerra mundial— este libro que, sin duda, está llamado a revolucionar con su poderosa originalidad los estudios psicológicos, quedó inoperante en esa precaria y marginal edición, y hasta ahora no ha sido traducido al inglés, pese a que su autor vive y enseña —precariamente— en los Estados Unidos, y es de suponer que no haya dejado de procurarlo. Vertido, en cambio, a nuestro idioma desde hace ya varios años, comienza a producir su efecto, siquiera en el modo amortiguado que nuestro ralo ambiente cultural consiente.

Pero. . . precisamente ahí aparece el punto débil. Si los esfuerzos realizados en España para acompasar la vida universitaria del país a la marcha de la producción científica universal fueron, aunque titánicos en verdad, de resultado sólo mediano, y dieron a la postre en quiebra, ¿qué no ocurrirá en Hispanoamérica, con una menor densidad social y estructuras mucho más laxas? Si en la Península casi todo dependía de individualidades y apenas nada de la organización institucional, ¿qué no será en América, donde esa organización es poco menos que inexistente, y las individualidades, por alta que su calidad sea, están privadas de la autoridad prestada por la asistencia moral de un cierto ámbito público? Basta un cambio político

que desarticule el sistema de las relaciones personales, una pequeña contracción de la industria editorial, un soplo en fin, para que todo el castillo de naipes se derrumbe, y este intelectual vuelva a hallarse, tras un decenio de esfuerzos agotadores, como el primer día de su emigración, pero con los diez años más a la espalda, gastadas las energías, y muchos de los estímulos iniciales desvanecidos.

¿Para quién escribe, pues, el universitario español que, a este lado del Océano, sigue cultivando su especialidad? Escribía antes, en principio, para todo el mundo; de hecho, para un grupo de colegas y estudiosos, interesados en el curso de su especialidad, con vagas referencias a grupos análogos de países extraños —vagas, por cuanto la posición cultural excéntrica de la humanidad hispánica hace que sólo por excepcional caso se aprenda nuestro idioma con propósito de intercambio científico o se traduzcan a uno ajeno nuestros escritos. En principio, escribíamos para todo el mundo; pero en la práctica nos veíamos reducidos a actuar sobre nuestro propio ámbito lingüístico y, dentro de él, sobre los pequeños núcleos interesados. Estos eran débiles en España, minúsculos en la dispersión americana; hoy están casi disueltos. En ésta como en tantas otras manifestaciones de la vida social, no van quedando sino individualidades sueltas, en una soledad que tal vez acendra su valor, pero que, al eliminar cualquier posibilidad de fecunda, continua y trabada cooperación, anula su eficacia.

Si es que el tono subjetivo de mi planteamiento me autoriza a ello, argumentaré con mi propio caso: he publicado en Buenos Aires un Tratado de Sociología que, para muchas cuestiones muy actuales, candentes incluso, supone nueva toma de posición y una puesta al punto. No puedo quejarme de la recepción que ha tenido; aparte la buena salida de la edición, el libro —y esto es lo que más importa— ha merecido estudios inteligentísimos, críticas certeras y reconocimientos cabales. Por eso mismo, por haber sido su éxito excelente, puedo mejor señalar lo que hay de insatisfactorio en su ventura; a su aparición, esta obra concebida y ejecutada dentro de las tradiciones escolares de la ciencia sociológica no halla el ambiente que le sirviera de supuesto y punto de partida, o no lo halla en las condiciones de plenitud apetecibles: discusiones de cátedra, de seminario y de revista especializada, polémica científica alrededor de él, —pudiendo afirmarse que el eco suscitado por su

contenido se debe más a aquello que la obra tiene de libre y anti-escolástica, de heterodoxa respecto de la ciencia, que a venir encajado en las tradiciones de ésta. Lo inerte, rutinario, traslaticio y mecánico de la vida intelectual —que podrá ser intrínsecamente inferior, si se quiere, y hasta en ocasiones embarazoso, pero que constituye el elemento estabilizador, conservador y orgánico de la actividad intelectual socializada— ha faltado casi por completo en torno suyo.

En este ejemplo —que me he atrevido a aducir no obstante ser propio porque, siéndolo no herirá susceptibilidades de nadie— se muestran varios rasgos comunes a toda la producción de tipo académico tal como entre nosotros se desenvuelve. Es tan deleznable —puede concluirse— nuestra organización científica, y ha llegado por último a un estado de tan avanzado deterioro, que se sostiene poco menos que exclusivamente —claro que, acá y allá, se señalan excepciones— sobre la base inadecuada de la actividad editorial que convierte al hombre de estudio en afanoso ganapán, y de una comunidad entre ellos mantenida por inconsistentes relaciones de buena voluntad, que cualquier urgencia momentánea mediatiza, diluye o liquida.

VEAMOS ahora qué ocurre con la obra del escritor libre, carente de preparación superior especializada o que prescinde de tales andaderas al manifestarse; con la obra del ensayista, del periodista. Una vez agotadas las posibilidades del tema "España: su ser y destino", ¿de qué hablará, y para quién?

Difícil parece que quien se expresa en español se resigne a no hacerlo para toda la extensión virtual del idioma. Desde Madrid se tenía la sensación de dirigirse a los cuatro puntos cardinales de su ámbito, y en parte esta sensación no era ilusoria. La antigua capital de la Monarquía, todavía centro político del núcleo más denso y numeroso de la lengua española, recogía e irradiaba los grandes movimientos y las grandes obras, no sólo sobre las provincias de aquel Estado, sino también sobre América, pese al prestigio de Francia que, a partir del siglo XVII, había mantenido durante el XVIII y el XIX una tónica muy superior, y de la que todos éramos feudatarios. El enfoque peninsular de los temas universales y los particulares temas españoles recibían de esa situación un prevalecimiento

y una gravitación que en cierto modo podía pasar y de hecho pasaba por natural. La guerra civil ha arruinado la hegemonía de ese gran centro colector y redistribuidor de las actividades intelectuales hispanas. Si para bien o para mal, no es aquí la cuestión. Varios centros en lugar de uno pudieran comportar inmensa ventaja; pero aquí no pretendo sino fijar hechos, absteniéndome también de vaticinar el futuro: por el momento, España es campo yermo para todo lo que no sea, o mera erudición, o una espiritualidad intimista vertida en cauces líricos. ¿Habíamos de adaptar nuestro espíritu los españoles emigrados a los moldes locales de éste o el otro país, asumiendo en la emigración la misma actitud provinciana —engreída, sí; mas carente de verdadero aplomo: provinciana— que hoy prevalece también en el viejo solar?

Aunque muchos de entre nosotros, mentalmente, lleven —a la manera de almas en pena, alrededor de las ruinas del viejo castillo— una existencia llena de gemidos nostálgicos, y no falten quienes hayan convertido el destierro en incesante peregrinación sin dar en playa donde sentar sus reales o árbol de donde ahorcarse, todos, puesto que sobre la tierra estamos, estamos en alguna parte, en algún país desde cuya perspectiva se nos muestra el conjunto. Y si —caso el más frecuente— ese país es uno de los que en América hablan español, la comunidad de cultura fundada por el idioma ofrecerá probablemente a ese intelectual emigrado posibilidades de un nuevo desarrollo para su pensamiento a partir de las concretas condiciones del medio ambiente en que ahora trabaja. Es necesario comparar su situación con la de aquellos colegas suyos que fueron a establecerse en los Estados Unidos o se quedaron en Inglaterra, en Francia, es decir: en dondequiera sean y deban ser a perpetuidad refugiados extranjeros; es necesario tomar como punto de referencia el confinamiento espiritual en que éstos se hallan estancados, dentro de una estrechísima "colonia" cuya comunicación con la actualidad histórica es sólo a través de otro idioma y mediante el complejo cultural de una comunidad extraña, para darse cuenta del valor que dichas posibilidades tienen. De manera curiosamente análoga a la de quienes viven en el secuestro de España, los intelectuales acogidos a tierras de otro idioma han de aplicarse a la evocación, a la erudición, o escapar por las vías de un desligado subjetivismo, sin salida al mundo. Las tiene, en cambio, el que vive en Hispanoamérica,

con sólo apoyarse sobre los elementos de la comunidad local, abierta para él hasta cierto punto, y desde cuyo seno puede hacerse oír, puede actuar en alguna medida como hombre de pensamiento. En seguida veremos con qué limitaciones.

La dificultad estribará, por lo pronto, en su acomodación psicológica, desde los términos absolutos de nuestra actitud frente a la realidad histórica, hasta los muy relativos con que al presente hemos de enfrentarla. Ya aludí a la tradicional dilucidación del problema "España: su ser y destino", cuyo tratamiento obsesivo he procurado explicar —pues muestra muy precisas determinaciones histórico-culturales— en varios de mis escritos, y cuyo nudo quedó cortado por la guerra civil. Esa guerra fué una colosal y trágica orquestación del tema, y su demostración por la prueba del hierro y el fuego: la causa española, España, irrumpió de golpe en un orden mundial del que era arrabal inerte, para perturbarlo y plantearle al Occidente su cuestión moral en términos tan perentorios, tan obstinados y violentos, que se haría para él cuestión de vida o muerte, de salvarse o condenarse. Si desde entonces el Occidente hiede en corrupción y padece atroces tormentos, este destino se encuentra lejos de ser ajeno a la decisión que —turbia, solapadamente y contra conciencia— impuso a aquel conflicto.

Después de él, acomodarse quien se debatiera en su vórtice a considerar desde circunstancias hispanoamericanas el espectáculo de un mundo que parece haber eliminado de una vez para siempre el aspecto moral de todas las cuestiones, resulta, no ya difícil en extremo, sino hasta cómico, irrisorio. Pero. . . éstas son condiciones que no nos afectan en particular a nosotros; pertenecen a ese mundo, en el que hemos de seguir viviendo, puesto que no se nos ha dado opción, y sobre el que debemos continuar actuando según nuestro leal saber y entender.

Por lo tanto, no quiero referirme a la limitación, tan brutal como ineludible, constituída por la realidad del presente histórico; me refiero a otras que dimanan de nuestra situación especial, como escritores españoles, ensayistas, periodistas, emigrados en América. Casi todas, y desde luego las más considerables, se remiten, directa o indirectamente, a la vigencia de los sentimientos nacionalistas; a la vigencia de sentimientos nacionalistas en los lugares donde vivimos, y a la vigencia de sentimientos nacionalistas en nuestro propio corazón de espa-

ñoles. Tan hondo han penetrado por todas partes las concepciones del nacionalismo que —pudiera decirse, como se dice del bacilo de Koch— todos estamos inficionados del mal, —mal, y no pequeño, es una ideología cuando han desaparecido ya los supuestos para un progreso basado sobre ella, y sólo le resta la nociva eficacia de las supersticiones... Con ésta tropezamos ahora a cada paso y, si no nos vigilamos, aun quienes tenemos la firme convicción de que constituye un dañoso e injustificable prejuicio nacido de condiciones pretéritas, caemos y volvemos a caer en su trampa; pues, desde fondos subconscientes, tiñe incluso nuestras mejores intenciones. Así, por ejemplo, cuando se hace mérito de la generosidad con que tal país ha acogido a los españoles, o éstos se quejan de la escasa hospitalidad de tal otro (quizás del mismo) ¿no parece apuntar en ello un cierto rasgo ridículo? Asume ahí de pronto el simple particular actitudes benévolas de huésped acogedor, con un alarde magnánimo apenas razonable —elegante, nunca— en el autócrata dueño del Estado y de sus leyes que en cualquier momento pudiera, no ya haber negado la entrada al súbdito extranjero, sino también expeler de sus dominios a ese mismo ciudadano particular que tan oficiosa como gratuitamente se pone a hacer los honores de la casa. Y si las atenciones que cada uno pueda haber recibido, los obsequios, los beneficios, se atribuyen como es de razón a la estimación, la simpatía o la amistad de las personas que en efecto los dispensan, y sólo por una vaga figura de dicción "al país", ¿cómo acusar a éste, en cambio, de las dificultades, inconvenientes o tropiezos que uno pueda haber sufrido?

Pero es grato sentirse protector a tan nula costa, y, en la desdicha, consuela el tener de quien quejarse: casi indomable resulta la propensión de la gente a satisfacerse mediante pequeñeces tales, inocentes para sí y un tanto ofensivas para quienes las oyen, como que descansan en el supuesto inhumano de las contraposiciones nacionales. Españoles hay que, forzados a vivir fuera de España, proclaman, sin embargo, muy convencidos, la superioridad intrínseca de su triste patria —con mayor lógica, tendrían que juzgarla cruel e inicua—, en detrimento de los demás países: perciben para el propio las relaciones concretas de que su personal infortunio dimana, y a éstos los condenan en bloque, sin discriminación, y tal vez sin mejor causa que ese mismo infortunio, tan ajeno a ellos después de

todo. Y es que aun la universalidad simbolizada por España en la hora de la guerra civil como sujeto de una absoluta demanda moral, proviniendo como provino de la rebusca apasionada de la "esencia" española, presentaba una proclividad hacia el nacionalismo, es decir, hacia la más cerril negación de lo universal. Dignidad irritada y un despecho muy comprensible explican la chocante agresividad nacionalista que, en este punto, hace reaccionar a muchos emigrados españoles, cualquiera sea su expresa y confesa ideología, como verdaderos fascistas.

Mas deberá reconocerse que, en gran medida, esa reacción viene provocada por el nacionalismo que deben enfrentar en la emigración, tan inconsciente casi siempre como el suyo, pero que, aun así, introduce un factor venenoso en las dificilísimas condiciones de quienes, hombres adultos y formados, iban a rehacer sus vidas en un nuevo ambiente, donde, al irrumpir, desplazarían el volumen de individualidades pujantes con frecuencia y a veces poderosas. La circunstancia de ingresar a países poco densos y en curso de crecimiento no bastaba, con ser muy favorable, a eliminar por completo los rozamientos y fricciones de toda índole que su incorporación hacía, no previsibles: inevitables; y el complejo mental raíz de los sentimientos nacionalistas añadiría virulencia a cada pequeño conflicto individual, amargura a cada penuria, al recargar la mínima discordia con el bagaje solemne de bandera, himno, héroes y mártires, padres de la patria, rotas cadenas, glorias pretéritas, soberanía inalienable, etc., etc. ¡Si la cortesía los trata de gratos huéspedes! ¡Qué no será cuando medien intereses opuestos, competencias, diferendos, envidias, resquemores privados o enconos políticos, cuando surja alguna colisión, algún antagonismo, c cuando, sin eso, sufran menoscabo de sus labios los tabúes colectivos que, por lo común, cubren y salvan el resentimiento deparado a cada uno de nosotros por las frustraciones de su vida! Una declaración de "huésped ingrato" amenaza fulminarlos en cualquier momento.

Ese amago afecta en mayor proporción al escritor, cuyo oficio se ejerce en la publicidad y que, de un modo u otro, deberá tocar registros de la vida pública, hurgar en las zonas sensibles; y si la ancha comunidad del idioma y la indeterminación del público le permiten soslayar el riesgo, la mezquindad de la posición social reservada al oficio literario, sus parcas o

aun míseras retribuciones, sus gajes lamentables, imprimirán en cambio un sello de extrema sordidez a aquellos pequeños conflictos de interés que suelen suministrar ocasión a la tacha de extranjería. Pero lo que más importa es esto: carecerán de soltura y aplomo para abordar los temas concretos relativos a la comunidad, y sólo mediante una gran circunspección se acercarán a ellos. La crítica de costumbres, acontecimientos, hechos e ideas —para no hablar de los problemas políticos litigiosos— apenas estará a su alcance; tendrán que acometerla en forma indirecta, disparando acaso por elevación al apuntar sobre objetivos distantes con discursos muy abstractos dirigidos a un público también indeterminado.

Lo notable es, no obstante, que si el escritor español en América se cree cohibido y obligado por sus antecedentes de emigrado político a una reserva, a un lujo de precauciones que hacen sibilinos, reticentes o vagorosos sus escritos, no tienen más aguzada punta ni agarran con mayor brío la realidad inmediata los escritos que, junto a los suyos, publican intelectuales del país, a quienes no amenaza el palmetazo, castigo de intrusos. ¿Qué ocurre, pues? ¿Tal vez pesan sobre éstos inhibiciones análogas? —Pienso que, en cierto sentido, sí; que ese nacionalismo desaforado, causa activa y pasiva de serias limitaciones a nuestra labor, limita igualmente la de cualesquiera escritores, como síntoma que es, en su propio exceso, de la general descomposición que desconcierta a todo el mundo. ¿Quién está hoy libre en él de posible falla a los ojos del perfecto patriota? El uno, porque es judío, y basta; el otro, por su apellido extranjero; aquél, por haber nacido en la línea de la frontera, o haberse educado en Europa; aquél otro, porque tuvo un tiempo veleidades socialistas, o porque sirvió a la oligarquía y al capitalismo internacional; el de más allá, porque es hermano de Fulano, o porque él mismo, en tal emergencia. . . En resumidas cuentas: todo el que no sea un resuelto partidario del gobierno atrae la sospecha de pertenecer, dentro de la nación, al partido nefando e impreciso de la anti-patria; y, a la espalda de cualquier gobierno, todavía habrá nacionalistas frenéticos para poner en cuarentena el patriotismo de las propias autoridades oficiales, mientras que, por doquier, grupos hostiles entre sí se disputan su monopolio. Si hasta —¡broma parece!— los comunistas alardean ahora de un puntilloso celo patriótico. . . Debajo de todo esto ¡qué enorme falsificación!

Y, lo que es evidente, ¡qué destrucción profunda de la concordia civil!

Sí: bien mirado, las interdicciones que pesan sobre el escritor español en exilio no le son peculiares; menores que las sufridas por sus colegas en España, pesan también sobre todos los demás escritores. Pues —bien mirado— *todos los escritores viven hoy en exilio,* dondequiera que vivan. Con unos amigos repasaba yo hace poco una colección de la memorable revista *España* que aparecía en Madrid allá por los años de la primera guerra mundial, y, considerando sus artículos: "¿Dónde —nos preguntábamos— podrían publicarse hoy en día cosas tales y en un tono semejante?". Y, sin embargo —señal notable— no lograba evitar uno que aquellas cosas tan vibrantes y audaces, leídas ahora, le parecieran al mismo tiempo demasiado ingenuas... ¡Ay, cuanta experiencia histórica ha echado sobre nuestros hombros esta década!

Puesto que no hemos sido abrumados por su peso, nuestra misión actual consiste en rendir testimonio del presente, procurar orientarnos en su caos, señalar sus tendencias profundas y tratar de restablecer dentro de ellas el sentido de la existencia humana, una restaurada dignidad del hombre: nada menos que eso. Y eso, en medio de un alboroto en que apenas si nuestro pensamiento consigue manifestarse, ni hacerse oír nuestra voz. Pues si nos preguntamos: ¿Para quién escribimos nosotros? Para todos, y para nadie, —será la respuesta. Nuestras palabras van al viento: confiemos en que algunas de ellas no se pierdan.

VOY a referirme por último al escritor literario, al autor de ficciones poéticas, cuya orientación es, sobre todo, hacia el valor estético. Habrá quienes supongan que, para esta clase de escritores, cuya obra libérrima depende tan sólo de la propia virtud creadora, es menor o nulo el problema planteado por la expatriación, ya que, de una parte, ésta le propone experiencias que, en principio, pueden servirle de estímulo tanto como de rémora, y, por otra parte, tiene la fortuna de escribir en un idioma que se extiende por el mundo mucho más allá de las fronteras políticas del Estado español. El hecho de que su mensaje se dirija como se dirige, a las zonas íntimas del sentimiento, a la imaginación sin fronteras, y eso mediante los recursos del lenguaje común; de que te hable a ti, directamente, con las

palabras de todos, parece apoyar esa opinión: el salto de lo concreto hasta lo universal está exento ahí de la servidumbre a instancias intermedias.

Mas la cuestión no resulta tan simple. Si —según hemos visto— el escritor que, como ensayista, como crítico de costumbres, como periodista, maneja discursivamente los elementos que encuentra dados en la realidad histórica presente, se ve trabado por las brutales alternativas en que esa realidad se descoyunta y, en particular, por el hecho de haber sido desconectado del plexo social originario, también, aunque sutil, la invención literaria se cumple y ha de cumplirse bajo el supuesto de un cierto ambiente, y sometida a las condiciones que éste le impone. El literato, el poeta, produce, es cierto, a partir de su personal genio; pero este impulso propio requiere ser realizado sobre la base de unos materiales de experiencia con los que se relacionará, no sólo el contenido concreto de la obra, y no sólo el grado de su logro estético, sino incluso la posibilidad misma —posibilidad espiritual, tanto como material— de ejecutarla. Pues bien, consideremos de nuevo las condiciones del escritor emigrado, para referirlas al caso del creador literario, desconectado —desgajado, pudiera decirse, por la violencia y la brutalidad del tirón que lo separó— de la comunidad donde se formara, y privado casi por completo del público español, al que con dificultad y mediatización llegan sus escritos. El fondo de realidad concreta en función del cual escribía, le ha sido, pues, arrancado, con la doble consecuencia de cortarle, a un tiempo mismo, las incitaciones connaturales para su producción y el destinatario a que en primer lugar tenía que dirigirse. Artificioso sería separar estos dos aspectos: son las dos caras de una situación, y ambas se remiten al mismo hecho; pues si el escritor fué desgajado de España, España fué desgajada de él por el mismo golpe de destino. Y como quiera que la vida no se detiene, y el hombre cambia de continuo, y la historia prosigue, al seguir él viviendo fuera del país, el país sin él, llegan con el tiempo a extrañarse recíprocamente, —y empleo aquí esta palabra, "extrañarse", de modo ambiguo, con el doble sentido de echarse en falta y de hacerse ajeno y sentirse tal.

Distinto, y muy distinto al nuestro, es el caso normal del escritor que, por particular decisión, se expatria, toma distancia, corre mundo, vive aparte y, luego, al volver, se encuentra con que han mudado las cosas —nunca las cosas cesan de

mudar— y, en seguida, al reflexionar sobre sí mismo, descubre que él también ha sufrido entretanto mutaciones que lo alejan, no de las cosas tal cual ahora son; más aún: de las cosas, como eran y las recuerda en su anterior estado. No hay en esto anomalía, ni daño, y tal vez haya una gran ventaja en cuanto a la formación del escritor, afinada y completada siempre mediante el fecundador viaje al extranjero, que le proporciona nuevas perspectivas y que, aun en el supuesto de ausencia indefinida, le permitirá ligar su creación a ese fondo de vivencias, pretéritas sin duda, pero no tanto que deba contemplarlas como clausuradas y caducas, pues en todo instante se promete cierta reanudación en un eventual regreso. Nosotros, en cambio, ¿qué hallaríamos de nuestro pasado, de nuestra España? —No mucho más que la tierra y el cielo, y los testimonios inertes del pasado. Nuestro alejamiento ha sido episodio de una cesura en la continuidad nacional que, si arrancó de cuajo a los escritores que emigraron, fué en ocasión de operar el país transformaciones tales como para que los otros, los que allí debieran quedarse, no sufrieran menos violenta alteración en sus condiciones de trabajo, sometidos a un estado que, haciendo indeciblemente precarias las expresiones de la originalidad creadora, la fuerza a observar mayores cautelas, precauciones y casi esterilizadores recaudos, que terminan —y es comprensible, es inevitable— por morder en el ánimo más templado y torcer la más lúcida mente, o silenciarla. Esta situación, que es, con todo, la situación actual de su país, el escritor exilado ni la ha vivido, ni la padece en su propia carne.

Y sin embargo esa situación ha estado gravitando funestamente hasta ahora sobre su actividad literaria, y no ya en manera defectiva, por el vacío del alejamiento en que lo tiene, sino también de muy positivo modo, por el factor de beligerancia que, ingerido en sus disposiciones creadoras, las desvía, sistematiza y disminuye (puesto que toda beligerancia compromete a renuncias y, así, constriñe a una mayor o menor estrechez mental), sin que le sea dado, no obstante, asumir otra actitud. A más de las razones generales, razones muy específicas de vocación y profesión inducen al literato, al artista, a cualquier especie de intelectual a rechazar las exigencias de esa realidad opresiva a que, por feliz infortunio, su emigración le ha substraído, y mantenerse frente a ellas. El hecho mismo de su emigración sitúa ya, quieras que no, al más contempla-

tivo y prescindente temperamento en una postura de efectivo beligerante.

Todo junto, el corte brusco, el trasplante a circunstancias vitales cambiadas, y, en fin, esa cerrada beligerancia que no hemos buscado ni querido pero que vino, impuesta por el curso de los acontecimientos, a imprimir un sello tan indeleble como arbitrario sobre la personalidad real de cada uno de nosotros, ha tenido, pues, el efecto de someternos a una especie de fijación, tanto más funesta cuanto que, aferrados a un punto del pasado —a saber, el punto crucial de la guerra en que culminara el problema español, adquiriendo proyecciones universales— un mundo que se había hecho flúido, vertiginoso, nos inundaba y golpeaba sin afectarnos a fondo. Nuestra existencia durante el pasado decenio ha sido pura expectativa, un absurdo vivir entre paréntesis, con el alma en un hilo, haciendo cábalas sobre la conflagración mundial, escrutando el destino que para los españoles prometía su deseado desenlace, y esperando de la gran catástrofe aquella restitución que España merecía. Menester ha sido que se pudran aun las más obstinadas esperanzas para que, desprendidos del punto de nuestra fijación al pasado (*pasado* era, irremisiblemente, con restitución o sin ella, la España por la que se suspiraba, aun cuando el anhelo la transfiriese hacia el futuro; *pasado* sus motivos, sus temas, su tono, su tiempo), para que desprendidos de ese pasado, digo, se nos haga presente ahora la urgencia de que nos recobremos, vuelva cada cual en sí y sean dilucidadas con entera claridad, a partir de la verdadera situación, las perspectivas de cumplimiento que restan a nuestra vida de escritores; lo que, en último término, equivale a examinar el actual estado y posible desarrollo de la literatura española en su conjunto.

Y no es ¡en modo alguno! que lo hecho en el interín deba considerarse perdido para ella, ni como obra, ni como experiencia. Muy al contrario: dentro de lo que se ha escrito y publicado desde la guerra civil hasta aquí hay piezas de calidad excelente. Sin contar la producción de aquellos escritores cuya personalidad estaba ya formada y que han proseguido completando su previsible trayectoria según la manera que los define como si nada hubiera ocurrido que pudiese perturbarla, y de aquellos otros que acusan diversamente, pero sobre todo mediante una suerte de paralización, el impacto de los aconte-

cimientos, algunas voces líricas han venido a hacerse oír —dentro de España, por su mayor parte, pero no exclusivamente allí— que prometen nuevos nombres a la historia literaria, mientras que el ensayo, la prosa discursiva, obtenía fuera, bajo al acicate de la situación, agudeza, frondosidad y muy notable altura; algunas novelas, allá y acá, han aparecido sin constituir un fenómeno literario decisivo; y tampoco el teatro lo ha aportado: el único estreno sensacional ha sido —significativamente— el de una obra póstuma de García Lorca. Cualquiera que sea el valor de cada una, son en suma producciones genuinas (y habría que agregar a ellas, todavía, cierta cantidad de libros de recuerdos, autobiografía, recapitulación de un pretérito que se clausura, además de los muchos frutos no desdeñables del ejercicio crítico). Alrededor del núcleo de positiva creación, pero sin que pueda establecerse —nunca se puede— una tajante divisoria, diversos géneros registran insípidos retoños, a veces detestables, de una tradición que el gran golpe de la guerra civil había cercenado, evocaciones de una realidad que ya no lo es, pero que quisiera prolongarse en los blandos brotes del recuerdo, sin dimanar de una experiencia propia, sin necesidad interior ni destino, como mera, gratuita excrecencia, cuando no subproducto de un subproducto para el ínfimo recreo de almaceneros nostálgicos. Pero esto, que puede interesar al sociólogo e iluminar tal vez cierto cariz de la verdadera literatura, poco tiene ya que ver con ella, y nada con su futuro desarrollo. Sirve tan sólo para evidenciar mediante un trazo burdo lo que en términos generales vale para toda la literatura española de esta etapa última: que apenas si refleja, refugiada en manifestaciones de tono intimista, o evadida hacia fantasías remotas, la realidad de estos años rebosantes, pletóricos, que nosotros hemos vivido entre paréntesis, —y entiéndase que al hablar de reflejo de la realidad no me refiero tanto a los acontecimientos como a la atmósfera correspondiente y a todas sus implicaciones intelectuales, morales, culturales.

El problema, pues, consiste en cómo retomar ahora en nuestras manos, digerida tan terrible experiencia, la dirección de nuestra propia vida de escritores, tal cual ésta se nos da, dentro de circunstancias cuyo marco no podemos alterar, pero sobre cuyo fondo debemos actuar con los medios que nos son peculiares; es decir, dentro de las circunstancias de la emigración, y asiéndonos a ellas con toda resolución y energía; pues la

emigración pertenece de lleno, lejos de ser un accidente inconsiderable y accesorio, al destino de la literatura española como le pertenece —lo que no es sino la otra faz de ese mismo destino— al cautiverio de España; pues si hay una llamada España peregrina es, precisamente, porque hay una España cautiva.

En orden a la producción literaria, esto significa entregarse a ella con plenitud espiritual, y no postergarla o bordearla en nostálgicos ejercicios más que a otra cosa destinados a hacer tiempo; significa afrontarla con seguro aplomo desde el estricto presente, y alimentarla con los jugos de ese presente en que el escritor vive, puesto que es la forma que éste le impone lo que presta aptitud literaria a una materia, y no las cualidades intrínsecas que ella pueda tener; en una palabra, ponerse a la obra, y crearla en la única manera que una obra poética puede crearse: con aceptación de la experiencia que la vida ha querido proporcionar al artista, en vez de echarla a un lado como irrelevante, como inexistente, a cambio de anhelos ideológicos y vagas evocaciones sobre los que sólo cabe construir falsificaciones "literarias", literarias en el sentido peyorativo con que la palabra se emplea a veces.

Y conste que no estoy postulando con lo dicho —muy enojoso sería que se entendiera así— especie alguna de realismo; lo que sugiero para nada afecta a criterios estéticos, ni tiene que ver con "temas", "asuntos", "ambientes", "tramas", etc. Es algo previo a decisiones tales; señala hacia la actitud del escritor frente al mundo, al necesario estado de apertura de su corazón y de su mente, agarrotados hasta ahora, en mayor o menor medida, por el traumatismo de la guerra civil que, obturando la natural fluencia de su espíritu, desvió y dispersó su curso en un terrible desperdicio de capacidades creadoras. Se dirá acaso que son muy cuestionables generalizaciones como ésta en asunto tan dependiente de factores individuales; que muchos poetas, muchos escritores, cualquiera sea su vena, podrán exclamar: "Nada de eso va conmigo; yo sé lo que hago, y nadie ha de decirme ni lo que debo ni lo que puedo hacer, ni cómo". Y quizás una generalización así no sea, en efecto, sino pudorosa vestimenta del problema particular de uno. Mas, con todo, ¿quién no percibe en alguna proporción, de algún modo, desde algún ángulo, en cuanto situación personal, esas mismas condiciones generales aludidas? ¿Qué escritor español no padece el deterioro de la España actual? ¿Su estrechez, su

asfixia? Los ha habido que se expatriaron pasada la guerra, sin que en su arte de poetas líricos ni en sus personales circunstancias de funcionarios docentes les amenazara detrimento directo por parte del régimen; y tampoco faltan inverosímiles partidarios de éste que se mantengan igualmente fuera, en una incongruente emigración con que desmienten sus oficiosas loas. Pero, fuera, ¿qué escritor no padece, en cambio, las restricciones inherentes a su ausencia?

De nada vale cerrar los ojos a la realidad, y prescindir de ella, borrarla en la imaginación; pues tan arriesgada pirueta no se puede cumplir sino a costa de eliminarse también uno mismo; equivale al suicidio. Si no deseamos incurrir en él, si hemos de intentar salvarnos salvando la continuidad de las letras españolas, tenemos que ponernos a elaborar literariamente las inmediatas cosas que la realidad en cuyo centro nos hallamos instalados ofrece a nuestros ojos; cosas inmediatas, o lejanas vivencias, o fantasías, o puros elementos de la subjetividad —que de eso nada se prejuzga aquí: los procesos de elaboración artística sólo en vista de sus resultados estéticos pueden valorarse—, pero, eso sí, en todo caso desde el centro mismo de la más rigurosa y concreta y tensa conciencia de actualidad.

Esto, en cuanto a la producción literaria. Y si para tal aspecto principalísimo de la actuación del escritor se predica una resuelta aceptación de las circunstancias ¿qué no procederá predicar para lo que se refiere a la política literaria?

No olvidemos, por lo pronto —algunos tienden a olvidarlo— que ambas Españas, la peregrina y la cautiva, la fugitiva de sí misma y la aherrojada en sí, se anhelan recíprocamente, víctimas de un mismo destino. Olvidarlo, pudiera ser fatal para todos, y quizás antes que para nadie para nosotros, los emigrados, que, desde cierto punto de vista somos los fuertes, los afortunados, los privilegiados, pero desde otro, en nuestra calidad de "especie a extinguir", sin posible prole independiente, somos horriblemente débiles; y, sobre todo, fatal para el porvenir de las letras hispanas, porque ello supondría la perduración de una beligerancia extendida por insensatez, no contra lo que la merece, y que es ajeno por esencia, opuesto, a la literatura, sino contra España entera y cuanto allí alienta y quiere vivir, y por querer vivir es fraterno a cuanto quiere vivir

en nosotros mismos; y porque, abusando de la ventaja de nuestra suerte, dotada de la pura, imbatible e inmarcesible virtud de las causas perdidas, y favorecida además con mucho mejores posibilidades de desenvolvimiento espiritual, acrecentaría resentimientos, dañando así a quienes debieran lastrar con su peso el alma. Piénsese que las perspectivas de actuación sobre la realidad práctica que nuestro oficio de escritores nos proporciona están ligadas a un tácito entendimiento de los espíritus más finos, acá y allá, de los mejores ingenios; a una solidaridad en compartidos valores; a la postulación de algo que, por encima de lo litigioso, litigue de otra manera, e indirectamente luche contra la sordidez mental en que España (aunque no sólo ella) yace, por haber recaído, no en iletrada condición —lo iletrado tiene, por virginal y bronco, su peculiar grandeza— sino en el corrupto dominio de la pseudo-literatura flatulenta y del pensamiento pensado y requetepensado, desenterrado, apócrifo, cuyas concomitancias oficiales intimidan toda expresión genuina. Círculos estrechos y exclusivos de entendimiento tienen que fundar el rescate espiritual en una acción combinada de dentro y de fuera, con ostensible prescindencia —casi diría: con desconocimiento insolente de cualquier consideración, hacia fuera o hacia dentro, ajena a los propios intereses del espíritu, del pensamiento, de las letras. Pues claro está que las actitudes de cortesía diplomática en nuestras recíprocas relaciones tendrían el deplorable efecto de añadirle al falseamiento —en este campo, especialmente nocivo— que toda diplomacia implica, una cierta nota de afectación, ridícula tras del sangriento hartazgo.

Queda el problema del acceso hasta el público. En verdad, no es éste —como acaso parezca— problema secundario o ulterior: lo que se escribe está siempre escrito con vistas a un lector, desde el individuo destinatario de una simple carta hasta el impersonal y retórico "lector amigo" de los viejos prólogos; aspira a un ámbito de resonancias que, de antemano, en la representación del que está escribiendo, contribuye a configurar el mensaje en busca del más atinado ángulo de incidencia. No se escribe igual, como es notorio, cuando ello ha de pasar por una censura cuyas miradas se conocen y cuyos criterios se calculan, que cuando puede encaminárselo libremente en procura de afinidades, curiosidad o simpatía en la incógnita mul-

titud; ni cuando prevalece un ambiente social, que cuando es otro el que domina. De modo consciente o inconsciente, el escritor se atempera; rechaza unos asuntos y se acoge a otros; elige sus puntos de partida, establece el sistema de sus referencias y decide el sesgo de presentación de su tema, según las características de su público. No se pida para escribir una libertad omnímoda, porque libertad omnímoda nunca la hubo ni puede darse, ni si pudiera constituiría probablemente el mejor estímulo del arte; cuando no sea el aparato oficial quien lo cohibe, el ambiente público le impondrá sus propias limitaciones. Pero si éstas, cualquiera sea su origen, pasan de la raya, el ejercicio literario, sofocado, languidece, sucumbe, y en esa raya estamos. Mas, de su esfuerzo por perdurar depende, en parte, que las barreras se relajen y cedan a su paso. Es lucha desigual la del espíritu; pero, como pasa con las luchas entre animales de especie diferente, esa misma diferencia proporciona al más débil la oportunidad de tácticas y defensas específicas, inimitables, que tal vez, eventualmente, lo hagan imbatible. Desde la literatura de cenáculo y catacumba —oscuridades de la forma, rigor extremo de las ideas, pueden constituir de por sí guarecidos conventículos, especie de conciliábulos sutiles— hasta la que busca la intemperie popular, toda una gradación de medios hay, que el escritor debe tantear sin desmayo para abrirse vías de acceso hacia núcleos de entendimiento cuya irradiación resulta, en principio, incalculable.

Que ese entendimiento tiene su natural comienzo en la angostura casi privada y doméstica de la vida literaria, con las relaciones entre colegas y el escribir como en clave para minúsculos grupitos, es cosa comprensible; de ahí hacia la más abierta publicidad, el camino resultará tan fácil o tan penoso como las circunstancias del medio impongan; pero el punto de partida no será otro. Y ahora que llegan de España —con sordina y por alusiones, en la letra impresa; claramente, en la correspondencia particular— algunos llamamientos patéticos de la generación más joven, grave sería que no supiéramos acudir a un diálogo sin duda espinoso y quizás, a ratos, amargo, pero cuyas tensiones crearían el ámbito de resonancias para una comunidad espiritual restablecida en la manera única que comunidades tales pueden darse hoy: como inteligencia fundamental de los mejores en un plano muy desligado de contingencias

prácticas inmediatas. Pues, no nos engañemos: el enrarecimiento que escandalizara y aterrara como súbita cerrazón de un cielo tormentoso sobre la Península, adelantaba una tendencia que trae sobre nuestro mundo tiempos tales como para haber de preservar con angustia e invisible heroísmo los signos del espíritu en una casi incomportable confabulación de almas solitarias, de obstinados y secretísimos anacoretas, disimulados entre las muchedumbres y retirados en medio de la ciudad, a la espera de ser descubiertos.

ESPAÑA CONTRA AMERICA EN LA INDUSTRIA EDITORIAL

TODOS los buenos ciudadanos de nuestros países de América se quejan con mucha frecuencia de que sus gobiernos ignoran los problemas nacionales y de que cuando al fin llegan a conocerlos, la acción oficial encaminada a resolverlos es tardía y torpe. Son menos ya los buenos ciudadanos que se animan a pensar que esta situación se corregiría en buena medida si en alguna forma pudiera crearse una corriente de opinión pública informada, justa y persistente. Pero son poquísimos los buenos ciudadanos que están dispuestos a dar a conocer las informaciones y juicios que puedan mantener la opinión pública a esa altura y con ese caudal que exige la vida sana de un país democrático moderno.

El relato que sigue tiene ese fin: informar a la opinión pública de todos los países de habla española del viejo pleito que han mantenido por casi diez años ya los editores latinoamericanos contra los editores y el gobierno de España. Los primeros han visto hasta ahora en esa lucha tan sólo una rivalidad mercantil, o sea, si puede subsistir en nuestra América una industria editorial y las de artes gráficas y del papel que le sirven de necesario apoyo; los editores españoles, y muy particularmente el actual gobierno de España, han reconocido desde un principio que además de los millones invertidos en esas tres industrias, en la lucha va de por medio reconquistar para España la hegemonía espiritual sobre América, hegemonía que perdió, por lo menos, hace cien años.

QUIZÁS la característica más señalada de la industria editorial de los países de habla española sea la de que ninguno de ellos ha sido, ni es, lo bastante populoso, culto y rico para ofrecer un mercado nacional que por sí solo nutra la impresión de libros hecha en una escala industrial: mientras el mercado interno de Estados Unidos consumía, hasta antes de la segunda guerra mundial, toda la producción librera norteamericana, y después de esa guerra el 93 por ciento, México consume sólo el 20 de los libros que produce, Argentina el 30 y España del 35 al 40.

Pues bien, España fué hasta 1935 el único país de habla española que imprimía libros en una escala industrial, y el único, en consecuencia, que contaba con el mercado de todos los países de habla española y aun portuguesa (Portugal mismo y Brasil). La producción librera de los países latinoamericanos, o no existía del todo, o estaba confinada dentro de los respectivos mercados nacionales, hecho éste que medía su insignificancia económica. De esta situación de producción restringida apenas si se exceptuaba en tres o cuatro países la impresión de los libros de texto para la enseñanza primaria, libros que, justamente por contar con un mercado amplio y seguro, se podían imprimir en escala industrial, es decir, imprimir en tirajes de alguna importancia, de manera regular, por métodos industriales y por empresas "capitalistas" (por hombres que invierten dinero para obtener una utilidad o beneficio comparable al que obtendrían en cualquiera otro negocio en la época y en el país de que se trata).

Aun cuando ese cuadro fué rigurosamente cierto hasta 1935, la verdad es que en algunos países latinoamericanos (sobre todo en Argentina, México y Chile) muchos factores venían de tiempo atrás obrando subterráneamente, como si dijéramos, para hacer posible una pronta transformación de una producción doméstica del libro a otra ya industrial, fenómeno éste, por otra parte, que ha ocurrido una y otra vez en muchas ramas de la actividad económica. Si bien plagada de defectos y limitaciones, en esos países existía de treinta a cuarenta años atrás una industria papelera moderna, parte de cuya producción era de papel para libros. En Argentina y Chile existía también desde fines del siglo pasado o principios del actual una industria gráfica bien equipada, y formada por empresas cuyos capitales llegaban en ocasiones a varios millones de pesos, y en México, menos opulenta sin duda como industria, las artes gráficas tenían una tradición que arrancaba de la primera imprenta introducida en el Nuevo Mundo. Los veinte o treinta años últimos del siglo XIX y los diez o veinte primeros del XX, fueron de un progreso material e intelectual sorprendente en todos los países latinoamericanos: así, entre otras cosas, estos países pudieron contar no sólo con capitales y elementos técnicos, sino con grupos intelectuales directores, alertas y de sólida preparación. En fin, la labor educativa diaria en países como Chile, Argentina y Colombia, y la tardía, pero muy vigorosa, de los gobiernos revolucionarios de México, acabó por crear grupos de lectores con que antes no se contaba.

Así las cosas, la guerra civil española de 1936, mientras asesta a la industria editorial española un golpe cuya plena recuperación exigiría largo tiempo, da a la latinoamericana la oportunidad de pasar

de una producción doméstica limitada a una industrial de mercado internacional. Mientras en España se dejan de imprimir libros casi de un modo absoluto desde julio de 1936 hasta diciembre de 1939, en la América se fundan las primeras grandes editoriales en 1936 y 1937, y después, hasta 1945, no dejan de surgir algunas tan importantes como las primeras, y muchas, increíblemente numerosas, de una importancia menor.

Se ha discutido mucho si esa guerra civil fué la causa del nacimiento y florecimiento de la industria editorial de la América Latina, o si fué, simplemente, la ocasión para que naciera y se desenvolviera. Por un lado, está la significativa coincidencia en tiempo que existió entrambos hechos; por otra, la guerra civil hizo emigrar a América a algunos intelectuales españoles que encontraron pronto acomodo como valiosos colaboradores de las nuevas editoriales hispanoamericanas; emigraron a América, asimismo, algunos trabajadores gráficos, pero, sobre todo, elementos directivos de la industria editorial española que se pusieron al frente de importantes editoriales americanas.

Contra esos hechos, de cuya gran significación no es posible dudar, están otros en los que poca o ninguna influencia pudo haber tenido la guerra civil española. Ni en la Argentina misma, en donde las empresas editoriales proliferaron de modo desconcertante, se dió el caso de un solo taller de imprenta fundado por exilados políticos españoles; lo mismo, exactamente, ocurrió en Chile, y en México, la única imprenta creada con capital y con personal de emigrados españoles, fracasó al año escaso de fundarse. Esto quiere decir que toda la industria de artes gráficas en que se apoyó la nueva industria editorial latinoamericana, existía íntegra antes, y que los nuevos talleres que se fundaron (varios en la Argentina y no más de tres en México) son de nacionales latinoamericanos. La fabricación de papel, y aun los negocios de importación de papel, no recibieron tampoco ninguna aportación especial de los emigrantes españoles. No escasearon tampoco intelectuales latinoamericanos que, como Victoria Ocampo, dirigían empresas editoriales desde antes de la guerra civil española, ni otros, como Luis Alberto Sánchez y Jesús Silva Herzog, que las dirigieron después; y son muy numerosos, por supuesto, aquellos que han servido como consejeros o asesores de empresas editoriales latinoamericanas: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Amanda Labarca, Francisco Romero, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, etc. La organización de ventas, particularmente la red de librerías de la América Latina, es en esencia la misma que existía en 1936, como que uno de los factores que a la postre limitaron el progreso de la industria edito-

rial latinoamericana fué precisamente ese: el mecanismo de venta no supo o no pudo crecer parejamente al de producción. El comercio librero, sin embargo, mejoró con la aportación del exilado político español, sólo que de un modo local o transitorio: dos o tres ensayos de grandes agencias distribuidoras para toda la América fracasaron después de un par de años de esfuerzo; en cambio, aparte de la fundación de algunas buenas librerías en Argentina, Chile, Bolivia y México, la distribución nacional del libro mejoró mucho, particularmente en Chile. Salvo la *Editorial Séneca,* fundada exclusivamente con capital de emigrados españoles, ninguna otra de la América Latina lo ha sido. A la inversa, a muy poco de iniciarse la guerra civil española, se organizaron en Argentina y en México empresas editoriales que aun cuando jurídicamente independientes, son de capital y de dirección netamente españoles, como había y hay dos de capital y de dirección norteamericanos; pero justamente por eso, no cabe considerar a esas empresas sino como extranjeras. Por otra parte, aun cuando es muy posible que sin la guerra civil la industria editorial española hubiera intentado y logrado lo que hizo la latinoamericana, es incuestionable que ésta supo darle a su producción un sentido tan acusado de modernidad, en la presentación gráfica y en la variedad y novedad de los programas editoriales, que en diez años el viejo libro español sólo podía considerarse como un antecedente histórico del latinoamericano. En fin, en la formación de los nuevos grupos de lectores latinoamericanos que ha hecho posible no sólo la industria editorial latinoamericana, sino la prosperidad de su rival española, nada ha podido tener que ver la guerra civil de España.

Difícil, como es, pronunciarse en asuntos complejos por una o por otra tesis; odioso, como es siempre, discutir la paternidad de una empresa o aun de una idea, de algo no cabe dudar: la industria editorial española y el gobierno español no se engañaron por un momento siquiera acerca de la verdadera naturaleza y significación de la industria editorial latinoamericana, pues la trataron como un rival desde un principio y con gran consistencia, según lo demostrará la parte siguiente de este relato.

En primer lugar, la industria editorial española había llegado a ser antes de 1935 una industria que, aun cuando muy a la zaga de las mayores (siderúrgica-naviera, vitivinícola, textil, aceitera, cítricos), no dejaba de tener significación económica bastante para mirarla con interés, pues su capital podía estimarse en unos 40 millones de pesetas. Como de costumbre, sin embargo, la importancia directa de una industria es una medida inadecuada de su plena significación. En el caso

de la que nos interesa, no sólo dependía de ella en buena medida la industria de artes gráficas (de por sí importante, pues representaba un capital estimado de 80 millones de pesetas), sino de un modo especial, y singularísimo de España, el gran monopolio de la Papelera Española (cuyo capital era de unos 300 millones de pesetas). Tan tenía para ésta significación especial la industria editorial española, que la Papelera era dueña (y es) de Espasa-Calpe, así como lo fué de empresas editoras de periódicos diarios como El Sol. Y la industria editorial española, quizás sobre cualquiera otra consideración, acabó por ser el único elemento de prestigio y de influencia de España en la América hispánica. Durante años de años los libros de la Colección Araluce ofrecieron casi las únicas lecturas infantiles a millones de niños latinoamericanos; la influencia, generalísima y preponderante, de verdadero astro, de Ortega y Gasset, sobre dos generaciones de intelectuales americanos, habría sido poco menos que nula de no haberse contado con medios de propagación tan eficaces como las publicaciones de la Revista de Occidente y de Espasa-Calpe; la historia misma de América, la remota y la reciente, igual la de un latinoamericano como Pereyra que la española de Ballesteros, se hacía e imprimía en España; y no digamos las versiones a nuestra lengua de los clásicos universales, de los clásicos españoles mismos y aun de los de nuestra América; hasta en el terreno de los libros técnicos y científicos (terreno cultivado por España con éxito poco lisonjero), los libros que había en nuestra lengua eran todos libros elegidos e impresos en España.

Si la industria editorial española tenía en 1936 la doble y grande importancia económica y política de que se ha hablado antes, a nadie puede extrañar ni alarmar que ni la industria misma, ni el gobierno español se conformaran con el bien morir de las heridas que la guerra civil le había infligido, y si se salvaba el momento de mayor peligro, tampoco se conformarían con la preponderancia, aun con la sola existencia, así fuera menguada, de su rival latinoamericana. Con no escasos recursos, con mayor experiencia y con un temperamento agudamente alerta y combativo, es notable la prontitud y el vigor del editor español para reconstruir y aun ampliar una industria de la que no parecían haber quedado sino escombros. Y no menos eficaz ha resultado la ayuda de un gobierno que además de contar para la acción con la inmensa ventaja de ser dictatorial, "totalitario", profesa sin ambages una filosofía de hegemonía espiritual (y política) sobre sus antiguas posesiones americanas. Por su parte, los editores latinoamericanos sólo

han contado en la lucha con la pujanza y el optimismo del inexperto, la frescura con que han acometido sus empresas, un conocimiento de las fallas de las viejas editoriales españolas y la bonanza que trajo consigo la guerra; pero todo lo demás les ha sido adverso: desde las comunicaciones (más difíciles desde América que desde España) hasta los gobiernos: muchos, sin coordinación, contra uno solo perfectamente unificado; de una organización democrático-liberal, o sea de una acción lenta e inconsistente; en fin una falta absoluta de comprensión y de sensibilidad para apreciar y defender los intereses de sus nacionales. No han sido tampoco favorables a los editores hispanoamericanos dos circunstancias especialísimas: por una parte, la de que el actual gobierno de Argentina (país donde radica el principal centro productor de libros de América) haya hecho un punto cardinal de su política exterior una amistad y un entendimiento completos con España, pues esto ha traído como consecuencia el que dicho gobierno vea con repugnancia cualquier reclamación o diferencia, y más si no es de primera magnitud; por la otra parte, la circunstancia de que México (segundo país productor) crea que debe (y puede) ignorar el hecho político real del gobierno de Franco simplemente porque mantiene relaciones oficiales con el gobierno republicano en el exilio.

Sirvan unos cuantos ejemplos para ilustrar la reacción vivísima de los editores españoles para eludir las peores consecuencias de la guerra civil. Esta, se recordará, se inició en julio de 1936; pues bien, escasos ocho o diez meses después, la agencia general que había mantenido por largos años en Buenos Aires, se transformaba en una sociedad anónima jurídicamente autónoma, Espasa-Calpe Argentina; en seguida iniciaba la publicación de sus propias obras, acometiendo desde luego programas editoriales ambiciosos, como la Colección Austral y más tarde el Diccionario Enciclopédico. La solución que con tanta prontitud adoptó Espasa-Calpe fué seguida por las casas españolas de mejores recursos: Juventud de Barcelona crea Juventud Argentina; Salvat, Gili, Aguilar, Sopena, crean filiales en América, o transforman de alguna manera sus viejas agencias. Así, las principales editoriales españolas no cesaron de trabajar casi un día de los aciagos de la guerra civil, puesto que operaban ya en las tranquilas tierras de América; dieron un empleo inmediato y remunerador a los fondos acumulados en América, fondos que, de situarlos entonces a España, hubieran sido confiscados, o, por lo menos, hubieran quedado inmovilizados; mantuvieron sin interrupción sus contactos comerciales y de crédito, evitando perder un mercado ganado con esfuerzo y tiempo; libres de muchas trabas tradicionales, el operar en el clima virgen de América les dió una iniciativa y una

libertad de acción que no habrían tenido nunca de haber seguido trabajando en España; al triunfar el franquismo, pudieron abastecer en seguida de libros el mercado español, y con las ventas logradas en él, recrear y aumentar el capital de las antiguas matrices; cuando surgieron las dificultades de divisas en España, pudieron ofrecerlas, por ejemplo, para adquirir con mayor facilidad derechos de traducción de libros extranjeros; en fin, cuando a las dificultades de cambio de España se han agregado las recientes de numerosos países americanos, han podido establecer sistemas de compensación entre sus agencias en esos países y las matrices de España y Argentina, organizando, de paso, un negocio de cambios bastante más lucrativo que el de venta de libros, sólo que también cobijado con el noble manto de la cultura. Que la decisión de los editores españoles de plantar un pie firme en América fué acertada y que otras circunstancias ajenas a su juicio y a su voluntad les favorecieron, lo revela el hecho de que las editoriales españolas que cuenta hoy en España y en América son las que ya eran importantes antes de la guerra civil; aun la Editorial Labor, en cuyo caso se sumaron a las calamidades de la guerra civil las de haber sido incluída por los Aliados en las listas negras, supo en alguna forma vivir del mercado español mientras concluía la guerra mundial para invadir a su término América con una pujanza todavía mayor.

LLEGADOS a este punto, no caben muchas dudas de que un lector suspicaz, o uno impaciente, podría preguntarse: si los editores españoles han logrado todas esas maravillas luchando contra la adversidad de una sangrienta guerra civil (y de un gobierno dictatorial, quizás agregaría el lector suspicaz), ¿por qué los editores latinoamericanos no las lograron trabajando, como han trabajado, en paz y en una época que fué en su mayor parte de gran auge económico?

En primer lugar, no se trata de que los editores españoles hayan logrado maravillas, sino de que a la postre se han desenvuelto mejor que los latinoamericanos, o si se quiere cargar un poco la mano pero sin llegar a la exageración extrema, se trata de que los primeros han hecho una hazaña y a los otros no les ha sido dable hacerla. En segundo, en esa aparente contradicción está todo el problema que se trata de explicar aquí. Y la explicación es bien sencilla: desde 1939, en que la guerra civil española concluye, hasta fines de 1946 (septiembre, para ser exactos), es decir, durante siete buenos años, los editores españoles contaron con su propio mercado nacional y con el de toda la América Ibérica, mientras que los editores latinoamericanos sólo con-

taron con el mercado iberoamericano y no con el español. O sea, que mientras durante esa larga época América recibió y pagó los libros españoles sin sujetarlos a ninguna condición o limitación, los libros latinoamericanos que se exportaban a España estaban sujetos a licencias de importación (que reducían arbitrariamente las cantidades importadas), a una censura política, religiosa y "moral" severísima, a limitaciones de publicidad o de exhibición en los escaparates de las librerías, y cuando algún libro lograba, por su calidad de inocencia excelsa o simplemente por buena fortuna, saltar por encima de todas estas trabas, y llegaba a una librería y se vendía, entonces, no se le pagaba al editor hispanoamericano. De fines de 1946 a la fecha, la situación no ha cambiado nada en favor de los editores latinoamericanos, pero no es tan favorable a los españoles como lo fué en los siete primeros años, porque la crisis de cambios que ha afectado a varios países de América durante los dos años últimos, les impide sacar sus fondos de América con la misma facilidad de antes. Aun así, la vieja situación de extrema ventaja para España y de decidida desventaja para Latinomérica, sigue siendo exactamente la misma en México, Guatemala, El Salvador, Cuba, Venezuela, Uruguay y Panamá, y en el resto de nuestros países, las dificultades que experimentan los editores españoles para obtener divisas son exactamente las mismas que experimentan los editores hispanoamericanos. En términos meramente económicos y numéricos, puede decirse que mientras el editor español ha contado durante diez años con el cien por ciento del mercado de los países de habla española, el hispanoamericano sólo ha contado con el 60% de ese mercado.

Tan es y ha sido esa la situación, que ni los editores españoles, colectiva o individualmente, ni el gobierno español, la han negado jamás... sólo que afirman no poderla remediar. En efecto, España ha sostenido que si tiene que limitar sus importaciones de libros y si los admitidos no se pagan con puntualidad o no se pagan del todo, se debe única y exclusivamente a que ha pasado y sigue pasando por una escasez de divisas tan apremiante, que las pocas que tiene debe dedicarlas a pagar importaciones tan esenciales, que sin ellas la economía toda del país se paralizaría... y se cita dramáticamente el petróleo como tipo de importación esencial.

Ni al editor latinoamericano más exaltado le ha cabido la menor duda de que España ha padecido una escasez de divisas muy grave, ni tampoco de que es obvia la imposibilidad de equiparar el apremio de disponer de libros y de petróleo; pero el editor más exaltado y el más manso de los editores latinoamericanos tienen muchísimas cosas que

decir antes de aceptar el argumento de España en toda su aparente veracidad.

En primer lugar, no es la restricción de pagos la única a la que ha estado y está sujeto el libro latinoamericano. Lo está, por ejemplo, por la censura, que usa un criterio tan amplio y tan errático, que jamás se ha llegado a saber con precisión por qué puede censurarse un libro y cuándo podría ser aprobado. Hay, además, licencias de importación que nunca se sabe si se aprueban o no, pues ni se fijan límites cuantitativos por países o por importadores, ni se sabe tampoco en qué orden se reciben, aprueban o desechan. Y hay una serie infinita, renovada todos los días, de disposiciones que son verdaderos trucos, todos ellos, naturalmente, encaminados a diferir los pagos hasta que el editor latinoamericano cae exánime, agotada su paciencia y sus recursos. Uno de ellos, que no por ser ignominioso es el peor ni el único, es éste: una vez que el Ministerio de Industria y Comercio aprueba la licencia de importación de una partida de libros, dándolo a conocer así al Instituto Nacional del Libro Español, pasa la solicitud aprobada al Instituto Español de Moneda Extranjera, el cual, al recibirla, notifica al editor latinoamericano, o a su agente en España, que tiene esa solicitud, y le da un plazo perentorio para depositar el equivalente en pesetas de la cantidad en moneda extranjera a que ascienda la licencia de importación; pero entre ese depósito y el momento en que el Instituto de Moneda Extranjera aprueba el traspaso de fondos y el momento en que éste se hace realmente hasta llegar el dinero a manos del editor latinoamericano, suelen pasar doce, dieciocho y hasta veinticuatro meses. Durante este plazo, no se falta a la verdad en un ápice si se afirma que el editor latinoamericano paga para que sus libros se lean gratuitamente en España. No hablemos ya de los artificios menores, como el de que el Instituto del Libro le asegura al editor latinoamericano que su licencia de importación, ya aprobada, está en el Instituto de Moneda, y que éste asegure que en cuanto la reciba la despachará, sin que pueda saberse jamás cuál de los dos organismos está mintiendo, o si son los dos, como finalmente concluye el editor latinoamericano.

Pero conviene examinar más de cerca la argumentación pura y simple de la escasez de divisas; poco esfuerzo costará entonces convencerse de que siendo real, se la emplea con gran eficacia como arma típica de competencia desleal. Desde luego, mientras faltan divisas para pagarle a los editores latinoamericanos, jamás han faltado para que el editor español adquiera la propiedad literaria de libros extranjeros, en competencia, desde luego, con los editores latinoamericanos, aun cuando, publicado ya el libro, han faltado después para pagar a los

autores sus regalías, ni tampoco han faltado para los continuos viajes a América de los agentes vendedores de esos editores españoles; éstos han obtenido algunas divisas para adquirir papel extranjero (17 millones de pesetas oro en 1945, por ejemplo) y las han tenido asimismo para renovar partes esenciales de su equipo gráfico. Luego, el gobierno español, que ha perseguido con mano de hierro cualquier exportación de capitales, nunca ha tomado medida ninguna contra la exportación de libros españoles sin retorno oficial de divisas. ¿Por qué? Porque daña mortalmente al editor latinoamericano: libros que se exportan fuera de los tipos oficiales de cambio, dan giros en divisas libres que, vendidos en el mercado negro español, ofrecen ganancias (de cambio) altísimas, y, en consecuencia, son libros que pueden venderse con un descuento mínimo del 60 por ciento de su precio nominal. Así se agota el poder de compra del lector latinoamericano, y, de paso, se crea en éste la impresión de que los editores latinoamericanos abusan de su buena fe vendiéndole libros de similar calidad a precios dobles.

Pero aun admitiendo que la escasez de divisas de España fuera tan aguda y tan continua como ella pretende, ¿son por ventura los países hispanoamericanos los culpables de ella? No en balde se considera el principio de la reciprocidad como la condición única en que pueden descansar las relaciones internacionales, lo mismo las económicas que las políticas. De aplicarse a este caso, o España paga en alguna forma, o no vende sus libros en el mercado de América.

España, de nuevo, ha sentido que el argumento de la reciprocidad es tan fuerte, que se ha allanado en seguida a aceptarlo ofreciendo pagar. . . con libros; pero no es entonces España consecuente con su declaración para proponer un canje o trueque de su producción librera con la de Hispanoamérica, o con la argentina, mexicana o chilena. El gobierno español, que interviene de una manera decidida en toda la economía privada española, se lava las manos en el caso de los libros, limitándose a registrar los convenios de trueque que celebran entre sí los particulares. Ahora bien, los mejores libros de empresas editoriales españolas son los que se imprimen en América, y, por definición, no pueden ser materia de trueque; tampoco pueden serlo los libros buenos de editores que imprimen en España, pues éstos venden directamente en América y transforman las monedas nacionales de los países hispanoamericanos en dólares que, o se retornan a España por obligación oficial, o se venden en el mercado negro de divisas de España, para obtener así ganancias muy superiores a las del mejor negocio editorial. No quedan para trueque, entonces, sino los libros de venta extremadamente azarosa o nula: las publicaciones oficiales o semi-oficiales y

los libros de propaganda católica o falangista. El trueque se convierte así en un espléndido negocio para España, pues no sólo da libros malos a cambio de libros buenos, sino que echa sobre las espaldas de los editores hispanoamericanos que por necesidad o por candor caen en esos arreglos, la grata y fecunda tarea de propagar por América la gazmoñería de la más reaccionaria facción de la iglesia católica o las mentiras y el rencor del falangismo.

DESVENTAJOSA como era esta situación, y previsible, como también lo era, los editores latinoamericanos llegaron a advertirla y sentirla muy tarde. A sus ojos, si la industria editorial española se recuperaba, lo lograría con extrema lentitud, pues no consideraron en un principio como extranjeros a los españoles que editaban en América; luego, los costos españoles de producción fueron hasta 1945 bastante más altos que los de América y, en consecuencia, los precios de venta de los libros españoles resultaban mayores que los latinoamericanos; en fin, la segunda guerra mundial creó un poder adquisitivo tan desusado, que llevó al editor latinoamericano, en particular al argentino, a creer firmemente que "todo libro se vende o acaba por venderse". Contrariando esta corriente de ceguera y optimismo, hubo por fortuna editores hispanoamericanos con la suficiente visión y con el necesario sentido gremial para lanzarse a la penosa cruzada de convencer a sus colegas, primero, de que esas condiciones de auge terminarían pronto y que, en consecuencia, el mercado español sería necesarísimo; segundo, de que problemas de esa magnitud deberían estudiarse y resolverse en común. Así se logró que en junio de 1946 se reuniera en Santiago de Chile la Primera Reunión de Editores Latinoamericanos, de la que salió la organización permanente bautizada como Confederación Latinoamericana de Cámaras del Libro. Esa reunión se celebró, para la mejor eficacia de sus deliberaciones y resoluciones, en una atmósfera no ya de auge, sino de crisis inequívoca. Por una parte, la inflación general en la América Latina había traído consigo un alza general de salarios en la industria de artes gráficas y en el trabajo comercial, de modo que los editores pudieron comprobar que en todos los países de América se había duplicado el costo de impresión en los cuatro años anteriores; también comprobaron que el mercado americano de libros había llegado a un punto de saturación en que la asfixia parecía segura y próxima. Y claro que en esas condiciones se examinó el problema del mercado español, convirtiéndose desde luego en el tema central de las deliberaciones de la Reunión.

El gobierno y los editores españoles no debían tener para entonces su conciencia muy tranquila, pues sin haber sido invitados a la Reunión de Chile, ni habérseles notificado siquiera que se celebraría, en Santiago se encontraban por "casualidad" tres importantes editores españoles y el Secretario General del Instituto Nacional del Libro Español, es decir, un funcionario oficial del gobierno de España. Fueron invitados a asistir a una reunión privada con sus colegas hispanoamericanos, y aun cuando los españoles tenían derecho a suponer que éstos debían ser particularmente candorosos, puesto que habían tolerado durante siete años una situación lesiva a sus intereses y de una notoria injusticia sin decir una palabra, pronto se convencieron de que pisaban un terreno deleznable, sobre todo cuando vieron reír sanamente a los hispanoamericanos de todos los esfuerzos de los españoles para argumentar que en cuanto ocurría no había ni mala fe, ni culpa ni responsabilidad alguna que colgar a nadie como no fuera "la maldita suerte de cada quien". Por eso, los españoles llegaron a admitir de mala gana que no podía ya diferirse una solución a la falta de pago de los libros hispanoamericanos. Así lo ofrecieron hacer para la reunión de Buenos Aires, en 1947, a la que serían invitados oficialmente, y en esa segunda reunión y ante una resolución aprobada unánime y previamente por los hispanoamericanos de que pedirían a sus respectivos gobiernos que se impidiera la importación del libro español a todos los países de América, la delegación oficial española propuso públicamente y en una sesión plenaria del Congreso de Buenos Aires la solución a la que por once largos años habían aspirado algunos editores hispanoamericanos y todos ellos desde 1945, a saber, que España, antes de meter al fondo general de sus divisas las que provenían de la venta de sus libros en América, primero destinaría las que fueran necesarias a pagar los libros hispanoamericanos vendidos en España.

Temerosos los congresistas hispanoamericanos de que aun una promesa así de formal y de pública no garantizara bastante sus intereses, le pidieron al Secretario General del Instituto Nacional del Libro Español que hiciera constar por escrito, en carta dirigida al Presidente de la Confederación Latinoamericana de Cámaras del Libro, que esa solución principiaría a operar en octubre de 1947. La carta se escribió, pero la promesa no se ha cumplido después de catorce meses de haber sido hecha. Y España no la ha cumplido a pesar de que ha tenido medios amplísimos para hacerlo: de acuerdo con datos oficiales del Instituto del Libro Español, de 1943 a 1947 inclusive, España ha cobrado por libros suyos vendidos en Hispanoamérica 52.218,040 pesetas, en tanto que sólo ha pagado libros hispanoamericanos por valor de

8.917,720 pesetas. Esas estadísticas, y las opiniones más autorizadas, indican que por muchos que fueran sus deseos y necesidades, los editores hispanoamericanos no hubieran podido exportar en los cinco años considerados más de 30 millones de pesetas. Esto quiere decir que España pudo haber pagado, puntual e íntegramente, todos los libros hispanoamericanos, y quedarse todavía con un saldo neto de 22 millones de pesetas.

Si los editores hispanoamericanos hubieran apreciado la honda filosofía que hay en la pregunta que Cantinflas hace a sus compañeros de juego al iniciar una partida de naipes: "¿jugamos como caballeros, o como lo que somos?", habrían entendido desde un principio que España lucharía usando todas las armas no sólo para rehacer una industria que significa millones de capital, sino la hegemonía espiritual y política sobre la América española. Y si los gobiernos de ésta y los propios editores hispanoamericanos hubieran entendido que la defensa y el éxito de la industria editorial nuestra no sólo significaba los millones de pesos invertidos, sino la verdadera independencia espiritual de América, otro había sido el resultado. España no cumplió la promesa de Buenos Aires porque sabía bien que difiriendo su cumplimiento dos años, nada o muy poco quedaría de la industria editorial hispanoamericana. En efecto, ésta se encuentra al borde del abismo: de 1945 a la fecha, se han duplicado de nuevo los costos de manufactura del libro, en tanto que los de España han bajado un poco; de los diecinueve países hispanoamericanos, hoy sólo se pueden sacar fondos de seis; en los trece restantes y en España, los fondos bloqueados por la falta de divisas se acumulan improductivamente; el auge ha cesado; lo único real es un costo de vida elevadísimo que hace insuficientes los ingresos de estudiantes y profesores no ya para comprar libros, sino estrictamente para vivir. El resultado final es que en la Argentina la producción editorial es hoy la mitad de lo que fué en 1945; que en Chile, de tres grandes editoriales, sólo quedan dos, y confinadas casi exclusivamente dentro de su mercado nacional y que todas las medianas y pequeñas hayan desaparecido, y que en México sólo tres editoriales, de la docena que había, funcionan con alguna regularidad. Así, un año más sin cumplir una promesa pública, un año más de jugar como lo que somos, hará innecesaria una satisfacción a los caballeros, porque habrán cesado de existir.

Daniel COSIO VILLEGAS.

EXPLICACION Y SIGNIFICADO DE LA VICTORIA DE TRUMAN

WASHINGTON, Nov. 10, 1948.—La aplastante victoria de Thomas E. Dewey, el candidato republicano, sobre Harry S. Truman, el candidato demócrata, ha quedado en el papel y la memoria auditiva. Unanimidad mayor en la errada predicción de la prensa, la radio y los llamados institutos de la opinión popular, jamás se ha dado. Tan ruidoso fracaso en el ejercicio de su función escrutadora y registradora, quedará en la historia de las campañas eleccionarias de los Estados Unidos como un clásico ejemplo de la incapacidad de los profesionales, por mucho que lo hagan, para llegar ahí donde habitan la conciencia y voluntad del pueblo. Desde luego, le ha puesto al observador en guardia, aquí y más allá de las fronteras, contra los pontífices en su interpretación de los movimientos populares que ocurren a millares de kilómetros de sus cómodas butacas. Si pudiera medirse el grado de responsabilidad de los mixtificadores conscientes o inconscientes de la verdad en la presente deterioración de las relaciones internacionales.

Por lo que hace a Estados Unidos, el hombre corriente, que es el elector, se ha reído de quienes pontificaban saber lo que ocurría en su mente. Y no es que el triunfo de Truman haya sido abrumador. En relación con la predicción, sí. En relación con la cifra obtenida por su contendedor, no. El voto popular por Dewey alcanzó a 20.738,000 y a 22.590,000 el voto por Truman. Es decir, 2.000,000 más o menos sobre el primero, cifra baja si se compara con las pluralidades obtenidas por Roosevelt sobre Hoover, Landon y Dewey: 7.100,000 en 1932; 11.100,000 en 1936; 4.900,000 en 1940 y 3.600,000 en 1944, y también con las pluralidades de 7.000,000, 7.400,000 y 6.400,000 que dieron el triunfo a Harding, Coolidge y Hoover, respectivamente, en los años 20, 24 y 28.

TAMPOCO debe verse el voto del electorado como una manifestación de complacencia por la obra de su Gobierno y su conducción personal de los asuntos vitales del país. No está en nosotros entrar a analizarlas. Recuérdense tan sólo las circunstancias de su postulación a la candidatura presidencial. Desechado su nombre al principio por la

Central de su propio partido, se decide presentarlo ante la Convención únicamente después de que el General Eisenhower rechazara dos veces el pedido que con ese fin se le hiciera y el Ministro de la Corte Suprema de Justicia, Williams O. Douglas, le cerrara, asimismo, las puertas. Se busca otros personajes, no se los encuentra, no falta cierta prensa fisgona del otro lado que sugiere el nombre de Dewey, y finalmente, se propone el nombre del Presidente. Sale, pues a la palestra con ese antecedente de disfavor a su persona, y se lanza a una campaña vigorosa e incansable por el área entera de la nación. Recorre más de treinta mil millas y cuando termina su gira ha pronunciado doscientos setenta discursos en los diversos lugares que toca, hasta los más inconspicuos en la geografía del país, *whistle-stops,* de que hace pública burla, con equivocación política, un señalado personaje del Partido Republicano. Y han de ser precisamente el hombre y la mujer identificados por las condiciones humildes de su vida con el hombre de los *whistle-stops* (estacioncillas intermedias en la línea férrea) los que crearán su popularidad personal y la acrecentarán en todo el país. Figura casi desconocida para millones de gentes, aparte de que saben que es Jefe de Estado, es la batalla de un hombre solo, resuelto a presentarse personalmente ante ellas y hablarles de los problemas domésticos, festinados —les dice— por el Octogésimo Congreso republicano que dichas mismas gentes eligieron hace dos años, lo que le dará el triunfo. Ha hablado, y ello ha llamado la atención a amigos y enemigos. Antes lo tenían por poco apto en estas artes.

Esta salida de combatiente, adarga al brazo y espada al cinto, es vista con simpatía y seguida con admiración. En este temperamento hay la actitud que manifiesta el norteamericano frente a una partida de baseball o una pelea en el *ring.* Ha pegado duro a su contendedor, les ha hablado en el idioma del *Main Street.* "Harry", el modesto hijo del pueblecito de Independence, Estado de Missouri, a quien le colgaba la Casa Blanca como una chaqueta demasiado holgada, en concepto de los propios de su Partido y, lo que resulta importante, en concepto de sus enemigos republicanos, "sí señor", se le ha enfrentado a "Mr. Dewey", el famoso ex-fiscal de Nueva York, Gobernador del Estado al presente y candidato por el poderoso Partido del ubicuo Distrito de los grandes consorcios. Mirado bajo otro prisma, esto entusiasma a unos y otros, tanto al pequeño hombre de la gran ciudad como al grande hombre del pueblo chico. Han leído ellos las novelas populares de Horatio Alger y, al identificar a "Harry", mañana Presidente del País-Más-Poderoso-de-la-Tierra, con uno de sus personajes, piensan en lo

que el futuro puede depararles también a ellos, y sienten mejor el aire de octubre.

En resumidas cuentas, el electorado dice: Vamos a darle otra oportunidad; parece sincero todo lo que nos dice; aquello del obstruccionismo, del sabotaje del Octogésimo Congreso a los proyectos de construcción federal de casas (uno de los más agudos problemas), de atajo a la inflación (asustante), de rebaja de los precio (altísimos), a las leyes protectoras del trabajo, etcétera, es verdad, lo estamos sintiendo sobre nuestras espaldas y en carne propia.

CADA vez su denuncia resulta más enérgica y sin embozo. De la superficie del hecho, desciende a señalar sus causas y la fuente de toda responsabilidad, y las llama por sus nombres. Son los grandes intereses acaparadores, rampantes otra vez, y, su mano, el Congreso republicano. Aquí, y ha de ser en las últimas semanas en que sus bonos suben considerablemente, al punto de ponerse Dewey por primera vez a la defensa (su táctica había sido de no mencionar siquiera a Truman, tan por lo alto se sentía), Truman adopta la denuncia de Henry A. Wallace, en contenido, tono y lenguaje. El observador atento lo nota. El ponderado *New York Times* lo comenta editorialmente. Wallace lo señala como una maniobra. Desde luego, son puntos capitales en el programa político adoptado por la Convención del Partido Demócrata. Mas, el viejo adagio "el tono hace la canción" tiene, sobre todo en política, una virtud aplastante, y un efecto: ganar votos. Ahogado el tono por el clamor de la victoria ¿qué ocurrirá con la canción? No cabe duda, el electorado espera la promesa. Si en las cuestiones domésticas el punto de ataque del candidato demócrata resultaba, pues, ser el del candidato del Tercer Partido ¿por qué sale éste con cifra tan fragmentaria? Hacia el final de la campaña Wallace ha quedado maltrecho. El doble método empleado por la prensa y la radio, controladas por el gran capital, lo que no es secreto para nadie, de vacío absoluto a su palabra o publicación suya sólo a medias, y de ataque, sin beneficio de duda, a su plan de paz internacional, ha conseguido su objeto. A ello habrá de agregarse la impopularidad que causa el apoyo del Partido Comunista, que Wallace no lo rechaza, lo declara, porque no quiere hacerle el juego a la persecución de la "Comisión de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Diputados", que, so pretexto de combatir el comunismo, la emprende contra las fuerzas que propugnan reformas y progreso. Esta Comisión ha sido condenada tanto por el propio Gobierno como por la prensa en general y es vista con aprensión en todo el país. Entre paréntesis,

el Presidente de dicha Comisión, Parnell Thomas, acaba de ser acusado de fraude y conspiración contra el Tesoro Federal por la Corte de Justicia. Su *celo* por lo americano acaso le abra las puertas a treinta años de presidio.

Que no quede, pues, en nadie la menor duda: lo que da el triunfo a Truman, en esencia, es el sentimiento de rebelión del pueblo contra las fechorías republicanas en el Congreso y en los pasillos del Congreso. Este hecho: de cincuenta y cuatro miembros de la Cámara Baja arrojados de sus curules el 2 de noviembre, día de la elección presidencial, cincuenta y uno habían apoyado la ley antiobrera —"ley de esclavitud se la llama"— oficialmente conocida con los nombres de Taft, el célebre republicano de Ohio, candidato ab aeterno a la Primera Magistratura, y del diputado Hartley. Desde el día 2 Hartley está en su casa. La fuerza de los sindicatos se ha movido y, en conjunción con las viejas fuerzas de Roosevelt que retornan, han echado al suelo a Dewey.

Un tercer partido no se improvisa, ni menos gana una elección, tras crearlo, en un país de las dimensiones humanas y geográficas de los Estados Unidos. En tales circunstancias el partido de Wallace, mal señalado y mal tratado, por otro lado, por un poderoso adversario, cualquier voto por Wallace habría significado una mayor oportunidad de triunfo para Dewey y de retorno del Partido Republicano. La única manera de evitarlo era, pues, reforzar la votación en favor de Truman. Al presentar Wallace en su gira su plan de soluciones internas y, anteriormente, en una serie de artículos en *The New Republic* y en dos libros que publica, puede decirse, dentro del lapso de su campaña, no hace sino aclarar y fortalecer el programa similar de Truman. Siendo este el punto de primera importancia en concepto del electorado, a quien no le convencen las promesas vagas, huidizas, del candidato republicano ¿no resulta más seguro plegarse hacia Truman? En lo internacional y, específicamente, en cuanto a la política en relación con la Unión Soviética y Palestina, equivocadamente o no, cree dicho electorado que empero ser Truman al presente un prisionero del Departamento de Estado y de una clique de militares, una vez con la fuerza que da el mandato popular, podrá decir: "Hasta aquí amigos, ahora quien manda soy yo". El tiempo lo dirá.

PASADO el acontecimiento, el *Grand Old Party,* a horcajadas del histórico paquidermo, que es su símbolo, y no en vano, continúa en el devaneo sobre las causas del suceso. Le han de acompañar en ello las pitonisas de ayer, que leyeron en el vuelo de las palomas de La Fayette

Square su retorno a la Casa Blanca. Pero el devaneo es inútil, si no aparente. No se puede dar vuelta al reloj de la historia. La historia del desenvolvimiento continuo de una economía de beneficio universal no terminó en la nación con la muerte de Roosevelt. Su cuádruple reelección, rompiendo todo precedente, fué claro signo advertidor. La última elección, con un candidato débil, ratifícalo elocuentemente. La aferración al *statu quo,* al sueño de un ayer que jamás puede *ser* dentro de un mañana, o, en otras palabras, de un hoy en marcha, resulta la ficha de pérdida de todo partido conservador. Cabe preguntarse ¿no constituye el destino inescapable de muerte de toda sociedad que rindió ya su fruto? Porque ¿en qué bases podría el Partido Republicano captar mañana el Poder? De no ser los Estados Unidos no le quedaría sino la rebelión armada. Y con ello quiero indicar una calidad histórica de pueblo. Una generación crecida bajo la égida rooseveltiana, que no conoce la otra experiencia política, ¿cómo puede pensar en otros términos sociales, en otros términos políticos? ¿Y ahora, cuatro años más —serán veinte— de conducción demócrata, que el pueblo demandará continuamente sea más experimento democrático, después del *intermezzo* de los dos años últimos?

En plena acción de su pensamiento político, Roosevelt pedía para su partido un "constante liberalismo militante". Wallace venía a ser el heredero directo de la filosofía rooseveltiana. Su punto débil resulta, a mi juicio, su sinceridad integral. Me explicaré: a fuer de sincero, no es político, en el sentido ortodoxo. Como lo fué Roosevelt. Como lo fué Churchill en un pasado día de Gran Bretaña. Pero, en un orden de trato semifeudal como el que se aplica al negro en Estados Unidos; orden cuyo *statu quo* parece que al fin se ha roto —la rebelión política del Sur, nada mayor después de la guerra de secesión— bajo la presión insistente y prolongada de un organizado liberalismo, la sinceridad de Wallace con su tiempo, dicho en otras palabras, su carácter de cruzado de una nueva política que surge frente a este problema, lo ha detenido por el momento en una sociedad, sin referirme especialmente a Estados Unidos, en que triunfa aún el político convencional, esto es, el concesionario de su conciencia e ideas, para logro de una aspiración personal o de un propósito a medias. Porque conviene no engañarse, la lucha, abierta, sin maniobra, sin componendas, en bien de redimir al negro de su ciudadanía de segunda clase, como él la llama, le ha de concitar, no solamente en los Estados del Sur, la violencia de unos y el silencio de otros, tan destructor en política como la misma violencia o tal vez más.

Wallace rehusa dirigir la palabra en las salas de espectáculos y plazas públicas del Sur donde se mantiene la separación de oyentes blancos y oyentes negros. A los jerarcas de la tradicional defensa de los derechos de los negros les parecerá esta decisión "poco política". ¿Pero la línea de conducta en el enfrentamiento del problema negro deberá ser para los liberales del norte la misma más o menos teórica de ayer, después de la violenta separación austral del Partido Demócrata y formación de un suyo propio, el de los *Dixiecrats* —que ha de arrastrar 36 votos electorales en las últimas elecciones— como consecuencia de la introducción de los Derechos Civiles en el programa adoptado por la Convención Demócrata? Wallace, además, se presenta, por donde va, con Paul Robenson, el famoso barítono negro, cuando se ha de tratar de anti-capitación (poll-taxes), anti-linchamiento y anti-segregación, en la exposición de su programa. Esto verán ciertos "liberales" también como "poco político". No faltará dama, también "liberal", que lo lamente: ello resulta de mal gusto. Las señoras que leen el *Herald Tribune* piensan en el porvenir de sus hijas. Otras leen el *Chicago Tribune* y el *Times-Herald* de Washington. Estas se horrorizan. Mas Wallace no trata de resolver un problema de eugenesia, sino un problema de derechos humanos, por otro lado, proclamados y garantizados por la Constitución de su país.

JAMÁS personaje público quizá en toda la historia de los Estados Unidos, con un desempeño parejo al alto grado de responsabilidad que exige los cargos de Vicepresidente de la República, Secretario de Agricultura y luego de Comercio que ocupa —Roosevelt se refirió, en forma memorable, a sus cualidades fundamentales, precisamente a las de su realismo y sentido común que se le niega— ha sido más saboteado en su derecho a que se le oiga. Se puede estar o no con él en sus ideas de solución de la disputa Occidental con la Unión Soviética. Mas, sobrecogen los métodos adoptados en el país sobre cuyo pórtico hasta ayer no más, al traspasarlo, leía el venido de otras tierras: *"this is a free country"*, entráis a un país libre.

Hace cosa de dos años Wallace escribió un libro *Sixty Million Jobs*. Fué recibido con risa. No había pasado un año y el número de ocupados alcanzaba a cerca de los 60.000,000, sin contarse con el Ejército. Recuerda esto otra cifra. Un día Roosevelt dijo que su plan era obtener, a la vuelta de cierto tiempo, sesenta mil aviones de combate. Eran los días de la defensa contra el fascismo. Otra risa rebotó de Washington a Berlín. Y los que salieron de las cintas transportadoras fueron cien mil. Durante su campaña —lo he mencionado—

compendió en un libro *Toward World Peace* sus ideas sobre paz y abundancia, para su país y el mundo. Pocas ideas en tal materia pueden encontrarse más sustentadas sobre el número y el hecho. Si sueña, es el sueño del ingeniero que sueña primero el puente antes de construirlo. Y en esta dialéctica y este sistema de ejecución se explica toda la civilización norteamericana, desde la Declaración de Independencia hasta la fabricación de la bomba atómica. Mark Van Doren, Louis Untermeyer, Scott Buchanan, Thomas Mann, Mumford Jones y Albert Einstein, públicamente han señalado este libro como lectura necesaria para destruir la leyenda de Wallace, el Hombre-que-Habita-entre-Nubes. El manufacturero de armas, el hombre del consorcio, no quiere leerlo. ¿Le dará el tiempo la razón a Henry Wallace —si ha de quedar tiempo de continuar la civilización hacia el desastre— o... ¿pero hay alternativa? Podrá la paz y la abundancia ganarse por caminos más largos y costosos, quien sabe si ensangrentados, mas, ¿qué persona podría afirmar ahora, cuando dé vuelta la historia de nuestros días, que todo este camino largo y costoso o ensangrentado no fué innecesario? La respuesta que yace en el futuro dependerá de la política exterior del nuevo Gobierno de Washington. ¿Será modificada en línea hacia lo abogado por Wallace de un abocamiento directo con el Kremlin, en lo cual parece Truman subió hacia ella, al proponer durante su campaña el envío de Vinson, Jefe de la Corte Suprema de Justicia, a Moscú, paso bruscamente cortado por el Secretario de Estado, General Marshall; o ¿será mantenida en su dirección presente?

El Tercer Partido ha declarado que se propone intensificar su organización. Le satisface el siguiente saldo: su inscripción oficial en 44 Estados de la Unión, medio millón de votos en Nueva York, que permite pierda Truman este Estado, y la reelección de Marcantonio, uno de sus mayores lugartenientes, como diputado al Congreso, igualmente por Nueva York, contra el abierto enfrentamiento de poderosos intereses. Esta reelección señala al Tercer Partido como ejemplo de lo que es capaz la lucha ahí donde está bien organizada. Y se prepara para 1952. ¿Correrá la suerte de los otros dos intentos, ensayados a principios de siglo, los de Tedy Roosevelt y La Fayette?

La derrota del *statu quo,* representado por el Partido Republicano, la ha hecho el pueblo. Para la nación y el mundo ello significa un proceso económico y político en marcha.

Manuel CRESPO.

Aventura del Pensamiento

LA FILOSOFIA COMO COMPROMISO

Por *Leopoldo ZEA*

"ALLÍ donde alguien se haya situado a sí mismo —decía Sócrates—, creyendo ser el mejor, o donde haya sido situado por un jefe, allí hay que sostenerse arrostrando los peligros y no teniendo en cuenta ni la muerte, ni ninguna otra cosa más que la vergüenza". Y así como durante la guerra, permanecí en los puestos que los jefes me señalaron, aun a riesgo de morir, ahora haría mal, si "al señalarme un sitio el dios y haber tenido que creer y admitir que me hace falta vivir filosofando y sometiendo a examen a sí mismo y a los demás, por temor de morir, o de cualquier otra cosa, abandonase la *línea*".[1] En Sócrates encontramos, así, al primero y más patente ejemplo de la filosofía como compromiso. Pero no vayamos a entender el "compromiso", como lo entienden algunos profesores de filosofía que se escandalizan de la palabra cuando se la refiere al campo de lo filosófico, aunque les parezca buena para otros campos menos dignos pero más útiles. El compromiso en filosofía no se refiere a un convenio interesado, a una obligación contraída a cambio de determinadas ventajas políticas, sociales o económicas; sino al compromiso inevitable que todo hombre, filósofo o no, tiene con su circunstancia, realidad o mundo. En este sentido todo hombre es un ente comprometido, esto es, inserto, *arrojado* o puesto en un mundo dentro del cual ha de actuar y ante el cual ha de ser responsable. El compromiso es *condena* y no cómodo contrato que se cumple libremente según convenga o no a determinados intereses. La única libertad que cabe en esta *condena* es la de la actitud: vergüenza o desvergüenza, valentía o cobardía, responsabilidad o irresponsabilidad. El compromiso se asume libremente, esto es, conscientemente, o mediante subterfugios.

Todo hombre, cualquier hombre, cualquiera de nosotros, desde el mismo momento en que tomamos conciencia de nues-

---

1 PLATÓN, *Apología de Sócrates*, 28 E.

tra existencia, tomamos también conciencia de nuestro ser comprometidos. Nos encontramos comprometidos, esto es, *condenados* a vivir dentro de un mundo físico y cultural que no ha sido hecho por nosotros. Comprometidos, *arrojados,* en un mundo que desde el punto de vista físico puede ser rico o pobre, suficiente o insuficiente, pero siempre indiferente a lo que como hombres necesitamos. Comprometidos con un mundo cultural hecho por otros hombres, por nuestros semejantes; un mundo con su religión, sus leyes, costumbres, política, economía, arte y otras múltiples formas de expresión humanas; pero un mundo en cuya hechura no hemos participado, un mundo sobre el cual nadie nos ha consultado; un mundo que no siempre ha de responder a nuestras necesidades, anhelos y sueños; y sin embargo, un mundo que tenemos que aceptar como propio. Comprometidos frente a nuestros semejantes, obligados a responder de nuestros obras; pero también de las de ellos. Frente a este compromiso, o compromisos, no tenemos más libertad que la de nuestra actitud. Pero esto es ya más que suficiente. Es esta libertad la que nos compromete en forma propiamente dicha. Existiendo estamos comprometidos; pero es *asumiendo* libremente estos compromisos que nos comprometemos. Nuestra libertad se expresa en la *forma* como asumimos el inevitable compromiso con nuestra circunstancia. Es esta forma la que nos individualiza, la que nos distingue dentro del género llamado hombre. Al asumir una determinada forma de compromiso asumimos también nuestra responsabilidad como individuos. De esta responsabilidad nadie escapa, ni aun los que niegan su individualidad creyendo así eludir su responsabilidad. De esta negación tendrán que ser igualmente responsables.

Tenemos que ser responsables de nuestras actitudes, porque con ellas no sólo comprometemos nuestra existencia, sino que también comprometemos la existencia de otros. Así como los otros nos comprometen con sus actitudes, nosotros los comprometemos con las nuestras. En cada instante, en cada momento, tenemos que asumir una determinada actitud; pero al asumirla, al mismo tiempo que nos comprometemos, comprometemos a nuestros semejantes. En cada una de nuestras actitudes nos jugamos la existencia; pero también nos jugamos la existencia de los otros. Y a su vez, éstos al jugarse su existencia se juegan la nuestra. De aquí nuestra responsabilidad. Tenemos que responder de nosotros y de los otros, en una cadena inevitable, e

interminable, mientras exista humanidad. La conciencia histórica es este ir asumiendo libremente la responsabilidad del pasado en el presente, al mismo tiempo que se va comprometiendo la responsabilidad del futuro. Nosotros tenemos que asumir, necesariamente, la responsabilidad de un pasado que no hemos hecho; pero, al mismo tiempo, con nuestra actitud, cualquiera que esta sea, comprometemos y hacemos responsable de ella a un futuro que habrá de ser hecho por otros. En esta forma somos responsables de los otros y ante los otros. Esta es, en pocas palabras, la esencia del compromiso. Y es, a esto, que me refiero, cuando hablo de la filosofía como compromiso.

La filosofía, obra humana, no podía escapar a este compromiso de lo humano. Todo lo contrario, si hay alguna forma de lo humano que mejor lo exprese es ésta. El filósofo es el hombre más consciente de esta su *situación* comprometida. Y ante ella no sólo trata de asumir su responsabilidad como individuo, sino que además, y en esto está la universalidad de su obra, trata de asumir esta responsabilidad como si él encarnase a toda la humanidad. En nombre de todos los mortales, concebidos éstos como Género humano, Humanidad, Cultura, Nación o Clase, el filósofo adopta una actitud, tratando de responder por ellos ante la eternidad. En cada filosofía se pretende *responder,* dar respuesta, a todo problema, a toda posible situación humana. En la filosofía, el filósofo se compromete por la humanidad ante la Humanidad. En nombre de todo lo humano el filósofo asume la responsabilidad del pasado, el presente y todo posible futuro. Allí está Sócrates que al morir se hace responsable de la injusticia de la Polis, la sociedad griega, ante la justicia que toda Polis debe encarnar. Allí Platón, asumiendo la responsabilidad de los más caros ideales de la Cultura griega, de cuya destrucción es testigo, para salvarlos en la eternidad. Allí Aristóteles, asumiendo en su filosofía la responsabilidad de los compromisos no cumplidos por la filosofía griega, de la cual la suya es la más grandiosa síntesis. Allí también al Obispo de Hipona, San Agustín, asumiendo en su filosofía la responsabilidad de todo el género humano condenado a la nada por pecador, para salvarlo en la Ciudad de Dios. Y a Tomás de Aquino, asumiendo, como cristiano, la responsabilidad de la filosofía pagana y, con ella, formas de vida y concepciones del mundo bien distintas de las cristianas. Allí también Kant asumiendo la responsabilidad de los errores del

dogmatismo y el escepticismo para poder encontrar, libre de éstos, una metafísica que satisfaga los más caros anhelos del género humano. Y allí un Hegel, asumiendo en un máximo gesto de soberbia, el pasado de toda la Humanidad, toda la historia, de la cual su cabeza va a ser la máxima síntesis, la encarnación del Espíritu Objetivo. Y por el otro lado tenemos a filósofos que hacen de una determinada clase la expresión de toda la humanidad y que sólo responden del futuro de esta clase, nunca de un pasado que no les pertenece. Allí está Descartes que sólo asume la responsabilidad del futuro del llamado hombre nuevo, el burgués; o Marx que responde sólo del futuro de la nueva clase, el proletariado. Y así, muchos otros, hasta llegar en nuestros días a Jean-Paul Sartre, el cual, a diferencia de su compatriota Descartes, asume la responsabilidad del pasado de la burguesía, y con él la responsabilidad de todos sus errores, en espera, al parecer, de poder salvar para el futuro los valores positivos que ésta contiene.

Así, en este "estar en el mundo", en este saberse comprometido, se pueden tomar varias actitudes. Las cuales, a grandes rasgos, pueden reducirse a dos. Una, la aceptación tácita de este compromiso. Otra, el aplazamiento, diferir su asunción o, al menos, simular que se asume en una aceptación provisional. La filosofía antigua expresará la primera actitud, la moderna la segunda. Dos tipos de hombres se harán patentes en estas filosofías. Por un lado el hombre que reconoce y acepta plenamente su relación con la comunidad, su estrecho compromiso con ella. Por el otro, el hombre para el cual la comunidad es sólo un buen instrumento al servicio de sus propios fines, al servicio de su individualidad. Uno, concibiendo su relación con la comunidad como *condena,* como inaplazable e inevitable compromiso. El otro, como *contrato,* mediante el cual el individuo acepta determinados compromisos a cambio de determinadas ventajas. En uno la jerarquía social se encuentra ya determinada; en el otro es el esfuerzo individual el que la establece. En una sociedad son los dioses o los jefes los que señalan los puestos de los cuales cada individuo ha de ser responsable; en otra es la libre voluntad del individuo la que elige puestos y compromisos.

En la filosofía de Sócrates se hace claramente expresa la primera actitud. El maestro de Platón es algo más que el santón

de que nos hablan algunas historias de la filosofía; es algo más que el servidor de la verdad por la verdad, como dirían algunos de nuestros aspirantes a santones. Sócrates es el símbolo de una forma de vida; el símbolo de un mundo de cuya crisis fué testigo Platón. En el símbolo socrático Platón salvó la esencia de este mundo. La filosofía de Sócrates es la filosofía de un mundo en el cual la comunidad es concebida como inevitable compromiso. "Es preciso —dice Sócrates—, si no se la puede orientar de nuevo, ejecutar lo que ordene, sufrir sin protestar lo que ella quiera que suframos, dejarse, si es preciso, castigar, encadenar y hasta ser conducido al combate para ser herido o para ser muerto. Todo esto es lo que precisa hacer por ser lo justo; y de ningún modo tratar de evitarlo, ni retroceder, ni abandonar el sitio que nos sea marcado: bien en el combate, bien ante la justicia; pues el deber, siempre y en todas partes, manda ejecutar lo que el Estado y la patria ordenan, a menos que consigamos cambiar sus métodos, pero por medios legítimos".[2]

El hombre se debe todo a la comunidad. Es esta la que le ha traído al mundo, le ha nutrido, le ha educado, le ha hecho partícipe de sus bienes y le ha puesto en posesión de sus derechos. La aceptación de todos estos bienes compromete al individuo con su comunidad. El compromiso no es sólo para recibir los bienes, también lo será para recibir los males, si éstos llegan. El que vive en comunidad por este mismo hecho se compromete con ella. Nadie obliga al individuo a vivir en una determinada comunidad. "Pero el que se quede aquí —dicen las leyes a Sócrates—, donde pueda ver cómo administramos justicia y cómo dirigimos el timón del Estado, éste, entendemos, que por ello mismo se *compromete* a obedecer nuestros mandatos; y en este caso, afirmamos que si no lo hace es triplemente culpable si se revuelve en contra nuestra. . . puesto que habiéndose *comprometido* a obedecernos, ni nos obedece ni procura corregirnos y mejorarnos si acaso practicamos el error".[3]

Así, el hombre, desde que nace, se encuentra comprometido con su comunidad. Al vivir dentro de ella, al actuar con ella, no hace sino asumir este compromiso; asunción de la cual ha de responder cuando sea llamado a cuentas. De esta asunción responde Sócrates con la vida. En mi caso, dice, las leyes

[2] PLATÓN, *Critón*, 51 B, C.
[3] *Ob. cit.*, 51, E, 52 A.

de mi comunidad tendrían mayor derecho a maltratarme "recordándome que soy uno de los ciudadanos que más estrechamente han contraído tal *compromiso.* Seguramente me dirían: Sócrates, hay pruebas evidentes que demuestran que tanto nosotras, como el Estado, te éramos agradables. De otro modo no te hubieras encerrado voluntariamente en nuestra ciudad, al extremo de no salir jamás de ella".[4] Pero hay más, el filósofo no sólo se ha comprometido tácitamente al vivir dentro de la comunidad ateniense, además se ha comprometido con su filosofía. En nombre de esta filosofía, asumiendo la responsabilidad que ella significaba, Sócrates ha renunciado a vivir antes que renunciar a filosofar. Por esta razón, para justificar la aceptación de su condena y negarse a seguir los consejos de sus amigos que le piden que huya, hace hablar a las leyes que le siguen diciendo: No es éste el último de tus compromisos, "pues durante el proceso mismo, de haberlo querido, fácil te hubiera sido hacerte desterrar, o sea, lo que ahora pretendes sin el consentimiento de la ciudad, hubieras podido hacerlo con él. Por el contrario, entonces te las echabas de bravo, fingías serte la muerte indiferente, declarabas preferirla al destierro, y hoy, sin avergonzarte de haber hablado así, sin importarte nada nosotras, las leyes, meditas destruirnos. . . puesto que meditas evadirte, a despecho de nuestros acuerdos y del *compromiso* que contrajiste. ¡Di si no es verdad, cual afirmamos, que te has *comprometido* a vivir bajo nuestra autoridad y no simplemente de palabra, sino de hecho!" [5] ¿Qué podría yo decir a esto? pregunta Sócrates, ¿podríamos no reconocer que tendrían razón?

Muriendo no ha hecho Sócrates otra cosa que asumir la responsabilidad de su filosofía, aceptar el compromiso que ella implicaba. Filosofar no es para él un puro afán de saber por saber, sino un compromiso que se tiene con la comunidad. Filosofa, no para hacer simplemente filosofía; sino para servir a su comunidad. Esta necesita de su filosofía en igual forma como necesita de la política del gobernante, de la estrategia del estratega y del arte de hacer zapatos del zapatero. Sócrates ha enseñado a la juventud de Atenas que cada hombre tiene un determinado puesto en la comunidad al cual ha de ser fiel. Todo ciudadano tiene una misión que le ha sido encomendada por los jefes o por los dioses tutelares de la ciudad. Dentro de

[4] *Ob. cit.,* 52 B.
[5] *Ob. cit.,* 52 D.

la comunidad no hay misiones altas o bajas, todas son igualmente dignas si son fielmente cumplidas. Unos tienen como misión la de gobernar, otros la de hacer leyes, otros la de defender a la ciudad, otros la de cantar sus glorias y, otros, la de alimentar, vestir o calzar a los miembros de la comunidad. Sócrates también tiene la suya: filosofar. Esto es, buscar la verdad. Pero no la verdad pura y abstracta, sino la verdad de cada quien, la verdad de cada ciudadano. El ser de cada uno de ellos, aquello para lo cual ha sido hecho, su función, su papel, el lugar que le corresponde en la comunidad. Sócrates tiene como misión la de someter a examen a cada uno de sus conciudadanos. Preguntar a cada uno qué sabe del arte del cual presume. Hacerlos conscientes de lo que son. Hacerlos que se encuentren a sí mismos, que se conozcan. Sócrates, quiere ser el aguijón de su comunidad. Su conciencia. Esta es su vocación, aquello para lo cual ha sido llamado, lo que da sentido a su existencia. Los dioses, le han *condenado* a filosofar, como otrora, los jefes de la ciudad, lo habían condenado a mantenerse en un determinado puesto durante la guerra, y, como ahora, le condenan a sufrir la justicia de la ciudad. "Os juro —dice Sócrates—, que estos nervios y estos huesos que tengo aquí estarían hace ya mucho tiempo lejos, si hubiera pensado que eso era lo mejor para ellos y si no hubiese estado persuadido de que era mucho mejor y más *justo* permanecer en este lugar para sufrir el suplicio al que mi patria me ha condenado, que escaparme y huir".[6]

En esta forma, Sócrates asume la responsabilidad de todos los compromisos adquiridos con su vida, con sus actos. Y con ella asume también la responsabilidad de los otros, la responsabilidad de su comunidad, la responsabilidad de su condena. No es la comunidad griega la que le ha condenado a muerte sino que es su propia existencia, sus obras, actos y actitudes, la que lo ha condenado. De su muerte, como de su vida, él es el único responsable. La comunidad no ha hecho otra cosa que hacer cumplir la asunción de un compromiso adquirido.

VARIOS siglos más tarde, un francés, Renato Descartes, sentado junto a una estufa, para no sentir el crudo invierno europeo, tropieza con un pensamiento: "que muchas veces sucede que

[6] PLATÓN, *Fedón*, 99.

no hay tanta perfección en las obras compuestas de varios trozos, y hechas por las manos de muchos maestros, como aquellas en las cuales sólo ha trabajado uno".[7] Allí estaban como ejemplo esas viejas ciudades, en la construcción de las cuales habían intervenido muchas manos y muchas mentes. Por lo común estas ciudades se encuentran mal trazadas, con sus callejas, y callejones, formando múltiples vericuetos difíciles de conocer. Habría que compararlas con esas plazas regulares que un ingeniero diseña según su fantasía en una llanura. "Cuán difícil es hacer cumplidamente las cosas cuando se trabaja sobre lo hecho por otros", agregaba el filósofo. Y lo que se dice de las ciudades se podía también decir de las leyes, costumbres, moral e inclusive la religión, aunque esto ya no se atrevía a decirlo con tanta claridad el precavido francés. De aquí deducía una terrible conclusión para su época: "Y también pensaba yo que, como hemos sido todos nosotros niños antes de ser hombres, y hemos tenido que dejarnos regir durante mucho tiempo de nuestros apetitos y nuestros preceptores, que muchas veces eran contrarios unos a otros, y ni unos ni otros nos aconsejaban siempre acaso lo mejor, es casi imposible que sean nuestros juicios tan puros y tan sólidos como lo fueran si, desde el momento de nacer, tuviéramos el uso pleno de nuestra razón y no hubiéramos sido dirigidos más que por ésta".[8]

Con estos pensamientos, con estas pocas palabras, Descartes se proponía, nada menos, que echar por la borda toda la historia, todo el pasado, todo ese mundo con el cual se encontraba y del cual no se consideraba autor, mundo sobre el cual no estaba dispuesto a asumir responsabilidad alguna. Al hablar así, el filósofo no hacía sino expresar el ideal del nuevo hombre que con él había surgido: el llamado hombre moderno, el burgués. Este hombre, que surge dentro de una comunidad medieval, cristiana y feudal, se niega a reconocer a ésta como la propia. Sus leyes, costumbres, moral, religión, arte y política nada tienen que ver con lo que él quiere realizar. Nada de esto ha sido hecho por su persona, nadie le ha consultado al hacerlo. ¿Por qué entonces ha de asumir la responsabilidad de un mundo que no es suyo? La única responsabilidad que se encuentra dispuesto a asumir, es la de su futuro. Asunción que se hace patente en la idea de Progreso.

---

[7] DESCARTES, *Discurso del Método,* II.
[8] *Op. cit.,* II.

De golpe, de un solo tajo, se quisiera romper con el pasado. El hombre moderno desea destruir todo cuanto encuentra, para empezar algo nuevo, totalmente nuevo, del cual sea él el único responsable. No quiere aceptar ningún compromiso. Pero la realidad se impone. A pesar de sus deseos, a pesar de sus anhelos y sueños, él, como todo hombre, es también un ente comprometido. Un mundo, un mundo que no ha hecho, pero dentro del cual se encuentra inserto, está allí. Pese a todos sus esfuerzos difícilmente va a escapar a este compromiso que aparece como inevitable. ¿Qué hacer?, ¿cómo resolver este conflicto entre lo que se es y lo que se quiere ser? Descartes encuentra también la solución en su filosofía: "Como para empezar a reconstruir el alojamiento en donde uno habita —dice—, no basta haberlo derribado y haber hecho acopio de materiales y de arquitectos, o haberse ejercitado uno mismo en la arquitectura y haber trazado además cuidadosamente el diseño del nuevo edificio, sino que también hay que proveerse de alguna otra habitación, en donde pasar *cómodamente* el tiempo que dure el trabajo, así, pues, con el fin de no permanecer irresoluto en mis acciones, mientras la razón me obligaba a serlo en mis juicios, y no dejar de *vivir,* desde luego, con la mejor ventura que pudiese, hube de arreglarme una *moral provisional*".[9] Así, el nuevo hombre, la burguesía, asume la responsabilidad de su pasado y, la responsabilidad del mundo, con el cual se ha encontrado, pero en forma provisional. Para vivir, es menester *convivir,* y es en función de esta inevitable convivencia que se asume provisionalmente lo que la comunidad ha establecido: religión, leyes, costumbres y opiniones. Pero sólo provisionalmente, a reserva de cambiar todo, parte por parte. "Como hombre que tiene que andar *solo* y en la oscuridad —dice Descartes— resolví ir tan despacio y emplear tanta circunspección en todo, que, a trueque de adelantar poco, me guardaría al menos muy bien de tropezar y caer".[10]

En Descartes se expresa, así, el tipo de hombre que sólo acepta los compromisos de la convivencia, el compromiso a que nos someten los otros, porque no hay más remedio, porque esto es necesario para vivir. Pero en la soledad, completamente solo, porque este hombre no confía en los otros, paso a paso, con lentitud, pero con seguridad, irá construyendo el instrumental

---

[9] *Op. cit.,* III.
[10] *Op. cit.,* II.

que le haga posible escapar a tales compromisos. A la convivencia *vital* irá oponiendo una convivencia *formal.* Irá estableciendo leyes, reglas de conducta y urbanidad que se encarguen de marcar los límites a la intromisión de los otros. En cada una de estas leyes o reglas se expresarán con claridad los compromisos que el individuo está dispuesto a asumir y nada más. Todo lo que no quede aquí establecido quedará a su libre arbitrio. De este campo no tendrá que responder ante nadie. El formalismo le salva así de su responsabilidad. Al quedar sus compromisos claramente delimitados, su libertad queda también plenamente garantizada. Se pasa de esa forma de convivencia que era la *comunidad* a la *sociedad.* El hombre deja de ser un ente con *obligaciones* para convertirse en un ente con *derechos.* Surge el burgués, el hombre que se sabe protegido por todos los derechos. Sus obligaciones, las establecidas y por él reconocidas, no son otra cosa que la mejor garantía de sus derechos. *El contrato,* es la expresión de este compromiso formal, que le liberte de la responsabilidad, a la cual se encontraba sometido como miembro de una comunidad. Así, frente a una realidad que le compromete y acosa, este hombre construye un cerco defensivo de formas vacías, formas puras, formas ideales. Estas son verdaderas fórmulas mágicas con las cuales cree detener el acoso de la realidad, el acoso de la historia, y con ella los compromisos que contrae con su acción y la acción de los demás. Dentro de este mundo vacío, puro, nuestro burgués cree haber alcanzado la máxima libertad, sin otros compromisos que los legales.

Sin embargo, la realidad está ahí, viva, con toda la pujanza que sólo ella puede tener. Pese a todas las legalidades es menester convivir y adquirir compromisos que escapan a esta legalidad. "Parecíame —dice Descartes— que lo más *útil* era *acomodarme* con quienes tendría que vivir". Por utilidad, por comodidad, al menos provisionalmente, nuestro burgués aceptará sus compromisos con los otros. Este hombre espera poder llegar también, a someter estos otros compromisos a una legalidad ideal. Pero, mientras tanto, mientras lo realiza, vivirá estos compromisos *como si* fueran los propios. No los asume sino por comodidad. Mientras hace su moral ideal vivirá la moral de los otros *como si* fuera la propia, *como si* creyera en ella. "Mi segunda máxima —dice el filósofo francés— fué la de ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pudiera y

seguir tan constante en las más dudosas opiniones, una vez determinado a ellas, *como si* fuesen segurísimas". "Pues de este modo, si no se llega precisamente a donde se quiere ir, por lo menos se acabará por llegar a alguna parte". "Y esto fué bastante —agrega— para librarme desde entonces de todos los arrepentimientos y remordimientos que suelen agitar las conciencias de esos espíritus débiles y vacilantes que, sin constancia, se dejan arrastrar a practicar como buenas las cosas que luego juzgan malas".[11] La mala fe, queda así establecida dentro de esta moral.

Con la *mala fe* se establece esa doble moral que ahora vienen a sostener en México algunos de los aspirantes a teóricos de una posible burguesía mexicana. Por un lado se encuentra la moral pura, ideal, formal. Una moral legal, establecida libremente por una supuesta persona que se autolegisla y asume los compromisos legalmente establecidos. Por el otro, la moral del campo no legislado, la moral del campo de la pura acción. La moral de lo cotidiano y oportuno. La moral del mundo de los "compromisos" materiales a los que el filósofo más puro se ve sometido como hombre. La moral de lo que se *vive,* que nada tiene que ver con la moral de lo que se *debe.* Esto es, la moral donde es menester aplicar el criterio de la *utilidad* y el *acomodo,* tal como lo expresaba Descartes. La moral del *como si.* Moral en la que todo está permitido, porque pertenece al campo de lo *no prohibido* dentro del mundo de la legalidad pura. En otras palabras, la moral de la irresponsabilidad.

SIN embargo, pese a todos los esfuerzos de la burguesía para no comprometerse de otra manera que formalmente, una serie de actos concretos la va comprometiendo. El marxismo es una de las primeras filosofías que toma conciencia de estos compromisos. Todo el armazón legal y formal no es otra cosa que una capa con la cual se quieren cubrir una serie de intereses concretos que sólo benefician a una clase. Todo ese mundo ideal no es otra cosa que la *superestructura* de un mundo real y concreto. "No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad —dice Carlos Marx—; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia". La burguesía, a pesar de todo, se encuentra comprometida. Paso a paso, acto por acto,

---

11 *Op. cit.,* III.

se ha ido comprometiendo y comprometiendo a "los otros", las otras clases. Con su acción va a provocar otras acciones. Con sus compromisos formará otros compromisos. "De formas evolutivas de las fuerzas productoras que eran —sigue diciendo Marx—, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social".[12]

Los mismos filósofos de la burguesía igualmente tendrán conciencia de este hecho. Tomarán conciencia de los compromisos que su clase ha adquirido. El historicismo, la sociología del saber, la sociología del conocimiento y el existencialismo, harán patentes estos compromisos. Se inicia lo que Mannheim llama el "proceso de desenmascaramiento". El individuo ya no puede eludir su responsabilidad. Ya no valen subterfugios. Cada uno de los subterfugios, con los cuales el individuo acostumbraba a eludir su responsabilidad, es sometido a un agudo análisis tras del cual queda desenmascarado, obligado a responder. Ni siquiera vale el *determinismo* social hecho patente por el marxismo. La filosofía de la burguesía, fiel a su idea de libertad, le obliga a asumir su responsabilidad. Sólo el individuo responsable es libre. No se niega el determinismo social, se le acepta; pero esta aceptación es ya un acto de libertad. Surge la idea sostenida por el existencialismo: la de libertad en situación. La situación concreta es algo ineludible. Todo hombre se encuentra comprometido en una determinada situación concreta. Frente a ella, sin embargo, tiene libertad, la de la actitud que asuma: conformidad o inconformidad, responsabilidad o irresponsabilidad. Una situación determinada, ineludible, puede ser asumida consciente o inconscientemente. El hombre puede vivir en esta situación *como si* nada hubiera cambiado, esto es, de mala fe; o aceptarla como lo que es, con toda la responsabilidad que esto significa.

Tal es lo que la filosofía contemporánea pide a la burguesía, al hombre burgués. Ya no es posible eludir compromisos. Ya sea que la burguesía los acepte, ya sea que no, de cualquier manera tendrá que responder de ellos. Nuevamente la comunidad, una comunidad siempre viva, pero más poderosa, llama a cuentas a una clase para que responda de una multitud de hechos concretos con los cuales se ha comprometido y ha comprometido a ésta. La burguesía que no quiso responder

[12] CARLOS MARX, *Contribución a la Crítica de la Economía Política,* Prólogo.

de un pasado que no consideraba como propio, tiene ahora que responder de un pasado que es su propia obra. A este llamado a cuentas, responde la filosofía actual, y más concretamente el existencialismo del filósofo francés Jean-Paul Sartre. En nombre de la burguesía, de una burguesía en decadencia, asume la responsabilidad de todos los compromisos que ésta ha adquirido al hacer su historia. Es una filosofía que trata de responder, en nombre de la burguesía, de todos los errores, engaños, falsedades y de toda la suciedad oculta bajo un velo de formas abstractas y huecas. Trata de responder de un mundo ante cuya vista se espantan y escandalizan los espíritus burgueses aun irresponsables, o, aquellos que teniendo tal espíritu, presumen de otra cosa. Para estos espíritus más vale no mover nada, no tocar nada, no descubrir o develar nada. Es mejor dejar las cosas como están, *como si* fuesen de otra manera. Si no, ¿qué será de la moral?, se preguntan. ¿Qué del espíritu emprendedor y heroico? ¿Qué de todos los valores? Es decir, ¿qué será de la burguesía? ¿Qué sucederá con ese hermoso artefacto moral por ella construído?

Ahora bien, lo que el filósofo Jean-Paul Sartre pretende, es realizar algo semejante a lo realizado por otro filósofo hace muchos siglos: Platón. Este, como ahora Sartre, se encontró en una *situación* de crisis. También a él le tocó ver el final de una forma de sociedad; le tocó ser testigo del final de una clase, aquella a la cual pertenecía, la aristocracia griega. En sus obras se hacen también patentes los errores, engaños, falsedades y suciedad de su mundo. Pero frente a ellos se alzan limpios, puros, sus más legítimos aciertos y sus más legítimos valores. Aquellos que reconocemos a la cultura griega, independientemente de todo ese mundo lleno de errores que también fué el mundo griego. En Sartre se hace patente este mismo afán: como Platón ayer, quiere salvar los más legítimos aciertos de su clase, sus más legítimos valores. Y dentro de éstos, muy especialmente, ese valor eje en toda la historia de la burguesía, ese valor que aparece como pivote en la filosofía de Sartre: la libertad. Esta libertad a la cual el burgués nunca supo dar su verdadero sentido. No la libertad absoluta, no el "dejar hacer", sino la libertad en situación, la libertad comprometida; pero de cualquier manera libertad.

Ya no se puede sostener una idea de libertad en sentido pleno, absoluto y por lo mismo irresponsable. Sino la libertad

responsable, consciente de sus límites; pero consciente siempre. Frente a una situación cerrada, sin más posibilidades para la acción, la actividad de la burguesía, Sartre sostiene la idea de la responsabilidad, pues sólo con ella se puede salvar la idea de libertad. Donde no hay responsabilidad no puede haber libertad. Si ya no se puede ser responsable ante los demás, al menos hay que serlo ante sí mismo. Si la burguesía no puede ya elegir otra cosa que su propia destrucción, al menos le queda un camino, asumir libremente, esto es, conscientemente, tal destrucción. Responder, con la conciencia de su destrucción, de todos los compromisos que *libremente* adquirió en su historia. Asumir, como clase, ante la comunidad que la condena a ser destruída, la responsabilidad de esta destrucción. Sartre quiere, con su filosofía, ser esta conciencia responsable. "Todo lo que podemos hacer —dice— es reflejar en nuestros espejos su conciencia desdichada, es decir, adelantar un poco más la descomposición de sus principios; tenemos la tarea ingrata de reprocharle sus faltas cuando se han convertido en maldiciones. Burgueses nosotros mismos, hemos conocido la angustia burguesa, hemos tenido esa alma desgarrada; pero, ya que lo propio de una conciencia desdichada es quererse substraer al estado de desdicha, no podemos permanecer tranquilamente en el seno de nuestra clase, y como ya no es posible salir de ella de un aletazo, dándonos aires de aristocracia parasitaria, menester será que seamos sus sepultureros, incluso corriendo el riesgo de sepultarnos en ella".[13]

La burguesía, como clase, es así vista como algo condenado a la destrucción. Sin embargo, de esta destrucción pueden salvarse los mejores de sus individuos. Esto es, sus individuos responsables. Los que sepan reconocer su responsabilidad como miembros de una clase que termina, y su responsabilidad como participantes en una situación que ya no es la propia. "Hemos nacido —dice Sartre— en la burguesía, y esta clase nos ha enseñado el valor de sus conquistas: libertades políticas, libertad de expresión, *habeas corpus,* etc.; seguimos siendo burgueses por nuestra cultura, nuestro modo de vida y nuestro público actual. Pero al mismo tiempo la situación histórica nos incita a unirnos al proletariado para construir una sociedad sin clases". Así estos individuos, los mejores dentro de su clase por su capacidad de ser responsables, no tendrán ya una tarea

[13] JEAN-PAUL SARTRE, *Situations,* II.

como clase, sino como individuos particulares. Su deber, dice Sartre, será "tomar partido contra todas las injusticias, vengan de donde vinieren". Sin que esto indique que esperen acabar con las injusticias, simplemente que asumirán su responsabilidad frente a ellas condenándolas. "Si se nos dice —continúa Sartre— que nos hacemos los importantes y que somos pueriles al esperar que vamos a cambiar el curso del mundo, responderemos que no tenemos ilusión alguna, pero que conviene, no obstante, que ciertas cosas se digan, aunque sólo sea para salvar la cara a los ojos de nuestros hijos".

También Platón, en el pasado, no pudiendo ya salvar las formas de la sociedad de su época, expresadas en la *Polis* griega, se propuso salvar a los mejores de sus individuos, a los *temperantes*. Esto es, a aquellos que antes de saber el arte de gobernar a los demás, sabían el arte de gobernarse a sí mismos. Y con éstos, con los mejores de esa sociedad en crisis, trató de salvar lo más valioso de su cultura, para incorporarlo al haber de la Cultura Universal. Tal parece ser también la finalidad de la obra filosófica de Sartre: salvar a los mejores, a los responsables, y con ellos lo más valioso de su cultura, para incorporarlo, igualmente, al haber de la Cultura Universal. Pero dejemos que sea el mismo filósofo quien nos diga cuál es el hombre que debe ser salvado: "El hombre total —dice—. Totalmente comprometido y totalmente libre", es el hombre que nosotros concebimos. "No obstante es este hombre libre al que es menester *rescatar,* ampliando sus posibilidades de elección. En ciertas situaciones, sólo cabe una alternativa, uno de cuyos términos es la muerte. Sin embargo, es menester obrar de tal suerte que el hombre pueda, en toda circunstancia, elegir la vida".[14] ¿Cómo se va a realizar este *rescate?* preguntamos nosotros, ¿como Platón, fundará Sartre una Academia, una comunidad de elegidos? No lo sabemos, ni menos sabemos los resultados de este esfuerzo; por ahora, lo único positivo es su *conciencia* del terrible compromiso del cual ha de responder.

PERO nosotros los americanos, más concretamente, nosotros los hispanoamericanos, ¿de qué hemos de responder? ¿De cuál situación hemos de ser responsables? ¿Qué compromisos tiene que asumir responsablemente nuestra filosofía? Desde luego,

[14] *Op. cit.*

si hemos de ser fieles a lo que hasta aquí hemos expuesto, tendremos que afirmar que nuestra *situación* no es la de Jean-Paul Sartre. Nuestra *situación* no es la de la burguesía europea. Nuestra filosofía, si ha de ser responsable, no tiene que responder de los mismos compromisos que la filosofía europea contemporánea. Sin embargo, tal cosa no quiere decir que desconozcamos, como parte de nuestra situación, esa situación que nos corresponde como humanos y, por lo mismo, universal. Desde este punto de vista, el existencialismo hace patentes muchos aspectos de la condición humana, que por esta misma razón son nuestros. Precisamente, es, partiendo de estos aspectos, que sostenemos una filosofía responsable, una filosofía consciente de su situación. Es más, bien conscientes de nuestra situación, sabemos, también, que pertenecemos a una gran comunidad frente a la cual las naciones, pueblos o sociedades, no son otra cosa que individuos y, como éstos, responsables o irresponsables. Es, también, por esta razón, que pedimos una filosofía que se haga consciente del *puesto* que nos corresponde a los pueblos hispanoamericanos dentro de esa comunidad, para asumir la responsabilidad del mismo.

Pero antes de asumir tal responsabilidad, tenemos que empezar asumiendo las responsabilidad particular que nos corresponde como pueblos. Antes de hacernos responsables de los compromisos del mundo, tenemos que hacernos responsables de nuestras situaciones concretas. Tenemos que tomar conciencia de nuestra situación para hacernos responsables de ella. Esto es lo que hasta ahora hemos tratado de evitar. ¿Por un complejo de inferioridad? ¿Por un simple sentimiento de inferioridad? ¿Por irresponsabilidad? Cualquiera que sea la causa es menester que también la conozcamos. Eludiendo el conocimiento de nuestra situación concreta, eludimos también nuestra responsabilidad. ¿Pues quién va a responder por nosotros, por nuestros compromisos, por los actos que hemos realizado a pesar de todo? Quiera que no, hemos hecho una historia, aunque ésta no sea la historia que quisiéramos haber hecho. Quiera que no, hemos formado un mundo concreto, nuestro mundo hispanoamericano, aunque éste no sea comparable a esos mundos de acuerdo con los cuales hubiésemos querido modelar el nuestro. Se trata de hechos y, como tales, de realidades dentro de las cuales nos encontramos comprometidos, y de las cuales tenemos que responder por los compromisos en que hayan caído al com-

prometer a otros. De estos compromisos nadie puede responder sino nosotros.

El no haber querido tomar conciencia de nuestra *situación* explica el por qué no hemos podido tener una filosofía propia, tal como la han tenido los grandes pueblos del mundo. ¿De qué iba a responder nuestra filosofía? ¿Qué tipo de hombre o qué tipo de cultura iba a *rescatar*? ¿Frente a qué situación iba a surgir la filosofía? ¿Sobre qué iban a filosofar nuestros filósofos? Se nos puede contestar. la filosofía es universal y el filósofo sólo se puede comprometer con lo universal y eterno. Contestar así, no es contestar nada. Comprometerse con lo universal y eterno, sin concretizar un solo compromiso, no es comprometerse con nada. Esto es simplemente un subterfugio, una forma cómoda de eludir responsabilidades. Podremos hablar cómodamente de la universalidad del bien, del valor, del conocimiento, etc., sin que tal cosa implique la asunción de compromiso alguno. No pasaremos de ser profesores de filosofía enseñando a unos aspirantes a profesores de filosofía. El profesor de filosofía nunca se compromete con lo que enseña, o al menos cree no comprometerse, de lo dicho por él sólo son responsables los autores de las filosofías expuestas.

¿Cuál es entonces nuestra situación? y por ende ¿cuál debe ser la posición de nuestra filosofía, mejor dicho, de nuestro filosofar? Desde luego, nuestra situación no es la de muchos pueblos del mundo. Pero más concretamente, no es la de la burguesía europea, aunque muchas de las formas de su cultura sean las nuestras, incluyendo la filosofía que exponemos en nuestras cátedras o nos da la base para nuestro filosofar. De aquí que, hay que agregar, nuestras polémicas, si hemos de tener algunas, no han de ser necesariamente las que sostiene esta filosofía en cuanto se refieren a problemas propios de su situación concreta. Otra cosa serán las que se refieran a nuestra concreta situación o a esa situación más amplia que es nuestra condición humana. La situación concreta, por ejemplo, del existencialismo de Sartre, no es necesariamente nuestra situación. Como exponente de una clase y de una cultura, Sartre encuentra una situación completamente cerrada. Sin más salida que el reconocimiento responsable de su propio fin. Nosotros, los hispanoamericanos, aun no nos encontramos en tal situación. Aun somos pueblos, cuya responsabilidad, dentro de la comunidad universal, está inédita. Sartre se ha encontrado en una

situación dentro de la cual el intelectual carece ya de un papel activo en la sociedad. Este no tiene ya otro camino que el de sumarse, como masa y no como individuo, a las filas de los opresores o a las filas de los oprimidos. Pero estos mismos ya no le necesitan, puesto que al organizarse han dejado de ser oprimidos pasando, ahora, de la defensiva a la ofensiva contra sus opresores. En otras ocasiones —dice— "las circunstancias le permitieron colocarse en favor del oprimido ante el opresor y ayudar al oprimido a que tomara conciencia de sí mismo". Pero hoy, "la clase oprimida, organizada en un partido, agarrotada en una ideología rigurosa, se convierte en una sociedad cerrada; ya no puede comunicarse con ella sin intermediario". Y agrega: "Como nuestra perspectiva histórica es la guerra, como se nos conmina a elegir entre el bloque anglo-sajón y el bloque soviético y nos negamos a prepararla con el uno y con el otro, hemos caído fuera de la historia y hablamos en el desierto".[15]

¿Podemos describir nuestra situación en los mismos términos?, cabe que nos preguntemos los hispanoamericanos. No, aunque en general la situación mundial sea también la nuestra, poseemos, sin embargo, una situación que nos es propia y que, por lo mismo, al menos en un mínimo, hace distinta nuestra postura en la misma. En nuestros países no podemos decir que todos los oprimidos se encuentren organizados. Tampoco podemos decir que todos tengan conciencia de su situación. Por ejemplo, aun tenemos el problema indígena y con él un tipo de explotación primitivo en comparación con el realizado por la burguesía sobre el proletariado. Al lado de la explotación del Imperialismo y de las burguesías locales, tenemos aún, en varios pueblos de Hispanoamérica, el mismo tipo de explotación que la Conquista impuso sobre los pueblos conquistados hace cuatro siglos. Al lado de los grandes capitanes de empresa del Imperialismo mundial y los pequeños de nuestras burguesías coloniales, se encuentran nuestros típicos dictadores: caudillos, caciques y "hombres fuertes". Aquí, nuestros intelectuales, como tales, tienen aún mucho quehacer, si se consideran responsables. Su voz no será, aún, una voz en el desierto.

Pero hay más, existe otra serie de circunstancias que nos confirma la diversidad de la *situación* de nuestros pueblos. La burguesía creció y se hizo fuerte mediante el desarrollo industrial y la conquista de mercados donde obtener, a bajo costo,

[15] *Op. cit.*

materias primas y, donde vender sus productos, con máxima ganancia. La industria y el colonialismo fueron las bases de su grandeza. Pero, por una dialéctica inevitable de la historia, al mismo tiempo que crecía, fueron creciendo en sus entrañas las fuerzas que ahora le ponen jaque mate. Con el desarrollo de la industria se desarrolló también la clase que ahora la combate, el proletariado. Esta es la clase que en nuestros días se perfila como la posible realizadora de un nuevo tipo de comunidad. Pero queda la otra línea, la del colonialismo, dentro de ésta tienen un lugar muy especial los pueblos hispanoamericanos.

Así, nos encontramos con dos tipos de lucha: una, que podíamos llamar *vertical,* que se desarrolla en todos los países industrializados, incluyendo los nuestros: la lucha de clases. La otra, que podemos llamar *horizontal,* que se desarrolla, con más o menos fuerza, entre los pueblos coloniales y los países imperialistas. Esta lucha es típica de Hispanoamérica. Esta ya no es una lucha de clases, aunque el proletariado hispanoamericano tenga un gran interés en ella. Al lado de éste se encuentran otras fuerzas y se discuten otros problemas. Entre éstos existen problemas planteados desde la Conquista. Los pueblos hispanoamericanos son, además, herederos de una tradición occidental; pero, dentro de ella, pertenecen precisamente a la cultura que fué vencida al oponerse a la pujante fuerza de la burguesía en su ascenso. Inútilmente nuestros pueblos han tratado de romper con la tradición que les tocó en suerte, arrancándose una herencia que consideraban negativa. Todo el siglo XIX fué un vano esfuerzo por establecer en Hispanoamérica una burguesía semejante al gran modelo europeo y norteamericano. Fuerzas internas y hereditarias lo frustraban al mismo tiempo que la burguesía, en su expresión imperialista, tenía buen cuidado de que tal cosa no sucediese. De aquí, que, en Hispanoamérica, sólo nos encontremos con una pseudo-burguesía al servicio de la gran burguesía. No tenemos una burguesía propiamente dicha, como tampoco clases claramente definidas. Un conjunto de problemas típicamente nuestros, se entrecruzan con una serie de problemas internacionales, estableciéndose un juego entre los unos y los otros. Nuestra *situación,* en otras palabras, es simplemente ambigua. Ahora bien, posiblemente toda esta serie de distinciones aquí señaladas sean detalles poco importantes dentro de la necesaria evolución de la historia universal.

No creo tal cosa, sin embargo, aun aceptándolo, estos detalles sí que son importantes para señalar nuestra propia situación y con ella los compromisos que nos pueden corresponder dentro de la historia. De cualquier manera actuamos, y al actuar nos comprometemos y comprometemos a los otros.

Pero hasta aquí, para hablar de nuestra *situación*, sólo nos hemos servido de negaciones. Esto es, sólo hemos hablado de lo que no somos. ¿Cuál es entonces nuestra *situación* desde el punto de vista de lo que somos? ¿cuál es nuestro *ser*? He aquí una tarea para nuestro filosofar. De la respuesta que demos habrá de surgir nuestra buscada filosofía. Varios jóvenes amigos nuestros se han comprometido aquí a realizar varias tareas cuya finalidad última es encontrar y definir este *ser* nuestro. Si lo logramos, sabremos también el *sitio* que nos corresponde dentro de la comunidad de pueblos. Y conociéndolo podremos asumir libremente su responsabilidad. Ya en él, podremos repetir las palabras de Sócrates con que iniciamos este ensayo: Es menester que allí nos sostengamos "arrostrando los peligros y no teniendo en cuenta ni la muerte, ni ninguna otra cosa, más que la vergüenza".

ECONOMIA COTIDIANA Y JUEGOS DE AZAR EN AMERICA LATINA *

Por *Roger CAILLOIS*

Los estudios o teorías económicas modernos están hondamente influídos por ese mismo capitalismo que estudian de preferencia. Muy a menudo este influjo se ejerce sin que los autores se aperciban. Sucede, en primer término, que como examinan casi exclusivamente el capitalismo, conciben menos fácilmente cualquier otro medio de producción, de circulación y de consumo de riquezas. Sobre todo, como el capitalismo expresa la estructura económica del mundo de que emanan dichos estudios nada más natural que se hallen impregnados de su espíritu. Por último, cierto sentimiento de evidencia y de irrecusable fatalidad es de por sí anejo a un sistema donde, en vez de gastar suntuariamente el excedente de los recursos disponibles, se lo invierte luego con miras a una acumulación de riqueza y de poder, esto es, en el cual se lo capitaliza en cuanto ha sido obtenido.[1]

No conviene, sin embargo, prestar menos atención a la manera de gastar el dinero que a la de ganarlo. Si ahorro y prodigalidad, se generalizan en el seno de una sociedad dada, modifican sensiblemente su economía: la economía cotidiana e individual, en primer término; y a plazo más largo, los caracteres esenciales del régimen económico, si no su orientación básica.

La América Ibérica ofrece a este respecto un ejemplo particularmente llamativo: casi no existe el ahorro; más aún, no goza

* Hacemos patente nuestro agradecimiento al *Centre Internationale d'Echanges littéraires* de la UNESCO que nos ha enviado graciosamente este artículo inédito de Roger Caillois.—*N. de la R.*

1 Empleo la palabra *capitalismo* en un sentido lo bastante lato como para comprender en ella también al socialismo, que es acumulación colectiva y nacional, aunque no individual y privada, de riquezas, mas al fin y al cabo proceso de acumulación indefinida.

de buena reputación. Está considerado como un freno y no como la condición del auge de la riqueza. Las máximas de Ford son aceptadas en todo el continente: "No ahorréis, el ahorro es la virtud de los débiles y de los condenados a la derrota en la vida. Mi experiencia me enseña que gastar cuanto se gana es condición necesaria para ganar siempre más y que quienes ahorran se condenan siempre a la miseria".[2] De manera general, se le acusa al ahorro de conducir a una restricción del consumo y, por consiguiente, de entorpecer la producción en serie sin la cual los precios bajos carecen de posibilidad de existencia. Se le hace el reproche de constituir una actitud de desconfianza ante la vida, que paraliza toda iniciativa y predispone al fracaso.

Ford, claro está, arrimaba el ascua a su sardina. No cabe duda, sin embargo, de que el dinero atesorado en casa permanece improductivo: no trabaja. Como suele decirse con acierto, está "mis de coté", puesto al margen, perdido para el circuito de la economía. El americano prefiere utilizarlo, es decir, gastarlo o colocarlo. Pero, en la América Ibérica el trabajador no suele guardar parte alguna de sus ganancias como reserva para el futuro o para hacer que fructifique. Al contrario, la mayoría de la población vive endeudada más o menos. No es raro que el gran propietario, aspirante a los primeros puestos de la República, deba varias decenas de millones al Estado o a los bancos; en el otro extremo no hay jornalero agrícola que no tenga su libreta en una de esas tiendas, medio abarroterías medio tabernas, que centralizan en el campo, la casi totalidad del comercio local. Entre ambos, el funcionario pide prestado sobre su sueldo, o firma, sin hacerlos efectivos, los vales que le presentan en el restorán o en los almacenes de que es cliente acreditado. Los comerciantes se reúnen entre varios para dar empleo a un cobrador que trate de recaudar a fines de mes las facturas rezagadas. Algunas quedan sin pagar. No importa: se ha estimado ya su quebranto que se carga a los gastos generales de la empresa.

De este modo el consumidor no sólo no ahorra parte alguna de sus ingresos, sino que dispone por anticipado del dinero que no ha ganado todavía. Vive del crédito que se le otorga. Es de advertir que el comercio no se perjudica con ello. Los nego-

---

[2] Cf. Corrodo Gini, *La teoría europea del ahorro y la teoría americana del no-ahorro.* "Revista Mexicana de Sociología", vol. IX, núm. 1, pp. 7-15.

ciantes se limitan a calcular márgenes de beneficios suficientes para compensar la carencia de los deudores insolventes a quienes renuncia por lo regular a perseguir, convencido de que le tiene mejor cuenta abandonarlos a su suerte. Hasta se puede pretender que semejante actitud, me refiero a la normalización de las deudas, lejos de paralizar la actividad económica, la estimula generalizando hasta sus últimas posibilidades, la costumbre del crédito. Lo que da, como consecuencia, una notable inestabilidad política.[3]

Este modo de vivir produce varios efectos cuyos resultados acaban por determinar, poco a poco, la fisonomía de una cultura. En Europa, observa M. Gini,[4] un salón, lleno como está de objetos artísticos, de bagatelas, de alfombras, de libros, de cuadros trasmitidos de una generación a otra, parece una sala de museo. Todos se mueven en él con respeto y circunspección. Nada de esto se verá en América, y sí, en cambio, un refrigerador, cómodas butacas, una cocina eléctrica, un aparato de radio, es decir, los artículos todos de consumo corriente, sujetos a la producción ordinaria y que han de reemplazarse más o menos pronto. En realidad no se conserva nada. Las mismas ciudades parecen en estado de reconstrucción permanente porque las casas se construyen para diez o quince años, duración del mejor rendimiento de los edificios de alquiler. Transcurrido ese tiempo, el inmueble, pasado de moda no es bastante rentable: se apresuran, consiguientemente, a substituirlo por otro, más moderno y más cómodo, en el que el aumento de confort permita pedir un alquiler más lucrativo. De manera análoga, al que cambia de apartamento le desagrada trasladar su mobiliario: aprovecha gustoso la ocasión de venderlo y adquirir otro nuevo; de la misma manera que se deshace fácilmente del que hereda de sus padres, lo mismo que no zurce unos calcetines

[3] En Cuba, la cuestión de las deudas y la de su cancelación determinan los cambios de gobierno en caso de crisis económica. En la Argentina, en la época del movimiento militar que en 1942 llevó al poder al general Rawson, a quien al día siguiente sucedió el general Ramírez, se habló mucho de las deudas de los oficiales superiores del ejército como motor principal de la gesta revolucionaria. No debe, a mi juicio, retenerse esta explicación. Pero el hecho de que fuera enunciada, difundida y por lo general aceptada, demuestra que no hería en modo alguno el sentimiento popular de verosimilitud.

[4] *Ob. cit.*

gastados, que no compone una cacerola perforada. Los cambia o prescinde de ellos.

GASTAR sin medida, gastar más de lo que se gana, resulta ser, si bien se examina, una conducta cuyas repercusiones se organizan en un sistema coherente y viable. Esta actitud acrecienta las necesidades y, con las necesidades, el espíritu de lucro. Se quieren ganancias inmediatas, a menudo desproporcionadas en relación con el esfuerzo producido, y que se destinan a satisfacer sin demora el ansia de goce más simple y más impaciente. No se aplaza el consumo del provecho logrado, no se transfiere la ganancia al porvenir de manera que pueda volver a encontrársela multiplicada después. Por último, se abandonan las actividades productoras demasiado lentas, demasiado regulares, demasiado ingratas. Avidez y placer se conjugan en la afición a los juegos de azar, que los observadores han advertido con tanta frecuencia en la América Ibérica. Se hallan esos juegos difundidos en todos lados, fascinantes siempre. ¿Cabe extrañarse? Por un lado mantienen la esperanza en una fortuna fácil y repentina que se logra por suerte y no con trabajo. Cuando no existe pasión que no sea costoso satisfacer, ésta, la más ruinosa de todas, no cesa de prometer a quien se le entrega una opulencia como desmedida. Además halaga, a no sé qué necesidad de vértigo, poco estudiada, pero para comprender cuya importancia basta recorrer los parques de atracciones en los que nunca se vacían esas vagonetas, esas barquillas lanzadas a toda velocidad donde se ata uno de buen grado y pagando, donde se convierte en proyectil durante algunos segundos, de donde se sale verde y tambaleante, que sólo procuran sensaciones viscerales realmente espantosas, pero que siempre se vuelven a buscar. Los juegos de azar combinan el cebo de la ganancia con el gusto de esas sensaciones fuertes que cortan el aliento y paralizan el corazón; se fundan en seducciones poderosas, elementales que por lo general se contrarían en vez de armonizar sus efectos. Son así susceptibles no sólo de desempeñar, dentro de una sociedad determinada, oficio de divertimiento, sino de ocupar un sitio que los remite a la atención del sociólogo o del economista.

La amplitud de su cometido es tal en América Ibérica, por lo menos en algunos de sus países, como para suponer que absorben el exceso de los recursos individuales o familiares

que en otros lugares, en Europa principalmente, son puestos en reserva por la costumbre de ahorrar.

En efecto, el juego y el ahorro interesan a las mismas capas de la población, las preocupan del mismo modo y, si el juego en América absorbe una cantidad proporcionalmente mayor del salario mensual que la colectada por el ahorro en Europa, ello es debido a que el trabajador iberoamericano gasta menos que el obrero europeo en su vestimenta y sobre todo en su alimentación y dispone de una fracción sensiblemente más importante de sus ingresos para un uso menos inmediatamente determinado. Ahora bien, este excedente, salvo entre los emigrantes de la primera y a veces de la segunda generación, no es consagrado casi nunca al ahorro, es decir, no se pone en reserva, productiva o improductiva, de riquezas; casi siempre se le destina al juego, o sea a una circulación de riquezas acelerada, aleatoria y por esencia improductiva, puesto que las ganancias de los unos no conocen más origen que las pérdidas de los otros.

En la América Ibérica es excepcional que no se juegue. El número de los jugadores no se limita al de los ociosos y al gentío relativamente mínimo que asiste los domingos a las carreras de caballos para arriesgar una suma mayor o menor tomada de sus ganancias semanales. Además todos juegan, demasiado en relación con sus entradas: no se les puede equiparar con el empleado o con el artesano que en las horas que median entre el cierre de oficinas y almacenes y la de la cena juegan en el café una partida diaria de billar o de dominó con una apuesta insignificante. En la América Ibérica, el hipódromo, el casino, sin contar los juegos de naipes y los cafés, existen igualmente.[5] Los Jockeys-Clubs disponen incluso de edificios suntuosos; su riqueza, proveniente de un impuesto sobre las carreras, resulta considerable; representan en ocasiones una potencia política que conviene tener en cuenta y que

---

[5] De hecho, los países iberoamericanos conocen los juegos de dinero más variados: juegos de naipes en plena calle, en los pueblos de México, cuyo principio se parece al de la lotería casera; peleas de gallos en las Antillas y en Colombia, pretextos para hacer traviesas a veces muy cuantiosas; mesitas instaladas en los mercados de Puerto Rico donde el público lanza pelotas a unas casillas numeradas y juega al par o impar del total obtenido, etc., etc. . .

[6] Convendría aquí hacer sobre todo una breve historia política de la provincia de Buenos Aires y de la ruleta de Mar del Plata que estuvo

compite, a veces, con la que disfrutan los concesionarios de la ruleta en los casinos.[6] Abundan, además, las loterías federales, provinciales, municipales cuyos primeros premios alcanzan cifras enormes y cuyos billetes cuestan muy caros. Pero el juego más amplio se desarrolla a espaldas de esas instituciones oficiales: el proletariado urbano repelido de los casinos por su miseria, a disgusto en los hipódromos, sin tener siquiera el recurso de probar suerte a la lotería, instituye para su propio uso una gigantesca organización de apuestas mutuas medio clandestina, en el que cada cual apunta lo que puede a las dos últimas cifras del primer premio de la lotería nacional.

Este es el principio de la *quiniela* argentina y del *jogo do bicho* brasileño, en los que la cuantía del dinero invertido llega a sumas más que interesantes para la economía general del país.

El *jogo do bicho* o "juego de los animales" merece consideración aparte. Permite, en efecto, darse clara cuenta de la importancia adquirida por los juegos de azar en la economía y hasta en la vida diaria de las naciones de América Latina. Bajo su forma actual remonta a los alrededores de 1880. Se atribuye su origen a la costumbre del Barón de Drummond de exponer cada semana la figura de un animal a la entrada del parque zoológico. Se invitaba al público a adivinar el animal de tanda. Nació así un sistema de apuestas mutuas que sobrevivió a su causa inmediata y que, de modo duradero, asoció las figuras de los animales a la serie numérica. El juego fué pronto asimilado, en las apuestas mutuas, a los números premiados de la lotería federal, análogo a la *quiniela* de los países vecinos. Se repartieron los cien primeros números en grupos de a cuatro y fueron atribuídos a veinticinco animales dispuestos por orden más o menos alfabético, desde el *águila* (núms. 01 a 04) hasta la *vaca* (núms. 97 a 00). Desde entonces el juego no ha sufrido modificaciones apreciables.

Las combinaciones son infinitas: se juega a la unidad, a la decena, a la centena o al millar, es decir, a la última, o a las dos, tres o cuatro últimas cifras del número ganador de la lotería de ese día. (Desde que la lotería federal dejó de

---

mucho tiempo en manos de políticos conservadores y que nacionalizó recientemente el gobierno de Perón. Asimismo, en el Brasil, cuando el general Dutra separó su carrera política de la de Getulio Vargas, prohibió la ruleta y cerró el casino de Quintandinha, cuyos destinos estaban presididos por un yerno del antiguo dictador.

ser diaria para hacerse semanal, se sortea los demás días una lotería falsa, puramente teórica, sin billetes ni premios, que sólo sirve para descartar a los jugadores del *bicho*). Se puede, además, jugar a varios animales a la vez, es decir, a varios grupos de cuatro números, y jugar a cada combinación *invertida,* o sea apostando no sólo a un número determinado, sino a cualquier número compuesto por las mismas cifras. Por ejemplo: jugar al 327 *invertido* significa que lo mismo se gana con el 372, con el 237, con el 723 y con el 732. Es fácil imaginar que el cálculo de las ganancias, rigurosamente proporcionales a los riesgos, no es operación baladí. De esta manera, el conocimiento profundo de las leyes aritméticas se ha difundido entre el pueblo: gente que apenas sabe leer y escribir resuelve con seguridad y rapidez desconcertantes, problemas que exigirían ya atención sostenida a un matemático no muy entrenado.

El *jogo do bicho* no beneficia únicamente al estudio práctico de las ciencias exactas. Todavía beneficia más a la superstición. Se encuentra relacionado con un sistema de oniromancia que posee su código, sus clásicos y sus intérpretes reconocidos. Porque los sueños son los encargados de informar al jugador acerca del animal que ha de escoger. Sin embargo, no siempre es prudente jugar al animal con que se ha soñado. Es bueno hojear antes un manual conveniente, alguna clave de sueños especializada y titulada por lo general *Interpretacao dos sonhos para Jogo do Bicho.* Se entera uno ahí de las correspondencias dignas de crédito: el que sueña con una vaca volante debe jugar al Aguila y no a la Vaca; el que sueña con un gato que se cae del tejado, debe jugar a la Mariposa (porque un gato verdadero no se cae del tejado); el que sueña con un bastón debe jugar a la Cobra (que se empina como aquél); quien ve en sueños un perro rabioso debe jugar al León (que como éste es valiente, etc., etc. . . A veces la relación no es muy clara: quien sueña con un muerto ha de jugar al Elefante. Ocurre que la relación esté tomada del folklore satírico: quien soñó con un portugués debe jugar al Asno. Los más escrupulosos no se satisfacen con estas correspondencias mecánicas: consultan a los adivinos o a las pitonisas que, aplicando sus dones y sus conocimientos a cada caso particular, saben pronunciar oráculos infalibles.

Se prescinde a veces de los animales: el sueño suministra directamente el número requerido. Quien sueña con uno de

sus amigos juega al número de su teléfono; el que presencia un accidente de circulación juega el número del vehículo averiado, o el del agente de policía que media en el percance o una combinación de ambos. Rima y ritmo no son menos importantes que las indicaciones del azar. Según una anécdota significativa, un sacerdote al dar la absolución a un moribundo pronuncia las palabras rituales: "Jesús, María y José". El moribundo se incorpora y exclama: "Aguila, Avestruz, Caimán", animales del *bicho,* cuya secuencia en portugués ("Aguia, Avestruz, Jacaré") imita a la primera vagamente. Sería fácil multiplicar los ejemplos al infinito. Se considera don precioso la habilidad para descubrir las relaciones efectivas. Más de un brasileño cita como ocurrido entre sus amistades el caso de un sirviente que, imprescindible para sus amos por su acierto al desenredar las combinaciones del *bicho* o por su ciencia de los presagios, ha acabado por gobernar la casa.[7]

El juego de los animales está teóricamente prohibido en todos los Estados del Brasil. Pero de hecho se le tolera más o menos según el humor o el interés del gobernador del Estado, y, dentro de un mismo Estado, según el capricho o la política de los dirigentes locales y en particular del jefe de la policía. En ambos casos, lo mismo perseguido con benevolencia que protegido solapadamente, guarda el sabor del fruto prohibido y su organización permanece en clandestinidad aun cuando semejante discreción no se vea justificada por la actitud de las autoridades competentes. Mejor aún, la conciencia popular, que no cesa de ocuparse de él, parece considerarlo como un pecado, como pecado venial sin duda y como vicio perdonable análogo al del tabaco, por ejemplo, mas sin dejar oscuramente de considerarlo, al entregarse a él, como una actividad reprensible. Los políticos, que a menudo lo organizan, se sirven de él o sacan de él provecho, no dejan de vituperarlo en sus discursos. El ejército, de tendencias moralizadoras, que aun conserva viva la influencia de Augusto Comte y del positivismo, mira al *bicho* con malos ojos. En las *macumbas,* sesiones de posesión por los espíritus, a que es tan aficionada la población negra, así como en los círculos espiritistas no menos difundidos

[7] Casi exclusivamente negros o mulatos, los sirvientes son los mediadores naturales entre los brujos o sacerdotes de los cultos africanos y las personas que, aun creyendo en la eficacia de su prestigio, no se atreven por respetos humanos a entrar en relación con ellos.

y poderosos, se expulsa a quienes solicitan de los posesos o de las mesas giratorias pronósticos para el *bicho*. La condenación es general en el universo espiritual brasileño.

La situación constantemente precaria del juego de los animales, la reprobación difusa de que sigue siendo objeto por parte de sus adeptos, el hecho sobre todo de que no pueda ser reconocido oficialmente, conducen a una consecuencia que raramente deja de extrañar a sus mismos partidarios: la escrupulosa honestidad de los corredores de apuestas. Nunca, se asegura, ninguno de ellos malversó un céntimo de sus clientes. Sin más excepción que la de los jugadores adinerados que giran sus órdenes por teléfono, todos los demás deslizan en la esquina de cualquier calle en las manos de un cobrador, un papel doblado que contiene la suma, a veces cuantiosa, de la apuesta, y donde constan la combinación elegida y un nombre falso utilizado para el lance. El cobrador trasmite el papel a un compadre suyo, éste se lo pasa a un tercero, de manera que, en caso de alerta, la policía no encuentre nada al registrar al sorprendido in fraganti. Esa misma noche o al día siguiente, los agraciados acuden al lugar convenido y pronuncian el nombre que consignaron en la apuesta. Inmediatamente el cobrador, convertido en pagador, entrega discretamente el sobre correspondiente a dicho nombre y que encierra exactamente la suma debida al apostante ganancioso. El jugador carecería de recursos contra el *bichero* poco honrado, si los hubiera. Pero no los hay. Suele ser motivo de extrañeza y de admiración que reine mayor honradez en este juego turbio en el que cantidades tentadoras pasan sin cesar por manos miserables, que en los demás lugares de un país donde suele ser motivo de queja el relajamiento de las costumbres en este aspecto. Sin embargo, la razón no puede ser más obvia. Sin confianza, nunca podría durar un tráfico de esta especie. Bastaría el menor recelo para que todo se viniera abajo. Donde no son posibles ni control ni reclamación, la buena fe no es lujo sino necesidad.

Según los cálculos más modestos, del 60 al 70 por ciento de la población del Brasil juega al *bicho* consagrándole cada uno por día la centésima parte poco más o menos de su renta mensual, de manera que al cabo del mes, *si no ganara nunca,* no habría disipado menos del treinta por ciento de sus haberes. Sólo se trata aquí del jugador medio. En los jugadores inveterados, esta proporción se ve considerablemente rebasada. En

los casos extremados, el jugador destina al juego la casi totalidad de sus ingresos y en cuanto a lo demás vive parasitariamente o recurre a la mendicidad pura y simple.

No es de extrañar que, no obstante la prohibición legal que sobre él se cierne, el juego de los animales represente una fuerza o un recurso que los poderes públicos se ven obligados a tomar en cuenta. En cierta ocasión, los encarcelados políticos reivindicaron el derecho de jugar al *bicho* desde la casa en que estaban detenidos: lo obtuvieron. El Departamento de Asistencia Social del Estado de Sao Paulo, creado sin presupuesto en 1931, funcionó durante mucho tiempo sólo con los subsidios que le otorgaron los jefes locales del *bicho.* Esos subsidios eran suficientes para sostener a un personal numeroso y para responder a las continuas demandas de los necesitados. La organización del juego está muy jerarquizada: los que se encuentran a su cabeza realizan beneficios enormes y no se hacen rogar demasiado para subvencionar, sin distinción de partido, a los hombres políticos de quienes esperan una actitud complaciente para sus actividades.

Por importantes que aparezcan las consecuencias morales, culturales y hasta políticas, del juego de los animales, lo que ante todo conviene es sacar su significación económica. Prácticamente, inmoviliza, *haciéndola circular demasiado aprisa,* una parte apreciable del numerario disponible que así se encuentra perdida para el desarrollo económico de la nación o para la mejora del nivel de vida de sus habitantes. El dinero consagrado al juego no sirve para comprar un mueble, un utensilio de cocina, una herramienta, un traje, ni siquiera un suplemento de comida, empleos todos ellos que tendrían la virtud de activar el crecimiento de la agricultura, del comercio o de la industria del país. Está sacrificado estérilmente, substraído a la circulación general por una circulación constante y rápida en circuito cerrado, ya que las ganancias raramente escapan a la infernal vorágine. Vuelven al juego, salvo, algunas veces, la parte reservada para los gastos de un holgorio. Sólo los beneficios de los banqueros y de los organizadores del *bicho* corren el riesgo de ingresar en el circuito de la economía general. Y puede incluso pensarse que lo hacen de la manera más provechosa para ésta. Sin embargo, un aflujo continuo de dinero fresco mantiene o aumenta el monto de las sumas aventuradas y reduce en otro tanto las posibilidades de ahorro.

De hecho, los depósitos de las Cajas de Ahorro brasileñas parecen casi insignificantes frente a los depósitos de los países europeos:[8] 187 millones de francos suizos en 1930 contra 12,450 de Francia que cuenta con una población equivalente, y hasta un poco inferior. El Luxemburgo, con una población 125 veces menor, pasa de la mitad de la cifra brasileña. Esta no llega a la octava parte de los depósitos de Noruega (1,530 millones de francos suizos) cuya población apenas representa la quinceava parte de la del Brasil. La cuantía brasileña del depósito medio por habitante es, con una sola excepción, la más baja registrada: expresada en francos suizos, es de 4.3 contra 540 para Noruega, 324 para Luxemburgo, 297 para Francia, 274 para Suiza, 254 para Holanda, etc.

La comparación con los Estados Unidos no parece menos instructiva. Para un territorio más extendido y para una población sólo 2.75 veces menos numerosa, los depósitos brasileños equivalen apenas a la ciento ochentava parte de los depósitos norteamericanos. La situación del Brasil es excepcional aun entre los países iberoamericanos: la suma total de sus depósitos no alcanza ni muchos menos al doble de la de Chile cuya población es diez veces menor. Y Chile es un país pobre. Además, su red de Cajas de Ahorro se distingue por ser la más rala de cuantas se conocen: un establecimiento por cada 6,230 kms. cuadrados y 32,000 habitantes, contra un establecimiento por cada 34 kms. cuadrados y 2,590 habitantes en Francia, y por cada 525 kms. cuadrados y 2,280 habitantes en Argentina.

Si se examinan las cifras más recientes (1946-1947), la relación del monto de los depósitos con la renta nacional no es menos elocuente: 4% en Argentina contra 11.5% en los Estados Unidos, 12.5% en Bélgica, 14.6% en Suiza. Faltan las cifras de Brasil. Pero todo permite presumir una proporción

[8] Las cifras que se expresan a continuación están tomadas de *Les Caisses d'Epargne dans le Monde,* obra publicada por el *Institut International de l'Epargne,* Milán, 1935. No existe edición más reciente de este anuario. Las cifras que suministra corresponden al año 1930 para el Brasil y al año 1934 para los demás países. Pero su gran estabilidad impide que esa diferencia de cuatro años implique errores sensibles. Algunas cifras relativas a los años 1946-1947 me han sido amablemente facilitadas por M. Filippo Ravizza, director de dicho Instituto. Son a veces bastante distintas de éstas. Pero si se tienen en cuenta las sucesivas devaluaciones de las monedas nacionales, llama la atención, al contrario, la constancia de las relaciones.

excepcionalmente débil. En los países donde el ahorro está más próspero y donde una propaganda escolar hábil e instante crea su hábito entre los ciudadanos desde edad muy temprana, como sucede en Suiza, en Noruega, etc., los juegos de azar o se encuentran prohibidos —la ruleta, por ejemplo— o bien, como las loterías cantonales o nacionales, se ven gravados con impuestos tan onerosos que se convierten en una especie de tributo indirecto o de contribución voluntaria. Su producto alimenta la caja de las obras de beneficencia, cosa que nunca sucede con los juegos semi-clandestinos de la América Ibérica. De suerte que un alto porcentaje del dinero jugado recibe, en esos países, un empleo productivo. Por lo menos, al aligerar con la misma cantidad el presupuesto del Estado y por consiguiente las cargas de los contribuyentes, libera, para actividades fecundas, una parte correspondiente de sus rentas. Así en la psicología, en las estadísticas y en las instituciones se patentiza la incompatibilidad del juego y del ahorro. Era de sospechar: en la escala individual, esa oposición es evidentísima. Cada quién debe escoger entre jugar y ahorrar. Pero cabía suponer que los casos particulares se anulaban y que cada uno de los países contaba con una proporción sensiblemente igual de jugadores y de ahorradores. El examen de las cifras brasileñas muestra, al contrario, hasta qué extremo puede llegar el desequilibrio.

Sin duda, por muy convincentes que esas cifras se juzguen, si se las mira aparte no podrían pasar por decisivas. Falta de hecho el dato principal, que escapa, por las condiciones mismas en que se practica el juego de los animales, a todo intento de evaluación rigurosa: el volumen de dinero movilizado por el *bicho* (y por los demás juegos de azar que prosperan junto con él) y su relación con la renta nacional del Brasil. A falta de esas indicaciones esenciales, las conclusiones que pudieran sacarse de la importancia económica del *bicho* están condenadas a invalidez. Sin embargo, bastan esas cifras tal como son para determinar que existen una economía de ahorro y una economía de juego, las cuales diferencian profundamente a las colectividades donde se propagan: en unas todo el excedente disponible, reinvertido al punto, concurre a aumentar el rendimiento económico del país; en las otras, toda ganancia, tan pronto como ha sido adquirida, se ve de nuevo arriesgada y así vuelta a poner perpe-

tuamente en contingencia, sin que pueda transformarse a su vez en fuerza productiva.

Para explicar el retraso económico de las naciones iberoamericanas con respecto a los Estados Unidos, se han invocado sucesivamente el clima, los principios de la colonización hispánica, el carácter latino, la indolencia criolla y todo género de causas que realmente conviene tener presentes, pero cuya incidencia en el plano económico no aparece como directa. Ahora bien, el juego podría legítimamente ser también tomado en consideración. Lo mismo se opone al ahorro a menudo estéril del europeo que a la prodigalidad fecunda del norteamericano. Impide en un principio la constitución de reservas disponibles sin que por ello los gastos que ocasiona puedan servir en lo más mínimo al desarrollo de la economía. Improductivo por esencia, enteramente subordinado a los requerimientos de una pasión ciega e impaciente, el juego suele provocar la indignación o el desprecio de aquellos que se atienen a las máximas opuestas, como esos consejos de Benjamín Franklin en los que un Max Weber creyó descubrir el espíritu mismo del capitalismo: "Acuérdate de que el tiempo es dinero; el que puede ganar diez chelines en un día y se pasea u holgazanea en su casa la mitad de ese tiempo, aunque no haya gastado más que seis peniques en satisfacer sus gustos, debe contar que ha gastado además o, mejor, que ha tirado al agua cinco chelines... Acuérdate de que el dinero posee potencia genésica y fecundidad. El dinero engendra dinero y sus frutos pueden engendrar a su vez y así sucesivamente. Cinco chelines se transforman en seis, luego en siete chelines y tres peniques, hasta que llegan a convertirse en una libra esterlina. El dinero produce más cuanto más abundante es, de suerte que el provecho crece cada vez más de prisa. Quien mata una cerda aniquila su prole hasta el millar. Quien destruye una pieza de cinco chelines frustra todo lo que hubiera podido producir: pilas enteras de libras esterlinas".[9]

En estas líneas citadas con frecuencia, no preconiza Franklin un ahorro absoluto que, conduciendo a una puesta en reserva definitiva del dinero, lo extinguiría tanto y aun más que un gasto excesivo. Pretende al contrario que se le infunda

---

[9] Cf. R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalisme,* New York, 1947; y acerca de esta obra: Georges Bataille, "Morale puritaine et Capitalisme", *Critique,* Abril de 1948, pp. 334-345.

el máximum de eficacia fructificante. Ford adapta esta enseñanza en lugar de traicionarla cuando recomienda como medio de enriquecerse la prodigalidad en oposición a la parsimonia. Incita a la compra de bienes de consumo que tiende a aumentar el conjunto de la producción. En efecto, el crecimiento de la demanda aumenta, por una parte, las necesidades del cliente y permite que se le suministren a mejor precio las mercaderías que le satisfacen. Por otra parte, a él mismo le pone en estado de producir más habituándole a una alimentación más abundante y a una vida más cómoda.

A la inversa, el dinero no sólo no produce nada en el juego sino que impide producir. Quien juega cuanto gana no puede comprar nada, de suerte que reduce —tanto como el avaro— el consumo y por tanto la producción. Si además el jugador llega, como ocurre en América Latina, hasta a sacrificar a su vicio la calidad y la cantidad de su sustento, pronto ve disminuar su capacidad de trabajo. Restringe así la producción de dos modos: rehusando por falta de poder adquisitivo los bienes que aquélla le propone y frenándola en cuanto que su desnutrición crónica mengua su calidad obrera.

Sería ciertamente ridículo presentar la economía del juego como un fenómeno decisivo. Siempre que compite con una economía acumulativa, se convierte en instrumento o en presa para esta última. Ni siquiera conviene exagerar la importancia de su papel en Iberoamérica, cuya integración en la economía mundial y donde la explotación de tipo capitalista están ya lo bastante avanzadas como para relegar a segundo plano cualquier otro régimen. Mas esto no quiere decir que el examen del lugar ocupado por el juego en esos países no deba ensanchar los horizontes del teorizante clásico quien a menudo piensa demasiado en la manera de ganar y no lo suficiente en la de gastar; demasiado en los modos de producir y de acumular y no lo bastante en los de derrochar o destruir la riqueza. No debe perder de vista que la costumbre de volver a poner siempre la ganancia en riesgo o la de dedicarla a empleos lujosos e improductivos, aparte de sus consecuencias propiamente económicas, deciden con frecuencia la fisonomía de una cultura.

ANALIZANDO el caso del Thibet, en donde la mayor parte de la renta nacional se destina al sostenimiento de un clero ple-

tórico, Georges Bataille no vacila en formular la siguiente ley: "siempre, en conjunto, una sociedad produce más de lo que necesita para su subsistencia, dispone siempre de un excedente. Y precisamente, el uso que de él hace es lo que la determina. El excedente es la causa de la agitación, de los cambios de estructura y de toda la historia".[10] En efecto, toda sociedad que crece demográfica y económicamente elige su originalidad misma al optar por este o por el otro empleo para el excedente de que disfruta: así se quiere, así se hace militar, religiosa, industrial, suntuaria. El Thibet representa un caso límite explicable por la singularidad misma de una situación geográfica que prohibe prácticamente los intercambios y que hace del país una presa muy poco tentadora para un conquistador eventual. En estas condiciones, la ausencia de relaciones comerciales, la inutilidad de toda defensa nacional y, por consiguiente, la de sostener un ejército, permiten, y hasta quizás imponen, dedicar la casi totalidad del excedente disponible a la subsistencia de una clase numerosa de consumidores puros: se cuenta un monje por cada tres adultos varones laicos, ociosos y castos. Al renunciar deliberadamente a producir y a procrear, esos parásitos impiden el crecimiento de la población y absorben el excedente de los recursos nacionales. Su existencia hace difíciles y superfluas las soluciones ordinarias que la historia y la etnografía conocen para el problema considerado: fiestas y gastos cuantiosos e inútiles; dones agonísticos y destrucciones prestigiosas de riquezas; guerra y conquistas; equipo y progresos industriales; lujo monumental y artístico.

Sin recurrir demasiado a un ejemplo tan particular, nadie ignora que una economía como la de la Edad Media, deliberadamente suntuaria y que prohibe por principio el préstamo por interés, se obligó a consagrar el exceso de sus recursos a la gloria del dios de su creencia y que las catedrales que entonces se construyeron, no ocupan un lugar despreciable en el patrimonio duradero de la humanidad. Del mismo modo, cuando se trata de distinguir las clases sociales, el sociólogo sabe perfectamente que el monto bruto del salario no basta y que la diferenciación mayor proviene del género de vida, es decir, del uso que cada cual da a sus ingresos. El obrero y el empleado ganan con frecuencia lo mismo uno que otro, pero no lo ga-

10 GEORGES BATAILLE. "Le paradoxe du Thibet". *Critique*. Mayo de 1947, p. 435.

nan y sobre todo no lo gastan de la misma manera; el primero destina mayores sumas a su alimentación mientras que se alberga en tugurios y se despreocupa de su vestimenta; el segundo sacrifica la mesa para alojarse y para vestir mejor.

Ya Ruskin lo señalaba con fuerza al escribir: "He declarado intrépidamente que vuestra pretendida ciencia de la Economía política no lo es en modo alguno, puesto que ha omitido estudiar la rama precisamente más importante de la cuestión: el *gasto*". Esta advertencia no ha dejado de ser oída. Sin embargo, no parecerá inútil subrayar que interrogarse acerca de los fines del gasto más bien que acerca de los procedimientos lucrativos, significa, por una parte, desprenderse de los prejuicios de la época, tanto más peligrosos cuanto que son imperceptibles, y, por otra, adquirir el compromiso de reflexionar verdaderamente en los fines últimos de la civilización.

LA EXPRESION DE LOS ARGENTINOS: LA CONCIENCIA NACIONAL

Por *Héctor P. AGOSTI*

1. *NACION Y LENGUAJE*

No es forzoso que una nacionalidad se distinga por la posesión de un lenguaje redimido; pero es difícil concebir la existencia de una nacionalidad sin que parejamente quede desvelada por la voluntad de prodigarse en un lenguaje autónomo. Acaso por ello mismo aparezca el tema del lenguaje como reiterada porfía en la revolución argentina. El lenguaje no es una alquimia de sutiles laboratorios literarios, sino la oscura, lenta y casi misteriosa faena del hombre históricamente colocado en la sociedad de otros hombres. Las circunstancias del aislamiento humano alcanzarían a explicarnos el estilo literario; las condiciones de la vida social son, en cambio, las que más poderosamente obran en la marcha del lenguaje entendido como mecanismo colectivo de signos y correspondencias.[1] Plenamente radicado en el tumulto de relaciones que lo sostienen y justifican, el hombre resulta el forjador de la historia. ¿Por qué habría de hurtársele entonces esta capacidad de madurar su propia expresión cuando se le reconoce suficiente para fraguar su propia convivencia?

La señal del lenguaje queda por lo mismo entremezclada con toda transformación profunda de la convivencia, como si el hombre entendiera que no le sirven los viejos usos expresivos cuando la vida le irrumpe en estado de revolución. Una revolución es total, o deja de ser revolución para desvanecerse en los tópicos banales de la frustración. Cuando una revolución

---

[1] Me parece oportuno recordar lo que dice Lefebvre: "El contenido, la experiencia social, los acontecimientos y la materia de la expresión pertenecen a todos; la forma es indivisible y hace la originalidad de cada individuo". HENRI LEFEBVRE, *El existencialismo*, trad. de Ana Ostrovsky. Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1948, pág. 12).

aspira a la rotunda mayúscula discriminatoria le es imperioso acudir al total "desquicio" del antiguo orden desgastado, según lo apuntó Esteban Echeverría con sagacidad que muy cortésmente suelen disimularle los sociólogos tranquilizadores. Por haber alcanzado esta dimensión de totalidad teórica aun se nos representa la revolución argentina como un fenómeno de válidas repercusiones. De allí que ninguna exploración pueda intentarse sobre el "idioma de los argentinos" esquivando aquel necesario y esclarecedor punto de arranque. No será el mérito menor que debamos reconocerle a la generación ilustre de 1837 esta claridad a ratos enceguecedora con que descubrió el motivo revolucionario de nuestra cultura autóctona. La generación echeverriana logró hacerlo con dolorosas y obstinadas desesperaciones porque estaba adivinando el perfil borroso de la nación entre los datos difusamente contradictorios de su tiempo. Pudo equivocarse o desmandarse en los detalles: el plano primordial fué dibujándolo con pulso diestro y bella mano soñadora.[2]

Apenas surge la generación del 37 alcanza la revolución argentina una conciencia sistemática de sus fines. Lo que en Moreno aparece como anticipo genial va a resumirlo la generación del 37 en un cuerpo de doctrina coherente, donde el lenguaje —y por lo tanto, la literatura— conseguirá por ratos decisiva jerarquía. La generación del 37 denuncia por primera vez en la vida argentina la llaga dolorida de la nacionalidad en gestación. Sus hombres quieren hacer una nación de ese país desierto, con oasis de semicivilidad sometidos a la puja feudal de los caudillos. Pero dicha conciencia de la nacionalidad, ¿no está insinuando al propio tiempo la íntima vibración de una conciencia burguesa, atisbadora finísima de sus conflictos en el mundo real de donde emerge? La "nación", en efecto, nace como categoría histórica en la época del capitalismo ascensional; pero los vagidos remotos de semejante nacimiento bien podemos encontrarlos en los afanes de aquellas

---

[2] Es imperativo rendir justicia a Carlos María Onetti, que fué de los primeros en indagar esta condición singular de Echeverría y sus discípulos. Escribió: "...los comentaristas han planteado mal y resuelto mal —mejor dicho: no resuelto— el problema de tal originalidad, consistente... en que un argentino considera, a la luz de una filosofía —aprendida, desde luego— la realidad argentina para encontrarle una solución argentina". (CARLOS MARÍA ONETTI, *Tenue perfil de Esteban Echeverría.* En "Paraná", Rosario, invierno de 1941).

burguesías incipientes que sin excesos de pavor histórico creían prudente precaverse de la infecunda dispersión feudal. Cuando se piensa en nuestra generación ilustre, este eco remoto aparece agigantado en sus estruendos locales. En el *Facundo* quedará resumido con su dualismo exhaustivo de "civilización y barbarie". La certidumbre de la revolución burguesa resulta consolidada —en su triple condición de esquema teórico, de programa político y de ética funcional— por los hallazgos desesperadamente críticos de la generación echeverriana. El tema del lenguaje viene impuesto en tales condiciones estrictas. Es tema ineludible, circuito de órbita cerradamente precisa, porque una nación que se constituye de manera revolucionaria necesita de una lengua redimida si no quiere que la contrarrevolución le remonte las corrientes de su sangre. La revolución, en definitiva, no consiste tan sólo en mudar las formas exteriores del gobierno, ni tampoco en trastrocar el orden social que lo sustenta; una revolución lo es efectivamente si alcanza a modificar la conciencia de los hombres que la padecen. Por lo cual en semejante transformación de la conciencia no se presentan el lenguaje, ni tampoco la literatura, como términos accesorios, sino como muy principalísimos instrumentos de la mudanza.

Un lenguaje resulta de una suma de circunstancias históricas ajenas a la determinación precisa de los hombres; pero un lenguaje soporta también la voluntariosa transformación deliberada de los hombres que siguen —con adivinación y con previsión— el curso probable de los acontecimientos que habrán de sucederse. De aquí también que en los dominios del lenguaje podamos indagar los dos grandes ramales de la sociedad criolla, raigal discrepancia colocada en los orígenes mismos de nuestra literatura. De una rama conservadora y elegantemente aristocrática vendrá a hablarnos Florencio Varela, el proscrito mártir de la Nueva Troya. *"Emancipar la lengua* —escribía a Gutiérrez— no quiere decir más que *corrompamos el idioma".*[3] Supongo que allí residía buena parte de las resis-

[3] Florencio Varela no creía en el Salón Literario y consideraba el discurso de Gutiérrez como "lo único serio" de la sesión inaugural, aunque no compartía sus negaciones sistemáticas acerca de la literatura española. En carta a Gutiérrez (agosto de 1837) escribió: "No puedo comprender que para expresar nuestras ideas con claridad, con vigor, con belleza, sea necesario tomar frases ni vocablos del extranjero, y pienso que si los franceses y los ingleses pueden expresar sus ideas como lo han hecho Voltaire y Hume, Dupin y Burke, Lamartine y

tencias a la revolución total, que los neoclásicos disimulaban con sutiles culturas amaneradas. Pero la generación del 37 irrumpe con esta guerra total que en el Certamen Poético de 1841 alcanzaría la resonancia de una guerra civil, guerra de polémicas doctrinarias hecha con ruda franqueza militante. La generación del 37, también en estos trotes del lenguaje, es la rama revolucionaria de nuestra revolución, tautología más aparente que real puesto que ella encierra en último extremo el drama de aquella revolución irrealizada. Puede seguirse de esto que la generación del 37 se define como una conciencia de la nacionalidad; es decir: como conciencia burguesa en acción dispuesta a expresarse hasta sus últimos y más peligrosos resultados, sin detenerse en las meras formalidades de la llamada generación neoclásica.

2. *LA "ORIGINALIDAD" AMERICANA*

Al tema de la "nación" —concebida como una congregación estabilizada e históricamente constituída de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología colectiva, manifestada en la comunidad de cultura— dedicó la generación echeverriana meditaciones impares, meditaciones que no encuentran pareja sobre otras latitudes de América. Aquellas necesidades concurrentes a la idea de nación resultan sistematizadas por Echeverría y sus discípulos inmediatos. Sobrepasan así el puro esquema liberal, aunque recaigan en el liberalismo ingenuo cada vez que crean oportuno asimilar necesariamente la nación, entendida como suceso histórico, con el estado, expresión de un suceso político. Para descubrir la honda trascendencia de nuestra generación por antonomasia basta con reflexionar sobre este hecho primordial: los jóvenes de la Asociación, perdidos en estas márgenes olvidadas del Plata, meditaban concisamente el tema de la nacionalidad en los instantes mismos en que dicho tema agitaba a las cabezas más lúcidas de Europa. Europa vió por esos días consolidarse la personalidad autónoma de sus naciones, casi todas ellas organizadas como estados políticos inde-

---

Byron, valiéndose de idiomas mucho menos ricos y sonoros que el nuestro, nosotros las podemos expresar con más facilidad, mayor pureza y lozanía mayor, manejando un idioma más caudaloso y lleno de armonía. Amigo mío, desengáñese V.: eso de *emancipar la lengua* no quiere decir más que *corrompamos el idioma*".

pendientes y centralizados en virtud de las normas incoercibles impuestas por la economía mercantil. En la meditación de Echeverría y sus discípulos aquella lejana querella trasmarina estaba gravitando necesariamente con su aureola de prestigio y sus virtudes de encandilamiento. Pero ¿era posible trasladar sin correcciones el planteo europeo a un continente virgen, de originalidades uniformes y desigualdades complementarias?

América ofrecía algunos rasgos característicos que explicaban la lenta monotonía de su desarrollo. Cuatro caracteres sirven de mojones aclaratorios en punto a aquellas originalidades. Primero: proveníamos de colonias que habían soportado la suplantación de idiomas rudimentarios por un idioma imperial rico y flexible. Segundo: habíamos recibido la invasión del castellano, triunfante sobre los demás idiomas hispánicos. Tercero: resultábamos colonizados por la potencia europea que iba a quedar más sujeta a la servidumbre feudal en el siglo de ascenso del capitalismo. Cuarto: constituíamos países desiertos, con virtual planteo de "barones" en forma de caudillos, lo cual, no obstante la aparente homogeneidad del idioma, suscitaba imperativamente el tópico de la unidad nacional.

A veces, sin embargo, padecieron los fundadores el espejismo de la presumible unidad de América. ¿No parecía ofrecer esta América intacta el espectáculo nunca visto de una multitud de pueblos o países fraguados en comunidad de idioma, de psicología y hasta de vida económica, aunque fuera diverso su territorio, acaso como una consecuencia de aquella pugna derivada de los caudillos? De América en calidad de *nación única* hablaron por lo tanto los fundadores. La revolución se anunciaba como "americana", y a los pueblos del continente se dirigían las primeras proclamas de Buenos Aires, la ciudad jacobina que se atrevía a soñar nada menos que con las Provincias Unidas de la América del Sur... Estaba visto que esta unidad más resultaba una apariencia que una realidad verificada en los sucesos cotidianos de la política. Apenas los fundadores sobrepasaron las ingenuas retóricas de su miraje continental, fácil fué descubrir la llaga de las naciones "separadas" en los adentros de la nación "única": allí estaba el bilingüismo para manifestarlo; allí estaban las poblaciones indígenas preponderantes, que se resistían a trocar su sistema de signos por las nuevas correspondencias del lenguaje impuesto. No tratamos de indagar si para el porvenir de

América era mejor que aquellos idiomas pervivieran en su pureza intocada; simplemente procuramos atisbar la raíz remota de un problema que en nuestros días intentó dilucidar Mariátegui con la limpia prosa de sus *Siete ensayos.* Esto quede en claro: una nación no puede formarse de una suma de naciones sin que dichas naciones no resulten forzadas a procurar el desarrollo cabal e independiente de sus autoctonías. Con los debidos reparos es posible sospechar que ese pudo ser efectivamente —y sigue siendo en grande medida— el caso de las poblaciones indígenas de América, sometidas al régimen del cacicazgo y colocadas por circunstancias sociales al margen de la comunidad de idioma y de cultura. En muchos trechos de Mariátegui semejante reconstitución de la cultura indígena aparece envuelta en las seducciones de la autodeterminación nacional. No es éste lugar adecuado para examinar tamaña tesis con la cuidadosa circunspección que requiere; pero parece indudable percibir que en el momento de formación de las naciones como estados independientes, las de América resultaron estados a medias, incluyendo en su interior a rudimentarias naciones abolidas, cada una de ellas poseyendo una lengua propia que el español oficial desbarataba. Y fuimos metiéndonos en la ficción de la lengua única, en tanto los núcleos indígenas —prevalecientes en muchas zonas de América— persistían en su lengua original gracias al poderoso auxilio del analfabetismo.

3. *UNIFICACION Y DIVERSIDAD DE LA ARGENTINA*

No se me oculta que enfocado desde este ángulo estricto del idioma, el caso argentino resulta cualitativamente original dentro de la originalidad cuantitativa de América. Dicho carácter singular derívase principalmente de la unidad —por lo menos parlante— del idioma castellano que domina en todo el territorio argentino.[4] Esa lengua ofrece sin duda variaciones semánticas y prosódicas según sean las regiones del país que se

[4] Tenemos, desde luego, el caso del bilingüismo de Corrientes y Misiones, que ya había apuntado Valentín Alsina en sus notas al *Facundo* de Sarmiento. Recientemente un escritor argentino se ha referido al carácter social de esta doble lengua, española y guaraní, que se habla en Corrientes. (Véase GERARDO PISARELLO, *Che-rêtá.* Ed. Colmegna. Santa Fe, 1946). Pero trátase de una nota aislada en la totalidad del problema, que en nada modifica el planteo fundamental.

examinen. En cambio no soportamos idiomas indígenas, ni dialectos que obsten a la unidad lingüística, aunque Lucio Mansilla se haya encargado, en su *Excursión* famosa, de esclarecernos las buenas razones de esta extinción a palos de los vocabularios *salvajes*... La originalidad probable en todo caso trasladaba hacia otros planos superiores el mismo motivo de la sumisión ideológica mediante el relumbrón del idioma imponente, de aquellos "admirables modelos" que iba a zaherir Sarmiento con su joven agresividad maravillosa. Porque padecíamos la unificación lingüística en un idioma impuesto, de tal manera que el drama inaugural de nuestra cultura autóctona quedaría señalado por esta obligación de expresarnos en una lengua que recibíamos ya hecha, sin hilvanes aparentes para corregirla, casi como esos figurines inapelables que las revistas de ultramar suelen importarnos con deleite de nuestras señoras elegantes.

La conciencia de esta angustia —angustia doblemente nacional y cultural— la sufrió por vez primera la generación echeverriana. Y no es circunstancia caprichosa dicha reclamación concurrente de una nacionalidad liberada y de una cultura liberada: lo segundo era condición necesaria de lo primero. De esta manera la reivindicación nacional —sustentación austera de una conciencia burguesa expresamente determinada— vendría a definirse como una liberación del idioma y a prosperar en el sentido "militante" que Rodó supo descubrirle a la literatura argentina. Pero el sentimiento militante de la literatura implicaba el trance de una aclaración política también en el terreno aparentemente neutral de la cultura. El epicentro del fenómeno podemos situarlo en el Certamen Poético de 1841, y allí debe recogerse el lector deseoso de noticias más explícitas. Aquí importa tan sólo mostrar la conducta radical de la pequeña burguesía intelectual de las ciudades, que ha sido siempre el núcleo discursivo y operante de toda proclamación nacional. Por boca de Alberdi esta intelectualidad revolucionaria reclamaba la revolución *total*, para impedir que la colonia, abatida en las apariencias de un gobierno propio, nos viniera de regreso por los caminos anacrónicos de una cultura intocada. Bien puede decirse que en respuesta a los esquives de cierta aristocracia colonialista apegada al purismo neoclásico, allí quedan postuladas las bases teóricas de una cultura argentina. Por las razones que genialmente anticipó Sarmiento en el *Facundo*, era

forzoso que esta cultura se radicara en las ciudades, y era forzoso además que lo hiciera en Buenos Aires, la ciudad de la Revolución, que iba siendo paradójicamente la menos americana de las ciudades de América en los precisos instantes en que más afirmaba sus desvelos en favor de una americanidad esencial, redimida en sus adentros de toda superstición ante el hecho español.[5] Un castellano argentino, incrustado si se quiere de "extranjerismos", iba naciendo y acrecentándose en estas márgenes del Plata. El episodio revolucionario de la cultura resulta señalado en sus orígenes por esta impronta nacional. Quisimos destituirnos voluntariamente de todos los atributos de la hispanidad, y hubo momento en que nuestros escritores alcanzaron a lamentarse por su obligada prosa española.[6] Si de esto quisiera extraerse alguna doctrina perdurable, cabría decir que un *argentinismo* manchado por las herrumbres de la hispanidad aparece como intrínsecamente repudiado en lo que tiene de más decoroso para el carácter nacional de los argentinos. Lo cual también podría ratificar, a contrario sensu, la superchería radicada en ese supuesto nacionalismo de ojos absortos en la península.

La originalidad cualitativa del hecho argentino puede quedar significada por el fenómeno de un idioma renovado que se afianza en las ciudades, *involuntariamente* influído por la inmi-

---

[5] He aludido ya en otra oportunidad a la función eminente de las ciudades en la historia americana, según el esquema de Sarmiento (véase mi ensayo *Sociología de "Facundo"*). Es una función congregadora de los perplejos elementos de la nacionalidad desperdigada. Esta idea —que aquí apenas se enuncia— es susceptible de desarrollos que ahora entorpecerían la coherencia del discurso. Pero apenas se infunde carne, sangre y nervios en aquel esquema, resulta posible descubrir hasta qué punto los motivos someros del "localismo" y de la esclavitud folklórica se acrecientan como recursos polémicos esgrimidos contra "la metrópoli gringa". Buenos Aires sigue padeciendo sucesivos hostigamientos a causa de su impureza idiomática, y no faltan quienes otra vez intenten enajenarle, con tal pretexto, la voluntad de las provincias. Pero en la constitución de una cultura nacional el idioma es ejercicio fundamental de la liberación, y ya veremos luego que en ello corresponde a Buenos Aires una gravitación poderosa, sin que en semejante juego preocupen los juicios de valor moral.

[6] "Sintió, en seguida [Cané], la inferioridad del idioma en que hablaba, y una de sus primeras quejas fué para lamentar que los conquistadores de esta parte de América no se hubieran expresado en una lengua más viva". (ANÍBAL PONCE, *La vejez de Sarmiento*. Pág. 281. Ed. de 1939).

gración y *voluntariamente* modificado por la presencia de literaturas no españolas. Lo primero constituye el aporte popular, aquella consagración popular del idioma que Sarmiento defendió en sus polémicas con Bello, que Gutiérrez puntualizó en sus *Cartas de un porteño;* lo segundo determina la corriente de transformación literaria del lenguaje, cuyas direcciones primordiales adelantó Echeverría en su respuesta a Alcalá Galiano y cuyo ejercicio iban a imponer los prosistas de nuestra generación del 80, los fundadores en realidad de la prosa argentina.[7] En cierta medida este episodio pudiera poner en funcionamiento el sutil mecanismo de distinciones entre "habla" y "lengua" que ha imaginado Ferdinand de Saussure: en aquella "habla" intervendría perentoriamente el pueblo; en esta "lengua" descansarían sobre todos los escritores. . . Pero aparte tales circunstancias, resulta notable en este caso argentino la combinación visible de las fuerzas espirituales con los determinantes materiales de la vida social. El nuevo lenguaje aparece como impulsado por las urgencias de una sociedad flamante que pretende instalarse sobre nuevas formas de convivencia, requeridas por las preocupaciones de una imperiosa unificación nacional.

4. *LA "PRESION SOCIAL" EN EL LENGUAJE*

RESULTA oportuno recordar aquí lo que con mucha justicia asegura Charles Bally: "La lengua. . . es, de entre todas las instituciones sociales, la que nos acerca más a los orígenes de la sociedad". Es indudable que la evolución de la lengua —por lo menos lo que de esta evolución puede reconocerse en un sistema de normas codificadas— se ofrece más atrasada que la evolución simultánea del pensamiento. Como preciso instrumental de signos y correspondencias, el lenguaje siempre tiene que estar azorándose ante los usos inéditos que la marcha del mundo le inventa de continuo. Este no es ya problema de filólogos: reconoce la intervención constante del hombre común, neologista forzado por imperio de las contingencias de tiempo y de ambiente, siempre más premiosas, más alocadamente diná-

7 "La ruda herramienta no servía a Cané para la empresa delicada que intentaba acometer, y deseoso de dar al castellano la precisión y la elegancia ausentes, buscó en nuestra afinidad natural por el francés el secreto de la prosa anhelada". (PONCE, *loc. cit.*, pág. 282).

micas en el intercambio de certidumbres colectivas. Día llegará en que las purezas idiomáticas queden desamparadas a causa de esa influencia casi simultánea que sobre las distintas lenguas ejerce la rapidez actual en los transportes y en la comunicación de noticias. Franz Boas ha hecho notar esta interpenetración de las culturas aun en épocas remotísimas; pero aquel proceso, demostrativo de la necesaria universalidad de la cultura, resulta ahora francamente acelerado, y no podría preverse hasta qué punto alterará o unificará el ritmo de las lenguas. Esta influencia de la comunicación ya la había comprobado nuestro Gutiérrez en sus impagables *Cartas.* El asunto caía ahí muy limpiamente planteado y sin tapujos, y todo consistía en saber si debíamos admitir mansamente o debíamos resistir lo que alguna vez se llamó la "presión social" en el lenguaje.

En la teoría del lenguaje argentino que vengo examinando, esta resistencia a la presión social enfrenta los modos de la obligación normativa impuesta por la enseñanza gramatical y las maneras más subrepticias de la sugestión prestigiosa (y naturalmente engañosa) trasmitida por los "admirables modelos". Excede el propósito de estas páginas una pesquisa minuciosa del hecho gramatical considerado como explicativo de determinada altura de la sociedad, aunque cabría asegurar que las presiones normativas apenas si resultan únicamente eficaces en materia de ortografía y de vocabulario, por lo menos hasta que la complicidad de un equipo de escritores bien dotados no traslade hacia la sintaxis innovaciones conscientes o modificaciones deliberadas de los usos tradicionales. Los gramáticos —que a título de ejemplo podemos consignar aquí como inconfesos pacientes de la miopía del oficio— suelen perpetuar "la ilusión de que un hecho de gramática corresponde siempre a un solo tipo de pensamiento",[8] y se obstruyen así la posibi-

[8] Bally, —a quien con ciertas precauciones puede seguirse provechosamente a estos respectos— presenta a la ortografía como el ejemplo más típico de la tenacidad de la tradición y del carácter todopoderoso de la presión social. Sus observaciones (*El lenguaje y la vida,* trad. de Amado Alonso. Ed. Losada, Buenos Aires, 1947; pág. 201), se refieren desde luego al estancamiento de la ortografía francesa y a su desacuerdo con la prosodia actual; pero muchas de esas vistas generales alcanzan también plenamente a la ortografía castellana. Lo cual vendría a demostrar que nuestro Sarmiento no andaba tan desatinado cuando, en calidad de aficionado, enfrentaba a un gramático profesional del porte de don Andrés Bello. . .

lidad de entender al lenguaje como un organismo vivo de demorada y si se quiere mitológica originación colectiva. Pero cuando el espíritu se salva de esta primera presión social formada por los gramáticos, puede recaer en la segunda y más peligrosa constituída por los retóricos, que sin descanso ensalzan la lengua literaria y sin desmayos pretenden imponerla como paradigma incoercible. Asoma entonces el ascendiente casi hipnótico de los "admirables modelos", y ocurre también —como vuelve a decírnoslo Bally— que "la aureola que envuelve a la lengua literaria le viene mucho más de su carácter social que del valor intrínseco de las obras, y éstas, a su vez, son respetadas y leídas mucho más por sugestión social que por amor a lo bello".

Resulta lícito percibir a estas alturas una insurgencia deliberada contra la presión social en el origen del lenguaje argentino, o en todo caso la permuta de una presión tradicional por una presión innovadora. La claridad del discurso exigiría sin embargo atenerse a aquel primer curso válido de la denominación, y descubrir entonces en qué sentido las resistencias teóricas de la generación del 37 se revuelven igualmente contra la presión normativa de la gramática y contra la presión hipnótica de la literatura. Nuestra generación ilustre pudo sobreponerse a la hipocresía profesional para llamar a las cosas por sus nombres rotundos, y pudo encontrar así (lo dijo Gutiérrez), y proclamarlo a los gritos, que el problema era social más que retórico. Los vientos de la revolución total también desconcertaban a esas gramáticas que desde más allá del océano venían ahora remontando a contrapelo las mansas olas de nuestro río pardusco.

5. *LA NECESARIA RUPTURA*

POLÍTICA en la más empinada jerarquía del vocablo, ya hemos visto que esta doctrina traducía en el orden de la cultura una coherente conciencia burguesa de sus finalidades. ¿No había necesitado la burguesía de la unificación nacional para asegurar la normalidad, sin perplejidades ni sobresaltos, de su circuito mercantil? Y la nación, entendida como un status complejo y cerrado, ¿no requería igualmente una lengua unificada, favorecida en su libre desarrollo por esa misma circunstancia? El predominio de la producción mercantil exigió en un comien-

zo la doble existencia concurrente de territorios y de idiomas homogéneos,[9] y es visible que en el episodio argentino aquel determinante político de la revolución total traducía esta inquietud acerca de una ordenación burguesa de la sociedad. La revolución democrática, al fin de cuentas, no consistía en otra cosa que en reemplazar el viejo orden feudal de la colonia por un orden nuevo fundado en el libre comercio de mercancías. De tal manera, la necesidad nacional de la unificación en un corpus político de indispensable solidez homogénea combinábase en este caso con la necesidad de redimir una expresión nacional capaz de homologar en lenguaje los nuevos usos de la naciente sociabilidad.

Apenas si aquí tenemos un primer atisbo de la complejidad tremenda del problema. ¿Acaso no podía servir para el uso mercantil esa unificación en la lengua impuesta que nos venía de la colonia? Sí que podía servir en abusivo y obligado empleo; pero al llegar a este punto es cuando aparecen las fuerzas espirituales de la nación flamante aparejándose y sobreponiéndose a los determinantes materiales del lenguaje. Una lengua, en efecto, reproduce modos de pensamiento y de sentimiento, por precisas que sean las originaciones específicas de aquellos modos, y cuando una revolución aspira a ser total esa revolución necesita introducirse también en el mundo ocluso de los sentimientos, necesita fraguarse una moral, necesita trasfundir su sangre inédita a los pensamientos que ya languidecen en una antigua anemia sin remedio; necesita, en definitiva, transformar la conciencia de los hombres que han de padecer o prosperar en

[9] Digamos, por otra parte, que la lengua única universal es una previsión del socialismo. Lenin ha señalado, en sus estudios acerca de tan espinosa cuestión, que una cultura socialista abolirá el contenido burgués de la cultura nacional pero conservará su forma nacional, y que es presumible que el triunfo del socialismo en escala mundial se traduzca, tras sucesivas etapas, en una lengua única y nueva. Dicha teoría leninista la ha aclarado Stalin con mucha precisión al destacar que la dialéctica del movimiento histórico permite que, en la evolución hacia dicha cultura unificada, sea precisamente la revolución socialista la que autorice el más libre y amplio florecimiento de las culturas nacionales, sofocadas hasta entonces por el "imperialismo cultural" de las naciones dominantes. A este fin puede consultarse a V. I. LENIN, *Obras Escogidas*. Ed. Problemas. Buenos Aires, 1946 (tomo II, "Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones"), y a J. STALIN, *El marxismo y el problema nacional y colonial*. Ed. Problemas. Buenos Aires, 1946. Especialmente págs. 256 y 317-322.

los resultados de dicha revolución. Para corresponder a una revolución la cultura ha de separarse necesaria y radicalmente del pasado. Es forzoso a veces que dicha ruptura asuma una primera máscara desconcertada en los tonos de la injusticia y la exageración; pero el ímpetu revolucionario impone desechar lo muerto del pasado para adquirir lo vivo del presente, y no siempre es tarea sencilla determinar si entre lo muerto repudiado todavía resplandece alguna perennidad aprovechable.

La unificación de la lengua resulta de esta manera señalada como la condición primera para la existencia de una nacionalidad. Torpe sería deducir de ello la condena virtual del "localismo" como motivo constituyente de la cultura nacional, ni mucho menos la extirpación del folklore como instrumento de persistencia en la continuidad nacional. Pero la conciencia nacional supone necesariamente un crecimiento cualitativo con relación al localismo, porque lo contrario equivaldría a cerrar los ojos al proceso universal de la cultura, que es uno y fluyente en medio de su histórica contrariedad. En los orígenes de nuestra cultura autónoma esa doctrina queda inscripta con inequívoco sentido: al "localismo" opónese allí el "universalismo". Dicho de otra manera: esta conciencia nacional, por lo mismo que aspira a ultimar el feudalismo criollo, procura vitalizarse con las normas de pensamiento que condujeron al esplendor de las burguesías europeas. La conciencia nacional emerge así en su origen como una conciencia burguesa, pero revolucionaria; y en la frustración de la revolución total que se propone no está descaminado indagar la pareja de frustración de esa misma conciencia en cuanto módulo material de nuestra existencia colectiva.

De esto podría concluirse que conseguiremos fraguar una cultura propia en tanto más propiamente seamos una nación, propósito que explica los desbordes de ruptura total con el pasado español que determina las grandes direcciones espirituales de nuestro nacimiento nacional.[10] Ninguna manifestación de la cultura —desde la aparentemente menguada de la escuela

---

10 Examinando los orígenes del arte argentino escribe muy atinadamente Romero Brest: "No quiero enjuiciar aquí a los españoles, quienes vieron quizá algo más que posibilidades de enriquecimiento en esta colonia sureña, pero no puedo dejar de señalar que la acción de los mismos fué casi nula en el orden del espíritu, amén de que importaron una cultura gastada y encallecida, en la que ya no resonaban los ecos doloridos de El Greco y los sones líricos de Velázquez, ni se

pública hasta las más soberbias del arte y la literatura— pudo librarse de esta proclamación echeverriana del "desquicio". La ruptura con España no era así un gesto de desafío atolondrado,[11] sino una muy urgente necesidad de la salvación nacional. Apartarse a tiempo de lo caduco y de lo inhábil es siempre buena marca de inteligencia, y esa inteligencia la mostraron, y muy sobrada, los fundadores de la generación del 37. Pero el apartamiento de lo inhábil caduco puede también llevar a la manía primitiva de imitar formas de cultura sin posesionarse de sus inseparables predicados, y ese pudo ser patético contraste para los realizadores de la generación del 80. En dicho contraste se origina precisamente la actual incertidumbre de la literatura argentina.

Buenos Aires, octubre de 1948.

---

anunciaban los rabiosos rugidos de Goya". Parecen igualmente atinadas sus reflexiones acerca de la organización de un arte argentino que, sin olvidar su conciencia universalista, procure "partir de las formas y temas que tienen arraigo natural en la mayoría de los nuestros, para refinarlos y ennoblecerlos lentamente". (JORGE ROMERO BREST, *El arte argentino y el arte universal.* En "Ver y Estimar". Buenos Aires, abril de 1948).

[11] Esto lo confirma el propio Ramiro de Maeztu, y no podrá sospechársele ningún desmayo antihispanista al autor de la *Defensa de la hispanidad.* En su breve ensayo sobre Darío —si bien finalmente procura mostrar el antiespañolismo de Rubén como una más proficua afirmación de la hispanidad— no deja de explicarse con simpatía esta necesaria ruptura con España. Escribe: "Siempre ha habido en la América española personas inteligentes afectas a España, sólo que eran generalmente escritores puristas, caballeros de otra época, espíritus reputados de arcaicos, apartados de la corriente general de las ideas, que nos era hostil casi siempre, quizá por oposición a la secreta pero profunda simpatía popular. Es curioso que el cambio empezara a operarse precisamente en el año 98 de nuestros pecados, y que lo iniciase Rubén Darío, precisamente el más antiespañol de los escritores de América. . . El prestigio de que gozaba Rubén en América, hacia el año de 1898, no se debía únicamente al valor de sus poesías, sino al hecho de marchar a la cabeza del movimiento extranjerizante y naturalista, pero antiespañol, en ambos casos, de la literatura hispanoamericana. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Lo que le acontecía a Rubén en América era análogo a lo que le sucedía a Galdós en España. . .". (RAMIRO DE MAEZTU, *Ensayos.* Ed. Emecé. Buenos Aires, 1948; págs. 101-102). La cita es extensa, pero tiene su sustancia. Prueba que para Maeztu lo afecto a España es todo lo que en América permanecía como retrógrado y anquilosado, y que la ruptura con España (entendida como aquella tradición adormecida) no es sólo necesario episodio americano, sino también vital ejercicio de salvación para la propia literatura peninsular.

UN CONGRESO DE FILOSOFIA

La Universidad Nacional de Cuyo, en Argentina, había convocado a un Congreso Nacional de Filosofía para el año de 1948. Su primera organización estuvo a cargo de un Comité que presidía el Reverendo Padre Sepich, jefe visible del grupo tomista que hoy tiene preponderante influencia en la enseñanza pública de aquel país. Ocurridas algunas disidencias entre el grupo de profesores oficialistas, se reorganizó ese Comité que ha postergado la convocatoria al Congreso para el mes de marzo del año corriente.

Una intensa campaña de propaganda ha preparado el ambiente para el certamen. Centenares de invitaciones han sido enviadas a destacadas figuras de todo el continente y en ellas se hace presente la tentadora oferta de un viaje en avión, gratuito, de ida y vuelta, estadía pagada y un honorario fijo de 800 pesos por trabajo presentado.

A pesar de este régimen de invitaciones —tal vez único en los anales de las asambleas científicas organizadas oficial o privadamente— que podría hacer pensar en un éxito definitivo de la convocatoria, se han hecho públicas algunas declaraciones de grupos de estudiosos muy responsables que niegan su colaboración para este Congreso. Destacamos las siguientes:

Un grupo de los más calificados maestros de Filosofía en México, entre los que figuran Samuel Ramos, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Leopoldo Zea, Antonio Gómez Robledo, José Gaos, Eugenio Imaz, etc. —profesores todos ellos en la Universidad Nacional o en El Colegio de México— declara:

"Entre los días 30 de marzo y 9 de abril de 1949, se efectuará en la Ciudad de Mendoza, Argentina, el Primer Congreso Nacional de Filosofía de esta República. Algunos de los que suscribimos esta declaración hemos sido invitados a participar en el mismo, invitación que no hemos aceptado como tampoco la aceptarían el resto de los firmantes, por las razones que a continuación exponemos. Desde luego, es digna de aplauso la idea de este Congreso considerándolo como una "asamblea de cultura y de armoniosa comprensión internacional". Pero, según entendemos, toda comprensión internacional, si ha de ser auténtica, debe apoyarse, ante todo, en una comprensión interna, esto es, nacional. Tal

es lo que expresa uno de los postulados tan vigorosamente defendido siempre por nuestra Universidad, la Universidad Nacional Autónoma de México, el de la *libertad de cátedra,* natural consecuencia de ese otro postulado defendido, no sólo por la Constitución Mexicana, sino también por las Naciones Unidas: la *libertad de expresión.* Por lo que se refiere al caso concreto de la Argentina, numerosos hechos nos muestran que tal libertad carece del suficiente apoyo, con el cual debería contar dada su gloriosa tradición en defensa de este postulado. La falta de la misma se hace patente en sus universidades de las cuales han sido eliminados muchos de los distinguidos maestros que hacían de las mismas unas de las primeras de la América Latina. La misma situación se refleja en el citado Congreso Nacional de Filosofía. No vemos que figure en él uno de los pensadores que más alto han puesto el nombre de Hispanoamérica en el campo de la Filosofía universal, el profesor don Francisco Romero, que tampoco ejerce ya la docencia en ninguna de las Universidades Argentinas. También faltan en él los nombres de otros muchos maestros argentinos que, al igual que el anterior, han tenido que salir de sus universidades, institutos e inclusive del país. Las razones por las cuales se ha planteado esta situación en el país hermano no nos corresponde a nosotros analizarla sino a sus propios nacionales. Pero sí, ante un hecho objetivo que contradice los principios que nos animan, creemos estar obligados a exponer nuestro punto de vista y con él las razones que nos impiden colaborar con el citado Congreso que hubiéramos querido se realizase dentro de una máxima comprensión internacional y nacional".

Por su parte, la Facultad de Filosofía y Letras de La Habana con fecha 14 de octubre próximo pasado, declaró:

"... En demostración de solidaridad con los universitarios argentinos perseguidos por el régimen arbitrario y demagógico implantado en la patria de Sarmiento, Alberdi y Mitre, que ha privado de sus cátedras, de sus libertades y hasta del derecho de vivir en su país a eminentes historiadores, literatos, artistas, científicos, estadistas y reformadores sociales de la Argentina, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana rehusa hacerse representar en el Primer Congreso de Filosofía Argentino".

Román I. DUQUE.

ALBERT SCHWEITZER: EL HOMBRE DEL SIGLO

He aquí un nombre [1] entre nosotros prácticamente desconocido. Quizás sepan de él algunos buenos aficionados a la música. Sin quizás, recordarán borrosamente su imponente rostro nietzschiano otros tantos lectores de *Life.* Y, sin embargo, para merecer el título de *el hombre del siglo,* que no le viene ancho a este gigantón, Albert Schweitzer tiene algunos méritos más que el de haber ganado la medalla de oro goethiana —1928—, y el que nuestros atalayeros no hayan advertido sus grandes zancadas desde comienzos del siglo.

El *hombre del siglo*: teólogo, historiador, filósofo, artista, médico misionero... *uomo universale* como no lo soñó el Renacimiento y como lo requería el siglo.

Leonardo de Vinci encarnó prototípicamente el ideal *uomo universale* del Renacimiento. Goethe es una de sus últimas y más espléndidas reencarnaciones. Entre uno y otro, la modernidad, nacida del Renacimiento, desbarató fáusticamente la posibilidad de integración, llevando a extremos furiosos y fecundos las tres radicalidades humanas: la religión, el arte y la ciencia. Hoy, el hombre universal no es un ideal sino una necesidad. Necesitamos el hombre universal, no para abismarnos en la inestabilidad prodigiosa de su delicuescencia —Leonardo— ni para envidiar su azurada distancia olímpica —Goethe— sino para encontrar encarnada en una vida la verdad que los sistemas sólo nos ofrecen en simulacro. Simulacros imponentes, grotescos muchas veces y a veces trágicos, pero siempre impotentes.

Mientras su nación se entregaba a los sistemas con una *Grundlichkeit* —fundamentalidad— que arrasaba todos los fundamentos en una reiterada tragedia colectiva cuyo patetismo apenas si tiene par en la historia, perdiéndolo tantálicamente todo cuando *casi* lo tenía todo, Alberto Schweitzer, ya doblemente famoso como cristólogo revolucionador y como el mejor ejecutante al órgano de Bach, significativamente se escapaba a su hospital de Lambarene, pequeño poblado situado a las orillas del río Ogowe, en el Gabón francés, no lejos de la Guinea española. Significativamente; porque si, profesor admirado

---

1 Emil Lind, *Albert Schweizer. Aus seinem Leben und Werk.* Ed. Paul Haupt, Berna, 1948.

de la Universidad de Estrasburgo, se matriculó en su facultad de medicina (1905), lo hizo con el propósito deliberado de especializarse en la medicina tropical para ejercer la medicina . . . en los trópicos y, de alguna manera, rescatar cristianamente las grandes culpas de la civilización europea.

Los españoles, especialmente algunos catalanes, han debido recordarlo cuando, en ocasión de haber cumplido los setenta años, ocupó fugazmente, hace dos años, el primer plano de la actualidad en *Life*, por ejemplo, y en algunos grandes diarios del mundo. Porque Schweitzer mantuvo constantes relaciones con el Orfeó Catalá, tantas, que era el organista imprescindible de los conciertos de Bach que fué celebrando esa admirable institución musical a lo largo de la segunda década del siglo. Tan íntima era la relación que la primera escapada que pudo hacer Schweitzer cuando dejó de ser prisionero de los franceses —1919— fué a Barcelona, a dar su primer concierto.

Como alsaciano residente en un dominio francés él y su esposa —que le acompañó como enfermera— fueron hechos prisioneros y precipitadamente tuvo que abandonar un manuscrito alemán que traía entre manos en las bondadosas de un misionero yanqui. Muy bondadosas fueron, pues escandalizado en su lectura el buen pastor, sintió muchos deseos de lanzarlo al río para pasto indigesto de los caimanes, pero se mantuvo fiel a la palabra dada y se lo restituyó íntegro cuando fueron restablecidas, una vez más, las relaciones fraternales entre los pueblos cristianos. El manuscrito, reelaborado, apareció con el título poco significativo de "Filosofía de la Cultura" en 1923. A pesar del título, tan malbaratado, era un libro hondo, en el que la filosofía, sin dejarse despistar por el adjetivo, era una filosofía verdaderamente crítica y existencial, testimonio lúcido de un hombre que no lo había aprendido todo en los libros y que, desconfiando prudentemente de ellos, se llegó humilde a los negros a cambiarles su lección de humanidad por la de ellos. Otros, menos ilusos, cambiaban aguardiente y tabaco mexicano por oro y marfil. El resultado fué una crítica honda, religiosa, de la crisis de la cultura moderna, con un diagnóstico veraz que la segunda guerra confirmó espantosamente. Diagnóstico y también tratamiento.

Cuando Schweitzer se puso en relación con la Sociedad Misionera de París, ésta amparó sus intenciones bajo una condición: establecería su hospital pero, no obstante su condición de pastor y de consagrado teólogo, sería *muet comme une carpe,* mudo como una carpa, no fuera que los negros aprendieran de él ideas extravagantes acerca de la misión de Jesús y de la mística de Pablo y renacieran herejes. Pero la prohibición resultó ociosa porque no había peligro alguno de que los negros

se enredaran en discusiones dogmáticas, y cuando los misioneros de la Sociedad vieron el efecto superabundantemente convincente que las buenas obras del médico-organista ejercían, le dejaron platicar sus sermones dominicales en el hospital. Extraño Cristo éste, que hace milagros con la ciencia y con la música, milagros que la ciencia y la música no hacían en Europa.

En 1924 publicó un pequeño libro: "El cristianismo y las religiones universales" y, lo mismo que su "Filosofía de la Cultura", era también un libro diferente. A una erudición inigualable unía una comprensión interna que suele brillar por su ausencia en tales ensayos. Es bastante más fácil penetrar en un sistema filosófico que en un sistema religioso. En primer lugar, porque los sistemas filosóficos que solemos estudiar arrancan su cordón umbilical —cortado o no— de un vientre religioso que nos ha parido a todos. En segundo lugar, lo filosófico puro se mueve, si no en un plano abstracto puro, como se cree, sí menos entrañable y extrañado que el religioso. La misma hazaña extraordinaria la repitió Schweitzer en 1934 con la publicación de su "Concepción del Mundo del pensamiento de la India". Tantos que han desistido desde los primeros intentos sus deseos bien intencionados de asimilarse al pensamiento religioso-filosófico de la India por un sentimiento inequívoco de que los mejores estudios europeos cuando no confundían las especies las dejaban intactas, han experimentado un reconfortante relajamiento con este libro de auténticas primicias.

En este caso la caridad intelectual había hecho el milagro. Sólo el que participa entiende. Sólo el cristiano que padece la contradicción viva entre la afirmación europea de la vida y el imperativo divino del amor eterno puede penetrar las intenciones profundas de un pensamiento donde la negación de la vida se ha conjugado éticamente con el respeto religioso a todo ser viviente. La idea de que es testimonio la vida extraordinaria de Schweitzer es la del respeto reverencial de la vida, de las vidas, junto con una afirmación jocunda, goethiana de la misma. No se trata de una idea más o menos vegetariana. En sus "Historias africanas", lo mismo que en sus relatos de "Entre la selva virgen y el río", Scheitzer nos muestra su experiencia directa de los aspectos terribles de la vida, tanto natural como humana, por si no tuviéramos bastante con las experiencias europeas. Pero el pensamiento elemental que se desprende de la entrega total a la vida es el sacrosanto respeto activo por la vida. En la acción positiva por la vida conocemos a Dios, y no en el estudio de la naturaleza. Por haberse entretenido secularmente el pensamiento europeo en buscar al Dios ético en la naturaleza, lleva indeleble la marca de una dualidad no resuelta y que Nietzsche intentó

resolver tan titánica como peligrosamente con su interpretación dionisíaca y naturalista de la vida. El respeto a la vida del brahmán, del hindú, del budista, del jainista, lleva el peso muerto de una ética negativa y abstencionista, obligada a hacer, de mala gana, más y más concesiones a una ética positiva; la afirmación de la vida del europeo arrastra la omnipresencia del pecado, y las concesiones hechas de mala gana a una ética renunciadora y ultramundana. Hay una mística de la caridad, una teología de la caridad, una filosofía de la caridad. Pero la caridad bien entendida, si empieza en uno mismo, acaba en un movimiento sin tiempo, en los demás. Respeto en los demás la misma criatura divina que hay en uno, y sólo respetando a los demás me respeto a mí mismo. Por aquello de que todos somos hijos de Dios y Dios quiere la prosperidad de todos sus hijos. Este es el sentido actual, histórico, que el cristiano de hoy descubre en la revelación de Jesús, que vino a instaurar el reino de Dios en la tierra; este sería el sentido actual del misticismo y de la teología de Pablo: el misticismo y la teología de la caridad, del amor activo entre hermanos.

Siendo niño, Schweitzer sintió el llamamiento. Iba con un amigo por el bosque, y cuando apuntaban los dos con el tiragomas a unos pajarillos que piaban sus notas en la enramada, oyó, volando por los aires, las campanadas de la iglesia, y este trinar divino le infundió tal sacrosanto temor que huyó despavorido. Pero este muchachito "endeble", tan poco varonil para la opinión común y también para la psicoanalítica y la filosófica, ha sido luego el gigantón de cuerpo y alma que, entre otras cosas menores, ha escrito el mejor libro sobre Bach, lo ha tocado mejor que nadie, ha revolucionado la cristología de su tiempo con una ardiente erudición, pasmosa, ha sufragado con su bolsillo de organista gran parte de sus dispendios de misionero y ha montado a orillas del Ogawe un hospital modelo al que acudían los enfermos, en una conmovedora peregrinación a pie y a canoa, desde 500 kilómetros a la redonda.

¿Hay quien dé más? Por eso he encabezado esta nota: *el hombre del siglo.* También pude haberlo titulado: El Santo o el Héroe Perfecto. Como Kirkegaard, es artista y filósofo de asombrosa facilidad pero, como él, para dar el salto. Mas un salto diferente. Y ya que está de moda la filosofía existencial, me gustaría desarrollar este argumento *ad hominem*: ¿quién tiene razón, Kirkegaard o Schweitzer?

Eugenio IMAZ.

Presencia del Pasado

EL ARTE DE PARAKAS

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

En la península conocida con el nombre de Parakas, sobre la costa sur del Perú, se descubrieron, en 1926, unos hipogeos o cámaras funerarias, en forma semi-esférica, que guardaban los restos de una cultura cuyo origen y época no se puede precisar.

El período primitivo de estos cementerios se encuentra representado por las "cavernas" excavadas en la roca. Siguen en el orden evolutivo las "Necrópolis", construídas en lugar árido y desolado y luego un tercer grupo que corresponde a la "Huaca Blanca" y "La Puntilla".

¿De dónde proceden los resecos cuerpos encontrados en las "Necrópolis", en las "Cavernas" y en las "Huacas"? No hay duda de que se trata de personajes enterrados en un lugar apartado de su origen, fuera del centro cultural donde habitaron. Algunos arqueólogos, dada la originalidad de las obras de arte allí enterradas, fundándose en consideraciones tipológicas, creen que se trata de cementerios correspondientes a varios pueblos y a diferentes culturas remotas. Otros creen que se trata del subsuelo histórico de culturas vecinas al lugar. Nosotros creemos que Parakas es simplemente otro "lugar de muertos" como Ancón, donde se repite la antigua costumbre de escoger lugares sagrados para el reposo de altos dignatarios, príncipes o sacerdotes procedentes de culturas anteriores a nuestra era, escenario tempo-espacial que nos sugiere una doctrina geomántica secreta, doctrina cuya tarea más importante es la de sepultar a los antepasados. Con esto se cumple una misión religiosa y se dan seguridades al pueblo para la vida eterna. Jefes y sacerdotes tienen la obligación de hacer descansar a las gentes ilustres en lugares seguros y respetados por las fuerzas invisibles y dañinas.

Esta doctrina explica gran parte de la fisonomía del arte paraquense. El secreto de símbolos y mitos, la figuración que

exige la concordancia con la magia salvadora y con los poderes de la naturaleza.

Probablemente estos muertos quedaron en Parakas como en un cobijo, siguiendo un oráculo o creencia común a muchos pueblos antiguos que construyen sus cementerios al borde de los ríos o a orillas del mar, en jornada a la feliz región de un cielo que no es sino parte lejana de la tierra.

Es indudable que habitaba en la península una pequeña población de pescadores, y no hay razón para negar que fuera un lugar de culto. De todas maneras, no puede haber sido el gran centro de cultura que presupone la calidad de los objetos de arte allí encontrados. Es una tierra inhóspita, donde sopla de tiempo en tiempo un viento huracanado, parecido al simún, que los indígenas llaman "Paraka", de donde proviene el nombre. Esto contribuye a rechazar la hipótesis de que sea el lugar donde se produjeron los textiles de la cultura paraqueña, cuya alta calidad nos induce a creer que vienen de otros centros civilizados.

Un análisis preciso, unido a cierta experiencia estética, hará que el observador pueda tender un puente de necesaria comprensión entre el magnífico tesoro artístico enterrado en Parakas, olvidado por siglos, y las civilizaciones del Perú hasta la llegada de los primeros conquistadores españoles.

Para estudiar los valores estéticos de Parakas tenemos que analizar los valores intrínsecos que se esconden en el arte de las poblaciones alrededor de Parakas: Chanka, Ica y Nasca. Allí está la ideología y la concepción estética que guía a ese pueblo de tan escasos antecedentes históricos. Los objetos encontrados en las tumbas, por su calidad artística, corresponden a las culturas vecinas, en trance de alcanzar el máximo desarrollo, (a 600 d. J. C.) cuando florece una civilización arcaica andina y cuando la primitiva cultura Nasca o Proto-Nasca está en trance de evolución. Por eso, si aseguráramos que el arte de las "Necrópolis" es originario del propio Parakas, tropezaríamos con serias objeciones, una de ellas la agricultura incipiente y pobre, en un terreno de "arenales muy espesos". Tomémoslos, pues, sólo como cementerios milenarios donde se han dado cita un conjunto de culturas del mismo mecanismo mental, de las cuales ignoramos la teogonía, la concepción religiosa y otros puntos de referencia que nos ayudarían a comprender el significado ideológico de sus símbolos, representaciones, mitos, cos-



Fardos funerarios de Parakas a medio desenvolver.

tumbres o manera de vivir, el contenido de esos cofres donde se han acumulado riquezas de arte cuya historia es imposible precisar, pero de innegable vinculación con Chavín, Tiawanako, Chanca, Ica y, sobre todo, Nasca.

La clasificación que se ha hecho de las tumbas de Parakas no implica diferencia de períodos históricos o grados de evolución. Más bien indica una diferencia de categorías. En las "Cavernas" las tumbas son de tipo cilíndrico, con un tubo de comunicación a la cámara funeraria de forma casi esférica. El material y los objetos que encierran carecen de riqueza, telas y ornamentos corresponden a una categoría estética inferior, si se les compara con las prendas y joyas encontradas en las "Necrópolis". Los colores guardan armonía con el material de pobre calidad. El azul pálido, pardo y amarillo se entrelaza sin exuberancia en prendas de tejido burdo o de gasa. Cinturones y mantos adornados con simplicidad y desaliño. En todas las prendas encontramos adornos de estilo naturalista combinados con juegos de figuras lineales animadas con opaco colorido.

Es en las "Necrópolis", bajo los basurales, donde se encuentran enterrados, ocultos por capas de arena y caliche, insospechados tesoros de arte. Las momias ataviadas con lujo inusitado, envueltas en ricos mantos bordados, "representan unas de las sorprendentes realizaciones del arte textil del mundo. Nada lo supera por lo fino del hilo, por la complejidad y variedad técnica y por el armonioso dibujo y composición".[1]

El arte representativo de las "Necrópolis" se manifiesta como algo que ha nacido y crecido de la tierra. Y ha tomado de ésta todas las formas y colores. Por otra parte, dada la fantasía que lo anima se ofrece también como algo desligado de lo material: Un mundo de símbolos y signos de jerarquía desprendidos de seres exóticos, monstruos, animales, hombres y dioses vibrando entre los colores del iris. Seres que se bifurcan y transforman en la pesadilla de un ritmo fantasmagórico. Plantas y hombres contribuyen como elementos decorativos para combinar otras representaciones extraordinarias. Cada figura aporta algo de su propia forma para engendrar otra imagen; un nuevo símbolo o una nueva representación mitológica con misterios de "alta magia".

---

1 Yacovleff y Muelle J., *Estilo de Cerro Colorado.* Revista del Museo Nacional. Lima, No. 2, pág. 88.

Desde que la momia asoma por el canasto de totora, envuelta en gasas y telas bordadas, caladas y tejidas, nos anuncia el deslumbramiento de un arte que jamás soñábamos encontrar en esa desierta región, enterrado en viviendas subterráneas formadas por cuartos superpuestos, algunos con cocina, comunicados por medio de escaleras, techados con trabeados de huesos de ballena, cal y lodo.[2]

En las "Necrópolis" la costumbre de enterrar con prendas de vestir adquiere una importancia extraordinaria. "Eran mantos mortuorios que, como la cerámica del mismo carácter, sólo se fabricaban para fines mágicos, carecían de empleo utilitario. Ningún personaje vivo se vestía con tales piezas de indumentaria. Son "documentos" que lleva consigo el cadáver. ¿Para qué? Pues, es fácil contestar: eran "el encargo" de los vivos a la tierra de adentro o el Ukju-Pacha, que era para los peruanos el mundo donde estaban guardados los gérmenes de la vida, las semillas, las raíces de las plantas. El muerto era un viajero al Ukju-Pacha y llevaba ese encargo a los poderes de sotatierra, que era un auténtico pedido de alimentos, de recursos para que el hombre y los animales y las plantas pudieran subsistir".[3]

LA MOMIFICACION

ANTE la riqueza de las tumbas, ante las grandes cantidades de ropa que envuelven el cadáver, pues "dentro de estos bultos se encuentran abanicos de plumas de diferentes colores, adornos de oro, collares y brazaletes de cuentas de hueso y concha, vistosos adornos del tocado, adornos de cuero curtido, varas ceremoniales o mágicas recamadas con plumas de diversos colores formando dibujos, espejos de pirita de fierro y muchos otros objetos de un complicado ritual funerario",[4] llegamos a la conclusión de que la momificación constituye un arte en las antiguas civilizaciones peruanas. Un arte que aun guarda el misterio de sus procedimientos; practicado, sin duda, por *ayllus* especializados. Por el testimonio de la momia con la suntuosidad del arte que la acompaña, sabemos que la muerte es una

---

[2] Sólo en Cerro Colorado se encontraron 260 momias.

[3] LUIS E. VALCÁRCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú.* Pág. 185.

[4] REBECA CARRIÓN CACHOT. Revista "Wira Kocha". Pág. 40.

preocupación metafísica para los antiguos peruanos. La momia del Perú, como la momia egipcia, está preparada para un largo viaje. Los peruanos comparten la creencia egipcia de que el alma sobrevive mientras no desaparece el cuerpo, mientras éste se conserva intacto. Se trata, pues, de organizar el viaje del "segundo yo" para que pueda llegar a la región solar. El animismo peruano concibe la separación del cuerpo y el alma. Estos forman en la tierra una unidad biológica. Cuando el individuo muere, mientras el cuerpo queda asegurado en su envoltura terrestre, el alma se desprende de él y viaja respaldada por la momia que espera arropada y suntuosa. Para el viaje tiene bebida y comida en cántaros y platos ornamentados; armas y símbolos de su poder o su humildad, todos los menesteres para una larga jornada, con ricas ofrendas para *Wira Kocha,* como testimonio de su fuerza y de sus virtudes en la corta aventura de su paso por la tierra.

Por eso la momificación es un arte de suma responsabilidad. Obedece a reglas estrictas, de carácter religioso, en todo el antiguo Perú. Si tiene algunos puntos de semejanza con los egipcios en el sentido esotérico, difieren en cuanto a los procedimientos de momificación. En el Egipto se coloca el cuerpo despojado de las vísceras en lujosos sarcófagos y se vierten en las entrañas resinas olorosas; se les pone sobre los ojos láminas de oro, y para asegurar la inmortalidad se multiplican los retratos con los trazos del muerto en meticulosa copia de sus facciones y en su manera de vivir sobre la tierra, con sus mujeres, servidores y esclavos.

La momia peruana de Parakas, es colocada en posición fetal. Se la prepara con gran cuidado y con la pompa que su rango merece. Deslizan olorosas resinas en los pulmones, vendan el cuerpo con telas de algodón, lo ponen en cuclillas, la cara contra las rodillas. Así queda enfardada en el múltiple lujo de sus mantos. Los momificadores, en lugar de extraer las vísceras, rellenan el cadáver de guano, salitre y otras materias que contribuyen a la deshidratación. A su lado, según la calidad del personaje, se coloca al "doble". Un fardo enmascarado, con los distintivos y prendas de vestir del muerto, los atributos de su poder, de su rango o de su ocupación. Si es guerrero "el segundo yo" lleva sus armas; si es cazador, sus trofeos; si es agricultor o arriero o carece de importancia religiosa o social, descansa

solo en el envoltorio con las alegorías de su ocupación en la tierra representadas en pequeñas figuras de terracota.

Algunas relaciones de los Cronistas nos dan detalles sobre las "Huacas", como se llaman desde los tiempos antiguos a los hacinamientos de tumbas y las costumbres funerarias, que pueden aplicarse a los habitantes de Parakas. "Después de llorado el muerto, dice el Padre Cobo, hacían sus sacrificios y supersticiones; vestido y adornado de las ropas y joyas más ricas que tenían los sepultaban, poniendo junto a él otras vestiduras nuevas dobladas con mucha comida o bebida y enterraban juntamente sus armas e instrumentos de su arte y oficio, todas sus riquezas y cosas preciosas".[5]

ARTE TEXTIL

ACEPTADA la hipótesis de que las momias encontradas en los cementerios de Parakas, si bien no proceden de una misma época, en cambio proceden de un mismo grupo o región, que "todas están vinculadas con ciertos elementos comunes que justifican su inclusión dentro de una misma familia cultural",[6] no podemos dejar de admitir que algunas obras de arte sobresalen por ciertas características originales y que en todas ellas, en las "necrópolis" de "Cerro Colorado" y en las "Cavernas", encontramos un despliegue admirable de bordados y tejidos que justifican la aseveración de Kroeber: "Entre las más antiguas culturas de la costa peruana, el arte textil aparece siempre en estado adulto".[7] Un arte que demuestra una alta concepción artística equiparable a un gran dominio técnico, un inmenso muestrario de modelos tecnológicos desplegados, sobre todo, en los mantos, que tiene sobre el gobelino (y el kelim) la ventaja indiscutible de dos caras, por estar trabajado por los dos lados con igual precisión, con bordado de puntada atrás, por punto en cruz y de medio punto en cruz, con hilos tan maravillosamente torcidos que Bennett refiriéndose a los tejidos de Parakas

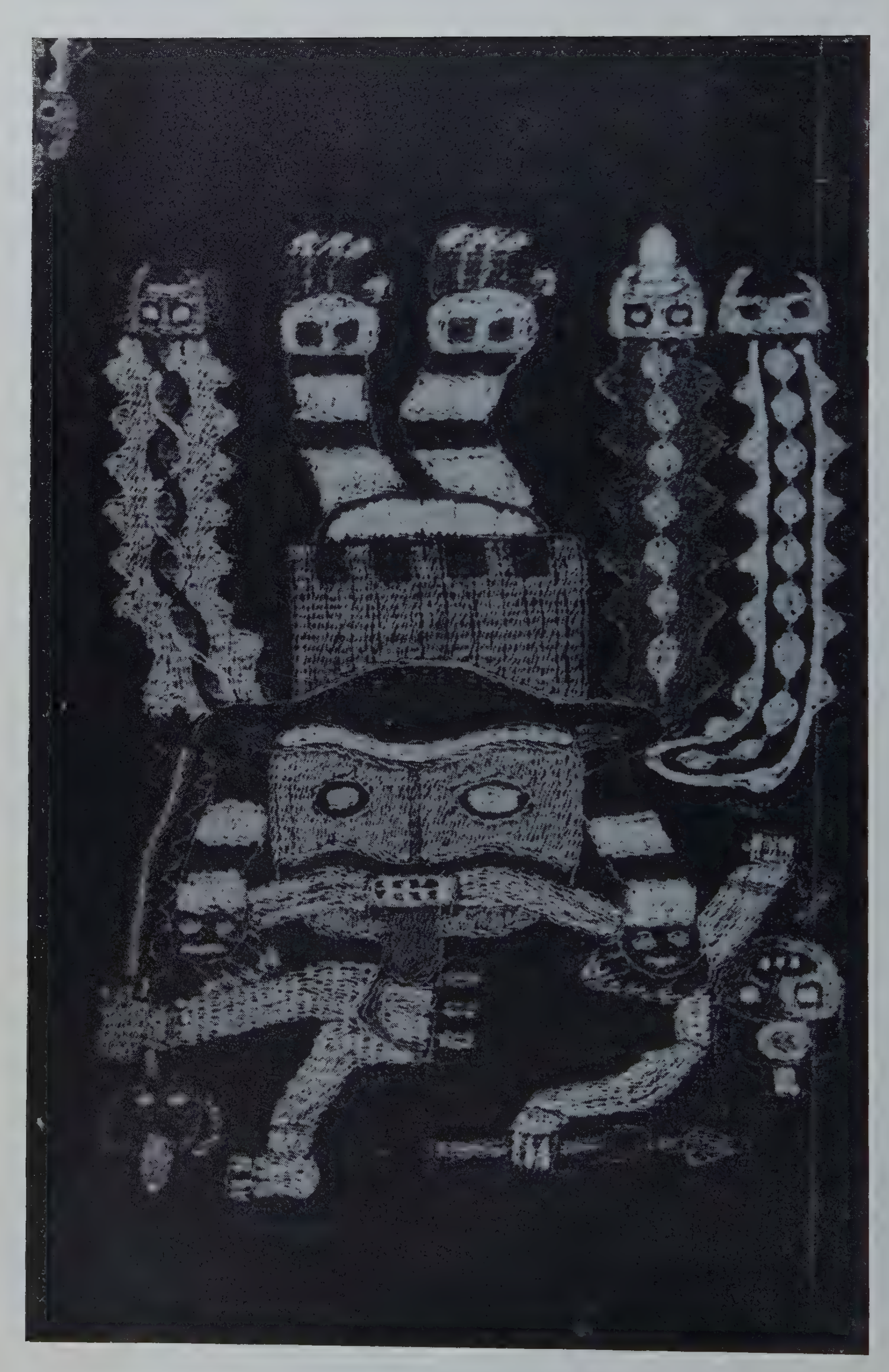
[5] BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, (1653). Sevilla, 1895. L. 14, cap. VIII.

[6] LELIA LOAYZA HONDERMAN, *Monografía sobre Parakas.* Universidad Mayor de San Marcos. Facultad de Educación, 1946.

[7] A. L. KROEBER, *The Uhle Pottery Collections from Nasca.* U. de California Press. Pág. 32.



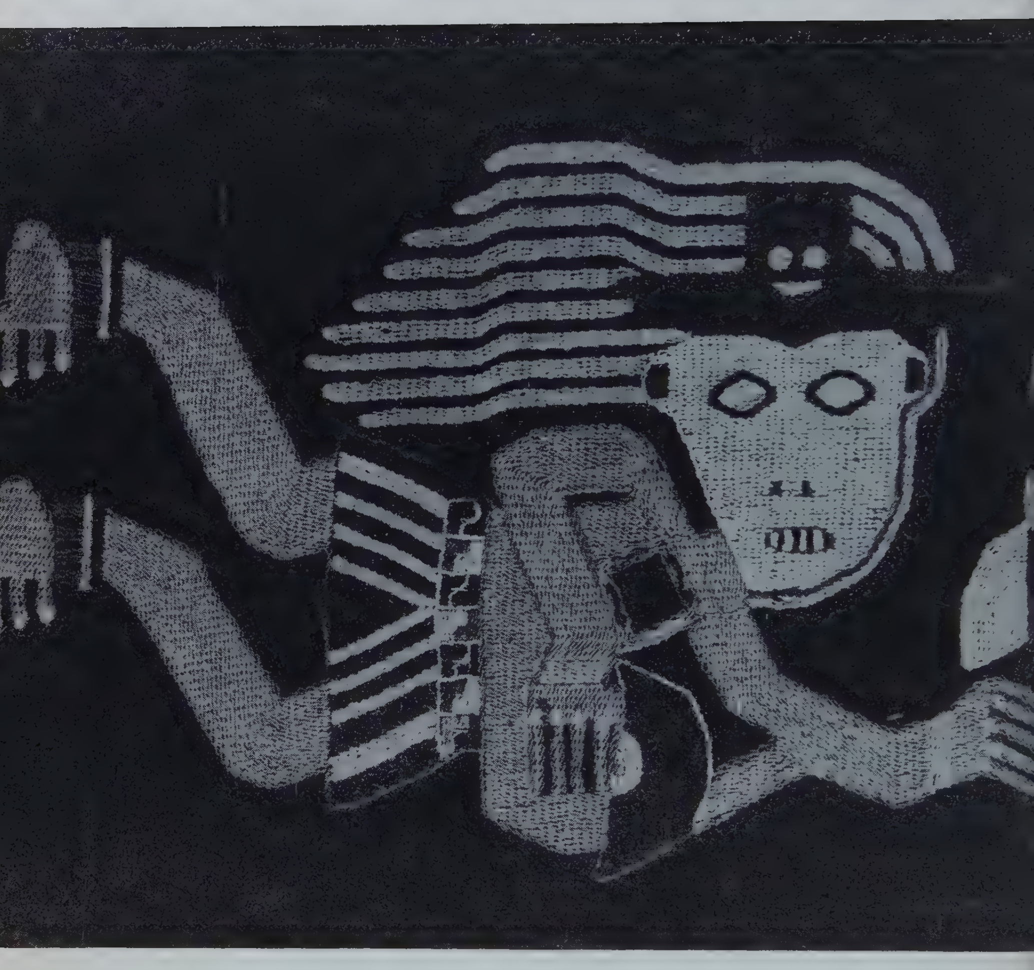
PARAKAS. Vestimenta ceremonial procedente de un fardo funerario.



Detalle de un manto bordado.



Manto ceremonial.



Detalle del manto reproducido en la página anterior.

repite las palabras de un experto: "El hilo perfecto no hay que buscarlo; ya ha sido hecho".

Así como en Parakas no hay técnica que no se conozca, tampoco hay color que no se use. En las prendas de vestir el color recorre todas las gamas naturales de la lana con todos los tonos que encontramos en la naturaleza. Se mantiene una armonía general a base de los colores primarios: rojo, azul y amarillo.

El manto o poncho, usado por Jefes y Sacerdotes en casi todo el continente americano, tiene un color en relación con la camiseta (Unku), con la esclavina (Unkucha) o cota de guerrero hecha de cuero finamente curtido, y con el llauto que ciñe los cabellos duros sobre la cara alargada, de prominente nariz aguileña. Las faldas y faldellines adornados con franjas y flecos,[8] la toca de malla, *pampacuna ñañaka,* especie de rebozo para cubrir la cabeza, parecida a los tocados napolitanos y, por último, las sandalias y las cintas, guardan entre sí una inquebrantable armonía cromática.

La *piel de zorro,* sobre las espaldas de la momia, es la única prenda anacrónica. Es el totem "guía", conocedor del camino. En todo el Perú es usada y conocida. El Padre Arriaga al hablar de los "ministros de idolatría", decía: "Andan con unos pellejos de zorra en la cabeza y cordones con unas bolsas de lana en la mano, ayunan el tiempo que dura el oficio que es de dos meses poco más o menos, no comiendo sal ni ají ni durmiendo con sus mujeres y mudan al hablar la voz, hablando mujeril y afectadamente".[9]

En el dibujo y color de los mantos podemos seguir el ritmo cósmico del arte de Parakas: oscilación y vaivén. El espíritu que forma el meollo emotivo que da fuerza a los incógnitos artistas para expresar su sentido de la función ornamental del color que les permite emplear 16 tonos diferentes, donde el rojo toma los más sutiles tonos, desde el delicado rosa y el anaranjado hasta el violento rojo cochinilla y el profundo granate; el

---

8 Pedro Pizarro atestigua que todavía se usaban estas prendas cuando los primeros conquistadores entraron en el Cusco. Cuenta haber visto un sacerdote "vestido de una camiseta grande... Llegábale más abajo de la espinilla con unos flecos a manera de trapejos del anchor de una mano, guarnecida toda alrededor. Estos flecos eran enteros no cortados".

9 Padre José de Arriaga, *La Extirpación de Idolatrías en el Pirú.* Pág. 105.

amarillo de oro y las tierras van hasta los *cadmiuns* más vivos y el azul recorre toda la gama de profundidad para llegar al cerúleo claro.

¿Demuestra esta exposición un conocimiento de las leyes sobre la armonía de los colores? Indudablemente que no. El artista de Parakas salta sobre todo conocimiento racional, sobre toda regla de "complementarios", para dejarse llevar por su magnífica intuición estética. Su intención traspasa lo establecido para "crear" nuevas armonías cromáticas, que parecerían absurdas en los cánones occidentales, si no se encontrasen plenamente resueltas en los cánones americanos.

"Coloristas, amantes del color por el color, no temían la vecindad audaz que da a cada tono mayor riqueza y personalidad. Sabían colocar un rojo anaranjado al lado de un rojo violeta, un gris al lado de un rosa, simplemente separándolos por una línea parda o negra alrededor de las formas principales, lo que da al dibujo gran precisión.

"Claros y oscuros, vivos o suaves, los colores de las telas de Parakas pueden catalogarse entre las más extraordinarias obras de arte del mundo por el sentido misterioso que se plasma en los tejidos, por su prestigiosa minuciosidad y por el simbolismo policromo que tiene una fuerza fantástica, de indudable significado cósmico".[10]

¿Qué materias o procedimientos emplean los tejedores de Parakas para teñir el material que ha podido resistir siglos sin perder la riqueza de su coloración? La consistencia de los colores revela un profundo conocimiento de las sustancias tintóricas: el rojo de la cochinilla, el azul del añil, el amarillo oro de la "chilca", el gris pálido del "molle", el verde oscuro de la "muña". Una marejada de gamas tenues o violentas; en amarillear de lámpara votiva o en llamarada de rojo vivo, de inclinación primitiva, con resplandor de carmín violeta, anaranjado, bruno áureo, negro brunáceo y verde metálico.

Es indudable que estos tintes procedían tanto de vegetales como de minerales. El clima seco de los arenales ha contribuído a conservar intactos los colores a través de los siglos. A dejar tal cual era el tono presidiendo la fantasía cromática, la unidad de una desordenada liturgia escenográfica donde

---

[10] RAOUL ET M. D'HARCOURT, *La céramique Ancienne du Pérou.* París, 1924. Pág. 16.

actúan como personajes el mamífero, las aves entrelazadas con el hombre y las plantas realzadas con atributos divinizadores.

En el proceso de figuración la fidelidad morfológica es sacrificada al adorno en aras del color. Desaparecen las facciones de la cara en esta transfiguración ornamental. El ser humano se reviste de alas y se arma de garras de ave de rapiña. La angustia vital se expresa por la contorsión, la tendencia caricaturesca, enmarcada en un riquísimo esquema decorativo y desplegada en la preferida composición diagonal donde campean dos estilos: seminaturalista y geométrico.

El Estilo Seminaturalista representa al modelo natural en formas geométricas, en una estilización con tendencia a lo simbólico, a la expresión del personaje en movimiento, en manifiesta tendencia dinámica; el artista exagera las actitudes en un osado juego de ángulos y curvas. La fantasía interviene con asombrosa originalidad en la unión de algunos elementos exóticos sin perder el dejo naturalista y sin desligarse de su máximo propósito: realizar la figura en movimiento. Para esto resuelve difíciles problemas de intercambio de colores, de interpretación de líneas, de balance de masas, de elementos diagonales, verticales, escalonados, de brusco equilibrio y desequilibrio entre curvas y rectas y, por último, de una interpretación, al parecer, arbitraria de la forma. ¿Es por incapacidad, nos preguntamos, que el artista de Parakas dibuja siempre los pies mostrando las plantas, la cara de frente, mientras las partes del cuerpo se muestran de perfil? ¿Es por ignorancia que hace las manos con cuatro o seis dedos y otras excentricidades de opacidad ideográfica que desesperan a los exégetas? Los pies mostrando las plantas corresponde a un canon de representación en toda América. Es una manera que se presta para el ornamento, y es muy probable que tenga relación con significados esotéricos, así como los cuerpos de cabeza, los cabellos desplegados en líneas paralelas y otras posiciones aereodinámicas que nos parecen ilógicas.

Los motivos de representación en estilo seminaturalista son muy variados: personajes míticos, animales felinos, dioses y demonios con atavíos extraordinarios adoptando formas de serpientes, jaguares, pájaros y peces humanizados. La serpiente unas veces bicéfala, con la piel cubierta de manchas, el cuerpo rectilíneo o en línea ondulada con cabeza triangular, parecida

a la cobra de Asia, y el cuerpo en ondas; el gusano aparece bifurcado, en función decorativa, intercalándose en rombos, en triángulos y en otras figuras geométricas. Y siempre el felino enseñoreado en aquel mundo extraño. Con la cabeza de frente, sentado en dos patas, agazapado, echado. "En cualquiera de estas posiciones el felino mantiene siempre los mismos atributos de los felinos del Callejón de Huaylas, como los apéndices cefálicos que se desprenden tanto del cráneo como del rostro, las manchas o rosetas de la piel representadas por discos pupilares o rectángulos, o bien, reemplazados por pequeños felinos inscritos, y cuerpos humanos y cabezas humanas o de animales en que rematan tanto los apéndices cefálicos como el apéndice caudal".[11]

Otro estudio comparativo de las pinturas de Parakas pone de manifiesto el proceso gradual de la formación de seres fantásticos a base de los modelos encontrados en la región de Nasca, con múltiples variaciones, debido a la apreciación decorativa. Las figuras de Parakas resultan más complejas que sus análogas de Nasca. Revelan una mayor tendencia a la transfiguración zoomórfica de sus partes. Su semejanza es tanta, que a primera vista se podría pensar en una misma procedencia. Así lo creen Uhle, Seller y Lehmann, cuando apenas se conocen los tesoros de la península de Parakas. Así lo puede creer cualquiera que examine sin prejuicios los motivos ornamentales, los signos ideográficos, los personajes y la "manera" de representarlos. Encontramos el mismo sentimiento interpretativo, más variado en el repertorio temático de Nasca, más deslumbrante en el tejido campo de Parakas. También el artista nasquense produce obras más espontáneas; manifiesta mayor inteligencia en la traducción de los detalles. Es más leal con sus propósitos artísticos y no sacrifica su sentido de contenido a la forma ornamental.

Con el estilo seminaturalista de Parakas llegamos hasta donde se hace oscura la historia de todas las culturas sureñas del litoral peruano. Nos dejamos llevar por el magismo prendido al jaguar y a la serpiente ligados en trinidad con el hombre (tesis del Dr. Tello). Sin pretender dar a esta trinidad trascendencia simbólica, fuera de la órbita que corresponde a una cultura indudablemente primaria.

---

[11] Rebeca Carrión Cachot, *Ob. cit.* Pág. 42.



Motivo ornamental de un manto de Parakas.

El estilo seminaturalista se hace simbólico a fuerza de someter el modelo a las necesidades técnicas de la ejecución, al logro imitativo. En la representación naturalista del felino, de las aves, peces y plantas, los artistas de Parakas alcanzan, a la vez, una representación ornamental y retratista. Hay fuerza expresiva en este misterio bordado por la religiosidad y el temor del artista, por su afán de arropar con deidades truculentas a los viajeros a ultratumba, con la representación de monstruos y totems sosteniendo cuchillos de ceremonias y cabezas de crucificados con descomunales lenguas, prolongadas desde las narigueras, símbolo de largas palabras o profecías. Seres serpentiformes con dorsos y colas, piernas y brazos dentellados de misterio, emplumados como las divinidades mexicanas. Representaciones de jefes, sacerdotes, bailarines y guerreros. Un mundo que nos pone en contacto con todas las culturas arcaicas del Perú y con la presencia de un eslabón perdido, en proceso de conquista de expresión.

La estilización de Parakas muestra sus características en la forma de reproducir el halcón, ave que nos sirve de guía para acostumbrarnos a distinguir la manera originalísima como transforman o como interpretan el modelo natural. Así se trate de motivos cefaloformes o zooformes, pasado el momento de la emoción que nos produce el imprevisto conjunto de colores, acomodada nuestra visión a la novedad, comenzamos a distinguir formas naturales en el exótico desfile de personajes. Reconocemos los temas ya vistos en otras artes de la costa y sierra del Perú. Seguimos la trillada huella de los pies chatos de los Rukanas, reconocemos las serpientes "bicéfalas" de Nasca, las serpientes "emplumadas y dentelladas" de los Chankas, los ojos exagonales de Tiawanako, los ganchos y volutas de Chavín, los peces engranados de Chancay y Lima, los rombos y meandros del Inkario. "Hasta podríamos mapear su recorrido", asegura Yacovleff.

Perdido el enlace cronológico del arte de Parakas con las otras culturas del Perú, la relación genética no se presenta tan llana como se creyó al principio. "Por las peculiaridades tecnológicas del bordado en comparación con la pintura ceramista nasquense, por el predominio del interés decorativo, el estilo Parakas no es antecesor al Nasca sino, por el contrario, puede explicarse como influído por él. Su manera de tratar los motivos naturalistas es sintomática de procesos regresivos dentro

del estilo que emplean, lo que presupone una etapa anterior de desenvolvimiento y un cambio de voluntad. En el mismo arte de Parakas no hay vestigios de esa etapa ni de ese cambio de rumbo, es por esto que debemos buscar antecedentes en modalidades artísticas afines, entre las cuales tiene mayor semejanza la Nasca, autóctona de una región cercana".[12]

Pero, como dice Bennett, "la aceptación de la mayor antigüedad de los restos de Nasca sobre los paraqueños alargaría desmesuradamente la cronología de las culturas costeñas sin aclarar su origen" ..."Los bordados de las 'Necrópolis' que más se asemejan estilísticamente con las pinturas de Nasca, son difícilmente imaginables como antecesoras de éstas; al contrario, pueden explicarse más bien como engendrados por ellas. La representación naturalista se dificulta con el tratamiento de la aguja por ser éste un procedimiento lento y que requiere seguridad, y la presencia de formas realistas en los mantos bordados sugiere la preexistencia de los mismos motivos en dibujos tratados con técnica más adecuada, o, por lo menos, un extremado hábito del artista con el canon".[13]

El Estilo Geométrico. Este estilo también toma contacto con estilos similares en otras culturas americanas. Se junta a ellas por fórmulas familiares: rombos, meandros, grecas y otras figuras que en las artes peruanas giran alrededor del omnipotente Signo Escalonado. Por medio de combinaciones geométricas los artistas paraqueños crean juegos abstractos iluminados por los vivos colores de su arte. Dioses y demonios se disciplinan en la estilización geométrica, colocados en un mundo ideológico que está fuera de nuestro alcance. La imaginación del artista ha vencido en estas figuras las dificultades técnicas por medio de la geometrización; con ornamentos lineales realiza la forma ejercitando su independencia de lo externo para producir lo esencial.

Este estilo geométrico es algo más que una consecuencia tecnomórfica. Al artista le preocupa, sobre todo, realizar la armonía, vale decir la forma por la forma, representada en el equilibrio del trazo, la precisión, el balance de ángulos equivalentes, la exactitud de las paralelas para lograr, en el conjunto, la emoción estética. Como si el artista, liberado del hieratismo

---

[12] A. L. Kroeber, *Ob. cit.* Pág. 66.

[13] Wendell C. Bennett, *Introducción al Arte del Perú Precolombino.* New York, 1939. Pág. 3.

impuesto por el sacerdote o la costumbre, saltara sobre la naturaleza y en alegre gesto volara por los espacios de la fantasía para crear un escenario lineal y extraño, ajeno al ideal religioso.

En espacios rectangulares, con líneas de diverso grosor, forman ajedrezados, exágonos y meandros donde se acomodan y se prenden extraordinarias figuras de serpientes, felinos y peces rodeados de plantas y frutos en un "impresionismo" contundente. "En todos los dibujos están acentuadas las líneas diagonales; es uno de los rasgos característicos en los motivos textiles peruanos. Desde el tejido más antiguo que conocemos hasta el último, el artista trata de acentuar el sentido de las líneas oblicuas". "Cuando en algunas piezas de Parakas la anchura reducida impide la acentuación de las diagonales por selección de colores, entonces hay una familiar insistencia de líneas que cruzan de un borde a otro".[14]

En el tejido plano de punto es donde las líneas separan sabiamente los colores para hacerlos resaltar con más violencia sobre los fondos, en un estridente contraste de complementarios, y en una armonía que nunca será bien ponderada.

En el ancho espacio de los mantos el bordado adquiere un valor sin rival, cualquiera que sean los procedimientos empleados: dos tramas, doble tejido, tapicería de aguja, bordado sobre la tela, puntos de *crochet,* tejido cubierto de plumas y estampado (especie de *batik*).[15]

Los fardos de las Necrópolis de Parakas, especialmente los descubiertos en la falda norte de Cerro Colorado, como el descrito por Yacovleff y Muelle,[16] prueban que los tejidos de Parakas, como en el resto de las culturas peruanas, no representan un progreso notable en la técnica del telar. El examen de las piezas en los Museos indican que nunca los tejedores emplearon telares grandes. Nunca exceden de 75 cm. de ancho. Añaden a mano una pieza con otra y realizan esto en el mismo telar, con un ingenioso proceso de unir, uno por uno,

---

14 L. M. O'Neale, *Tecnología de los Textiles.* Revista del Museo Nacional, Lima, No. 2, Pág. 65.

15 R. y M. D'Harcourt, *Les tissus indiens du Vieux Pérou.* París, 1924. Págs. 14-20.

16 Yacovleff y Muelle J., *Un Fardo de Parakas.* Revista del Museo Nacional, Lima, No. 3.

los hilos de una banda en formación con otra banda ya terminada.

En la mayor parte de los tejidos se emplea algodón, lana de llama, guanako, alpaca y vicuña (atku), color blanco y sepia, fibras de maguey, pieles de murciélago, cabellos humanos y plumas de diversas aves. La lana generalmente es usada para el bordado coloreado, de punto de aguja, ya que se presta para absorber mejor los tintes.

En un manto que hemos tomado de la minuciosa monografía de Jean Levillier[17] encontramos pruebas de la conjunción armoniosa de los estilos seminaturalista y geométrico. En la franja de esta prenda, tejida en algodón, se desarrolla una escena donde se mueven noventa figuras de hombres y animales bordados. Parece un friso mural Maya trasladado con sus guerreros, armas y símbolos, su realismo y barroquismo al apretado punto tejido. Un movimentado desfile que puede ser fuente de inspiración para los maestros del dinamismo.

Las escenas en los bordados de Parakas obedecen a una ordenación preconcebida de elementos que aun no han podido ser clasificados, aunque se pueda discutir sobre el sentido agrícola-animista que encarnan, no hay duda que son formas mentales de carácter simbólico.

Por medio de algunas descripciones simplificadoras, que sirven para auxiliar la indispensable comprensión, el Dr. Tello distingue varios tipos en las figuras antropomorfas de Parakas. Reconoce figuras desnudas, de contornos geométricos, como personificaciones de ciertos poderes con la germinación de las semillas. Otras semidesnudas, en posición encorvada, inclinadas hacia adelante o echadas hacia atrás, tocadas de diademas, cabelleras y vestiduras distintas, los miembros equilibrados con abanicos y estólicas (hachas de piedra), cetros y varas ceremoniales que bien pueden ser sacerdotes en actos rituales. Por último las figuras francamente humanas, de frente y en posición vertical, llevando en las manos cabezas mutiladas y bastones personificando a magistrados y guerreros.

La fantasía desdobla el realismo de este despliegue figurativo. Multiplica cabezas, colas, brazos y piernas. Cubre los cuerpos de manchas y adornos accesorios, los estira o los con-

[17] JEAN LEVILLIER, *Parakas. A contribution to the study of Pre Incaic Textiles in Ancient Peru.* Librería Hispano Americana. París, 1924.



Figura en rojo, amarillo, verde y negro, de un ceramio de Parakas.



Unkuña, mantellina (alt. 50 cms.)

torsiona. Todo en aras de la armonía en la composición. En las representaciones zoomorfas, cuando el motivo es el gusano, el cuerpo desempeña el papel más importante. Forma el eje de la composición en variadas figuras geométricas. La forma de la serpiente se presta para el ornamento geométrico y para combinaciones fantaseosas. Se le ve con frecuencia en las franjas de los mantos y otras prendas de vestir, enlazada con aves bicéfalas de cuerpos rectangulares, alas triangulares y largas patas bajo la cola incindida. Entre los reptiles, el de mejor estilización geométrica es la lagartija. La cabeza modificada, la lengua reemplazada por puntas de flechas, con dos antenas o ganchos que parecen desprenderse de las comisuras. "Generalmente los colores empleados al tejer las figuras de animales no tienen ninguna referencia a los colores de la naturaleza; son seleccionados y alternados sólo con propósito decorativo".[18]

ALFARERIA DE PARAKAS

En la cerámica de Parakas vemos ciertas características propias alternando con algunos elementos ajenos, principalmente de la alfarería Nasca. Los ceramistas de las "Necrópolis" fabrican una cerámica delicada, de buena calidad; demuestran familiaridad con el material plástico, dominio del oficio para trabajar la forma con exquisita sensibilidad y con la misma elegante simplicidad del ceramista nasquense, haciéndose presente un período de proyección objetiva sobre el individuo, sobre el artista, dueño ya de un claro concepto de la naturaleza. Período que determina la preocupación por el contenido de la forma más que por la superficie de la forma, y que explica en el espacio-tiempo estético de todos los pueblos una conquista ideológica que corresponde a épocas indeterminadas, tanto en Parakas como en Nasca, Ocucaje y otras de las tantas culturas que se desarrollan a su alrededor.

La inclinación por los temas agrícolas corrobora la opinión de Valcárcel sobre los motivos generales de esta cerámica. "Lo extraordinario en el arte del Perú es el crecido porcentaje de representaciones mágicas alusivas a la economía, como se puede comprobar examinando las vasijas proto-chimú y protonasca,

---

18 William H. Holmes, *Textil Fabrics of Ancient Peru.* Washington, 1889. Pág. 9.

andinas medias o tiawanakoides, los mantos de Parakas, los vasos de madera del Cusco, etc.; representaciones, sobre todo, de frutos comestibles, de plantas útiles para el hombre. Los personajes míticos son, por lo general, portadores de alimentos: hombres con sendos cetros que no son sino tirsos o ramas con frutos colgantes, felinos en cuyas fauces aparecen el ají o el pallar o como sustituyendo este último las manchas de su piel, serpientes como signos de fecundidad en cuyo seno se perciben también frutos, en fin, cabezas humanas, trofeos como otros frutos arrancados del árbol".[19]

En estas representaciones debemos tomar en cuenta las observaciones de Jacovleff quien hace ver que "mientras en Cerro Colorado la ornamentación textil se presenta muy elaborada, con factura propia para su técnica, como si fuera arte viejo, la de la cerámica se muestra indecisa, como si el ceramista se encontrara ante elementos poco familiares, y repitiera un *modus operandi* impropio del material empleado".[20]

Para moldear con greda muy fina vasijas globulares, de pico escultórico, ornamentadas con discretos colores apagados: rojo, verde, amarillo limón y amarillo oro, blanco, crema y negro.

En las "Cavernas" la mayor parte de la cerámica está compuesta por cántaros globulares, de gollete corto, monocromos, ocres, rojos o negros. Abundan los platos decorados, de muy fina elaboración, y la representación naturalista imitando la forma del huevo.

LA JOYERIA

PRESENTA poco interés artístico. Las joyas encontradas en Parakas consisten en pequeños dijes con claro intento de reproducir en miniatura los modelos de la cerámica; coronas laminadas muy primitivas, collares, brazaletes y máscaras de un arcaísmo que está en desacuerdo con el alto grado artístico a que llegan los tejidos.

En contraste con estos y otros objetos en oro repujado, figurando cabezas de animales, narigueras, mangos de cuchillos de obsidiana y algunos instrumentos quirúrgicos, está la sun-

---

19 LUIS E. VALCÁRCEL, *Ob. cit.* Pág. 186.

20 YACOVLEFF y MUELLE J., *Estilo de Cerro Colorado.* Revista del Museo Nacional. Lima, No. 3.

tuosidad de las telas, lo que hace suponer, o un rudimentario desarrollo de la metalurgia, o su poco uso en los ritos funerarios.

PLUMARIA

El arte tisurero de Parakas, por su riqueza ornamental tiene que ser arte predilecto en un pueblo atraído por el esplendor del gusto primitivo.

Entre las artes suntuarias, encontradas en los cementerios de Parakas, figuran objetos de arte plumario que corresponden a diferentes épocas y a diferentes culturas del Perú precolombino, desde las antiquísimas, de origen selvático, hasta la histórica del Cusco, donde vemos obras de adornos plumarios que representan las postrimerías de un arte que tuvo un auge esplendoroso. Los abanicos y los trajes del incario son los descendientes de esos bizarros penachos, escudos y mantas que llevan los personajes de Parakas. Tejidos con raros plumajes de aves, "hacían vestidos, dice el Padre Cobo, que ponían espanto, donde se podía haber tanta cantidad desde tornasol. Había asimismo, otras muchas plumas de diferentes colores para este efecto de hacer ropas que vestían los Señores y Señoras, y no otros, en los tiempos de sus fiestas".[21] "Las telas de plumería eran de mayor estima y valor, y con mucha razón: porque las que yo he visto, son mucho de estimar donde quiera. . . El lustre y resplandor y visos destas telas de plumas eran de tanta rara hermosura, que si no es viéndolo, no se puede dar bien a entender. . . Labrábanlas en el mismo cumbi; pero de forma que sale la pluma sobre la lana y la encubre al modo de terciopelo. El aparejo que tenían para este género de telas era muy grande, por la innumerable multitud y variedad de aves que cría esta tierra de tan finos colores, que excede todo encantamiento".[22]

El Padre Acosta también admira la plumaria de los antiguos peruanos y nos explica "como se puede labrar obra tan delicada y labrada que no parece sino colores pintados, y lo que no puede hacer el pincel y los colores de tinte: tienen unos visos mirados un poco a soslayo tan lindos, tan alegres y vivos, que deleitan admirablemente. Algunos Indios, buenos maestros,

---

21 Cobo, *Ob. cit.* L. 14.

22 Acosta, *Ob. cit.* L. 14, cap. 37.

retratan con perfección de pluma lo que ven de pincel, que ninguna ventaja los hacen los pintores de España".[23]

¿Fué la cultura de Parakas la que inicia este bellísimo arte? Los cronistas de la conquista de México creen que se origina en territorio mexicano. Los cronistas de la conquista del Perú lo colocan en territorio peruano. Lo más probable es que este arte se cultivara tanto en México como en el Perú. Tanto en la región Maya Olmeca del litoral atlántico como en la región Nasca Mochik del litoral pacífico.[24] El uso frecuente del plumaje en el atavío aparece en las culturas más antiguas del Perú, como en Tiawanako, e, igual que en México, alcanza el máximo florecimiento con el arte del mosaico hecho con plumas de aves de regiones tropicales, como las de la floresta amazónica, que son espléndidas pruebas de su remoto origen.

Entre las prendas encontradas en Parakas figuran abanicos, penachos, hondas de plumas ensartadas por su cañón, escudos, estandartes, armas adornadas con plumas de cóndor o guacamayos y con las tornasoladas del picaflor, trabajadas con gran delicadeza, con técnica de enlazado, tal como se trabajaban en el Cusco, con "plumas muy pequeñas y sutiles que las iban cogiendo en la trama con un hilo delgado de lana y echándolas a un lado haciendo dellas las mismas labores y figuras que llevaban sus más vistosos cumbis".[25]

Los ejemplares de arte plumario encontrados en Parakas son dignos de figurar al lado de las telas. Majestuosos abanicos semicirculares, trenzados sobre totora con tal finura que "se imagina difícilmente que estos objetos, revelando tanta habilidad y esmero en su confección y cierta elegancia en la constitución del conjunto, puedan haber sido abanicos simplemente utilitarios, cuyo empleo se justificaría, sin embargo, por la molicie de los habitantes de la cálida costa, en épocas prósperas de las civilizaciones extinguidas".[26] Agréguese a esto los bastones o porras ceremoniales, los pendientes forrados de vistosas plumas aterciopeladas, los faldellines de los danzarines hechos con plumas de guacamayo y "las camisetas de plumas con mu-

---

23 *Ibid.*, L. 4, cap. 37.

24 Salvador Toscano, *Arte Precolombino de México y la América Central.* México, 1944. Pág. 502-503.

25 Eugenio Yacovleff, *Arte Plumaria entre los antiguos Peruanos.* Revista del Museo Nacional. No. 2, t. 2, 1933. Págs. 43, 140.

26 E. Yacovleff, *Ob. cit.* Pág. 139.



Pendiente de plumas y vara ceremonial de Parakas.

chas chapas de oro y plata y con grandes coronas de plumas redondas de los hechiceros".[27]

LA CESTERIA

En los trabajos de cestería de Parakas encontramos las mismas características de la cestería de Ancón y de la cestería americana en general. Ahí está patente el empleo de muchas grecas, meandros, cuadriletes en celosía, bordes de terracota en forma de cuerda; todos los vestigios de señales técnicas que vemos luego traspasados a otras artes y que se originan en las tramas del carrizo y en el tejido de los canastos donde el pintor ha dejado con descuidado gesto el emblema de un totem o el signo de un conjuro.

Los "Cementerios" de Parakas nos demuestran cuán desarrollado era el arte de la cestería en el antiguo Perú. Nos prueban no sólo su valor como auxiliar técnico para el desarrollo de las otras artes, sino el papel que desempeña la estera en la vida ceremonial hogareña y como prenda funeraria.

Tanto en Parakas como en Ancón se han encontrado esteras, cestas y canastos laborados con fibra de palmera adornadas con bello diseño, muy parecidos a los que se tejen aún en la actualidad. Bolsas, abanicos, redes para acarreo, armazones para escudos y para entretejer estandartes de finísimo entrelazado y de apretado punto, que todavía sobrevive en los sombreros que se tejen actualmente en algunas regiones del Perú. Hay otros cestos de tejido azargado y de bordes terminados con bellos calados figurando guardillas, de forma generalmente acampanada y de lados verticales, hechos de fino bejuco.

Queda aún mucho por descubrir en los Cementerios de la península de Parakas. Nuevos descubrimientos aportarán luz científica en lo que es hoy, ante todo, evidencia artística. Pero, por más método que se ponga en la ordenación cronológica del magnífico muestrario de Parakas, siempre quedará en pie, intocable, la profunda belleza de su misterio. Y nada podrá ahondar, en calidad, la emoción que recibimos de ella.

---

27 *Relación de los primeros Agustinos.* Citado por Yacovleff. *Ob. cit.* Págs. 127-128.

ROSAS

Por *Arturo ARDAO*

"Tales reflexiones en modo alguno significan bajo mi pluma la justificación de Rosas, figura que repudio como tipo de hombre y de gobernante. Siento por él y por su sistema una profunda aversión cívica; pero ello no me inhibe de percibir la complejidad de factores contradictorios que lo hacen más inexplicable, acentuando en él, con ese rasgo, los otros caracteres de fatalidad que su figura trágica representa en nuestra historia. Necesitamos estudiarlo en razón de su misma complejidad, pero sin hacer de su estudio un eco de fórmulas extranjeras que en nuestra genuina evolución carecen de sentido, y sin convertir esa labor póstuma en anacrónico alegato de panegiristas y detractores".

RICARDO ROJAS.

* * *

La historia no se repite. Su devenir es siempre original en las situaciones, en los acontecimientos, en los hombres. Pero hay formas sociológicas que persisten por imposición de la geografía, la economía, la demografía y aun la psicología —historia todo ello— de los pueblos. En la Argentina se reproduce hoy una situación que ofrece analogía fundamental, por la concurrencia de circunstancias internas y externas, con la de la época de Rosas. Acaso por eso la figura de éste venía siendo debatida con tanta pasión desde hace algunos lustros. Y seguramente por eso ha venido a producirse un movimiento personalista que por tantos motivos la recuerda. Explicar el pasado no es, claro está explicar el presente argentino. Puede, sin embargo, ayudar a ello, a través de la oposición sociológica "puerto-territorio", decisiva, hoy como ayer, en el Río de la Plata.

I

UNA difundida interpretación presenta a Rosas como el espíritu de la contrarrevolución, actuando en nombre de las tradiciones coloniales. Representaría en el Plata una *restaura-*

ción paralela a la monárquica que había triunfado en Europa a la caída de Napoleón.

Esta interpretación viene de lejos. Su origen se halla en escritos polémicos de los hombres de la proscripción que combatieron en vida al tirano. El primero en formularla fué Esteban Echeverría en un discurso pronunciado en Montevideo en 1844. Emitió entonces estos conceptos que repetiría en escritos posteriores:

> Estos hombres [los enemigos de la Revolución] fácilmente se unieron, se entendieron, se afiliaron en partido político bajo la enseña de diversos caudillos y de ahí provino forzosamente la lucha entre el principio de Mayo, progresivo y democrático, y el principio colonial, retrógrado y contrarrevolucionario,[1] [que llegó a imponerse con Rosas].

Al año siguiente Andrés Lamas sostuvo la misma doctrina en su obra *Agresiones de Rosas.*[2] La insinuó Sarmiento en el *Facundo.*[3] Y la sostuvo Alberdi en los *Estudios Económicos* publicados después de su muerte, donde llegó a afirmar que cuando Caseros "el antiguo régimen colonial caía con Rosas por segunda vez".[4]

En tiempos posteriores el representante más característico de esta interpretación ha sido José Ingenieros. Es en realidad quien la ha sistematizado, dándole forma orgánica a aquéllos ilustres antecedentes. "La Restauración", precisamente, se titula en su obra *La Evolución de las Ideas Argentinas* la parte que trata de Rosas y su época. Echeverría había escrito:

---

[1] ECHEVERRÍA: *Mayo y la Enseñanza Popular en el Plata,* O. C., T. IV, p. 211.

[2] Pág. 27 y sigs. Pablo Blanco Acevedo atribuye a Lamas la paternidad de la doctrina, afirmando que de él la tomaron Echeverría, Sarmiento y Alberdi (Introducción a los "Escritos Selectos de D. Andrés Lamas", p. XLIII). Cuando en 1845 Lamas publicaba en la prensa su libro bajo el título de "Apuntes", Echeverría escribió un prólogo para su discurso del año anterior, editado en esos momentos, y dijo allí: "Nadie podrá legítimamente disputarnos la prioridad de esta teoría, único fundamento racional de *criterio* histórico para nosotros. Con mucho gusto la hemos visto reproducida en los interesantísimos "Apuntes" que publica "El Nacional": obra tan bien pensada como escrita" (O. C., T. IV, p. 206).

[3] Pág. 10 (Ed. Claridad).

[4] *Escritos Póstumos,* V. I, p. 6.

> Así ha sucedido desde que América tremoló su bandera de independencia: el paralelismo histórico de los grandes acontecimientos acaecidos en Francia, resalta en las diversas fases de la revolución Americana.[5]

Muy influído por el fundador de la Asociación de Mayo, Ingenieros recoge esa idea del paralelismo con el proceso europeo, pero prefiriendo referirlo a España antes que a Francia. Formula así una suerte de principio directriz que llama "homología histórica hispano-rioplatense" y que, en el caso, concluye en una asimilación de la personalidad de Rosas a la de Fernando VII, el restaurador español del absolutismo monárquico en el siglo XIX.

El título que el propio Rosas se hizo dar de "Restaurador de las Leyes", facilita psicológicamente esta interpretación que bien merece ser llamada clásica. De acuerdo con ella el fenómeno de Rosas se presenta, del punto de vista social, como una reacción de las clases privilegiadas del antiguo orden contra las fuerzas sociales revolucionarias. Ingenieros es bien explícito:

> En todos los países europeos conmovidos por la Revolución tuvo ramificaciones el plan internacional de la Restauración. No hubo uno solo, grande o pequeño, cercano o remoto, donde no se pusieran en contacto estrecho los partidarios del antiguo régimen, coaligándose para terminar con las "novedades del siglo". Las dos clases sociales que antes disfrutaban de mayores privilegios, eran las más damnificadas: el feudalismo y el clero. Uniéronse a poco andar, movidos por la comunidad de intereses, constituyendo un nuevo partido compuesto en cada país por los terratenientes y los católicos. En América, como en Europa, el proceso histórico de la Restauración fué general; sus diversas tiranías más o menos isócronas, fueron aspectos de la misma resistencia colonial a las nuevas doctrinas e instituciones.

En cuanto a la Argentina, hacia el final de la tercera década del siglo,

> Intereses económicos poderosos hacían desear un 'gobierno fuerte' que devolviese a los terratenientes la paz y la riqueza, ya que toda prosperidad era imposible mientras las masas proletarias estuviesen apartadas del trabajo por la incesante sucesión de turbulencia.

---

[5] Citado por Ingenieros, O. C., Vol. XVI, p. 33 del Apéndice.

El partido restaurador no tuvo dificultad en encontrar su instrumento. Llegada la hora "no hubo disparidad de opiniones: Rosas".[6]

Este criterio ha sido todavía afinado en nuestros días, aplicando el método marxista, por Rodolfo Puigross. El siguiente pasaje ilustra lo esencial de su tesis:

> El principio regulador del orden colonial, sacado de quicio a raíz del estallido de Mayo, vuelve a colocarse en su lugar con la Restauración rosista. La revolución democrática se detiene en su camino. Rosas ha encontrado en su monopolio ganadero-saladeril, el substituto del monopolio comercial ejercido por los comerciantes de Cádiz. Con la diferencia de que, mientras el monopolio comercial español era externo al país y se apoyaba en el opresivo aparato burocrático-político de la metrópoli, el monopolio rosista se apoyaba en el régimen de propiedad de la tierra y en la producción ganadera. Para mantener incólume un orden social que impedía el desarrollo natural de las fuerzas productivas nacionales y que pretendía mantenerse estático en medio de un mundo capitalista en continuos cambios y transmutaciones, Rosas tenía que aplicar una dictadura de tipo tal que no dejara filtrar por el menor resquicio las ideas peligrosas.[7]

La interpretación que hemos expuesto, ha sido, sin embargo, revisada y criticada más de una vez, por no develar satisfactoriamente lo que se ha llamado el enigma de Rosas. Al margen de los panegíricos partidistas del dictador y su sistema, Ricardo Rojas, que condena en forma expresa a uno y a otro del punto de vista cívico, sintetiza elocuentemente un extendido inconformismo por la insuficiencia de la explicación clásica:

> Hay quienes ven en Rosas —escribe— el agente de una "restauración", sincrónica de la restauración monárquica de Europa, después de haber fracasado la revolución democrática; pero esto es obedecer al error de asimilar nuestra historia a los términos de la historia europea, y no advertir que, más en lo íntimo de su federalismo gaucho y de su resistencia americana, el sistema de Rosas es un fruto de los dos sentimientos más fecundos creados por la revolución de Mayo: el americanismo y la democracia. No es una restauración. No es una contrarrevolución. Más cerca de estos tér-

---

[6] Id., id., Vol. xv, pp. 56, 59, 60.
[7] *La Herencia que Rosas dejó al País*, p. 59.

minos se hallaban los monarquistas y los unitarios contra los cuales se alzaron las fuerzas populares que crearon más tarde a Rosas. Su sistema es, más bien, el desarrollo de la revolución en una tierra desierta y en un pueblo antes no educado para las prácticas de la libertad institucional.[8]

Este enfoque de Rojas insinúa, por lo menos, una inversión de los términos, en cuanto considera "más cerca" de la restauración y de la contrarrevolución a los unitarios monarquizantes, primera promoción dirigente de las fuerzas adversarias de Rosas. Pero hay quien se expresa de una manera más radical. Es el caso de Juan Agustín García, autor a principios de este siglo de un notable estudio sociológico de la colonia, calurosamente elogiado por el propio Ingenieros. Analizando el "proletariado de las campañas", tiende algunas líneas de interpretación que llegan hasta el período rosista. Simpatizante del economismo histórico de la escuela de Marx, concibe la lucha entre unitarios y federales como una lucha de clases. Pero una lucha en la que los primeros son los privilegiados y los segundos los explotados.

A su juicio, debido a la inepcia del rey de España que no tuvo el tino de aplicar una política de subdivisión de la tierra, "se formaron las dos clases rivales de unitarios-propietarios y federales-proletarios, opuestos y antagónicos en sus tendencias y manera de ser". Aquéllos constituyeron un partido conservador, éstos un partido revolucionario.

El choque fué espantoso, toda la sociedad se sacudió durante cincuenta años... Y no se asienta hasta que la dura mano de Rosas, triunfador de los propietarios, le da una relativa satisfacción. A los veinte años de ese régimen, que todavía no ha sido estudiado en su faz íntima y social, sale mágicamente un organismo político hecho, que se consolida en poco tiempo, convertido en nuestra Argentina republicano-democrática, llena de pequeños propietarios, alegremente laboriosa. Con o sin el fusilamiento idiota de Dorrego, con o sin el cautiverio de Paz, la acción de Lavalle y el formidable carácter de Rosas, el proletariado habría triunfado, como triunfó en Roma, en la Edad Media, en la Revolución Francesa, como triunfará en el porvenir.[9]

---

[8] *Los Proscriptos,* p. 435.
[9] *La Ciudad Indiana,* p. 271.

II

La interpretación de Juan Agustín García, que entusiasmó en su hora a Unamuno, se presenta, según se ve, como antípoda de la clásica. Imposible disparidad mayor. Si para una Rosas aparece a la extrema derecha, como un Fernando VII de la pampa, para la otra aparece a la extrema izquierda, como un Lenin gaucho. ¿Cuál puede ser la verdadera?

Oposición tan completa está denunciando la artificialidad de ambas. Rosas no fué ciertamente ni aquello ni esto. Si una y otra cosa se ha sostenido, es por haberse observado nuestras realidades históricas a través de lentes europeos, como Rojas lo denunciara con respecto a la opinión tradicional. Se ha querido ver así, simplistamente, conflictos de clases sociales calcados sobre los del viejo continente. La verdad es que los conflictos platenses tienen un sello original. Derivan de una oposición orgánica de sociedades o de formaciones sociales distintas, antes que de un mero antagonismo de clases, aunque éstas entremezclen en esa lucha sus propios intereses. De ahí el error de las interpretaciones expuestas, si bien de ahí también la parte de verdad que cada una encierra.

"Había antes de 1810 en la República Argentina —escribió Sarmiento en el *Facundo*— dos sociedades distintas, rivales e incompatibles".[10] Aun sin compartir todas las conclusiones sociológicas que de ahí extrae el sanjuanino, es preciso admitir ese hecho inicial. Dos sociedades distintas, cada una con sus estratos clasistas peculiares. La sociedad urbana, por un lado, con una oligarquía comerciante, burocrática y clerical, y un proletariado heterogéneo, pasando por toda suerte de capas intermedias, en el comercio, el funcionariado y la economía doméstica. La sociedad rural, por otro lado, con una clase terrateniente y un proletariado autóctono —el indigenado y el gauchaje mestizo semi-nómade— pasando también por toda suerte de capas intermedias, en las actividades agrarias, el tráfico mercantil y el artesanado. Diversidad topográfica en el asiento natural y económica en el modo de producción, sobre la que se asienta una diversidad social, política, espiritual y hasta, en el fondo, étnica. Dos sociedades coexistentes, relacionadas, inte-

[10] Pág. 55.

gradas dentro de un mismo organismo —su delimitación estricta es, sin duda, convencional—, pero diversas.

Cuando llegó la hora de la Revolución, ambas se rebelaron contra España: la primera, conducida por doctores, inspirándose principalmente en las ideas liberales de moda en Europa; la segunda, conducida por caudillos, inspirándose primariamente en sus instintos libertarios, removidos por la sacudida que venía de la ciudad. Vencida España, esas sociedades entraron en lucha entre sí, y fué la suya una lucha entre dos sistemas hostiles, no entre dos clases yuxtapuestas de un mismo sistema, una lucha horizontal, no vertical, aunque fuera conducida por las clases superiores de una y otra formación: tal fué el choque entre unitarios y federales.

Se aclara así, desde este ángulo, el sentido de la figura de Rosas. No representa, básicamente, como lo quieren los prejuicios mentales europeos, el triunfo de una clase social, —ni reaccionaria, ni revolucionaria; ni privilegiada, ni explotada— sobre otra. Representa por encima de todo el triunfo de una sociedad sobre otra. Sólo que, en primer lugar, esas sociedades —o formaciones sociales— tienen en su seno intereses de clase contrapuestos, y que, en segundo lugar, las clases dominantes de una y otra rivalizan entre sí. De esa doble circunstancia procede el que alternativamente, y de una manera tan desconcertante, se haya visto en Rosas ya un caudillo del proletariado, ya un caudillo de los terratenientes y del clero. Es que, en cierto modo, fué ambas cosas a la vez, por extraño y contradictorio que ello parezca.

De ambas formas sociales coexistentes, la urbana responde a una economía más avanzada, capitalista incipiente, con relación a la rural, de economía pre-capitalista. Constituída, sin embargo, desde afuera, en torno a un puerto de colonización, la urbana es esencialmente oligárquica, aunque tenga su plebe, en tanto que la rural, creación espontánea del territorio americano, es esencialmente popular aunque tenga sus amos. De este hecho decisivo surge la gran paradoja política de la revolución platense: el espíritu oligárquico y aristocrático de las fuerzas europeístas y cultas de la urbe, que actuaban en nombre del liberalismo, frente al espíritu democrático radical de las masas autóctonas y rústicas de las campañas. La dimensión del hecho se mide por la distancia que va de Rivadavia, patricio

unitario monarquizante, a Artigas, promotor del federalismo republicano.

La oligarquía criolla urbana que reemplazó a la peninsular —descendiente suya por la sangre, oligarquía de cuño burgués mercantil dirigida por doctores— aspiró a gobernar al país de acuerdo con el molde que recibía hecho. La política sería liberal, pero impuesta desde arriba a la nación bajo la forma de un despotismo ilustrado que hubo de ser monárquico. La nación no se resignó a soportarlo, resultando de su protesta la insurgencia de las masas populares provincianas dirigidas por los caudillos, que lejos estuvo, en contra de una acostumbrada interpretación, de ser una reacción de corte feudal. Nada tiene que ver el feudalismo, basado en los privilegios hereditarios, la nobleza de la sangre, el vasallaje señorial y el servilismo de las plebes adscritas a la gleba, con la explosión libertaria e igualitaria de las montoneras gauchas, engendro de un libre amasijo racial que tenía por teatro el desierto. El interés de clase de las fuerzas sociales dominantes en la economía rural, contrapuesto al de los comerciantes portuarios, no es del todo ajeno a la historia del federalismo. Pero éste arrastra a la sociedad entera de las campañas, política y espiritualmente solidarizada de arriba abajo frente al enemigo común, y de ahí el inconfundible sello popular y aun plebeyo, por lo desbordado e incivil, con que se manifiesta. Artigas, Güemes, Facundo y en general todos los caudillos federales, aparecen ante las masas al par que como conductores políticos, como amigos y protectores de los pobres.

En la Constituyente de 1826, en plena era rivadaviana, bien definidos ya los partidos unitario y federal, se reflejó con toda claridad la disposición de uno y otro para con las clases populares. El proyecto unitario de Constitución negaba a los asalariados el derecho del sufragio. Los federales se opusieron.

De la posición unitaria da idea este pasaje del diputado Manuel Antonio Castro:

> ¿Quién podrá hacer que el ignorante sea igual al que tiene talento o al hombre sabio? Dios no lo puede hacer porque ha puesto esa desigualdad en las cosas y no puede obrar con implicancia. ¿Quién podrá hacer que el virtuoso sea igual al réprobo? ¿Quién que el pobre sea igual al rico? Cada uno debe tener tanta parte en la sociedad cuantos son los elementos con que entra en ella, y siempre se presume que el rico o el hombre de bienes tiene

en la sociedad más interés en que se conserve el orden que el pobre. . .[11]

En cuanto a los federales, su propio jefe, Manuel Dorrego —entre otros diputados— hizo una elocuente defensa de los desheredados, a través de argumentos como éstos:

¿Y qué es lo que resulta de aquí? Una aristocracia la más terrible si se toma esta resolución: porque es la aristocracia del dinero. Y desde que esto se sostenga se echa por tierra el sistema representativo, que fija su base sobre la igualdad de los derechos. Echese la vista sobre nuestro país pobre, véase qué proporción hay entre domésticos asalariados y jornaleros y las demás clases del Estado, y se advertirá al momento que quien va a tener parte en las elecciones, excluyéndose las clases que se expresan en el artículo, es una pequeñísima parte del país, tal vez no exceda de una vigésima parte. ¿Y es regular que en una sociedad como ésta una vigésima parte de ella sea sola la que determine sobre lo demás? ¿Cómo se puede permitir esto en el sistema republicano? Esto es barrenar la base y echar por tierra el sistema. Pero no se ha contestado a lo que ha dicho el otro señor diputado. Estos individuos son los que llevan con preferencia las cargas más principales del Estado. ¿Y se les ha de echar fuera en los actos populares, en donde deben ejercer sus derechos? ¿Es posible que sean buenos para lo que es penoso y odioso en la sociedad pero que no puedan tomar parte en las elecciones?. . . ¿Qué es indispensable al orden de la sociedad reconocer esas distinciones del rico y el pobre? No, señor: esa distinción es en las cosas, no en orden a los individuos; y porque tengan unos ese capital no deben tener esa distinción en la ley. . . Yo insisto en que los jornaleros se hallan en el caso de no ser excluídos y que únicamente los que deben serlo en todo el país son ésos que se llaman menesterosos o mendigos, porque ésos son zánganos y no hacen nada. No así estos peones nuestros. Acaso el trabajo de ellos es más productivo que el de aquellos que se ocupan en el cambio o la exportación. Yo pregunto si una sociedad puede existir sin esa clase de jornaleros y dependientes y si no puede haber una sociedad sin que sean necesarios esos hombres dedicados al cambio que podrían hacer los mismos patrones y jornaleros. Sobre todo, señor, esta clase de gente trabaja, produce y

---

11 R. Font Escurra: *Rivadavia y el Proletariado*, p. 15.

contribuye: ¿y si contribuye a la sociedad, por qué se ha de privar de este derecho?[12]

El proyecto unitario fué aprobado. Los caudillos federales de las provincias rechazaron la Constitución. Cayó Rivadavia. Lo reemplazó Dorrego, contra el cual se alzaron los unitarios, fusilándolo en 1828. De este alzamiento dijo Rosas:

> En esta vez se ha uniformado el sistema federal, a mi modo de ver de un modo sólido absolutamente. Todas las clases pobres de la ciudad y campaña están en contra de los sublevados. Sólo creo que están con ellos los quebrados y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil... Repito que todas las clases pobres de la ciudad y campaña están contra de los sublevados y dispuestos con entusiasmo a castigar el atentado y sostener las leyes.[13]

Poco después, en 1829, quedó oficialmente instaurada la era rosista que iba a durar hasta 1852. Las fuerzas primarias que llevaron a Rosas al poder fueron aquellas muchedumbres proletarias del federalismo cuya defensa había hecho Dorrego, "las clases pobres de la ciudad y campaña" que decía el propio Rosas. Se comprende así en qué sentido éste fué el órgano de una difusa protesta social de las clases populares argentinas contra el aristocratismo económico y político de la burguesía mercantil del círculo unitario. Cómo haya dado satisfacción a esa protesta es otra cosa. Al margen de ello queda fuera de toda discusión el espíritu histórico de las masas que lo encumbraron.

Ese espíritu fué bien advertido por los propios contemporáneos. Es habitual encontrar en los adversarios del tirano, reproches expresos al carácter plebeyo de su sistema. Pero el más curioso testimonio sobre el punto lo constituye la apología de Rosas hecha por Alberdi joven, atendiendo, precisamente, a lo que significaba como representante de un movimiento de emancipación de las clases humildes. En 1837, bajo la seducción del socialismo utópico del romanticismo francés, que Echeverría había introducido en Buenos Aires —en especial el sansimonismo— Alberdi escribía en un famoso prefacio a una obra suya de filosofía del derecho:

---

12 Id., id., p. 11. R. Rojas, *El Radicalismo de Mañana*, p. 80, 81.
13 R. Puigross, obra cit., p. 39.

> El señor Rosas, considerado filosóficamente, no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias. Es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo. Y por pueblo no entendemos aquí, la clase poseedora, la clase propietaria únicamente, sino también la universalidad, la mayoría, la multitud, la *plebe*. ¿En qué consiste esta situación? En el triunfo de la mayoría popular que algún día debía ejercer los derechos políticos de que había sido habilitada. Esta mayoría buscaba representantes; les encontró, triunfó. Y este movimiento nuestro no sólo es precursor de un movimiento americano, sino también europeo y humano. El mundo viejo recibirá la democracia de las manos del mundo nuevo, y no será por la primera vez, para dar la última prueba de que la juventud tiene la misión de todas las grandes innovaciones humanas. La emancipación de la plebe es la emancipación del género humano, porque la plebe es la humanidad, como ella es la nación ¡Eh! ¿no es grande, no es hermoso ver que esta plebe que desde las edades de Grecia, desde los primeros siglos de Roma conspira en el continente oriental por su emancipación, tenga ya un mundo joven gobernado por ella, y esperanzas bien fundadas de que el antiguo también pronto será suyo? Todo conduce a creer que el siglo XIX acabará plebeyo, y nosotros desde hoy le saludamos por este título glorioso.[14]

Nada mejor, a modo de resumen de los antecedentes expuestos, que esos pasajes de Alberdi —fragmentos de lo que el maestro Alejandro Korn ha llamado "el juicio más equilibrado sobre la tiranía, que quizás llegue a ser el definitivo" [15]— para comprender cómo el triunfo de Rosas ha podido presentarse como un triunfo del proletariado. No ha sido, pues, arbitraria la interpretación ofrecida en ese sentido por Juan Agustín García. Sólo que ella es parte de la verdad. Porque si es cierto que Rosas fué llevado al poder por masas a las que movía una aspiración instintiva de justicia social, es cierto también que en definitiva puso su régimen al servicio de la clase terrateniente a la que él mismo pertenecía. Hay unas declaraciones del propio Rosas, cargadas de interés, que revelan la conciencia que personalmente le asistía de ser un caudillo del proletariado;

---

[14] *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho,* Prefacio, O. C., T. I.

[15] *Influencias Filosóficas en la Evolución Nacional,* O. C., T. III, p. 181.

pero al mismo tiempo, cuál era el espíritu íntimo con que asumía esa representación. Se trata de un documento dejado por nuestro Santiago Vázquez, recogiendo las confidencias que Rosas le hiciera en 1829, cuando su primer gobierno, en ocasión de ser aquél agente del Uruguay y en Buenos Aires. De él extraemos estos párrafos:

> Conozco y respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo; pero a mi parecer todos cometían un grande error, porque yo considero en los hombres de este país dos cosas: lo físico y lo moral; los gobiernos cuidaban mucho de esto, pero descuidaban aquello, quiero decir que se conducían muy bien para la gente ilustrada, que es lo que yo llamo moral, pero despreciaban lo físico, pues, los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio, y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores; me pareció, pues, desde entonces, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa clase para contenerla o para dirigirla; y me propuse adquirir esa influencia a toda costa; para esto me fué preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios de comodidades y de dinero, hacerme gaucho como ellos y hacer cuanto ellos hacían; protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajos ni medios para adquirir más su concepto.[16]

Como se ve, se trataba para Rosas no de "emancipar" a la plebe, como decía el Alberdi de 1837, sino de "contenerla" o "dirigirla". El documento de Vázquez tendría relativa significación si no fuera que la política gubernamental de Rosas lo corrobora plenamente. Ha escrito Sarmiento:

> ¿Quién era Rosas? Un propietario de tierras. ¿Qué acumuló? Tierras. ¿Qué dió a sus sostenedores? Tierras. ¿Qué quitó y confiscó a sus adversarios? Tierras.[17]

He ahí sintetizado el sentido último de la política rosista. Con una conciencia clarísima de la realidad social en que se movía, Rosas utilizó a las clases bajas para cimentar popularmente

---

16 *Revista del Río de la Plata,* T. V, p. 601.
17 Citado por R. Puigross, obra cit., p. 49.

un régimen que iba a usufructuar la clase terrateniente —en formación con carácter nacional— y en especial dentro de ella una oligarquía de la campaña bonaerense en cuyo centro estaba el propio Rosas, monopolizadora de la exportación y de la importación, de la industria saladeril y de las rentas de la Aduana.

El proletariado federal tenía un sentimiento, no una conciencia de clase; la economía del país, por otro lado, no permitía que se organizara como tal, para protagonizar una transformación social y económica que mejorara su condición. Su destino fué así apuntalar los grandes intereses del latifundio pastoril, beneficiario directo de la conquista del poder por la sociedad rural.

El nuevo orden que de esa manera se instauró, no fué, de ningún modo, la mera restauración del antiguo orden colonial, basado en el tráfico monopolista de los comerciantes españoles de uno y otro lado del océano. Pero viejos intereses coloniales llegaron a consustanciarse con él, prefiriéndolo al caos político y a las novedades doctrinarias del período de la revolución. Así, la Iglesia, mal avenida con la burguesía mercantil criolla y extranjera que sustituyó a la española, hubo de entenderse con el rosismo oficial, llevando a los altares la imagen del dictador. No le importó para ello transar con los excesos plebeyos y crueles de las turbas federales. Y Rosas hubo también de entenderse con ella, llegando a entregar la educación pública a los jesuítas, para "contener y dirigir" el gauchaje que fraternizaba en las calles de Buenos Aires con el proletariado de los arrabales porteños, semi-urbano, semi-rural, creyéndose, juntos, los dueños de una situación que otros aprovechaban.

Es aquí donde reside la parte de verdad de la interpretación clásica, sistematizada por Ingenieros, que tampoco, como la de Juan Agustín García, ha sido arbitraria. Su error ha estado en no abarcar el hecho en su totalidad, y por tanto en su originalidad radical, considerando, en cambio, sólo algunos de sus aspectos y descuidando otros, precisamente los más poderosos y llenos de vida en cuanto fenómeno social.

III

De la filiación sociológica que acaba de verse deriva el sentido nacionalista del vasto movimiento de masas que fué el

rosismo. Fluye de lo que antecede, pero merece todavía este aspecto ser puntualizado en párrafo aparte.

Dicho sentido nacionalista —y americanista— se objetivó enérgicamente en ocasión de los conflictos internacionales que después de 1838 mantuvieron Francia e Inglaterra con el gobierno de Rosas. Pero estaba ya en el fondo del movimiento rosista antes de que tales conflictos estallaran. Estaba, en realidad, desde sus orígenes, en el fondo de toda la corriente federalista, como un rasgo espiritual característico de la sociedad de las campañas. Clases altas y clases bajas de esa sociedad coincidieron en la sustentación de un poderoso sentimiento nacional, que no fué el menor de los vínculos de solidaridad que las unieron, haciéndolas actuar como una sola fuerza en el terreno político. Ese sentimiento, condicionado en última instancia por un substráctum geográfico-étnico-económico, llegó a ser en cierto momento de franca hostilidad a lo extranjero, entendiendo por tal a lo europeo.

La sociedad urbana, por el contrario, minoría de raza blanca reacia a la mestización y organizada económicamente en torno al puerto, desarrolló un sentimiento no menos poderoso de simpatía por lo extranjero o europeo, que llegó a su vez en cierto momento, por el órgano del unitarismo monarquizante, a ser de obsecuencia y aun de entrega consciente o inconsciente de la nacionalidad. De Europa venían los libros y en general los elementos de cultura propicios a la formación de una mentalidad europeísta. Pero venía, sobre todo, el comercio que enriquecía aceleradamente a la burguesía mercantil en crecimiento. Esa burguesía se sentirá así espiritual y aun políticamente más solidaria de los intereses ultramarinos que le daban vida, que de las poblaciones nativas de las provincias, diseminadas por un vasto territorio que le era desconocido y en el que anidaba la barbarie.

La oposición entre el europeísmo del partido unitario y el nacionalismo del partido federal, llegó a polarizar y definir, en el plano psicológico, todas las divergencias que separaban a una y otra de las formaciones sociales coexistentes en el Río de la Plata. Su formalización histórica se produjo bajo la era rivadaviana, siendo ocasión de que se manifestara concretamente, la Constitución unitaria de 1826. Esta carta representaba del punto de vista doctrinario la imposición a la realidad argentina de fórmulas institucionales exóticas; por otro lado,

mientras negaba el ejercicio de la ciudadanía al nativo de humilde condición, se lo concedía al extranjero sin ninguna clase de requisitos, por el solo hecho de avecindarse en el país y solicitarlo. En la reacción caudillista contra dicha Constitución, a la defensa del fuero provincial se sumó decisivamente —de la misma manera que la protesta social de las muchedumbres federales, ya vista— el sentimiento nacional de esas mismas muchedumbres frente al extranjerismo teórico y práctico de los altos círculos porteños.

El rosismo que vino a continuación, fruto histórico directo de esa reacción anti-unitaria, apareció por eso desde sus orígenes, al par que como un movimiento de las clases inferiores, como un movimiento de inequívoco sentido nacionalista, y aún como una expresión del genio nacional. Ello era claro antes de que el choque con Francia e Inglaterra se produjera. Lo reconocía el mismo Alberdi en 1837, con referencia al aspecto institucional del sistema de Rosas. Véase:

> Nosotros hemos debido suponer en la persona grande y poderosa que preside nuestros destinos públicos, una fuerte intuición de estas verdades, a la vista de su profundo instinto antipático contra las teorías exóticas. Desnudo de las preocupaciones de una ciencia estrecha que no cultivó, es advertido desde luego, por su razón espontánea, de no sé qué de impotente, de ineficaz, de inconducente, que existía en los medios de gobierno practicados precedentemente en nuestro país: que éstos medios importados y desnudos de toda originalidad nacional no podían tener aplicación en una sociedad cuyas condiciones normales de existencia diferían totalmente de aquéllas a que debían su origen exótico: que por tanto, un sistema propio nos era indispensable.[18]

En 1838 aparecen los primeros conflictos diplomáticos con Europa. La intervención anglo-francesa en el Plata, que se extendió desde ese año hasta 1850, fué muy compleja e intrincada, en su gestación como en su desarrollo. Giró en torno a dos cuestiones concretas: la del servicio de las armas de los ciudadanos franceses domiciliados en el país, que encendió el fuego, y la cuestión de la navegación de los ríos que luego se le superpuso y que llegó a ser la fundamental, poniendo en evidencia

[18] Prefacio citado.

el resorte último que movió a la intervención de Francia e Inglaterra: el dominio económico del Plata.[19]

El rosismo estaba espiritualmente preparado para afrontarla, como se ha visto, parapetado en un fuerte sentimiento nacional. Los conflictos, que llegaron a ser sangrientos, no hicieron más que avivar hasta la exaltación el nacionalismo de las masas, suministrándole a Rosas un apoyo popular que psicológicamente desplazó del todo, con beneficio para sus fines, al derivado de su condición de protector de las clases inferiores de que en los comienzos se invistiera. La prepotencia imperialista de las naciones europeas interventoras y los errores fundamentales de los proscriptos, lo convirtieron en el campeón de la nacionalidad y aun de la americanidad, haciéndolo aparecer como salvando, a mediados del siglo, el principio independentista de la Revolución. Pero con o sin él la resistencia nacional de las muchedumbres federales se hubiera producido lo mismo. Lapidariamente definió Guizot la situación: "Hay en América dos partidos: el partido europeo y el partido americano; éste es el más fuerte".

Montevideo, 1948.

19 Véase: John Cady, *La Intervención Extranjera en el Río de la Plata* y la Introducción a la misma obra, de Luis A. Podestá Costa.

VISION Y LEGADO DEL SIGLO DIECINUEVE

Por *Carlos M. RAMA*

DECÍA Maurice Barrès, el conocido escritor francés, que el "siglo XIX era el más estúpido de los siglos". Podría ser esto una simple "boutade" del nefasto e ignorante Barrès", (como lo calificaba Gide), deslumbrado por su sueño de reyes restaurados... Pero resulta que esta consideración despectiva prosperó en el área de influencia de la Primera Guerra Mundial. A partir de 1890 y hasta aproximadamente el nacimiento de la Segunda Guerra Mundial se produjo una reacción contra el pensamiento y el estilo de vida precedente, de la cual Barrès es un simple exponente. Especialmente en Europa se reforzó esta corriente por el concepto de la "culpa de la guerra", tremenda responsabilidad que las nuevas generaciones imputaron a las precedentes, ahondando así los inevitables conflictos entre dos edades.

Esos dos elementos —uno permanente y otro circunstancial— promovieron un intenso movimiento de repudio y hasta de desprecio de todo lo relativo al siglo XIX, y en Inglaterra —por ejemplo— se acuñó un término ("victoriano") para señalar despectivamente lo que los contemporáneos de la reina Victoria consideraban de inmortal grandeza.

En última instancia, en el trasfondo de todo esto, hay en realidad la presencia de la crisis que vive nuestra época, la cual se manifiesta —entre otros aspectos— en una suerte de "nihilismo" que ha llevado a vastos sectores de contemporáneos a negar la acción en su realidad histórica. Por extensión esta actitud alcanza a toda la Epoca Contemporánea, pues como los problemas de hoy se explican por el ayer inmediato, el desinterés por el presente se refleja en el abandono del siglo que nos antecede.

A esa condición resulta más apropiado vivir con intensidad la mística medieval, o el arte primitivo, que enfrentarse con la aparente pedestre realidad.

Por eso ocuparse del siglo XIX, y considerar su legado histórico para nuestra época, es por sí solo una definición.

La generación de aquellos que vemos la guerra de 1914-18 como un lamentable hecho del pasado, y los acontecimientos posteriores —que simboliza el descubrimiento y utilización de la bomba atómica— como un hecho que obliga a una solución impostergable, de querer mantener el curso histórico; para nosotros, la consideración de nuestro pasado inmediato, surge como un tema en el que el conocimiento y el verbo realizan la conjunción fecundadora con la acción y la palabra.

¿Existe un siglo XIX?

CABRÍA preguntarse en forma previa a la consideración de nuestro tema, si existe un siglo XIX en la acepción de época con características diferenciadas. O en otras palabras, si "siglo XIX" es un simple dato de la cronología, o por lo contrario existe para la "morfología de la cultura", (como les placería decir a los tratadistas germanos).

¿Hay un conjunto de características que hacen de los años que comprende el siglo cronológico una unidad historiográfica? ¿Puede hablarse de él como del siglo V de los griegos, el XIII de Europa Occidental, el "quatrocento" italiano, o el "Siglo de las Luces"... ?

Más adelante concretaremos fechas y tipificaciones; pero, a modo de hipótesis provisoria, debe consignarse que el más somero análisis de la historia universal destaca, frente a la totalidad del pasado humano, el núcleo de los años posteriores a la Revolución Francesa.

Y dentro de ese núcleo, el siglo XIX se diferencia ampliamente de nuestros días. Los historiadores que escribían a principios de esta centuria —como es el caso de E. Reclus— no podían percibirlo y hablaban del 800 como del comienzo de una "edad de oro" del progreso... Pero nosotros, que vivimos en el recuerdo de las dos recientes guerras mundiales y de la llamada "crisis de nuestro tiempo", sentimos, apreciamos, de una manera nítida la honda diferencia de nuestra edad con el siglo pasado.

Y esa es una nueva razón para ahondar nuestro conocimiento de aquella época en que se hunden nuestras raíces más inmediatas y extensas.

Nacimiento del siglo

El nacimiento del siglo XIX, en cuanto entidad o unidad histórica, coincide con el comienzo del siglo cronológico.

El acontecimiento que domina los primeros años del siglo es la carrera de Napoleón Bonaparte. Días antes de 1800 el golpe de estado del "18 Brumario" cierra el ciclo de la Revolución Francesa, casi junto con el siglo XVIII.

Los acontecimientos del 9 de noviembre de 1799, muestran en definitiva el agotamiento de la Revolución, el desánimo del pueblo de París por mantener aquel gran esplendor y a la vez la potencia de las formas del militarismo y la burguesía crecidas en el mismo seno de las jornadas del 79 al 93.

La "Contrarrevolución" —nombre con que se designa el nuevo período que se inicia— va del 99 a 1815 según algunos autores, que lo hacen coincidir con la actuación de Napoleón, y según otros, hasta el año 1830 con la Revolución de Julio. Estas concepciones —y especialmente la última— son implícitamente adversas a la idea de que en la primera década del 800 nace una nueva época, y por lo contrario vincula esos primeros 30 años de la historia europea, al gran hecho de la Revolución Francesa, que a su vez culmina el siglo anterior, sin rebasarlo.

Yo creo —y sería largo señalar las razones— que la Contrarrevolución se había iniciado cuando la "Reacción termidoriana" o todavía antes, cuando la liquidación de las facciones y en especial de la "comuna insurreccional" de París, y que el proceso que se inicia en 1799, corresponde a una época, a un distinto tipo de contrarrevolución. Unida —como dijimos— al militarismo y a la expansión de la burguesía francesa y que no puede llevarse, junto con su abanderado Napoleón, más allá de 1815.

Además Napoleón es históricamente un hecho secundario. Veit Valentín observa que su figura para el siglo adquirió ribetes de leyenda: "cuanto más burgueses se hicieron los tiempos, cuanto más corrientes las vidas en el marco de lo tolerado, de lo cotidiano y conveniente, más fantástica pareció su existencia,

su tragedia y su hazaña. Para las pululantes generaciones de una civilización de hormiguero, constituía ya una realidad inolvidable".[1] Pero visto ahora, desde este siglo de "Napoleones", tanto o más nefastos, se explica que un historiador como H. G. Wells diga que "este hombre fué una interrupción, una señal de males latentes, algo así como el bacilo de una peste. . ." y termina después de hablar del "entremés napoleónico" —comparándolo con la peste de grippe de 1918 en sus aspectos tanatológicos. . .[2]

La realidad es que el siglo comienza, al aparecer dos ideas. Dos simples corrientes ideológicas, sostenidas por gentes modestas. A los grandes de Europa les hubiera más sorprendido que indignado, si se les dijese que lo más memorable de esos años, no eran sus reales o imperiales personas, ni sus cortes majestuosas, ni sus proclamas, ni sus colosales ejércitos, sino las ideas que desarrollaban algunos idealistas poco conocidos.

Yo entiendo que el siglo XIX se caracteriza por el surgimiento y desarrollo de dos ideas político-sociales, que aunque como sucede con todas las cosas de los hombres, hunden sus raíces en las épocas anteriores, prácticamente son hijas de este siglo que estudiamos. Son ellas el *liberalismo* y el *socialismo*. El siglo se abre bajo el doble y promisor signo de la libertad y la justicia social.

No tengo noticias que se haya destacado esta curiosa y aleccionadora simultaneidad. Benedetto Croce ha señalado el nacimiento del liberalismo en su sugestiva "Historia de Europa en el siglo XIX", diciendo que "el avance que se realizó entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, fué más decisivo y concluyente, porque había criticado el desacuerdo que agudizaron el racionalismo ochocentista y la Revolución Francesa entre razón e historia, porque ésta se escarnecía o ensalzaba a la luz de aquélla". El siglo nace con una síntesis de ambos elementos, y "el hombre no se veía ya lanzado fuera de la historia ni tenía que rechazar el pasado como una vergüenza, sino que, verdadero e infatigable autor de ella, se contemplaba en la historia del mundo como en la de su propia vida. La Historia no aparecía desierta de espiritualidad y abandonada a fuerzas ciegas

---

1 VEIT VALENTÍN, *Historia Universal.* Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1943; tomo 3, pág. 328.

2 H. G. WELLS, *Esquema de la Historia Universal.* Ed. Anaconda. Buenos Aires, 1947; tomo 2, pág. 95.

o regida y encaminada sucesivamente por fuerzas extrañas, sino que era obra y actuación del espíritu y puesto que espíritu es libertad, obra de la libertad".[3]

"Estos eran el pensamiento y la filosofía de la edad que se iniciaba, una filosofía que en todas partes, afirmaba en las estrofas de los poetas, en las actitudes de los hombres de acción y en las fórmulas de los filósofos profesionales".[4]

Y para culminar el escarnio contra Napoleón, todavía Croce agrega que la figura más típica de este nuevo momento de la historia del hombre, teniendo presente incluso su pequeñez ideológica, era Madame de Staël...

Pero simultáneamente, aunque con menor suceso, y puestas en la palabra y los escritos de gentes aparentemente más insignificantes todavía, aunque en ellas está el verbo del futuro, se inició también el río de las ideas socialistas. En mi libro "Las ideas socialistas en el siglo XIX" [5] he observado que la contradicción entre los generosos postulados de la Revolución Francesa y las tremendas consecuencias sociales de la Revolución Industrial, hicieron surgir en los primeros años del siglo que estudiamos la corriente socialista. Sus primeras manifestaciones intelectuales coinciden con los primeros años del siglo. En 1800 Owen se hizo cargo de la fábrica de New Lanark donde se aplicarán nuevos métodos e ideas, en 1802 Saint-Simón publicó sus "Cartas de Ginebra" y en 1808, aquel sublime visionario que fué Charles Fourier publicó su "Teoría de los cuatro movimientos".

Teniendo presentes estas dos facetas del pensamiento pueden entonces compartirse las palabras de Croce cuando dice: "Resonaba por todas partes el grito de la palingénesis, de "el siglo se renueva", como saludo inaugural de aquella "tercera edad", la edad del Espíritu, que en el siglo XIII había profetizado Joaquín de Fiori, y se abría por fin ante la sociedad humana que la había preparado y esperado".[6]

---

[3] BENEDETTO CROCE, *Historia de Europa en el siglo XIX*. Ed. Aguilar. Madrid, 1933; pág. 12.

[4] *Ob. cit.*, pág. 13.

[5] CARLOS M. RAMA, *Las ideas socialistas en el siglo XIX*. Ed. Medina. Montevideo, 1947.

[6] *Ob. cit.*, pág. 23.

Culminación del siglo

El problema de determinar las exactas y más típicas características del siglo, así como señalar sus etapas, resulta tarea ardua y controvertida.

Lo primero que se destaca es la complejidad de la época. Son años éstos pletóricos de acontecimientos, en que la vida parece empeñarse en una carrera con el tiempo, para realizarse íntegra, desafiando a la muerte. Mi maestro el Dr. Sánchez-Albornoz hablando del siglo x leonense, decía que todos los siglos tienen cien años, y que desdeñamos el pasado lejano, cuando lo suponemos menos rebosante de hechos. Pero resulta, en contra de esa aseveración, que la inventiva del hombre ha multiplicado los motivos de su inquietud, que el propio aumento de la población, ha diversificado sus posibilidades, y que no es hereje afirmar que este siglo XIX, como es el caso de todos los siglos de crisis, de crecimiento —y todavía en mayor grado que muchos de ellos—, supera en riqueza y complejidad a las épocas anteriores.

En segundo lugar, el siglo tiene un escenario mundial. Mientras la antigüedad se desarrolló en un rincón del Viejo Mundo, (en sus momentos de expansión en el ámbito mediterráneo), la Epoca Contemporánea comenzando por el Occidente de Europa —y por el imperio del progreso material y el planteamiento de la economía en un plano mundial— tiende a hacer de todo el planeta una unidad, y a convertir la disgregada sociedad humana en una comunidad unificada.

Al comenzar el siglo ingresa en la Historia Universal, por imperio de su acción revolucionaria, el mundo latinoamericano, (a pocos años de distancia del movimiento correspondiente de los EE. UU.). El reparto de Africa, la apertura de Asia Oriental al comercio europeo y la colonización de las tierras australes, hace de Europa un centro; pero sólo un precario centro de una sociedad mundial, para la cual cada año y cada acontecimiento será un nuevo lazo que afirma su unidad indestructible.

Anotemos en tercer término, que mientras "la tierra se ha achicado" su población se duplica, y grandes regiones se urbanizan. La población europea ascendió de 180 millones de individuos a fines de la Revolución Francesa a la cifra de 460 en el año 1914. Contemporáneamente se produce un movimiento de

pueblos como nunca se había realizado. Alrededor de 120 millones de europeos cruzan el Atlántico para establecerse en el Nuevo Mundo. Zonas extensas como países europeos son roturados por primera vez en América, aparte de la colonización regular europea dirigida por los gobiernos a las tierras marginales de Africa y las costas del Pacífico y el Indico.

Simultáneamente Estados Unidos pasa de 5.300,000 a 76.000,000; China asciende de 60 a 440 millones de habitantes; la India llega a los 350 millones que posee a partir de finales del siglo.

Junto con ese crecimiento de la población se observa un vigoroso proceso de urbanización. La Revolución Industrial hace surgir en el norte de las Islas Británicas, la "Inglaterra negra". En Alemania mientras en 1840 sólo había dos ciudades de 100,000 habitantes, en 1910 había 48. Y lo mismo en Francia Italia, Estados Unidos, Bélgica y Holanda. En el Plata, las aldeas de Buenos Aires y Montevideo cuentan su población por guarismos de seis cifras...

Las gentes de este siglo, experimentan una honda transformación cultural. En el aspecto cuantitativo, la instrucción alcanza un colosal desarrollo y el siglo XIX ha sido llamado "el siglo de la instrucción primaria". Por primera vez se asiste al espectáculo de países enteros donde todos sus habitantes disfrutan de los beneficios de una instrucción mínima. En Europa el "gran abismo que hasta entonces dividiera el mundo en dos masas de letrados e iletrados quedó reducido a una muy leve diferencia en el nivel cultural".[7] H. G. Wells —a quien pertenecen las palabras transcriptas anteriormente— explica este fenómeno como una consecuencia del progreso mecánico, pero se nos ocurre que no puede desecharse, sino colocarse en primer plano, el propio esfuerzo de las masas populares —el despreciado "cuarto estado"— por hacer pesar su existencia y reclamar la justicia social en el plano político-social.

Además iníciase la "formación de una cultura mundial... comienza a registrarse la influencia de las formas culturales extra-europeas" a tal punto que la preeminencia europea en la cultura se tambalea a fines del siglo.

Alcanzan gran popularidad formas culturales nuevas como la escuela primaria laica, el periodismo, los libros de bajo pre-

---

[7] WELLS, *ob. cit.*, pág. 107.

cio, las obras históricas, conciertos populares, exposiciones públicas, enciclopedias, etc.

En quinto término, cabe señalar que la cultura intelectual sufre considerables modificaciones que alteran a fondo el acervo heredado de las épocas anteriores y que tipifican una forma cultural propia del siglo XIX.

Se destaca el progreso de las ciencias aplicadas. La química agrícola, la agricultura química, la medicina, la ingeniería, la técnica metalúrgica, la física, etc. realizan maravillas que deslumbran a los contemporáneos. Estas sin embargo son simples consecuencias de una nueva concepción racionalista y materialista que ha transformado la confianza en Dios de los europeos, en una confianza en el género humano y ha fundado una especie de "religión del progreso" cuya primera resultante fué la tecnificación del mundo.

El racionalismo vislumbrado en el siglo de las luces, alcanza su máximo desarrollo, y produce una verdadera secularización del pensamiento. Desde el Renacimiento, no se había asestado un golpe tan demoledor a las religiones tradicionales. Ya a partir de 1830 había prosperado la oposición al poder de la Iglesia organizada; pero el ocaso de la religión tradicional se hace evidente con la expansión de las ideas de Carlos Darwin en la segunda mitad del siglo. Las iglesias, ya privadas de vastos núcleos por la acción anticlerical del socialismo y el liberalismo, conservarán una adhesión convencional y escasamente calurosa en las clases más prósperas e influyentes.

En la literatura triunfa la novela y dentro de ésta el realismo. Es la época de Balzac, Flaubert, Zola, France, Tackeray, Dickens, Meredith, Hardy, Los Mann, Sudermann, Strindberg, Melville, Dreiser, Turguenev, Dostoiewsky Tolstoi. . .

En el terreno de las ideas político-sociales, aparte del liberalismo y el socialismo que, como ya hemos indicado, constituyen las dos corrientes más significativas y generosas del siglo, debe consignarse el nacionalismo. Este había crecido a la sombra augusta del liberalismo, (y así en Alemania, Italia y los Balkanes hasta mediados del siglo), pero a fines de este período cruza el campo del capitalismo y se constituye en ciego y desgraciado instrumento suyo.

Teniendo presente todo este complejo de formas típicas del siglo —esquemáticamente presentadas y por tanto discutibles— podría intentarse señalar el momento en que culmina la

época y pueden apreciarse mejor los valores más significativos del siglo.

Benedetto Croce dice en su obra que la proclamación de la unidad italiana en 1861 marcó ese punto culminante en la vida europea. Esto es cierto en lo que corresponde a la vida política, y más concretamente al desarrollo del liberalismo. Ampliando el concepto —y teniendo presentes los diversos aspectos que integran la cultura contemporánea— podría decirse que la década de los 60 coincide con el apogeo y esplendor del siglo.

Los signos que hay que atender —y acá seguimos a Wells — no radican en la actividad de los estadistas profesionales, pues éstos como dice el autor inglés son "colegiales revoltosos. . . jugando y enredando entre los materiales acumulados de un gran edificio en construcción cuya finalidad y naturaleza no alcanzan a comprender".[8]

"Los verdaderos creadores de la historia en el siglo XIX —sigue Wells— fueron los que adelantaron y contribuyeron al quíntuple esfuerzo. . . de crear y aplicar una *ciencia de la propiedad,* como base de la libertad y de la justicia social; una *ciencia de la circulación monetaria* que asegure y preserve un medio económico eficiente; una *ciencia del gobierno y de las operaciones colectivas* que enseñe en todas las comunidades a los hombres a armonizar sus intereses comunes; una *ciencia política internacional,* que ponga fin al insensato despilfarro y crueldad de las guerras entre razas, pueblos y naciones, y que coloque los intereses comunes de la humanidad bajo una dirección común y sobre todo un *sistema de instrucción mundial,* que sostenga la voluntad y el interés del hombre en su común aventura humana".

Y cuando los pueblos de Europa, y del mundo, registraron un esfuerzo más sostenido y fecundo en la consecución de esos bienes, puede decirse a nuestro juicio que fué en la década de los sesenta. La unidad italiana "databa en Europa la existencia de un número de pueblos entusiastas de su propia libertad y capaces de crear una civilización nueva fundada en la libertad", decía Bakunín en un manifiesto. Y así es que en el 61 se abolió la servidumbre en Rusia, en el 62 surge el movimiento de Tierra y Libertad; en el 63 se produce la sublevación polaca; el 65 aparece el Parlamento popular en Suiza; el 67 hay constitución

---

[8] *Ob. cit.,* pág. 96.

en Hungría y al año siguiente para todo el imperio Austro-Húngaro; el 68 estalla la sublevación liberal de España; en el 67 se inicia la "era liberal" en Francia y en ese año en Inglaterra se realiza la segunda reforma electoral; entre los años 64 y 66 se organiza la Primera Internacional de los Trabajadores, en el 67 comienza a aparecer "El Capital", en el 68 ingresan los bakuninistas en la A.I.T.; en toda la década se discute y traduce "El origen de las especies" aparecido en el año 1859 y Darwin prepara "El origen del hombre" que aparecerá en el año 1871.

En 1860 fijan los tratadistas estadounidenses la llamada "segunda revolución industrial" que aporta el acero, la energía eléctrica y el uso de los motores de explosión interna a la técnica y la industria.

Fuera de Europa es en el año 65 en que el Norte vence al Sur en los Estados Unidos, mientras Lincoln protagoniza un liberal típico. Los europeos alcanzan su máxima expansión, pues en el 60 se abre China y en el 68 el Japón se renueva con la revolución del Mikado, se procede a la apertura del canal de Suez (1869), y se declara a la India posesión imperial; los rusos conquistan el Turquestán y venden Alaska a los yanquis.

En el año 1867 coinciden dos grandes hechos, en su significación. París organiza una gran Exposición Mundial, en la que el mundo aprecia y se admira de todos los progresos de la ciencia, el arte, la industria y la técnica, como un desafío a la realizada en Londres pocos años antes.

El mismo año en Ginebra se realiza el Congreso de la Paz, organizado por espíritus generosos y progresistas y en él se encuentran algunos de los europeos más prominentes de la época y, a nuestros ojos, seres típicos de aquellos días a los cuales con su acción no defraudaron. Son ellos Stuart Mill, Jules Simon, Edgar Quinet, Víctor Hugo, Pedro Leroux, A. Herzen, Miguel Bakunín y Garibaldi. Europa manda a esta reunión modesta, surgida sin embargo del esfuerzo de sus idealistas, sus mejores hijos, la sal y la flor de los países del Occidente.

El hombre de la época

HAY un "tipo de hombre" del siglo XIX, del mismo modo que puede hablarse de un ateniense de la Epoca Clásica y vacilarse para elegir sus modelos entre Jenofonte y Alcibíades; o a pro-

pósito del Renacimiento Italiano, entre Maquiavelo y J. B. Alberti...

Los asistentes al Congreso del 67 son bien característicos de este siglo XIX, y si debiéramos buscar los aspectos comunes a todos ellos (lo que no es fácil si consideramos que la lista incluye a Stuart Mill junto con Bakunín), diríamos que todos ellos están penetrados de la idea del "humanitarismo", orientados en el deseo de mejorar los aspectos más lamentables de la estructura social; ideológicamente, militan en forma activa (como pensadores o realizadores) ya en el liberalismo ya en el socialismo.

Son gentes que tienen fe en el futuro. A nosotros nos parece que demasiado, pero es porque los acontecimientos nos han golpeado y hecho dudar. Reconozcamos que su fe es tan generosa como útil, pues anima sus luchas e ideales y les hace marchar en un sentido progresista.

Coinciden finalmente estos hombres en sus aspectos ideológicos negativos. Rechazo de las religiones tradicionales, de las formas feudales y de los efectos, y en algunas de las raíces, de las formas contemporáneas de la burguesía.

Aun cuando se han desligado de las normas religiosas, tienen vigorosas pautas de conducta y moral a que se ajustan, y prácticamente en forma consciente o inconsciente una utilización de la vida responsable y dedicada a la Humanidad.

Un crítico diligente, Jules Lemaître, ha buscado entre los personajes de la literatura, el más típico del siglo XIX, y lo encuentra en Silvestre Bonnard de Anatole France.

"Silvestre Bonnard —dice— resume en él todo lo que hay de mejor en el alma de este siglo. Otras edades han encarnado lo mejor de ellas mismas en el ciudadano, el artista, el caballero, en el sacerdote, en el hombre de mundo; el siglo XIX está en sus postrimerías y expresa sus más eminentes cualidades en un viejo sabio, célibe, muy inteligente, muy reflexivo, muy irónico y muy dulce".[9] Dentro de lo discutible de la aseveración, es innegable, la originalidad y la hondura del enfoque de J. Lemaître.

Prescindiendo, como dice A. Weber, de "las figuras y fenómenos de gran formato", que a veces suelen ser tales para la posteridad y no en su momento, y viendo los hombres me-

---

[9] JULES LEMAITRE, *Les contemporains.* París, 1888; tomo II, pág. 95.

dios, las gentes comunes aunque inquietas, se pueden observar las mismas características, en menor escala naturalmente, y con ribetes caricaturescos, que su misma generosidad nos debe hacer perdonar. Gustave Flaubert, —que no quería a su época—, pero fino observador, ha dejado obras maestras en las cuales está vivo y presente el siglo, ha inmortalizado a algunos de esos hombres, vulgares entonces, ahora curiosos...

Así por ejemplo el Homais de "Madame Bovary", (eslabón de parroquia de una conciencia progresista, pero grande en las ideas que viven en él), y más todavía "Bouvard y Pecuchet", dos burgueses que viven el inaudito descubrimiento del saber de los libros, que se asombran del cerebro del mundo y a quienes la muerte de su mismo creador —Flaubert— los ha salvado de un final infamante, y que ahora son para nosotros motivo de conmiserativa curiosidad.

En América —y por razones que daremos más adelante— el siglo XIX se ha conservado en algunos aspectos, y todos conocemos "sujetos tipo siglo XIX", en los cuales las virtudes de una época pasada, hacen de su estampa o acciones, motivo de fácil y no justificada befa.

Además hay en el terreno de las grandes personalidades, y en las artes especialmente, supervivientes, gentes rezagadas de la etapa progresista del siglo pasado. Así por ejemplo: George Bernard Shaw, Benedetto Croce, Thomas Mann, Francisco Carnelutti y otros, que perseveran en un estilo que sólo puede entenderse si recordamos la fecha de sus años de formación.

Fin y declinación del siglo

Es previo consignar que el siglo XIX, en cuanto unidad histórica, debe extenderse hasta el año 1914. En efecto, los primeros catorce años de nuestra centuria están vinculados en forma indestructible al siglo anterior con cuya característica general concuerdan.

Parecida licencia se ha realizado con otros siglos, (v. g. el V A. C. de los atenienses, el XVII europeo, etc.), con beneficio para la historiografía.

Hacia 1890 se comienzan a registrar los síntomas de la decadencia de los conceptos y formas que hicieron la grandeza del siglo XIX. Esos últimos 24 años de la época que considera-

mos viven la formación de la gran crisis ideológica y material que se inicia con la Primera Guerra Mundial.

De ahí su importancia, de ahí el valor que presenta para nosotros su estudio, siendo como somos víctimas todavía de los acontecimientos incubados en aquellos años. Coinciden autores tan disímiles como Veit Valentín, Erich Khäler, Walter Goetz y Alfred Weber en que hacia 1890 se produjo un vuelco en la historia. Exteriormente y para un observador superficial, nada parecía haber cambiado. La creciente grandeza material había difundido la fe en el progreso y en la ciencia que llegaba a asumir características de culto religioso.

La clase que orientaba la vida económica y política —la burguesía— "política y socialmente había vencido, pero desde la altura de su triunfo hubo de darse cuenta de que no podía mantenerse con los medios de que se había valido para triunfar. La burguesía se vió atacada de una disolvente carcoma y sus diversos estratos se volvieron los unos contra los otros".[10]

"La sociedad burguesa de fines del siglo XIX... cuanto más fuerte era en número y en bienestar, tanto más importante hubo de ser su despedazamiento interno, la oposición económica de las capas particulares, el desvío de fines comunes, la despiadada lucha por la existencia" dice W. Goetz.[11]

Las capas dirigentes de la burguesía hacen abandono del liberalismo al cual habían antaño sostenido, por encontrarlo ahora inútil y hasta peligroso para sus ambiciones. "El capitalismo, que había despedido al viejo Estado, que le había dicho adiós considerándolo como muletas inservibles, vuelve precisamente a buscar el auxilio de este Estado".[12] Es así que la burguesía se ampara con el militarismo y la burocracia. El mismo desarrollo del gran capitalismo, arrasa la condición económica de millones de pequeños capitalistas, (artesanos, industriales, comerciantes independientes), pero se crean núcleos de clase media compuestos de profesionales, empleados, técnicos, etc.

La disolución de las formas políticas tradicionales se observa especialmente en la reacción de la burguesía frente a los estratos inferiores. En esta época el sufragio se impone contra

---

[10] Veit Valentín, *ob. cit.*, tomo III, pág. 269.

[11] Colección Walter Goetz, *Historia Universal.* Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1933; tomo X, pág. 12.

[12] Alfred Weber, *Historia de la cultura.* Ed. FCE. México, pág. 409.

su voluntad, y la creación de la Internacional fué mirada con terror por las burguesías nacionales que organizaron frente a ella la solidaridad colectiva comerciante.

Dentro de las capas económicamente inferiores, el proletariado industrial, a pesar de sus progresos, no está en condiciones de heredar a la burguesía. El socialismo que le ha dado un ideal y una organización, ha sido incapaz de mantener su unidad, porque no la posee para sí mismo. Sus sectores, (marxismo y anarquismo), se debaten a fines del siglo, respectivamente, por la contienda del revisionismo y de la "propaganda por los hechos". Surgen nuevas facciones como el sindicalismo revolucionario. Las iglesias cristianas y hasta estados como Prusia, practican sus consignas desnaturalizándolas y desprestigiándolas.

El nacionalismo abandonando, con la burguesía, la visión liberal (que tenía hasta los mediados del siglo), se coloca al servicio del capitalismo de cada uno de los estados.

"La evolución económica y la política descansan sobre bases afines. En ambos actúa la propensión de la época a colocar el provecho nacional y privado por encima del bien común".[13]

La forma superior y última del capitalismo, el imperialismo se manifiesta como voluntad de potencia, en el doble aspecto de la explotación de mercados y de la guerra de conquista. Se renovó la conquista imperialista de posesiones coloniales, pero ahora en una escala mayor y con diversas características.

"El nuevo imperialismo, opera en beneficio de los ciudadanos prominentes en la madre patria, buscando mercados para sus productos y oportunidades para la inversión de su capital excedente".[14] Además se busca un distinto tipo de riquezas materiales, así como tierras aptas para el establecimiento de la población sobrante de la metrópoli.

Toda la tierra es parcelada y dividida, y las potencias europeas toman como ejemplo la Alemania de Bismarck.[15] Es la época de Guillermo II, del general Moltke, Gobineau, Chamberlain y Kipling.

---

13 WALTER GOETZ, *ob. cit.* Int. tomo X, pág. 5.

14 MC NALL BURNS, *Civilizaciones de Occidente.* Ed. Peuser. Buenos Aires, 1947; pág. 713.

15 Esto expresamente lo destaca un autor inglés. (H. G. Wells) abundando en ejemplos.

Si bien es cierto que no estalla por entonces ningún conflicto bélico decisivo, las potencias libran una verdadera carrera armamentista. Es la "paz armada", en la que los presupuestos de las flotas y los ejércitos se multiplican a sumas astronómicas y el servicio militar agobia a enormes sectores de la población.

Europa, y por ende el mundo, viven en una tensión desconocida. Los incidentes sucesivos de Marruecos, los roces por el reparto de Africa, los problemas surgidos de los Balkanes, por varios momentos hacen pensar que la guerra estalla. El mundo entero cobra mayor conciencia de su unidad. "El globo empequeñecido —dice Reclus— sufre las mismas conmociones, participa de los mismos movimientos de opinión y tiende a administrarse según principios comunes".[16] Y dentro de ese mundo empequeñecido, Europa va siendo desplazada como único centro económica y culturalmente adelantado. Entre los años 1890 y 1913 los ferrocarriles de América Latina, Asia, Africa y Australia pasan de 102,000 kms. a 297,000 kilómetros, en un ritmo que no conocía el continente europeo.

Aunque sus energías menguaban, Europa sin embargo bregaba por el dominio de todo el mundo, por el imperio de sus flotas, sus industrias y su comercio. Repartida Africa, y derrotada Italia en Adua en 1896, se clausura la expansión europea y dos países oceánicos, Estados Unidos y Japón, asumen categoría de grandes potencias mundiales.

Estados Unidos por 1890, cierra "su proceso de Revolución Industrial, a cuyo término la Unión se encuentra armada para entrar en competencia mundial con los más poderosos estados industriales".[17]

En el 89 interviene en Samoa, en el 93 en Hawai y en el 98 vence a España por la guerra de Cuba, de la que surge con la posesión de Puerto Rico, Filipinas y el protectorado de "la perla de las Antillas". En 1913 dará cima a su proyecto del canal de Panamá, ampliando su influencia en el Caribe. En el Lejano Oriente, la expansión europea toca a su fin. La guerra chino-japonesa de 1895 demuestra el poderío del Imperio del Sol Naciente; la rebelión de los boxers de 1900, el sentimiento xenófobo de los chinos y la derrota rusa de 1904 ante los japoneses, el ocaso de la arrogancia europea. Hay atisbos de una

---

16 Eliseo Reclus, *El hombre y la tierra.* Ed. Escuela Moderna. Barcelona, 1908; tomo v, pág. 305.

17 Walter Goetz, *ob. cit.,* tomo ix, pág. 203.

cultura mundial, en que se integran los aportes de todos los pueblos del orbe. La pintura japonesa explica el impresionismo francés; EE. UU. con la arquitectura funcional (Richardson, Stanford White y Lloyd Whrigt) hace un aporte original al progreso de este arte —que tal vez por ser social había permanecido retrasado en el concierto general de la cultura—; América Española ingresa a las letras universales con los poemas de Herrera y Reissig, Martí, Lugones, Chocano, Nervo, Darío y otros.

Pero la cultura iba perdiendo cada vez más las características que habían tipificado al siglo XIX.

Un autor como Walter Goetz —que parece simpatizar con este momento— lo caracteriza diciendo que: "Lo común a los movimiento juveniles (de la época) tiene su origen en la oposición al naturalismo, al positivismo, a la "Ilustración" y a la falta de religión. En parte era un movimiento también nacionalista y en parte orientado hacia una humanidad superior; en el antiliberalismo y el antisocialismo se daban la mano según las distintas concepciones de cada individuo".[18]

En esta falange extensa y heterogénea, en que deliberada o inconscientemente se daba la espalda a las ideas más típicas del siglo XIX, para intentar la defensa de valores superados, y algunos ya derrotados con el primer romanticismo y la filosofía idealista, militan figuras que corresponden prácticamente a todos los países occidentales. Berdiaeff, Stefan George, D'Annunzio, Maeterlink, Barrès y Oscar Wilde, son los directores espirituales de este movimiento irracionalista y regresivo que niega la esencia del siglo XIX. Algunos veían el cambio de orientación sólo en el terreno de las letras, y otros más ambiciosos, (como es el caso de Barrès), en un nuevo enfoque de la vida nacional. A veces, como es el caso de Oscar Wilde, se levanta una interpretación esteticista de un valor si se quiere personal, pero la misma resonancia de sus escritos y hechos destaca la remoción del ambiente intelectual en contra de los tradicionales valores del siglo afincados en lo vital y sustantivo.

El pensador típico de este momento, y cuyas obras fueron devoradas por la generación de los que entonces eran jóvenes en Europa, es el alemán Federico Nietzsche. Veit Valentín, ha dicho con certeras palabras, que "fué el enemigo implacable de todas las fuerzas dinámicas del siglo XIX; . . .pues arrojó

---

[18] *Ob. cit.*, tomo X, pág. 43.

el guante al historicismo, y al tecnicismo y al filisteísmo cultural".[19]

Frente a los conceptos morales del cristianismo —muertos como religión organizada, pero presentes como "humanitarismo"— levantó su "moral de amos" y "dibujó el esquema de un tipo señorial, que tan sólo se halla ligado a sí mismo, que tan sólo ha de medirse consigo mismo". Es ocioso discutir si Nietzsche, quiso decir tal o cual cosa en este punto, pues lo importante es que sus palabras fueron interpretadas como "el reconocimiento honrado de que en Europa se había extinguido el fuego de los viejos ideales".[20]

En la poesía —que es el pulso eterno del mundo— triunfan los poetas finiseculares del simbolismo, como Moreas, Tailhade, Rollinat, Rodenbach y Verlaine. Con ellos la poesía abandona el plano de la realidad, y creyendo en la posibilidad de ser antihistórica, intenta la "poesía pura" y el "arte por el arte". "En su críptica tersura y concentración, este tipo de poesía es accesible solamene a aquellos que pueden reproducir el proceso de la creación poética en su propio interior"[21] o —agregamos nosotros—, suscita la actitud de admiración por lo estrictamente formal. De ahí que estos Homeros aspiren como único "pueblo lector", a "algún desconocido joven de provincia" como confesaba Mallarmé a Valery.

Erich Khaler tiene razón cuando dice que "la inteligencia continuó persiguiendo sus metas culturales; mientras el pueblo se orientó, cada vez más, hacia los fines económicos y técnicos, hacia la producción de capital, de mercancías, de herramientas y de comodidades de vida. Y así, la ruptura entre ambos fué simplemente el síntoma de una ruptura mucho más fundamental; la del extrañamiento de la humanidad de los verdaderos intereses del hombre y del retardo del desarrollo y de la actuación humanos en contraste con la loca celeridad de los accesorios externos de la civilización".[22]

---

[19] *Ob. cit.*, tomo III, pág. 204.

[20] A. WEBER, *ob. cit.*, págs. 413 y 414.

[21] GUILLERMO DE TORRE, *La aventura y el orden*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1948; proporciona la nómina de poetas típicos de la época finisecular. En cuanto a la cita es de ERICH KHALER, *Historia del hombre*. Ed. FCE. México, 1947; pág. 449.

[22] *Ob. cit.*, pág. 451.

En el pensamiento de los jóvenes lo que domina desde entonces, —considerando las capas más vastas y no los grupos singulares— es el culto de la acción por la acción misma. Aunque parezca paradójico, y —con lo anterior se explica— Waldo Frank habla de la "acción como decadencia", como típica de la Edad Moderna.

Y Benedetto Croce, por razones distintas pero confluyentes con la idea del autor norteamericano, anatematiza lo que llama "activismo" o sea el "hacer por el hacer, el destruir por destruir, el innovar por innovar, la lucha por la lucha y la guerra y los estragos y el dar y recibir la muerte como cosas que pueden buscarse y quererse por sí mismas y hasta el obedecer, pero el obedecer que se usa en las guerras".[23]

Este activismo, del cual es una variante el "americanismo" —que denunció José Enrique Rodó— y con un nombre distinto el "practicismo", que ataca Rudolf Rocker, tendía a ampliar la ruptura de que habla Khaler y promueve esa decadencia por medio del ejercicio de la acción que considera Waldo Frank.

Este nuevo esquema que asumió la cultura en las postrimerías del siglo, y el espíritu público que dominó en los sectores jóvenes de la época, contribuyó poderosamente a crear el estado de ánimo que engendró la Guerra Universal de 1914-1945, y que por todo esto "fué no sólo una lucha externa, sino la apertura de una herida".[24]

Y cuando llega la guerra, su horror sobrepasa a lo imaginado e imaginable, y su trágica grandeza y su enorme resonancia sólo se explica por las hondas raíces que la causalidad había labrado en el tejido lacerado y canceroso del mundo del capitalismo en crisis.

El legado del siglo XIX

NUESTRO siglo, nuestros días, son el resultado de la historia en la centuria del 800. El legado de aquellos hombres que vivieron la empresa del XIX, somos nosotros mismos con todos nuestros problemas, ideas, realizaciones y esperanzas.

---

23 *Ob. cit.*, pág. 332. WALDO FRANK expresa estos conceptos en *Redescubrimiento de América.* Ed. Losada. Buenos Aires, 1948.

24 A. WEBER, *ob. cit.*, pág. 413.

Si bien es cierto que las tremendas guerras universales, hacen creer en una distinción cualitativa entre ambos siglos, observando sus características se dirá con Croce que "quienes de lo externo vayan a la entraña de las cosas . . . restablecerán pronto mentalmente la continuidad y homogeneidad entre las dos Europas, encontrarán en los dos aspectos iguales caracteres, aunque después de la guerra y sus consecuencias, muy exageradas".[25]

Es la nuestra una época de crisis, que no sabemos si es de crecimiento o de muerte. Es difícil precisar, sin tener en cuenta nuestros deseos, hasta qué punto vivimos un "momento" difícil o como cree Arthur Koestler, es nuestra época "un callejón sin salida".

Pero puestos a hacer la relación entre los dos siglos, es también erróneo pensar el XIX como una "edad de oro", e intentar volver a ella, forzando la misma marcha de la historia. En primer término, porque del siglo XIX, tenemos que examinar el sector que nos es más inmediato, el que transcurre entre 1890 y 1914, y en el cual estaban en germen, pero actuantes, todas las fuerzas desencadenadas en nuestros días.

Pero también es cierto que nuestra época exige medidas radicales y que esta palabra hay que tomarla en el sentido natural, de encarar los problemas ahondando en sus raíces.

El examen del siglo XIX —y en especial de la etapa 1890-1914— puede permitir hacer el balance de los elementos útiles y perniciosos que hemos heredado, y que posteriormente desarrollamos hasta que sus frutos nos hacen desconocer sus orígenes. América tiene un especial interés en examinar el siglo XIX, que a pesar de su escenario mundial gira alrededor de Europa. Las comunidades americanas, como también es el caso de los Dominios ingleses australes, son lo que los sociólogos llamarían "zonas marginales" de la Cultura de Occidente. Comienzan por vivir de reflejo, imitando, pero por la misma dinámica de la cultura pasan a tener un papel original, influyendo a su vez en el ámbito universal. La economía capitalista tiende a reproducir ciertos procesos. En cierto sentido América vive todavía el siglo XIX, especialmente el sector latino. La gran oportu-

---

[25] *Ob. cit.*, pág. 342.

nidad de América Latina es justamente pasar al siglo XX, (en el sentido histórico), sin hacerlo a costa de un colapso como le ha sucedido a Europa y parcialmente a EE. UU.

Con las adecuaciones que exigen los tiempos, las fuerzas vivas del siglo pasado son útiles para cumplir con el gran destino que merece la inteligencia humana. Corrientes como el liberalismo, el socialismo, la conciencia humanitaria, la fe en el progreso, las interpretaciones racionalistas y materialistas, siguen siendo a nuestro juicio las fuerzas activas para intentar la empresa.

Lograr esto sería la mayor hazaña de las actuales generaciones, a las cuales como dice el más genial de los historiadores contemporáneos, —el inglés Arnold Toynbee—, se les ha hecho un desafío: *salvar al mundo.*[26]

Dice este autor que éste tiene hoy algunas y escasas alternativas de futuro. La primera que es optimista, es que la Humanidad comprenda que la economía y la cultura han unificado, por encima de fronteras nacionales, camarillas imperialistas y los intereses particulares, a todo el planeta. Se abriría entonces la era de la paz, en la que se podrían resolver los problemas de la convivencia humana.

Pero si la "humanidad ha de correr el amok con bombas atómicas" habrá que confiar que algún pueblo remoto (como por ejemplo los pigmeos de Africa Ecuatorial) podría salvar las migajas de nuestra civilización. Estos pigmeos, como observa Toynbee, están atrasados 10,000 años respecto a nosotros. Siguen viviendo en la prehistoria, pero "¿qué son 10,000 años comparados con los 600,000 o un millón de años que tiene ya la raza humana de existencia?". Cabe esperar que reencontrarían el camino recorrido en los últimos diez milenios.

Y finalmente está la extrema pero posible eventualidad, de que la humanidad lograra exterminarse a sí misma en conjunto, —incluídos los miserables pigmeos—, en el más colosal de los suicidios que pueda haber memoria. Entonces se habría cerrado la "era del hombre", como se ha clausurado en la época secundaria, la edad de los reptiles gigantes, que por lo demás duró 80.000,000 de años.

---

26 ARNOLD TOYNBEE, *La civilización puesta a prueba.* Rev. "Realidad". Buenos Aires, No. 9; págs. 289-301.

Sobre el planeta silencioso de los ruidos de los hombres, y entre las ruinas de las catedrales y los rascacielos, los insectos sociales que heredarían la hegemonía que detenta hasta ahora nuestra especie, de tener conciencia histórica, recordarían la breve historia humana como una "era de ruido y aflicción".

Montevideo, agosto de 1948.

CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA

UNA de las posiciones más claras frente al desconocimiento de la Historia de España en Hispano-América, es la de Don Claudio Sánchez-Albornoz, Catedrático de Historia medieval de España en la Universidad de Madrid de la cual fué también Rector, pues en varias de las obras publicadas en América ha insistido una y otra vez en la necesidad de que se establezcan cátedras en los diversos grados de enseñanza de los países de origen hispano y de su conocimiento para la mejor comprensión de su historia nacional; pero reproduzcamos sus propias palabras que aparecieron en la "Advertencia" que encabeza el primer número de los *Cuadernos de Historia de España:* ". . .hemos reducido el campo de nuestros estudios a la historia europea de España, porque venimos a llenar un vacío de la ciencia argentina (póngase aquí cualquier otro gentilicio hispano-americano); . . . *un vacío que, pese a muchos americanos, trunca el conocimiento y la comprensión del pretérito de América: el del estudio y la investigación de la historia española en que hallan sus raíces veinte pueblos hispano-americanos*". "Al día siguiente de la sucesión volvieron todos la espalda a su pasado español e hicieron vocación de ignorarlo. Han cicatrizado las heridas del sangriento desgarrón y ha llegado la hora de cooperar, desde aquí, en el estudio de la historia común, mal conocida aún aquende y allende los mares".[1]

En idéntica o semejante forma ha expresado su pensamiento, Sánchez-Albornoz, en escritos y trabajos anteriores o posteriores: ". . .todavía viven todos los pueblos de Ibero-América —Portugal sugirió los rumbos medioevales de Castilla y Aragón de la vieja sustancia peninsular de allende el Océano. Las naciones, si no miles de años-luz como los astros, tardan miles de años-terrestres en salir del regazo materno. No hay pueblos jóvenes. O no hay pueblos y el Estado rige una nación todavía en nebulosa, o el pueblo tiene raíces seculares. *Y hoy, os plazca u os enoje, iberoamericanos, vuestra historia es la de la península española. . .*"[2] Y en otro de sus trabajos insiste una vez más al hablar de la comunidad histórica: "Séneca es tan

1 C. H. E. No. I y II. Buenos Aires, 1944, p. 7.
2 *España y el Islam.* Buenos Aires, 1943, p. 10.

vuestro como nuestro";[3] independiente de algún trabajo concreto sobre la necesidad del estudio de la historia de España en las naciones americanas.

Sánchez-Albornoz se puede decir que ha iniciado una cruzada en este sentido y al frente del Instituto de Historia de la cultura española medieval y moderna creado, puede decirse para que continuara su labor, por la Universidad de Buenos Aires, hoy convertido en Departamento de Historia de España del Instituto de Investigaciones Históricas, está realizando una obra admirable ayudado por un grupo de sus discípulos, algunos de los cuales demuestran su capacidad, vocación y aprovechamiento de las lecciones del Maestro a través de los trabajos publicados en los *Cuadernos de Historia de España*.[4]

Los *Cuadernos de Historia de España* se empezaron a publicar en 1944. Hasta el momento que escribimos esta reseña siete números han aparecido, que son en parte una continuación del *Anuario de Historia del Derecho Español* que fundó Sánchez-Albornoz en 1924 con la colaboración de Ots Capdequí (actualmente residiendo en Bogotá) Ramos Loscertarles y Galo Sánchez —los tres mosqueteros como ellos mismos se llamaban y que como los de Dumas eran cuatro—. En ellos quedó, hasta 1936, reflejada principalmente la obra historiográfica de los discípulos y continuadores del maestro Eduardo Hinojosa quien inicia "un nuevo período, en el cual la historiografía del Derecho español alcanza un mayor vigor científico, a tono con los métodos de trabajo exigidos en los círculos universitarios europeos más selectos".[5] La guerra en España y más tarde la mundial (II)[6] hicieron que Sánchez-Albornoz, como tantos otros universitarios, trasladaran su residencia a estas generosas tierras de América. Y en una parte de ella —el lugar es un accidente de menor importancia, en la realidad de comunidad iberoamericana—, la Argentina, reanudó sus trabajos de cátedra e investigación, con los medios que contaba, en la Universidad de Mendoza primero y más tarde en la de Buenos Aires. Resultado de ello es una serie de trabajos, principalmente sobre instituciones medievales de España,[7] especialidad a la que ya había mostrado su dedi-

3 *De Carlomagno a Roosevelt.* Buenos Aires, 1942.

4 En la XXXV resolución de la IV Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, se recomendó la creación de cátedras de Historia de España en Universidades de las naciones hispanoamericanas. (Véase Folleto 1, p. 12 y 13).

5 Ver Ots Capdequí, *Manual de Historia del Derecho español en las Indias y del Derecho propiamente indiano.* Buenos Aires, 1943. Tomo I, p. 40.

6 Residía en Burdeos (Francia) en cuya Universidad es Doctor Honoris causa y seguía enseñando e investigando la Historia de España.

7 Recordamos de los trabajos publicados en América: *En torno a los orígenes del feudalismo.* Mendoza, 1942 (3 tomos). *Ruina y extensión del municipio romano en España e instituciones que le reemplazan.* Buenos Aires, 1943.

cación en la cátedra de Madrid y en la que se le consideraba y considera una de las primeras autoridades en el mundo, a más de breves trabajos en los *C. H. E.*[8] Ha conseguido más aún Sánchez-Albornoz, y es que algunos de sus antiguos colaboradores en el A. H. E., finalizada la guerra armada, vuelvan de nuevo a colaborar con él en esta nueva etapa de su obra. Y así encontramos trabajos de Ramos Loscertales, cofundador con él del A. H. E., Paulo Merea, Profesor de la Universidad de Coimbra, Luis G. de Valdearellano, junto al grupo de colaboradores argentinos.

En realidad Sánchez-Albornoz puede estar contento, ya que con su labor en este lado del Atlántico ha conseguido ampliar la esfera de acción de sus enseñanzas —"No hay mal que por bien no venga" (?)— y con ello, quien sabe, si crear en un futuro inmediato una "escuela" de Historia de España que venga con labor que se haga "allá" a contribuir no sólo a la mejor comprensión de los problemas históricos de la Historia de América (es muy difícil conocer y menos juzgar una serie de instituciones de la época colonial, sin conocer su antecedente medieval español), sino a establecer vínculos de comprensión y de labor en común, por la realidad de nuestra comunidad histórica.

Javier MALAGÓN BARCELÓ.

---

8 "Otra vez Guadalete y Covadonga"; "Notas sobre los libros leídos en el reino de León hace mil años"; "Serie de documentos inéditos del reino de Asturias" (I y II). "Dónde y cuándo murió Don Rodrigo, último rey de los godos" (III). "San Isidoro "Rasis" y la Pseudo-Isidoriana". "Documentos de Samos de los Reyes de Asturias" (IV). "El aula regia y las asambleas políticas de los godos". "En apoyo a dos viejas tesis; diviseros y propietarios. Un documento castellano que los equipara". (V). "El senatus visigodo. Don Rodrigo, rey legítimo de España" (VI); a más de su colaboración en la sección bibliográfica y noticias.

Dimensión Imaginaria

VALLE DE MEXICO

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

¡Oh, Príncipes! Vosotros entretejisteis,
vosotros enlazasteis las órdenes de nobleza.
Por un instante venid a visitar la ciudad
en que reinasteis.

CANTO DE LOS REYES

I

UNA esférica llama, grandes alas,
profundidad azul. . . el ojo —dilatado—
roba color, penetra y adivina.
Debajo hay una sed petrificada.
Ríos muertos se sienten. Pasan nubes.
Y arriba, innumerables,
danzan los genios de la luz:
danzan abiertos, tensos, traspasados
de luz, de luz, de luz. . .
El aire se hace labio,
es errante caricia, fino canto.
El agua no va en río,
no tiene piedras que cantar, no canta,
sino que piensa o llora
con una soledad tan detenida
que la mirada riega su milagro.
El fuego está por dentro,
vive en la flor oscura del origen,
en la sangre, la cólera y el mito.
El cielo es la verdad de su hermosura,

el cielo lleva otoños inminentes,
carros de sol, abismos.
Sus violentos azules nada mueven;
trabajan en silencio, conquistan
el imperio del aire; luego caen, poblando
de rumores el mundo.
La tierra es la morada de los dioses.
Ellos trabajan roca y nacimiento,
y en su creador reposo nos entregan los himnos.
Quisiera hablar de su gozo sombrío,
quisiera referir lo que sucede
en el Valle, en la altura, cuando el sueño
sus calladas hogueras va encendiendo;
desearía contar los animales,
ellos me darían largos sonidos mágicos,
una mirada hipnótica,
una forma misteriosa de penetración;
secretos en poder, altos de fuego,
los tocaría con sus pieles húmedas
para sentir la noche mexicana,
noche siniestra en donde las hogueras palpitan.
Vería los anillos de la serpiente indígena
y el águila del viento y de la espada.
(La serpiente es la antigua morada del instinto,
lo que repta y vigila, la posesión adánica;
el águila es la estatua perenne de la nieve.
Sus alas de bandera cubren la geografía
y está en el sol y por el sol existe.)
Frotaría el pedernal con el miedo,
la obsidiana con los ojos de la serpiente,
la danza con la castidad de los ritmos,
largamente los frotaría
hasta producir el humo de la leyenda
y llenarme de olvido, de pasión y de lluvia.
Pero trampas de luz derrumban la mirada

y no otra cosa hacemos sino caer en ellas,
que tal es el destino del amante.

Vemos las apariencias, ciertamente
es bello contemplar.
Mas en lo oscuro alienta lo divino.

Porque en la madrugada,
cuando el durmiente alcanza su alto paraíso
y se abren los sonrientes engaños de la aurora,
hay una ternura monstruosa,
como si la tierra, removiendo sus piedras,
tornara a las edades que ha perdido,
o como si los ruidos y la lluvia
asumieran las formas de la infancia,
restos de amor, naufragios que llevamos.
Lejos serán las rojas alboradas,
la callada dulzura de la leche,
el humo antiguo, prócer, de los pactos:
aquí amanece una gran piel de sueño,
aquí un párpado está junto a la sombra.
Es la ciudad soñando con aldeas,
tristísima, en la hora de las arpas.
Es el Valle en su cárcel,
los muros, los rincones y la sombra.
Entonces los mendigos despiertan.
Llegan, despacio, haciéndose visibles
junto al fuego, mientras una mujer,
la mirada de frío,
reparte a cada uno el gozo tibio.
Allí beben
el vino humilde de la madrugada,
allí tienden las manos,
oyen pasar las horas,
y no se van hasta que asoma el día,

inminente poder a sus cuerpos vedado.
Extraños, como reyes
que se hubieran perdido,
se mueven en lo oscuro:
a vellones la noche se les cae,
y si hablan, lo hacen como ríos sin prisa.
Detrás de las paredes sueña el sueño,
vela el amor y se entrelazan los amantes;
alguien se muere o nace,
quizá viajan los presos.
Pero la vida, aquí no contemplada,
rueda como las hojas,
rueda y se va cumpliendo.
El mundo de la aurora en la ciudad es triste,
pero el Valle es luminoso y profundo,
es como el mar, semejante a sí mismo;
tiene la roca altiva, la tormenta,
y ese rumor que nace de la historia
y se corona de esplendor y olvido.
Nunca el silencio adquiere tanto espacio,
nunca la soledad es tan abierta
como este corazón moviéndose y sonando,
urna profunda en que todo se oye.
En que todo se oye porque el Valle es vibrante
y en su forma de concha caben todas las olas.
Su raíz de laguna, las almas de sus ríos,
un oscuro tan-tan lo va integrando,
y es tal vez que en el aire ha quedado prendida
la voz de sus batallas,
o que su roja historia nos envuelve.
Escuchad en el Valle los mercados,
sus vitales sonidos.
Decidme si no son llamas acústicas,
o si en ellos el pueblo no edifica sus labios.
¿Qué son, qué son mercados?

Adentro, las palabras
están sonando;
debajo del sonido,
se oyen;
vibran, se agitan, pululan
como en la gota del agua
los universos en lente.
¡Glóbulos rojos del habla!
Como alcancías, en ellos
los diccionarios se rompen,
y van saliendo las voces
descalzas, limpias, agrestes,
llenas de tierra, insumisas
a la corbata y al guante.
Después son los aromas,
las moradas del tacto,
el equilibrio en forma de limones.
(¿Quién no pernocta en una piel de marzo,
quién no siente los senos de la anona?)
Después son los olores amorosos del mar,
la pulpa de los pulpos
y el ojo de sus ágiles danzantes.
Viajando por estas rutas
los sentidos se van y no regresan:
que abejas forman rumores,
rumores forman mercados,
mercados forman amores,
y éstos se suben al aire
por invisibles trapecios.
¡Oh caracol, oh selva!

Los mercados son olas que en el Valle se tienden,
pequeños resplandores que sus aguas labraron.

Pero el Valle trasciende toda simple hermosura,
toda posible imagen o alabanza,

porque debajo de sus muertos vive
sin perecer, y es en Lo-No-Mirado
donde levanta al cielo su verdad deslumbrante.
Así, ¿de qué nos sirven los cantos?
¿Cómo llegar al seno de los Padres,
allí donde la noche recogió su rocío?
No preguntéis. Mirad.
Gozad los dones puros, los otoños,
que no por inteligencia, sino por tranquila visión
el mundo se contempla.

II

AHORA estamos más allá de los días,
en el Egipto nuestro, en las Pirámides
de Teotihuacán,
donde flores oscuras resplandecen,
donde reposa toda contemplación.
Ahora podemos oír *las sonajas de niebla*
de que nos hablan enterradas voces,
y tocar los recintos de la noche,
y la cuna del viento y los lugares
en que descansa, indócil al olvido,
Teteoinán, la gran madre que tenía
el corazón fecundo de las mieses.
Porque esta es la ciudad dormida,
la morada del dios, y sombras errantes
de otras noches aquí se manifiestan,
y lejanas palabras y sonidos
que han llegado del tiempo de los dragones
a darnos el secreto de sus reinos.
Aquí, donde los años han llenado
gota a gota su mar, donde las hojas
otoños han dorado y se desprenden

las coronas del tiempo, tropezamos
con nombres mutilados.
Con nombres, escuchad, con fantasmas de nombres.
Oímos esos nombres
y tambores de sangre nos golpean.
Tocamos esos nombres
y en los dedos nos llora una herida difunta.
Tienen un ruido duro, lúcidamente ciego,
y por la noche cantan en sus largos carrizos.
Buscan el dios amargo y el ojo del aroma,
lo buscan para ungirlo de cenizas ardientes,
y se van, no escuchados...
Pero yo los contemplo, los penetro y los abro.
Y digo *Tláloc* en la voz del río,
Quetzalcoatl en la frente de la estrella,
y miro a *Macuilxóchitl* poseyendo las nupcias
y dejando en las flautas su poesía de flores.
Y en el fuego, subiendo como un rojo mercurio,
miro a *Tezcatlipoca.*
Grandes peces de oro le decoran el pecho.
Va encarnado, sonriente, luminoso al martirio.
Luego muere; y arrancan su rosa palpitante.
Dios de harina y de hombre, la piedad se lo come.
Hecho carne y lamento, el horror se lo come.
¡Oh entraña,
oh espantosa belleza mágicamente viva!
¿Qué haremos para amarla?
¿Buscaremos los brazos de la Venus de Milo?
¿Lanzaremos la gracia del discóbolo griego?
Yo encuentro la respuesta en millones de ojos.
Como un ciego
a quien fuera otorgada la virtud más visible,
y gozando su día comprendiera
el mundo sumergido, aquel espanto
de la noche anterior, así en el Valle

emergen los recuerdos, esos monstruos
de lágrima construídos, que nos miran
y no terminan nunca de mirarnos.
¿Qué prodigio los hizo, qué ternura?
Brotan entre los siglos como gigantes rosas
y permanecen bajo la mañana
eternamente presos de su imagen;
nadie sabe sus verbos, su dolor y su numen;
pero salen del fondo de la tierra,
han visto a los humanos crecer, iluminarse,
y a menudo recuerdan historias de centauros,
reyes innumerables y canciones.
El héroe se dió aquí como los frutos
naturales al clima. Era profundo,
venía de la tierra, cultivaba la muerte,
legislaba sobre canoas o danzaba
largamente en la noche, poseído
de una gracia vital.
Cuando iba por el pueblo, entre la gente
como un súbito dios
cubierto de animales y montañas,
salía dél un resplandor de oro
que cegaba y hundía. Nadie osaba
mirar aquel gigante. Los ancianos
postrábanse en el polvo, las mujeres
le tendían cabellos... y él pasaba
sobre el pueblo lo mismo que la nube
del enero luciente, que no aplasta
la indefensa verdura,
sino que la incorpora a su cuidado.
El Valle lo recuerda... Eran los días
mayores del Imperio, cuando el hombre
navegaba en su sangre y no existía
otro mar que vencer.
Así el héroe, la fuerza, lo divino



José María Velasco.

Una esférica llama, grandes alas,
profundidad azul. . .



Brotan entre los siglos como gigantes rosas...



¡Oh cactus, oh corona de espinas!



Dr. Atl

VALLE DE MÉXICO.

de cuerpo y llama al par, era impetuoso,
lleno de sol azul como los ríos,
cruel y sediento como hoguera viva.
Reyes, reyes de Anáhuac...
Tres se recuerdan como tres incendios:
Cuauhtémoc, el dolor transfigurado,
lágrima que no cae, santa ira.
Netzahualcóyotl, el varón errante,
negro cisne muriendo, labio puro,
y *Moctezuma* en el gemido de la raza
y en la desolación de la hora sin nadie.

Otros reyes son flautas de rebaños,
sueños de Dios, cayados de la historia.
Se les mira saliendo de las arpas,
dorar la tarde con sus ojos viejos,
o morir, en sí mismos, como grandes ocasos.

Pero los reyes del Anáhuac fueron
llamas humanas, fuego de los vientres.

El hombre, como el mar, llegó a la piedra,
y como el mar, en ella fué dejando
la voz de sus relámpagos caídos,
estas formas solemnes en que el Valle se tiende
a llorar su universo sometido,
buscadas por muchos, no de todos halladas,
muertas y sin embargo perdurables.
Una ciudad alzaron, entre ramas
de invisible laurel. Nadie oponía
murallas al ensueño,
malicia a aquel fervor donde golpeaba
la candorosa bestia del instinto,
sino que gratas a los dioses,

llenas de verde sangre creadora,
llegaban a ceñir los arcos del futuro.
Este lugar es eso, testimonio
de un mundo que entregó su melodía
a la furia del tiempo, y coronando
de inmarcesibles yedras el olvido,
ha quedado temblando ante la Aurora.

Esa es su recompensa, su victoria.
Que otro gozo no llegue a conquistarlo.

III

En el Valle, elevando su poder a los siglos,
hay un paisaje oculto y un visible paisaje.
Al primero se va por avisos nocturnos,
por las rutas que el viento suministra a las flechas,
por lo que el corazón adivina en su curso.
Al segundo se va por la luz y lo amable,
se le encuentra en los bosques, autoriza el domingo,
y duerme entre las niñas de los ojos urbanos.
Hablaré del paisaje sin miradas,
citaré la región impenetrable,
donde la geología precipitó su entraña,
donde el volcán hirió los ojos de la tierra
con un hierro candente, y quedó la gran Madre
señalada y oscura. Hablaré del cubil
rojo y salvaje. Del gran secreto histórico
presente en la llanura como un ombligo negro.
Porque una cosa es ver los ángeles custodios,
embriagarse de luz y beber el aliento
de los días más hondos. Y otra la introducción
a las formas secretas que en el Valle
respiran, lloran, brillan como espejos

de una muerte viviente y olorosa,
realizada en las plantas y en los hombres,
sumergida en las rocas y arrastrando
pedazos del origen, como un río
que sentimos pasar y no miramos.

El indígena dice: *Pedregal de San Angel...*
como decir: *la luna está saliendo,*
va a llover esta noche, las vacas tienen frío.
Frases cayendo de los labios secos,
por siglos, por milenios.
Lengua del polvo yerto, indiferente
como el viajero que veloz recorre
la sedienta extensión y no se para
a contemplar la mínima grandeza
de este lugar magnético, terrible,
tirado como un saurio
a la impasividad de las edades,
y bajo cuyas lavas se han hallado
restos, pedazos crueles de la vida,
tal en la playa, cuando el mar se duerme,
estrellas aparecen y rosados enigmas.

Antaño, entre la niebla
poderosa del tiempo, aquí reía
la juventud indígena. Una aldea
pintoresca se alzaba
al lado de los picos vengadores,
cuyo fuego y ceniza, devorando los campos
la vida sepultaron para siempre.
Nada quedó. Los labios se quemaron.
Los ganados olientes, todo el arte
de la joven aurora que los pueblos
erigen al nacer, fué consumido

por la ola feral; y sólo el viento
de la fábula hoy mece aquella historia.

El Pedregal del Angel Iracundo sólo habla
a quien sabe escucharlo.
Atravesar su piel, ir por los flancos
pisando las espinas de la rosa volcánica,
es meterse en la boca de la noche,
es hundirse en el sueño con el Valle y su numen.
¡Oh dureza y tormento!
Mareas aquí vemos, espumas en su cárcel,
torbellinos y curvas, la onda cadenciosa
del mar, lo que se vierte,
todo está aquí, sumido en estas piedras
eternamente inmóviles,
piedras ayer candentes,
hoy tiradas, abiertas,
semejando catástrofes,
siniestras como puentes o convoyes
volando entre la noche por las manos
vengadoras de un genio, muchas cosas
evocando sus masas, tal la nube
poderosa de junio que en los aires
monstruos va dibujando a la deriva.
Nubes son estas rocas. Nubes, nubes
que cayeron un día sobre el Valle y sus templos;
porque el Valle no sólo tiene dioses,
sino también arcángeles vencidos. Y sus hombres
son las antiguas fuerzas que los mueven.

Mas el erial florece. Yo he observado
entre grieta y hoyanco, sobre el filo
de la inhóspita roca, la presencia
de una flor milagrosa que allí bebe
su porción de bondad. Casta y lejana,

honda como una idea, aquella historia
de heroísmo lentísimo horadando
la muerte y el silencio
nos da la explicación de cómo el Valle
guarda su eternidad, mata la muerte
y se da en esta gloria diminuta
que tocamos en forma de umbelas y retoños,
flora abundante y tierna cuyo olor nos envuelve:
el pirú amable, regador de sombra,
cuyo follaje es triste sin embargo;
la retama que cantó Leopardi, con sus tallos
embelleciendo l'árida comarca,
solitaria del yermo, amante siempre
de los reinos antiguos. La mimosa
y el espino cerval, aquellas formas
labradas del helecho, con sus hojas
imitando brocados;
la hiedra fiel, esposa de los muros,
y la biznaga con su cuerpo dormido,
pegada al roquedal en un abrazo
desesperado y tierno,
planta la más secreta y enterrada,
huella del sol, almohada de sus rayos.

Es así que llegamos
al desmayado reino de las plantas,
donde, entre tumultos de nuevo nacimiento,
la muerte encontrará su territorio
hasta subir en júbilos de sombra
y cantar en la fuente de los pájaros.
Andar, sentir el día,
respirar es hermoso cuando en ellas
recibimos la luz, el don silvestre.
Mas estas cabelleras del paisaje,
estas hojas y troncos que en el Valle

imploran a la roca, no son vanos:
los genios, las edades,
alimentan sus jugos inmortales.

Porque las plantas son la ruta de los himnos
y la senda que baja hasta los muertos.

Prendidas a la tierra las he visto,
llenas de tierra, vueltas a la tierra,
mientras el sol hería las sonrientes
guirnaldas del octubre.
¡Qué tenso amor, qué ciega melodía!
¿Dónde están los rosales, qué se hicieron
aquellas diminutas alegrías
del agavanzo en flor?
No nace aquí la sombra del narciso,
ni el perfumado escudo de los lirios.
Nace la sed profunda de los ríos,
el salvaje pulmón, la altiva llama
del cactus en la luz de la llanura;
nace su cuerpo de animal herido
y su antigua verdad acongojada.
¡Oh cactus, oh corona de espinas!
Cuando el águila vino por tu nombre
amanecía el canto de los lagos
y era el alba, la hora de los dioses;
hombres como la espuma celebraron
tu hermosura doliente,
y en la noche del páramo sintieron
tu corazón, buscando entre las piedras
el agua, la esperanza.

La lucha vino luego, la cambiante historia;
¿a qué decir espantos y corazas,
cruces como señales en tu cuerpo?

Las naves de los templos se hunden de tristeza,
sobre el Valle naufragan.
¿Qué son, qué son los templos?
Preguntad al indígena murmullo
por qué goza quemando sus lágrimas de cera:
"Aquellos hombres —os dirá— traían rosas,
rosas de piedra.
Las plantaron encima de los dioses,
junto al altar de amapolas hirvientes.
Cabelleras tan amplias al martirio
no pudieron morir. Y bajo el sol crecieron,
sobre la tierra en que dormían
Quetzalcoatl y la estrella,
con sus senos inmóviles al tiempo
y con su olor, navío de la muerte.
Nosotros necesitamos hundirnos
en el mundo del humo y del sonido.
Qué nos queda sino son estas rosas,
si el rayo murió,
si el sabor de la sangre está prohibido;
qué nos queda sino son estos bosques
para dormir las almas y el recuerdo".
(Noche de la Conquista, noche triste,
risa nerviosa mirando un caballo;
aún te miramos, noche prodigiosa,
noche de piedra y labio traspasado.)
¿Para qué recordar aquella hoguera
de donde nace el sol?
Como el choque del mar, contra el peñasco
abatiendo su espuma, así temblaron
al juntarse las almas.
(Noche funesta y cruel, noche del día,
noche que nos trajiste el idioma
y te llevaste las ramitas del verbo.)
¿Y para qué decir la nueva rosa

que fué creciendo hasta alcanzar el cielo?
(Noche de la Conquista, entre la Aurora,
noche de la esperanza, noche blanca.)
Todo pasó. Que sobre cada muerte
se edifica otra muerte,
y lo que hoy construímos regresará a la tierra.
Todo pasó. Y ahora, cactus mío,
vemos el campo, el sol, los animales,
iglesias de Zumpango, entre los álamos,
campanas de San Juan, tiernas de frío,
el Valle, el Valle hermoso, como abriendo
dilatados espacios.

Y en el centro del Valle la tristeza
de tu cuerpo o camello mirando lejanías.

DEL "DIARIO DE MIS SUEÑOS"

Por *Bernardo ORTIZ DE MONTELLANO*

Febrero 18 de 1935.

CON frecuencia siento en mis sueños una calle —la calle de mis sueños— y una niña. Esta noche mi sueño pasó envuelto en un angustioso aire de codicia. Un tufo, un olor de mercantilismo como el que han de exhalar los mercados, por la noche, cuando termina un día entregado al regateo y a la compraventa por millares de gentes.

El sueño que recuerdo, ya sin emoción pero como si ahora mismo lo estuviese soñando, se dice así:

LA NIÑA DE MIS SUEÑOS

Desnudo bajo escaleras,
calle desnuda atravieso,
ojos cerrados me miran,
sin saber dónde, en el sueño.

Codicia de mercaderes
siento en los aires temblando,
menester menesteroso
del día que murió comprando.

Camino sobre mis huellas.
Regreso a mí, desde lejos.
No pasa nada ni nadie
por la calle de mi sueño.

Mi mano, de pronto, arrulla
niña que crece llorando,
monedita que descubro
en la dureza de asfalto.

Desnudamente me fía
su corazón y su mano,
entre su mano y la mía
su sexo trigo dorado.

*

8 de febrero de 1936.

CONJURO

Sed y sudor de la sed
Palabra del sicomoro
Soledad de la ballena
Y precipicio del pez

Sobre el sicomoro la uña
Sobre la uña
La yegua
Y sobre la yegua
La hierba enardecida de la noche del sueño del que sueña.

RAZA AL AZOR ROZALA AZAR
ROSA AL AZAR RASALA AZOR.

*

22 de abril de 1936.

Al oscuro, funesto rescatado
del sueño polen nocturno,
alma de lo insensible, turno
de lo castrado.

Reminiscente aroma, llama y arado,
oh, taciturno
vuelo que hiela lo negro anclado
lo blanco herido
lo azul absurdo
el rojo tibio goce gozado.

Funesto infierno bajo la llaga rosa del mundo,
algo llama albo, puro, encendido
en el llanto, en el canto y en el arrebato del oscurecido.

*

27 de septiembre de 1936.

En estos días apareció en los diarios la noticia de la muerte del poeta andaluz Federico García Lorca, fusilado en Granada. No se conocen otros datos, pero nadie puede explicarse el destino final del poeta, alejado de la política y ajeno a la milicia en el conflicto español.

Lorca no estuvo nunca en México. No le conocí. Pero recuerdo que en 1931, cuando trataba de explicarme el mecanismo de mi "Primero Sueño", poema publicado en el mismo año en "Contemporáneos", siempre pensé que el poeta andaluz que me acompañaba en la jornada era García Lorca. El poema lo dice, en un aparte necesario y descuidado, para expresar, con monotonía, la voz de clavel oída en el sueño:

(El aroma del clavel
en aquel aire sonaba
a monótona tonada
que ha muchos siglos cuidara
para, a su medida, hacer
el tono de la guitarra.)

—Pero el romero mortal. . .

En estos versos no figura el nombre de García Lorca, que en el sueño se identifica como el poeta andaluz, porque analizando las líneas que copio puede advertirse que germinaron de un verso del "Romancero Gitano": *Voz de clavel varonil.* Con este verso suyo había yo definido la poesía de García Lorca en la nota que escribí sobre sus romances, publicada también en "Contemporáneos", por 1928 ó 29.

El sueño, escrito literalmente al despertar, que figura como argumento del poema, dice: "Suben olas de polvo. El poeta andaluz y yo caminamos por la orilla del río del Consulado. En un jacal —caja de juguetes— cubierto por enramadas de flores, descubrimos un velorio indígena: tres niñas, sentadas, giran alrededor de la niña muerta, cantando coplas alusivas a la "flor del romero" —causa probable de la muerte de la niña—. Suena, en la canción, el nombre de López Velarde. Reanímase en mi mano la niña muerta. Crece como una flor o una ciudad, rápidamente. Después vuelve a quedar dormida.

Seguimos caminando. El poeta andaluz repite entre malas palabras, como si tratase de no olvidarlo, un estribillo musical, medida para encargar la fabricación de una guitarra.

Formados, en grupos, aparecen algunos indios. Cada tres hombres conducen una guitarra, larga como remo, compuesta de tres guitarras, pintadas de colores y en forma cada una de ataúd. Todos tocan y bailan.

Llega otro grupo de indios congregantes, surianos por el traje, armados, portando estandartes e insignias de flores y, con ellos, tres o cuatro generales montados en caballos enormes (enormes caballos de madera). Mi amigo el poeta andaluz y yo, confundidos y confusos entre los indios, sentimos —ángeles de retablo— el gesto duro, de máscara, con que uno de los generales ordena a sus soldados ¡fuego! Y desperté".

La angustia del sueño —lo recuerdo— era la del fusilamiento ordenado con la voz ¡fuego! contra el grupo en donde nos encontrábamos el poeta andaluz y yo. El poema lo dice:

Acompañan la voz de los jinetes
oraciones con letra de retablo,
densas nubes de polvo que los siguen
como la sombra de los fusilados.

Cinco años después de escrito el "Sueño" ha muerto fusilado por la inconsciencia y la maldad, el poeta García Lorca y una vez más confirmo que en los sueños como en la poesía —estados psíquicos afines, imágenes de una realidad esencial— pueden anticiparse sucesos por venir.

*

Febrero 22 de 1937.

TEMA MELODICO

Cuerpo inerte de noche cuando sueño
—la raíz en la vida, la cabeza en la muerte—
Sirena, el soñador, en el silencio
detiene en sus oídos la música de suerte
que una imagen, un tiempo, el presente y tu olvido,
el futuro —ya trance— y el pasado perdido
deshojen, al unísono, la paloma de verte.

*

14 de septiembre de 1937.

...Entonces vi a mi padre, pulcro y distinguido como lo vi siempre en la vida; pero su gesto sufría y expresaba una pena contenida, muy singular. Yo sufría en el sueño por ese gesto de mi padre, tan claramente percibido, y desperté.

Con sorpresa, ya despierto, advertí que mis ojos se hallaban húmedos de lágrimas, lo que no extrañaría a un psicoanalista puesto que es frecuente que los sueños engendren reacciones orgánicas, tanto como éstas pueden originar sueños. Pero, ¿entonces en los sueños adquirimos también, como en la vigilia, la experiencia del dolor? Porque si el sufrimiento en sueños puede ser tan eficaz como el sufrimiento consciente; si el sufrimiento o las emociones imaginarias experimentadas en el sueño tienen para nuestra sensibilidad el mismo valor que la experiencia viva, actual, puede ser muy superior la experiencia de los sueños que registran movimientos y alteraciones psíquicas de tan fino contorno que, en la vida diaria, pasan desapercibidos para nuestra conciencia.

*

26 de diciembre de 1937.

Veo en el interior de un carro de gitanos un salón enorme, decorado como un "aduar", en donde tres gitanos, vestidos a su modo peculiar —dos hombres y una mujer anciana— charlan y fuman en largas pipas. Después otra imagen: Un caballo de enormes, bellos, luminosos ojos verdes y una sombra —¿de gitano?— que canta una canción, maravillosa música, éxtasis de belleza.

Al caballo negro,
al caballo rojo,
le brillan los ojos con luces de sueño.

Al negro caballo
de los verdes ojos luminosos, verdes,
que me miran solos.

Y detrás la sombra
del gitano rojo
que canta la nota casta, lesionada.

Del caballo negro
del gitano rojo
que me miran solos,
de los verdes ojos, luminosos verdes,
me quema una sombra violenta de noche en los ojos. . .

*

9 de diciembre de 1937.

Entro a visitar la casa nueva de una persona. De la puerta bajamos, por una rampa de cristales luminosos por sí mismos, a los baños subterráneos, baños amplios, sin puertas, de mármoles rosados levemente aurorales. El pasillo desemboca en un espacio abierto al sol.

—Ahora subiremos a la terraza, me dice. La terraza se encuentra, dentro de la casa, en una altura montañosa, desfiladero de rocas, y el único modo de subir —lo que me extraña— es por las rocas, a duras penas, en ascensión de alpinista. Subimos. Por fin en la terraza, amplio peñón aislado y cubierto de una luz extraordinaria, descansamos a la vista del único árbol, hermoso pino plantado en la roca, verde, alto, solitario. Y desperté.

No me interesa la explicación psicoanalítica de este sueño cargado de símbolos eróticos (casa, puertas, peñascos, ascensiones), me interesa, sobre todo, la disposición de sus imágenes, su color y sus formas.

Siento, todavía al despertar, la belleza del sueño, definida en sensaciones plásticas: los mármoles rosados, levemente aurorales, con la frescura de un amanecer creado para mí solamente; las formas geométricas increíbles y maravillosamente compuestas de las rocas sobre el precipicio; la luz mágica, ¿lunar?, ¿solar? luz de sueños, y la verde, vegetal, emoción del pino solitario, alto.

*

15 de mayo de 1938.

Agua negra del agua que no sube
a fecundar la nube;
devuelta por el sueño, renacida
a la belleza de soñar la vida.

*

Junio 18 de 1938.

OTRO TEMA MELODICO

La que defiende el mármol de los sueños
Porque sabe morir y renacer;
La que reduce a fuego la palabra,
La ulcerada de vidas por nacer,
La desnuda colérica y la dócil
Por el dardo delicia del querer;
La que recorre el mundo de la muerte
Y sabe rescatarse en el placer,
La cara de careta y de caricia
Espejo de la noche amanecer;
La que sabe el secreto del secreto:
La Mujer.

*

Abril 29 de 1940.

Ella (M.) estaba ahí. Su rostro sin sonrisa, serio y mortal. Me acompañaba por diversas salas en fiesta. Ella un poco más alta, más arriba que yo. No hablábamos. Ella me guiaba por un mundo ajeno a mí, ¿de frivolidad o de misterio? Por último abordamos un elevador en descenso. De pronto Ella, desprendiéndose en otro elevador pequeño, individual, de aquél que ocupábamos, se alejó de mí, ascendiendo. Como si volviese a la fiesta yo continué solo el camino, hacia abajo, y mis ojos por un instante —de sueño— la siguieron hasta que se perdió su rostro, arriba, serio y mortal. La misma que yo conocí, pero otro "rostro" el suyo, sin su sonrisa, más dueño de sí mismo.

*

Octubre 30 de 1940.

En aquel cabaret estábamos ellas y nosotros. Aparecía un hombre —¿un prestidigitador?— que a la vista de la concurrencia jugaba, muy naturalmente, con su sexo. Con sus manos lo iba extendiendo —erecto— y desanillándolo, haciéndolo crecer, crecer, como esos telescopios, o esos vasos, que se articulan uno en el otro. Crecía monstruosamente aquel sexo que, sonriente, el hombre que nos divertía en el cabaret hacia tocar, con gentileza, a las señoras.

*

Mayo 28 de 1941.

Navego dentro de un barco solitario o en donde todo es mecánico, porque no veo a nadie. Comienzo a oír un ritmo jadeante y monótono. Veo al fondo (¿al fondo?) una especie de rueda de la fortuna construída con elevadores cargados de esferas de carbón de piedra —o una materia parecida— que descienden en un juego mágico causando el ritmo que oigo. "Es la alimentación de las máquinas del barco", me digo, en tanto que me veo caminando por los largos corredores vacíos del barco al mismo tiempo que arrojo, como por juego, numerosos garbanzos en todas direcciones. ¡Ya va a comenzar!, me digo.

Súbitamente, estoy caminando por una calle de Berlín o una, otra, gran ciudad alemana. (Yo sé que es una ciudad alemana). A lo lejos, como hacia el horizonte del mar, veo anuncios luminosos de grandes espectáculos, nombres de músicos y cantantes conocidos pero que ni llaman mi atención ni distraen mi pensamiento. De un gran edificio suntuoso sale a mi encuentro J. T. B. cubierto con un abrigo europeo y un sombrero europeo y me dice: ¿No te ha ido a ver fulano (aquí un nombre vulgar) para lo del Diario de los Negros? Contesto algo sin importancia porque mi pensamiento es: "Quisiera dar una vuelta por uno de los grandes bulevares —aquellos que miro al fondo impregnados de anuncios luminosos— para conocer la ciudad porque pronto nos vamos. *¡Esto ya se acabó!*

Y ¡desperté!

Lo curioso, lo interesante del sueño, es la fecha *1941* cuando los acontecimientos de la segunda guerra mundial estaban lejos de la destrucción de Berlín, además yo no conozco Europa.

*

20 de octubre de 1941.

Al despertar recuerdo haber soñado con un viejo amigo (J. M. C.) que hace tiempo no veo. *"En paños menores —él tan pulcro— lo llevamos en brazos una antigua amiga (A. D. M.) y yo hasta un balcón por donde lo arrojamos al suelo. Se hunde en el piso; se va hundiendo como por una rampa y nos dice algo angustioso que no recuerdo".* (¿Por qué —me decía yo al despertar— soñaré con personas que hace tanto tiempo no veo?)

Algunas horas después del sueño, que había anotado en mi cuaderno, al llegar a mi Oficina encontré, sobre mi escritorio, un recado de la señorita secretaria que decía: El señor J. M. C. le habló por teléfono ayer por la tarde. Se le dijo que usted no había venido a la Oficina.

Me sorprende el isocronismo porque mi amigo nunca me había hablado por teléfono, hasta ahora. Nuestro amistad de juventud, en la escuela, hace años que estaba en suspenso.

*

23 de diciembre de 1941. (Después del sueño).

Veo a J. T. B. caminando a pie por la calle del 5 de Mayo y frente a la Catedral, entre las calles solitarias, con un saco a rayas como los de los presos. El no me ve. Debe ir a Palacio a acordar con el Presidente, me digo.

Después, por el mismo sitio, siento que vienen los indios. Un tropel de danzantes, de todas las regiones de México, cada grupo con su danza propia, pero atropellándose, inundándolo todo, como un torrente o el paso de una tropilla de ganado. Su ritmo, monótono y mágico, bajo la luz sombría y blanca como de amanecer. Mi hermana y yo —ahora estoy con mi hermana— ante la invasión trepamos encima del surtidor de

una fuente, redonda, que se encuentra en la plaza. . . y respiramos seguros, libres de la invasión que sigue corriendo, manando, atropelladamente a nuestros pies.

*

16 de abril de 1942.

Allá por 2021,
Siglo v, Nueva España
Latinorteamericana,
Florecerá sin segundo
La grandeza mexicana.

*

Mayo 7 de 1942

Leía yo y comentaba a E. A. G. páginas de Unamuno. Después nos acercábamos a tomar un tranvía que nos llevaba a una casa peculiar —(llamaba mi atención)— en donde se comía y se bebía en grandes jarras orientales. Una casa de judíos.

Dos bellas mujeres de esa raza —un poco gitanas, también— nos acompañaban. No sé qué cualidad de cera y miel; de aceites milenarios, se expandía por el rostro y el cuerpo de pálidos resortes de mi compañera, untuosa y servicial.

(¿E. A. G.?; ¿Unamuno? ¿Mujeres judías?).

*

Diciembre 11 de 1943.

En un "camión" que repta, ondula y asciende, llego a un pueblo típico de México. Veo en la estación extraños carros de ferrocarril de formas novedosas, llenos de gente —al parecer turistas— y también veo caballos de madera, inmóviles. El pueblo se llama *Acuyuca.** Me encuentro en una plaza conver-

* Palabra de sueños. Puede leerse al revés.

sando con varios amigos, entre ellos J. G. y S. R. Es bello el tono de las voces. En un balcón, frente a nosotros, aparecen unas lindas muchachas de provincia que, poco después, se reúnen a nosotros en la plaza. (Una de ellas me mira; siento su mirada). Entro por una puerta, solo, a una especie de patio en donde abunda polvo de carbón, nubes de polvo de carbón. Abro otra puerta y asoma la cabeza un caballo rojizo. Subo por una escalera, que al principio es normal y luego se adelgaza hasta casi impedirme el paso. La escalera, adosada a los muros, vuelve a ser normal en su último tramo. Entro, por fin, a las amplias habitaciones de la casa y allí encuentro a personas de mi familia. Veo, por las ventanas, a lo lejos, el paisaje que verdea como un maguey, pero las nubes de polvo de carbón. . . Desperté.

(Sueño escrito al despertar).

*

Noviembre de 1944.

Acabo de leer los textos de "Aurelia" —que no conocía— escritos por el poeta de la vida del espíritu, Gerardo de Nerval, y encuentro entre sus textos y mis "sueños" escritos (algunos en "Cinco Horas sin Corazón") observaciones idénticas, como la calidad particular de la luz en los sueños, que me sorprenden y alegran por lo que representan el testimonio, repetido, sin diferencias de imaginación.

*

Mayo 24 de 1947.

La Iglesia de los mexicanos en París. La he soñado otras veces y es, siempre, la misma; igual en su interior, en su ambiente, en su forma.

¿Cómo es que una imagen de sueños se repite igual en diferentes ocasiones y a través del tiempo? ¿Se puede establecer una "memoria" en los sueños?

He aquí lo que soñé: Me encuentro a Octavio Barreda en la Iglesia de los mexicanos en París. (No sé por qué la reco-

nozco así. Los mexicanos en París no tienen Iglesia o, acaso, nada más prefieran una de las iglesias de París). Octavio descubre un agujero en el suelo apenas cubierto, peligrosamente, por una hoja de periódico. ¿No has visto —me dice— el último libro de S. B.? Y del cajón de un escritorio saca el ejemplar que me enseña. Es un libro curioso, no impreso, hecho de recortes de periódico con la pasta de un cuaderno escolar, viejo. Como mi libro de "Documentos" —pienso ahora ya despierto— hecho de recortes de fotografías notables que aparecen en los periódicos y que ilustran y enseñan más que un texto. Libro que conoció Larrea cuando fundamos "Cuadernos Americanos".

(Asociaciones y recuerdos: Barreda, Larrea, París y un periódico).

*

Julio 22 de 1947

En la lectura anual de algún libro de la literatura española moderna para mi clase en la Escuela de Verano, descubro ahora un dato que desconocía y que para la historia de mi "Primero Sueño" (publicado por primera vez en "Contemporáneos" en 1930) me parece muy interesante.

En la página 25 de "La Feria de los Discretos", novela de Pío Baroja, que se desarrolla en Córdoba, España, leo: "...pero si ve usted una tienda donde se venden guitarras, allí puede usted decir que se hacen cajas de muerto.

—¿Pero es posible?

—Sí; es una costumbre cordobesa.

—Es extraordinario. ¿Y de dónde viene esa costumbre?

—¡Oh! Es muy antigua. Los constructores de ataúdes dicen que no quieren hacer sólo cosas tristes, y de la misma madera con que hacen una caja de muerto sacan un trozo para una guitarra".

A tal punto percibí esta fusión de guitarras y ataúdes en mi sueño que un dibujo alusivo ilustra las ediciones de "Sueños". Dice el argumento del "Primero sueño": "Formados, en grupo, aparecen algunos indios. Cada tres hombres conducen una guitarra, larga como remo, compuesta de tres guitarras

pintadas de colores y en forma cada una de ataúd". "Tres guitarras como tres ataúdes", dice el poema.

Naturalmente, no sabía, hasta ahora, que era esta una costumbre andaluza —cordobesa—, para ser exacto. El sueño me lo reveló amplificando su sentido, como algunas otras cosas más que he señalado posteriormente.

Lo que me interesa, sobre todo, es la iluminación de las raíces psicológicas de los sueños y, en mi caso, la revelación de los motivos andaluces del poema.

Mi abuelo era andaluz —¡claro!— del Puerto de Santa María. Mi apellido es del todo andaluz (cerca de Sevilla señala el mapa la existencia del pueblo Montellano); pero mi padre y yo nacimos en México. Fuimos, somos mexicanos, y, sin embargo, lo andaluz —nuestra prehistoria, como si dijéramos— se revela como herencia y como sabiduría en un sueño extraído de lo profundo del ser psicológico, del subconsciente.

La influencia del medio —¡Oh, Taine!—; la autonomía vital del espíritu y tantas otras teorías han sufrido en mí, por experiencia innegable, un voto negativo.

*

Agosto 16 de 1947.

Por la sombra dormida caminamos
Por la sombra y la luz del despertar
¿Despertar a qué sombra que no hallamos?
¿A qué luz que perdimos, despertar?

Pero en tanta miseria luminosa
Que agrega a los sentidos un enjambre
De frescura de pétalos de rosa,
El corazón del hombre sueña de hambre.

Y es preciso volver a comenzar.

UNA LINEA EN LA INTIMIDAD DE TIRSO*

Por *José MORENO VILLA*

YA que tan aficionados somos ahora a los Centenarios, (y no me refiero a las monedas de oro), recordemos y saludemos con el de Tirso de Molina otros dos: el del Diluvio Universal, ocurrido el año de 2348 a. C. y el de la Dispersión del género humano, ocurrida en 2247 a. C.

Esto que digo con humor sonriente, siguiendo normas de locutor gringo, (locutor no está en el diccionario) se me convierte en severidad ibérica si pienso que otra vez se están dando en el mundo aquellas escenas genésicas de confusión mental, como en Babel, y de dispersión humana. Que el mundo arrostra situaciones parecidas; es decir, que nos hallamos en plena génesis de un mundo nuevo. Y que mientras unos pelean, mueren, se dispersan por el ancho mundo, otros siguen enquistados en una obra como si nada ocurriese. Nosotros, ahora, por ejemplo, podemos sentirnos dentro de un Arca de Noé; y como historiadores seguimos en ella examinando gotitas de agua del pasado. Vamos a ver alguna.

Acabo de leer sistemáticamente más de 30 comedias de Tirso; siendo la primera y la última, por haberla leído dos veces, *El burlador de Sevilla y convidado de piedra,* que tal vez debiera llamarse "El castigo del burlador de mujeres". Así reduciríamos a unidad lo que parece fusión de dos leyendas.

Acometí tamaña lectura porque noté, al repasar títulos y personajes, que entre éstos se repetía mucho el nombre de Don Juan; y pensé que tal vez detrás de este nombre hubiera siempre un mismo tipo psicológico.

Esta sospecha fué el móvil de mi estudio. Y ahora, al presentar los resultados, les avanzo que éstos han sido negativos y positivos, ya que el problema no es sencillo. En primer lugar,

* Conferencia leída en el "Colegio de México" el 7 de diciembre de 1948.

porque el tipo de Don Juan no lo es. Tan no lo es, que se suceden y siguen cada día los estudios sobre su carácter, y las interpretaciones desde todos los ángulos.

Don Juan es una de esas figuras de toro hispánico, que están por encima de la simpatía o de la antipatía, en la región de lo interesante, de lo que no acaba de aclararse. Nadie se enamora de un toro de Guisando, esas toscas y concentradas esculturas ibéricas que algunos llaman cochinos porque algo tienen de cerdos.

Don Juan tiene mucho de cerdo también en su terquedad y bravura de toro. Acomete con la noble fiereza de éste, pero se regodea en sus atropellos, hocica en sus basuras como el marrano. Se complace en decirnos que es el encargado de burlar a las mujeres, y que nada hay tan grato para él como ultrajarlas. Hay pues en su alma, junto al instinto macho sexual, un impulso o voluntad vengativa de hombre resentido.

Al leer *El burlador de Sevilla,* lo primero que nos sorprende es la decisión con que Tirso entra en materia. Y lo último que nos impresiona es la rigidez vertical y simple de su estructura, comparable a la verticalidad y simplicidad de un rascacielos.

En el primer acto traza el autor verticalmente dos de las fechorías de su personaje; otras dos en el segundo; dejando para el tercero detalles del desenlace. Hay, pues, una simetría rígida, una concepción clara, diáfana de la estructura, perceptible ya en la fachada. Tirso se lanzó a la obra poseído por el tema, pero también tras una larga meditación arquitectónica. Y las frases claves del drama son dos, una de Don Juan y otra del criado. Sabemos que los criados en el teatro antiguo subrayan o esclarecen, a lo bruto o a lo cínico, lo que piensan escondidamente sus amos, sus reservas o móviles subconscientes. La frase de Don Juan es ésta:

Sevilla a veces me llama
el burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar a una mujer
y dejarla sin honor.

La frase del criado es:

Ya sé que eres
castigo de las mujeres.

Si estas frases definen lo más hondo del alma de Don Juan, no todos los Don Juanes que aparecen en las comedias de Tirso tienen el mismo fondo psicológico ni los mismos procedimientos sociales. El Don Juan que aparece en *Los balcones de Madrid* es un infeliz enamorado de Elisa y zarandeado como un juguete por Doña Ana y su criada. En *La prudencia en la mujer* aparecen tres Don Juanes: el Infante Don Juan, traidor, enredoso, ambicioso, vulgar; el Don Juan Alonso Carvajal y el Don Juan Benavides, excelentes personas, leales a la gran reina Doña María. El Don Juan de *No hay peor sordo. . .* casi no tiene papel. El de *Privar contra su gusto* es lo más opuesto que cabe al carácter del burlador: modelo de corrección, lealtad y recato. El de *El rey Don Pedro en Madrid* no pasa de ser un cortesano sin importancia literaria. Y los de las tres comedias *Doña Beatriz de Silva, Firmeza en la hermosura* y *El caballero de gracia* tampoco tienen nada del truculento Tenorio.

Es cierto que en algunos se dan veleidades y falta de amor, pero esto no basta para considerarlos como emparentados con el burlador. De modo que el móvil de mi investigación dió resultado negativo. En cambio, la investigación no fué infructuosa, pues, a más de quedar comprobado que detrás del nombre no había siempre un mismo tipo psicológico, vi que muchos personajes de Tirso se parecen en su conformación psicológica, llámense Carlos, Felipe o Rodrigo, y que esa repetición de carácter puede corresponder a la psicología del propio autor. Siendo la tal conformación psicológica la de un hombre débil, tímido, indeciso, vacilante, mudable, objeto de juego en manos de las mujeres. Esta es la parte positiva y afirmativa de mi estudio. A lo cual hay que agregar esto otro: que muchas de sus comedias pueden ligarse por una lógica interna, que también obedece a la psicológica del autor.

Lo que se persigue, pues, en las notas siguientes es la línea biográfica e íntima de Tirso.

Por lo pronto, y como antecedente, apuntemos esta frase de Don Guillén en *La dama del olivar*:

> que yo, más travieso y roto
> de mi valor haré alarde
> *porque el hombre que es cobarde*
> *siempre da por lo devoto.*

No olvidemos estos términos: Cobarde y devoto; quien es cobarde, acaba en devoto. Y esto lo escribe Tirso, que fué bastardo y se hizo fraile.

¿Por qué se hizo fraile? Yo no diré rotundamente que por tímido, vacilante y bastardo; pero hay muchos motivos para sugerirlo y creerlo.

Tirso escribe una comedia que se llama *El melancólico.* ¿Quién es y cómo es este personaje? Un joven bastardo —como lo fué Tirso— criado en el campo, rodeado de libros, lleno de conocimientos intelectuales, pero sin idea del amor, es decir, sin impulso sexual. Su mentor o maestro, que hace de padre, le reconviene en ocasión oportuna. Le dice muy bellamente:

> Si al padre se debe el ser
> y al maestro el ser de hombre...

preámbulo deliciosamente intelectual, muy del autor, a lo cual agrega:

> ¿Cómo podré yo atreverme
> que vaya a la corte un hombre
> (si es que merece este nombre
> quien entre las llamas duerme?)
> Voluntad que allá no enferme
> no es cortés; esto es verdad,
> ni es bien que en tu sequedad
> lleves, por hacerme agravio,
> *un entendimiento sabio*
> *y una idiota voluntad.*

De toda la comedia, lo que nos importa es esto: que el melancólico de Tirso era un bastardo, criado en el campo, entre libros, y sin reparar en las zagalas, que tenía un entendimiento sabio y una idiota voluntad. Lo demás es comedia. Y nos interesan tales datos porque se ajustan o puedan ajustarse a Tirso. Pero sigamos tras otros pasos.

En *Amar por señas,* hay un Gabriel, lo mismo que *En Madrid y en una casa.* Gabriel se llamaba Tirso de Molina; ¿cómo son estos dos Gabrieles?

El de *Amar por señas* resulta ser Duque de Nájara y Marqués de Aguilar. Consultadas las modernas Guías de la nobleza española, el Duque de Nájera lleva, en efecto, el Marquesado de Aguilar de Campó. Ahora bien: según Doña Blanca de los

Ríos, Tirso fué bastardo del Duque de Osuna. Tirso hubiera podido declarar hijo bastardo de este Duque al Gabriel de la comedia, pero le resultaría demasiado descaro, y le sustituyó por el de Nájera, disimulando un poco la ortografía —Nájara por Nájera. El encubrimiento resulta a medias, como descote de mujer o falda que se abre lateralmente.

He aquí el pasaje en que se habla de esto:

Don Carlos

Duque que a Castilla ha dado
sangre real; duque, en efeto,
de Nájara, que en secreto
es mi igual, y es mi criado.

Beatriz

Válgame Dios, ¿Don Gabriel
es Duque? ¿Es tan gran señor?
. . . .

Carlos

Y Marqués
de Aguilar.

Este Gabriel resulta ser buen tipo, esforzado en las justas o torneos y primera figura en los bailes cortesanos. "Adonis de tal salón", le llama un criado. Pero, a pesar de esto, Gabriel huye de la corte francesa y de la mujer que le fascina, porque ésta, llamada Beatriz, es la prometida del Duque de Orleans. Gabriel, por miramientos, por no jugarle una mala pasada a su protector, dice que prefiere poner tierra por medio, huir a España. Pero Beatriz, se las compone para cortarle la huída, atraerlo misteriosamente a Palacio y someterlo allí a las torturas de un jugueteo bastante infantil que no nos importa en este estudio. Lo que nos importa es la cortedad de Gabriel, su intento de escapatoria y el ser juguete de tres mujeres.

Veamos ahora cómo es el Gabriel de *En Madrid y en una casa.* Un tipo seductor, grato a las mujeres, como el de la comedia anterior, pero vacilante, que duda ante tres bellezas. Lo mismo que le ocurre a un Don Juan que figura en *Los balcones de Madrid.* Total, un carácter indeciso, voluble, como se comenta en estos versos:

Tu verás el Don Gabriel
los purgatorios que pasa
en pena de ser mudable
hasta alcanzar de tu amor
la gloria. . .

Y en estos otros:

Mas perderé a Don Gabriel
si sale una vez de casa.
Que en tal liviandad se funda
que en viendo beldades fuera,
no dura más la primera
que en llegando la segunda.

Esta condición veleidosa, femenina, común en muchos de los galanes de Tirso, y sobre todo en este Gabriel, parece que le obsesiona al autor por algo muy íntimo. Es como su tormento y su tara. Todavía se nos dice algo de su biografía en la misma comedia.

Que era su nombre Don Gabriel Zapata;
que inquietas mocedades,
traviesas amistades,
juegos y desperdicios,
su valor eclipsaron con sus vicios,
sin que ninguno (o pocos)
sus descaminos locos
sintiere lastimado,
pues él su perdición se había buscado.

¿No vemos aquí reflejarse la suerte de Don Juan Tenorio y su libertinaje? Don Gabriel no será lo cruel que el burlador —todavía no es tiempo, diríamos— pero ya es un tarambana.

Travesuras vuestras
consumido os han
si no la salud
la opinión, que es más.

le dice una máscara en la misma obra. Y él confiesa su estado indeciso de este modo:

Confusa estrella es la mía.
Cuando a la bella Leonor
se iba inclinando mi amor,
y luego a la tiranía
de aquél monjil hechicero,
Serafina se atraviesa.
Yo muero por la condesa,
y también a Leonor quiero.

Es la misma condición veleidosa de un Don Juan en *Los balcones de Madrid*:

¡Tanta mudanza en Don Juan!
¡Tan poco amor en su pecho!

En esta comedia, que es cronológicamente la anterior al *Burlador,* Don Juan es un débil juguete de dos mujeres, inestable, sin equilibrio moral.

La convicción adquirida al leer tanta comedia de Tirso es que en torno a esta preocupación del carácter débil, vacilante ante la mujer, gira toda su producción, llegando a cuajar su angustia en una obra que es vengativa. Y que de esta obra salen por reacción otras oponibles, como *La dama del olivar,* donde la heroína, Laurencia, es la encargada de vengarse de los hombres estupradores. Al verse burlada por Don Guillén, se viste de hombre y se lanza al monte como capitana de bandoleros. He aquí su declaración:

No ha de quedar hombre a vida
de cuantos a nuestras manos
vinieren, ya sean villanos,
ya de sangre conocida;
que quiero, por estos modos,
ya que mi amor banderizo,
que el mal que un hombre me hizo,
lo vengan a pagar todos.

Como se ve, es el mismo tema de Don Juan, el mismo problema llevado al terreno femenino. Ahora es la mujer la que se venga; antes era Don Juan quien odiaba y castigaba. ¿No es lógico pensar y preguntar por qué odiaba y castigaba Don Juan? Pero aplacemos todavía la contestación, aunque ya va latiendo en todo lo que decimos.

Otra huella biográfica encontramos en *La ventura con el nombre.* Ya este título me hizo sospechar que encerraba misterio. Y un misterio como el que esperaba descubrir en el nombre de DON JUAN. ¿Cómo se le ocurrió a Tirso pensar que el nombre lleve consigo ventura?

Pues bien, fijémonos, porque en todo lo que sigue hay sutileza. Comienza el autor por llamar Ventura al pastor que va a ser afortunado. Pero, llama Tirso a otro pastor, y entre ambos reparte datos que parecen biográficos. Es decir, que Tirso se desdobla en esta ocasión, para mejor velar lo personal. El clasicismo rehuía la exhibición; pero no hay obra literaria humana donde no queden huellas biográficas.

Ventura es un pastor aficionado a los libros (cosa no imposible, pero rara), hijo de un padre desconocido y de una zagala muy guapa. Un origen parecido al del Melancólico y la misma afición a los libros. Lo cual es Tirso. Pero todavía coincide con *El melancólico* en otra cosa: en que así como al final se descubre que el melancólico es hijo bastardo de un duque, Ventura resulta hijo de un rey, Segismundo.

Y cuando se descubre esto, Ventura exclama:

Libros quiero, no diademas;
humildades, no arrogancias;
quietud busco, no desvelos,
no tronos: chozas me bastan.
Merezca yo esta merced.

Sustituyamos aquí chozas por celdas y veremos como tales imprecaciones le cuadran perfectamente a Gabriel Téllez. Hasta en citar la palabra Merced se diría que hay una explosión de su intimidad, como si dijera: Merezca yo estar en esta Orden.

Pues bien, a tales datos biograficos hallados en el pastor Ventura, agreguemos ahora los del otro pastor, llamado como él Tirso. Del pastor Tirso dice un compañero:

Tirso puede sentenciallo;
que después que es sacristán,
tiene seso, y no le verán
coprista.

Nótese: después de ser sacristán, es decir, después de vestir sotana, tiene seso, se ha hecho sensato. Y contesta Tirso:

Yo escucho y callo,
pero algún día habraré,
en dejando la trebuna;
que a fe tengo más de una
trabadura.

Balón

¿Vos?

Tirso

Sí, a fe.
Y que me lo han de pagar
más de cuatro motilones,
que ensuciando paredones
piensan que no he tornar
a dar a prumas mestizas
que envidiar y que roer.

Nadie puede dudar de que aquí habla Tirso autor de sus propias cosas. Alude concretamente a un epigrama mural que hicieron contra él y Alarcón. Pero lo que más me intrigó al leer el trozo fué aquello de: "yo escucho y callo". Porque, como luego veremos, escribió una comedia que se titula: *Quien calla, otorga.*

Sobre la discreción de Tirso hay otras frases en la comedia, pero no añaden nada biográfico ni psicológico a las presentadas.

En cambio, donde volveremos a encontrar de un orden y de otro es en *Quien calla, otorga.* Título que, como el de *La ventura con el nombre* me intrigó en su día.

Esta comedia es como se sabe, segunda parte de *El Castigo del pensé-que.* Y en la escena VII del acto primero, el criado Chinchilla, le reprocha a su amo Don Rodrigo, lo siguiente:

Saben que a Diana
perdiste, y a Oberisel,
por ser *corto y para nada.*
Hizo un diablo de poeta
de tu *historia* o *tu desgracia,*
una comedia en Toledo,
El castigo, intitulada
del pensé-que, que ha corrido
por los teatros de España,
ciudades, villas y aldeas;

y aunque ha sido celebrada,
todos te echan maldiciones,
porque siendo español hayas
afrentado a tu nación,
y con ella la prosapia
de los *Girones;* que dicen
que ninguno de esa casa
supo perder coyuntura
en amores ni en hazañas,
si no eres tú.

A lo cual contesta secamente Don Rodrigo: "Y dicen bien". Declaración patética en su sobriedad, porque es confesión. Don Rodrigo revela con ella que es como el poeta, es decir, Tirso, lo pintó en *El castigo del pensé que* o sea, un caracter tímido, indeciso, sin acometividad, impropio de los Girones. Pero, ¿quiénes son los Girones? Pues son sus parientes. Gabriel Téllez es de la familia Téllez Girón. Los Duque de Osuna llevan este doble apellido. De modo que Tirso al hacer el retrato de Don Rodrigo, hace el suyo.

Con esto llegamos a la siguiente conclusión: el bastardo Gabriel Téllez fué un temperamento apocado, indeciso, y acaso fué juguete de las mujeres en su mocedad, u objeto de sus desdenes. Esto pudo llevarle a la melancolía y a escribir *El melancólico.* Y pudo llevarle al claustro. Una vez en él, —como antes de entrar— le siguió persiguiendo su propia imagen de hombre inacabado, no definido, inhábil para la vida. Repitió en sus comedias este tipo con un tesón increíble. No se le olvidaba. Se le convirtió en espina venenosa. Quería sacársela. Inculpaba de su poquedad a las mujeres. Nos pinta la mayoría de ellas como enredosas e interesadas. No es extraño que su obsesión le llevase a tomar de la leyenda el gran personaje macho y vengativo de Don Juan Tenorio.

Sin describir otros muchos galanes que sin el nombre de Don Gabriel son tímidos. He preferido éste para conllevar la investigación de lo biográfico y lo psicológico.

Aquí podría dar por terminado mi pensamiento. Salí en busca de Don Juan en todos los Don Juanes pintados por Tirso, pero me encontré con Don Gabriel. Y, al fin de cuentas, Don Gabriel y Don Rodrigo Girón, que son Tirso en realidad, me explican el origen de Don Juan. La indagación no ha sido infructuosa. Pero he de remachar algunos tornillos.

Al insistir en la timidez de Tirso —en su timidez interna, no en alguna timidez literaria, que no tuvo— viene uno a pensar en la cobardía; palabra mayor. Y surge la pregunta: ¿no hay comedias del autor en que se presente al cobarde con claridad y rotundidad? Hallar tales comedias sería una buena confirmación de mi tesis, y, sobre todo de que empecé la indagación con absoluta honradez, sin prejuicios torcidos.

Y encuentro dos obras, *El mayor desengaño* y *El cobarde más valiente,* con dos primeras figuras, Bruno y Martín, que son prototipos de la cobardía. Bruno, mal estudiante, ama a Evandra. Bruno es desheredado por su padre a causa de estos amores; abatido por las contrariedades, hace confidente de sus cuitas al conde Próspero, alabando tanto a su amada que le despierta el deseo al conde y acaba éste por quitarle la novia en una escena bochornosa para Bruno porque no reacciona en hombre. Avergonzado de sí mismo, decide huir y pelear en las filas del Emperador de Alemania. Se porta heroicamente en la guerra; escala el primero el baluarte del enemigo; logra sacar una cautiva de las garras de la soldadesca; la lleva ante el Emperador, pero cae otra vez en la falta que cometió con Próspero. Tanto la pondera, que el monarca se enamora de ella. Y ella, que está agradecida a Bruno, y enamorada de él, se ve rechazada por este cobarde, temeroso de verse envuelto en líos. Bruno es subido a la privanza real, pero sobrevienen engaños y calumnias, y acaba perdiéndola. He aquí sus abatidas palabras, muy semejantes a otras que conocemos:

No más engaños de amor,
no más favores soberbios,
no más príncipes mudables,
no más cargos y gobiernos.
Peregrino he de vivir,
y pregonar escarmientos
por el mundo a los mortales;
conmigo el ejemplo llevo.
Quien desengaños buscare,
mercader soy que los vendo,
pues el mayor desengaño
puede en mí servir de ejemplo.

Así termina el segundo acto; y, en el tercero, Bruno se hace religioso, estudia teología en París, realiza unas oposiciones

brillantísimas a la cátedra que desempeñaba Dión, lumbrera de sabiduría y santidad; asisten a ellas los reyes y la sociedad cortesana; las bellezas le acorralan y le tiran indirectas tan directas como "¡ay, Bruno, yo os adoro!" O bien:

> Cuando lleváis la cátedra de prima,
> que vuestro ingenio exalta,
> decid, señor, ¿qué entendimiento os falta?

Bruno siente en el fondo de su alma tales acometidas, pero las resiste. Y en esto muere Dión, el sabio y santo; su cadáver es conducido ante los reyes, y ocurre algo insólito: el difunto se levanta por tres veces del ataúd; primero, para decir que es llamado a juicio (cosa que la concurrencia oye desconcertada, pues, al considerarle santo, le creían con derecho a pasar sin examen); después, para decir que está en juicio, y, últimamente, para decir que está condenado. Ante tal suceso, todos temen condenarse, y se disponen a llevar una vida ejemplar.

Al recapacitar sobre la vida de este Bruno vemos que su cobardía era fundamental; que su valor en un momento de guerra, fué temerario, como suele ser el valor de los cobardes; y, finalmente, que nos evoca aquellas palabras de Tirso citadas al principio:

> porque el hombre que es cobarde,
> siempre da por lo devoto.

Veamos ahora el héroe de la comedia *El cobarde más valiente.* Este personaje se llama Don Martín Peláez; es hombre robusto y fuerte, pero cobarde. Su padre, para tratar de corregirle, le ordena que se incorpore a la tropa del Cid Campeador, que es primo suyo, y que pelee con los moros. Don Martín obedece lleno de miedo; sale al campo de lucha, pelea, remata hazañas y hasta por él se logra la conquista de Valencia. El Cid está orgulloso del sobrino, pero la cobardía no se ausentó de él en ningún momento. He aquí algunas de las reflexiones que hace antes de entrar en combate:

> Ya las espadas previene
> el Cid; mostrar me conviene
> determinación resuelta
> de morir, antes que vea
> la infamia que engendra el miedo.

Empeñado estoy, no puedo
excusar la imagen fea
de la guerra; amigo adiós,
que ya suben a caballo.

El pobre Don Martín procura vencer su miedo para no quedar infamado, pero "no puede excusar la imagen fea de la guerra". Tiene miedo a la muerte, pero se echa en sus brazos temerariamente. Nos hace recordar las palabras de Séneca: "Lo uno y lo otro es cobardía: querer y no querer morir".

Otra de sus medrosas reflexiones es como sigue:

Esfuerzo mi valor tome
a ganar de comer hoy,
Martín, aunque el miedo os dome
de ver la espantosa lid,
porque en la mesa del Cid,
quien no lo gana, no come.

En fin, ¿para qué más? Las obras mejores y más famosas de Tirso se llaman: *El burlador de Sevilla, El condenado por desconfiado, El vergonzoso en Palacio, El castigo del pensé que.* Pues bien, apartando la primera, que es como reacción final de su apocamiento, nos quedan los dramas y comedias de un desconfiado, un vergonzoso y un titubeante o bueno para nada. Es decir, tres tipos temerosos, cobardes. Agreguemos dos títulos más que son también muy significativos de cobardía: *Cautela contra cautela* y *El honroso atrevimiento.* Con ellos y con todo lo analizado antes estamos seguros de que la línea de inmersión en la intimidad de Tirso no es errónea.

SALVEDAD. No quiero, sin embargo, que la figura literaria de Tirso, pueda quedar empañada con este trabajo de análisis psicológico y biográfico. Por algo le titulo: "Una línea en la intimidad de Tirso". Doy a entender así que en la frondosidad de su producción puede calarse con otras líneas o rectas iniciales igualmente esclarecedoras de su personalidad.

Tirso es un hombre rico en facetas humanas y literarias. Es alegre, descarado como la gran mayoría de los que visten hábitos, impulsivo; conoce a los cortesanos y a los villanos, en su psicología y sus respectivos lenguajes; él se expresa en un tono menor y llano, sin énfasis; sabe interesar desde que asienta

la pluma en el papel, y, aunque estemos convencidos de lo absurdo de muchas de sus fábulas, le seguimos arrastrados por su ingenio, frescura y gracia. Una de las líneas que podrían dar fruto en otra investigación estilística de su obra, sería la de anotar sus invenciones léxicas. Inventa palabras con la soltura o espontaneidad que distingue al pueblo andaluz. ¡Quién sabe si este misterioso hombre tendría en la corriente de su sangre un buen chorro vandálico, bético!

Contra el literato no va nada, pues, en esta indagación. Ni contra el hombre, puesto que la timidez. . . , seamos sinceros, es una dolencia muy de intelectuales. Una dolencia, dolencia humana, frente a la cual no tiene el historiador o investigador literario que adoptar posiciones de ataque ni defensa; se reducirá a constatar el hecho.

Claro está que sería interesante meterse un poco en el terreno de la psicopatología. Al novelista Pío Baroja le oí muchas veces decir que servirse de personajes patológicos es lo que hace interesantes las novelas.

¿Es que Tirso vislumbró esto? Pudiera ser. Pero la experiencia de mis lecturas me lleva más lejos; me convence de que la dolencia de los Gabrieles y de Don Juan la padeció el mismo fraile. Que la melancolía de su *Melancólico* fué la suya, y que su retiro de la vida no es más que la contracción del yo. La timidez. Y que ya enclaustrado le persiguió toda su existencia la idea de su fracaso.

Sabemos que la timidez trastorna el instinto sexual, no dejando que se desenvuelva normalmente; no dejándole que pase por las etapas naturales. Los Gabrieles y todos los demás galanes fluctuantes o tímidos que con otros nombres aparecen tanto en las comedias de Tirso, no pasaron de esa etapa inferior en que el hombre está todavía sin diferenciar a las mujeres; que van a ellas con un instinto primario, no selectivo; le basta que sea mujer. Y este mismo fenómeno se recalca en Don Juan Tenorio. No llegó nunca Don Juan al caso de selección de un Dante, que desde niño fué fiel a su Beatriz; ni tampoco al caso del tímido Amiel, el pobre profesor ginebrino. La timidez de éste es la de un hombre, como dicen los psiquiatras, superdiferenciado, es decir, de un hombre superfino, que teme no dar con la mujer elevada o sublime que él sueña o desea. Para ver la distancia en calidad y evolución que hay entre Amiel y Don Juan o Casanova, no tenemos más que pensar en

esto: en que Amiel muere asistido cariñosamente por dos mujeres que le adoraban; mientras que los dos atropelladores famosos mueren odiados por las mujeres.

Tirso se enclaustra, se cierra a la vida, como un caracol, y en su concha le da vueltas como un maniático al tema sexual de los tímidos y del burlador. Los demás temas son prestados por la historia o por la religión. El tema capital es el suyo propio. Tenía la vivacidad mental suficiente para presentar este tema de modo curioso y atractivo, en variedades infinitas; pero sin salir de él. Su mundo particular es el de los galanes tímidos y el del superosado Don Juan, que es otro ser que no pasó de la etapa "cínica" o indiferenciada, que dicen los psiquiatras.

Desconozco las investigaciones que hayan podido hacer últimamente en España sobre mi tema, sobre la intimidad de Tirso. No sé siquiera si la han iniciado. Pero creo que abordándola he conseguido ver unidad en la obra. Y esto es algo.

MARCEL PROUST, PROFUNDO SUPERFICIAL

por *Mario MONTEFORTE TOLEDO*

Si la "manera" de ciertos artistas se enreda en sus contemporáneos y aun en generaciones posteriores con una persistencia a veces intolerable, no es por casualidad ni por boga; depende de la puntualidad con que responde a la época que expresa, de la trascendencia de esa época en el tiempo y en el espacio, y de la falta de reciedumbre de los valores nuevos que la socavan.

La época no es abstracción ni ficción organizada para comodidad de juicio. Sería inútil, por ejemplo, negar las peculiaridades de lo que se llama "fin de siglo", durante el cual —y esto no debe confundirnos— se inician algunos de los movimientos artísticos más importantes de todos los tiempos. Para el efecto, lo que interesa señalar es esa conjunción de fenómenos económicos y estéticos que determinaron la trascendencia de Marcel Proust en las letras francesas, y consecuentemente en las letras de todo el mundo occidental: la decadencia final de la nobleza y el esfuerzo un poco vano de la alta burguesía para substituirla; la lucha de las minorías inteligentes contra el maquinismo y el materialismo, y la desesperada búsqueda de valores espirituales —en este caso, símbolos de una delicadeza sin precedentes desde el primitivismo—, que llegó a transmutarse, un poco intelectualmente, en una razón de vivir.

Como ocurre con la mayoría de los escritores que pudiésemos llamar "cíclicos", Proust se estudió e interpretó en cada país según el estado que allí guardaban las ideas estéticas y las realidades sociales que daban fisonomía a su obra. Para los ingleses —donde ya se anunciaba la vigencia de Yeats y de Joyce—, fué inmediatamente un simbolista; *À la Recherche du Temps Perdu* se estimó como una estructura sinfónica, con inmensos temas a la manera wagneriana —tan comprensible allá en el norte—; las imágenes de los poetas simbolistas se trocaban en Proust en personajes, situaciones, emociones obse-

sivas, actos recurrentes. Había dos referencias importantes para juzgarlo: Dickens, a pesar de su exuberante buen humor y de su moralidad protestante, y Henry James, con todo y su carencia del sentido del humor; y la circunstancia de su propia confesión, al afirmar que la literatura anglo-norteamericana había influído poderosamente sobre él —menciona en este sentido a George Eliot, Hardy, Stevenson, Emerson y sobre todo a Ruskin—. Los rusos reconocieron cuánto había asimilado de Dostoievsky. En España, preocupada entonces por Nietzsche y por los existencialistas nórdicos —a los que Proust tanto debe—, su sentido de la muerte y de la rebelión lo acercó a los hombres de pensamiento, aunque debidamente tamizado y hasta condicionado por lo que en los españoles será siempre un motor de realismo constructivo y de vida luminosa —Ortega y Gasset señaló inmediatamente en el novelista el pecado de *accidia,* esa simbiosis de indolencia y de tristeza que Dante representó como la inmersión eterna en el fango—. En Italia se advirtió que la tónica de su obra era la infelicidad irremediable del hombre, cantada por Leopardi con recurrencia desoladora.

En Francia, y a través de Francia, los contornos de Proust se universalizan. En tanto que varios poetas de extraordinaria calidad se repartían la tarea de interpretar la liquidación del siglo y el impacto de la época que de ahí surge, como novelista sólo él captaba el momento, con enfermiza hiperestesia. Se le exaltó inmediatamente; Anatole France, en el pináculo de su fama, prologó su primer libro, *Les Plaisirs et les Jours,* donde hoy podemos encontrar embriones de muchos de los "temas" que desarrolló en su obra posterior; en los círculos más importantes resaltaban como epítomes su excesiva elegancia de maneras, su autopiedad y la profesión de fe que hacía del buen gusto— una práctica del siglo XVIII y de todas las épocas en que las ideas estéticas prevalecen sobre los principios morales—. Es el continuador de Stendhal, de Flaubert y de Anatole France, con quienes tiene tanto en común, a pesar de que, a diferencia de ellos, jamás admitió la conformidad con la desilusión ni empleó el cinismo para confrontar los infinitos aspectos de la humanidad que le sirvieron en sus libros —de otro modo quizás se hubiera asemejado extraordinariamente a Wilde—. Tan francés por el virtuosismo del estilo, por su conocimiento de las letras de su patria y por su habilidad para re-crearlas, es más bien, por su sentido moral, una suerte de clásico de la lite-

ratura judía, capaz de indignaciones y de jeremíaca amargura ante la podredumbre de las gentes.

Con ductilidad de medium, Proust se beneficia de las mutaciones que la nueva época origina. Por primera vez en literatura, el dió el equivalente de la teoría de la física moderna, reorganizando el mundo de la novela desde el punto de vista de la relatividad, y analizó al hombre en las infinitas manifestaciones de su mente normalmente enferma, en los automatismos imperativos del sueño o de la vida, tal como Adler y Freud lo comprendían. Y con referencia a la escuela que arranca especialmente de él, lo más extraordinario es que ni la vida ni los que la viven dentro o fuera de sus libros lo hicieron un repetidor realista, simplemente un analítico de lo que es, porque poseía una notable fuerza intelectiva e imaginativa.

Su método, con todo y que por mucho tiempo seguirá siendo aprovechable, no justifica la continuidad de su influencia más que por la comodidad con que ciertos autores prefieren moverse por mundos ajenos en vez de inventar los propios. Lo que perdura de un escritor y sirve de guía a las nuevas generaciones no son los temas sino las ideas. Y como Proust inventó sufrimientos y descubrió dolores *estéticos* —porque esto y no otra cosa son los sentimientos de sus pillos, de sus homosexuales, de sus descastados—, no puede entenderse su genio sin la fijación de sus ideas estéticas.

II

La crítica, como base de valoraciones y de enunciación de preferencias, mereció por parte de Proust atención íntima. Creía que la labor del crítico es descubrir en el artista rasgos singulares y presentarlos como esenciales; relacionados estos rasgos entre sí puede reconstruirse la idea que el artista tiene de la realidad y el efecto que produce en su vida espiritual. Desde luego, este procedimiento no da sólo resultados objetivos, puesto que de un modo concomitante, la crítica nos enseña menos sobre el sujeto de ella que sobre las afecciones o desafecciones de quien la hace. Prolijo y a veces positivamente tedioso en sus descripciones, Proust era en cambio diáfano y conciso en sus juicios. Califica la obra de Balzac como "impura mezcla de ingenio y de realidad escasamente transformada", donde los personajes, a pesar del sustrato histórico que los alimenta, deben ser

completados por el esfuerzo del lector. Los *Aforismos acerca de la Sabiduría en la Vida,* de Schopenhauer, le pareció, entre todas las obras que conocía, "la que supone la mayor originalidad en un autor, con más lecturas". De Racine o de Saint-Simon —por él siempre alabados y en cierto modo seguidos de cerca— afirma que "sus obras se parecen a cosas hermosas que ya no se hacen". "Es la sintaxis viva en Francia en el siglo XVII —y en ella costumbres y un giro desaparecido del pensamiento— lo que nos place encontrar en los versos de Racine". Esta sintaxis, y la sintaxis de todas las épocas de Francia le eran familiares hasta un grado sorprendente aun en un escritor francés; muestra de ello dió con su libro *À la manière de. . . ,* donde desarrolla un solo tema como lo hubiesen hecho Balzac, Flaubert, Sainte-Beuve, Regnier, los Goncourt, Faguet, Renan y Saint-Simon, creando un método de crítica de insospechadas posibilidades.

Podría cualquiera deducir que semejante conocimiento de las letras francesas situaba a Proust al margen de lo que ocurría en otras partes; nada más falso. En sus libros aparecen autores españoles frecuentemente citados en sus opiniones medulares; Schopenhauer influyó en su concepto de la vida y de la suerte —he pensado con reiteración que Proust es como un personaje del gran loco alemán—; y una de sus obras más eruditas (*En Memoria de las Iglesias Asesinadas*), contiene un amplio estudio de Ruskin, uno de los escritores que más admiraba y que más influyeron sobre su inmenso sentido plástico. He aquí un juicio característico suyo: "Se dijo en un principio que era realista. Y en efecto, repitió a menudo que el artista debía limitarse a la pura imitación de la naturaleza, sin desechar nada, sin despreciar nada, sin elegir nada". "Pero se dice también que era intelectualista porque escribió que el mejor cuadro era el que encerraba los pensamientos más elevados". "Y como se dijeron tantas cosas contradictorias de Ruskin, se dedujo que era contradictorio".

Sus ideas con respecto a las artes plásticas guardan puntual relación con su propio método de escritor y con su peculiar interpretación de la realidad, para él tan llena de prodigiosas calidades. Concebía la escultura como Ruskin, en su sentido religioso, en relación con el infinito y con el tiempo; por eso cita con énfasis unas palabras en que el inglés dice que las estatuas de la catedral de Amiens están integradas a la severidad

mística del edificio, y "no como la cariátide griega, sin esfuerzo, o como la cariátide del Renacimiento, con un esfuerzo penoso e imposible, sino como si hubiera pasado a una forma de mármol eterno todo lo silencioso y grave y retirado al recogimiento, y rígido con un estremecimiento en el corazón y en el terror de la tierra". "La belleza dispone monumentos al modo mentido y feliz de un artista", dice él por su cuenta. Esta funcionalidad de la escultura le preocupa siempre que en devoto peregrinaje recorre las catedrales de Francia y de Italia, siguiendo los itinerarios de los sabios ingleses —él mismo hace notar que los ingleses han interpretado mejor que nadie la arquitectura de Francia—, itinerario que para un europeo occidental asume las proporciones religiosas que para un mahometano tiene el viaje a la Meca; así se explica que para él las estatuas son parte del mundo que las rodea, atalayas, símbolos de cada lugar, como si tuviesen grabada a los pies una leyenda que el mismo Proust propone: "Amad lo que nunca ha de verse dos veces". Atemperando su romanticismo en materia escultórica —porque Proust es tan contradictorio y tan complicado como sus personajes, como el hombre de su tiempo, "ser inseguro de ser"—, escribe: "La piedra esculpida por la naturaleza no es más instructiva que la piedra esculpida por el artista y no extraemos mayor provecho de la que nos conserva un antiguo monstruo que de la que nos enseña un nuevo dios".

Era Proust en pintura una rara mezcla de romántico y de realista, como buena parte de los hombres de fin de siglo —no encontramos en toda su obra sino muy raras veces, menciones a los grandes pintores que le fueron coetáneos, y esto en forma de referencias personales sin espíritu crítico—. "Un cuadro es admirable en razón de la cantidad y de la importancia de los datos que nos proporciona acerca de las realidades", dice. Pero, ¿cuáles son estas realidades para Proust? ¿Las realidades intelectualizadas, de Flaubert? ¿Las brutalizadas, de Zolá? ¿Las pretendidas y simbólicas, de los primitivos? ¿Las transpuestas, de los surrealistas? Sólo leyéndolo cuidadosamente comprendemos que para él la única realidad es la *artística*. Por eso dice de él Anatole France: "Confieso que esos sufrimientos inventados me resultan infinitamente interesantes y valiosos, etc." Quizás esta frase resuma mejor que los numerosos juicios que le merece la pintura, el concepto que Proust tenía al respecto: "La belleza de un cuadro no depende de las cosas que representa"

sino de su individualidad y de la impresión que tales cosas nos dan, "si llevan en sí, como un reflejo, la impresión que le dieron al genio". Y luego: "Esa apariencia con la que nos encantan y nos desilusionan los artistas, y más allá de la cual quisiéramos llegar, es la misma esencia de esa cosa en cierto modo sin espesor —espejismo detenido en la tela—, que es una visión". En la difícil posición del literato que por la estética de su propio oficio interpreta los problemas de las otras artes, jamás llega a la confusión de valores —"invasión de campos distintos", la llama Cardoza y Aragón—, y como si presintiera ciertos rumbos viciados del arte pictórico contemporáneo, expresa: "La pintura no puede alcanzar la realidad como un objeto y rivalizar por ahí con la literatura, si no es a condición de no ser literaria".

En música su posición es en cierto modo desconcertante. Poseedor de finísimo oído musical —como se deduce de su dominio del idioma y de su destreza para arquitecturarlo—, presentía ritmos y sonidos hasta en los aparatos y máquinas contra los que tantos de sus personajes abominan. "El hombre aprende en su propia obra sonidos y ritmos; he aquí el secreto de la infinitud de la música", ha dicho Stravinsky—. En su período de poeta, al tiempo de publicar *Les Plaisirs et les Jours,* hizo entusiastas retratos poéticos de pintores —por cierto de algunos bastante mediocres— y de músicos. Sólo la variedad abrumadora de su obra, la dispersión de su mente de escritor, el simbolismo que atribuía a los hechos más nimios y su naturaleza, tan representativa de la época en que vivió, explican que haya admirado a un tiempo a Gluck, a Wagner y a Mozart; y que haya escrito además cosas como ésta: "Odiad la mala música, no la despreciéis. Así como se la toca y se la canta mucho más, mucho más apasionadamente que la buena, mucho más que ella se ha llenado poco a poco con el sueño y las lágrimas de los hombres. Que por eso sea venerable. Su lugar, nulo en la historia del arte, es inmenso en la historia sentimental de las sociedades". Esta frase, completamente "burguesa" no es óbice para que Proust declare, en un arranque de sus típicas exaltaciones sin las cuales por otra parte no concebía la obra de arte, que él oye en la música "la más vasta y la más universal belleza de la vida y de la muerte, del mar y del cielo".

Al tratar del concepto que Proust tenía de la literatura, nos acercamos aún más a la fundamental superficialidad de sus ideas estéticas, cual si por extenderse y multiplicarse los caminos de

su expansión, el mundo de los sentimientos y los "dolores de arte" que vive en su novela fuese cobrando menos espesor. "El tema del novelista, la visión del poeta, la verdad del filósofo, se imponen de una manera casi necesaria, exterior, por así decirlo, a su pensamiento. Y sometiendo su espíritu para ofrecer esa visión, aproximándose a esa verdad, es que el artista llega a ser verdaderamente él mismo". La relatividad, pues, no era para él sólo una cuestión de cuantos y de esencias, sino hasta de condicionamiento de la posición del artista frente a la materia de su oficio. "El supremo esfuerzo del escritor como del artista sólo llega a levantar parcialmente para nosotros el velo de fealdad y de insignificancia que nos deja sin oscuridad frente al universo", declara, en una frase que suscribiría Sartre. Sería insolencia pretender llegar más lejos, puesto que nadie nos está pidiendo que aclaremos los misterios, dice más tarde, fijando su posición y haciéndonos completamente claro este pensamiento, que es el núcleo de su sistema: *El fondo de las ideas es siempre la apariencia en un escritor, y la forma, la realidad.* Junto a la admonición del clásico judío ("Todo vanidad. . ."), la honda superficialidad de esteta intérprete de un continente amenazado con breves postrimerías.

Penetremos aún más en sus ideas estéticas, para sondear la hondura de su superficialidad o la superficialidad de su hondura. En crítica, pintura, escultura, música o letras, hemos visto que ciertos conceptos retornan indefectiblemente: "mentira", "superficialidad", "visión", "impresión", verdades incompletas del artista en su obra y en él mismo. ¿Podría llevarnos esto a la conclusión de que como escritor le preocupa su propia obra en relación con el efecto que causará a los demás? De ningún modo. "Cuando uno trabaja para conformar a los demás es posible no tener éxito, pero las cosas que uno hace para conformarse a sí mismo tienen siempre la posibilidad de interesar a alguien"; y ya sabemos que el gusto de Proust no era de los que se conformaba con poco. Al calificar mejor la substancia de su mentira, afirma: "Hablando con propiedad, no hay belleza totalmente mentida, porque el placer estético es el que acompaña precisamente al descubrimiento de una verdad". Su culto por la forma, su procedimiento de clásico, que le hacía reverenciar a los griegos —"quienes nos enseñaron aproximadamente todas las ideas verdaderas y dejaron a los escrupulosos modernos el cuidado de profundizarlas"—, es el contrapunto de su otro

culto, el de la diversidad tormentosa de sentimientos internos que hacen actuar al hombre de modos diversos y todos importantes; el mismo culto de Goethe, que sostenía que "sólo hay poesía en las cosas que uno aun siente". Su obra entera se escalona entre esas dos polaridades, y aun entre muchas otras, como lo demuestran sus personajes, continuamente sujetos a descargas formadoras y destructoras.

A veces parece a punto de fundir su arte en lo tierno y lo verdadero, cual lo entendía Ruskin. "Creedlo", decía éste: "la primera característica universal de todo arte grande es la ternura, como la segunda es la verdad". Entonces pensaba que los hallazgos artísticos surgen hasta que los sentimientos se satisfacen y se consumen (mejor que nadie lo ha expresado la condesa de Noailles: "Regardez bien l'étang, les champs, avant l'amour; car, après, l'on voit plus jamais rien du monde"); pero otras veces nos habla de la quietud de la creación, de la helada y estable disposición de los elementos de la obra, evocando en nuestra mente esta frase de otro gran contradictorio, Miguel Angel: "Advertid que la calma es el atributo del arte más elevado". Igualmente se nos escapa de las manos cuando parece ser un simbolista; por ejemplo, al afirmar que "la Belleza no puede amarse de un modo fecundo si sólo se la ama por los placeres que proporciona" —tan cerca entonces de Mallarmé, que enseñó al mundo que "la carne es triste". Un tanto panfletariamente, dice en cambio que "en la vida somos libres, pero con objetivos; hace tiempo que se superó el sofisma de la libertad de indiferencia". Mas en su obra como tal, o en sus ideas estéticas, no encontramos cada una de estas características, sino todas ellas, o mejor dicho ninguna de ellas de modo permanente y estable. A veces tierno, otras verdadero; a veces en calma, las más en plena antiquietud y vértigo; y nunca dijo, en teoría o en práctica, de qué otra manera hay que amar a la belleza sino por los placeres que proporciona, o cuáles son los objetivos que condicionan la libertad del hombre.

Aun lo que dije anteriormente, que por su sentido moral podría tomarse como un abstruso e indignado clásico hebreo, hay que aceptarlo con beneficio de inventario. Proust, que era judío por su madre, tenía la formación cristiana de la mayoría de los franceses cultos de la segunda mitad del siglo pasado. Quizás menos cristiana que religiosa, pero con una religiosidad más próxima a la forma que al esoterismo, más estética que

moral. De la Biblia cita los Salmos y las más desoladas Lamentaciones; en cambio, como lo haría Maritain, también se apoya en San Pablo, el más intelectual de los discípulos de Cristo. Pero ni su estructura minuciosa de judío ni su cultura de cristiano hacen de él un moralista. En el universo de las ideas religiosas lo que le interesa con preponderancia es la rebelión, tan admirable y tan constructiva en los tiempos de los furiosos papas medievales; y por ella llega a la fundamental antirreligiosidad, a la destrucción del concepto de la muerte a través de la perdurabilidad de la obra de arte —que no muere "porque ha vivido"—, y al reconocimiento de la nada, siempre próxima y amenazadora —"la nada que nos oprime", dice con frecuencia.

Por este camino pudiésemos concluir que Proust era un "inmoralista", si no como Gide, cuyos trasgos nos irritan y sublevan a pesar de sus esfuerzos por presentárnoslos como seres normales, al menos como los autores de la picaresca española, que tienen la virtud de hacernos sonreír con amplio perdón y tolerancia para todos sus degenerados y sus mangantes. Pero el inmoralista es siempre un hombre de una dialéctica profunda, no muy distinta de la del profeta, y Proust era demasiado superficial para ello. Siempre atenuante, siempre relativo, nos dice: "No es que sean muy fuertes el infinito, la cantidad, la nada; es que mi pensamiento no es muy fuerte". Y en otra oración, aun más concreta, desmantela cualquier duda que pudiese cabernos: "Nunca he pintado la inmoralidad más que en seres de una delicada conciencia. Por eso, demasiado débiles para querer el bien, demasiado nobles para gozarse plenamente en el mal".

Si su sentido moral es como el de sus innúmeros personajes, demasiado débiles para buscar el bien y demasiado amantes de la belleza para gozarse en el mal plenamente; y si su cristianismo es una religiosidad de catedrales y de pinturas, de estatuas y de incunables, renacentista, irreverente, tan distinto al trascendental sentido del alma humana en su mayor altura, como el de otros europeos, Dante o el Greco por ejemplo—, nos queda en pie para interpretar y definir su honda superficialidad únicamente lo que en él era positivo e irreductible: sus "dolores de arte", su fe en lo esencial de las cosas estéticas, aunque por otros conceptos sea monstruoso y transitorio—, en esas verdades que como decía Renan en una de sus páginas más

demoníacas, "dominan la muerte, impiden temerla y casi la hacen amar".

III

PROUST no se explica, pues, fuera de un mundo que se derrumba, de una época que finaliza lanzando destellos hermosos, efímeros y últimos, como todas las decadencias; no se explica ya sino como un gran historiador de la sociedad capitalista europea, con sus refinadas y superestructuradas manifestaciones.

Por eso me extraña que aún influya a muchos escritores de América, y que los influya en el peor sentido: haciéndolos inventar clases u hombres que no son representativos ni trascendentes en nuestra hora y punto.

Porque en un continente semibárbaro, vital, barroco y tan lleno de conmociones anunciadoras, como el nuestro, compagina mal el existencialismo literario y la superficialidad de Marcel Proust, por más honda que sea.

LA RESOLANA

Por *María Rosa OLIVER*

JUNTO con su testamento, en que me legaba el campo *Los paraísos* y pedía que con la renta de su pequeña fortuna se instituyera un premio dedicado al mejor trabajo que sobre investigaciones psíquicas se publicara en el año, mi tío Demetrio Arizaga dejó un sobre. En él decía que sólo yo debería abrirlo, leer su contenido y decidir si éste debía de publicarse o no.

Apenas vi las veinte páginas escritas a máquina en papel tamaño carta, supe lo que había estado haciendo tío Demetrio después de almorzar, cuando se encerraba en su cuarto y lo oía caminar de largo a largo, teclear lentamente por un rato y después caminar de nuevo. ¿Intuiría que aquel sería el último verano que pasaría en *Los paraísos?* ¿O pensando en la muerte repentina de mi madre, su única hermana, creería que él también podría morir? Son éstas preguntas que me formularé inútilmente, —tan inútilmente como la de si se ahogó en el río por accidente o no.

Creo innecesario advertir que si bien tío Demetrio leía mucho, jamás demostró tener la menor inclinación literaria; de ello se dará cuenta el lector apenas comience a leer lo que sigue.

Los Paraísos, F. C. O. Marzo de 1931

A PESAR de que la ciencia progrese y lo que ahora nos parecen fenómenos sobrenaturales dejen de serlo, siempre quedará algo que el hombre no podrá explicarse; no me cabe duda, sin embargo, de que lo relatado en estas páginas tendrá algún día su explicación científica. Esta convicción, sin duda, impidió que mi vida se modificara.

El calor fué persistente en el verano de 1912: el pasto amarilleó antes de lo habitual y se produjeron varios incendios de campo.

A Celina, mi hermana gemela, y a mí, que teníamos entonces diez años de edad, pretendían encerrarnos en la casa durante las horas de sol alto. Apenas intentábamos poner los pies afuera, mi madre o Laura, la niñera, ponían el grito en el cielo diciendo que nos iba a dar una insolación o un tabardillo, palabra ésta que me sugería la picadura maligna de un insecto pequeño. De nada valía que prometiéramos no quitarnos los sombreros de brin y permanecer a la sombra de los árboles. Si insistíamos, mamá salía de su cuarto con una *matinée* de festón inglés bien almidonada, un tul en la cabeza y, a menudo, con dos rebanadas de papa pegadas a las sienes, y nos decía con voz plañidera: "¿Quieren que me dé más jaqueca? ¿Quieren que su madre se muera?". Si bien sabíamos que mamá no podía creer que nosotros queríamos su muerte, y percibíamos el leve, casi imperceptible dejo de teatralidad que se colaba en su voz cuando decía esas palabras, conseguía su objeto: íbamos a nuestro dormitorio y allí nos quedábamos quietos sacando de entre los tablones del piso con la punta de un alfiler las mostacillas de colores que Celina dejaba caer al enfilar los collares de sus muñecas, pegando calcomanías en un cuaderno de tapas de hule, o jugando a que el hogar de la chimenea con su capuchón de fierro negro era una fortaleza que mis soldados debían defender o tomar por asalto.

Una mañana, pese a que el día se anunciaba como el más sofocante de todo el verano, mi madre tuvo que ir con mi padre a Buenos Aires. Al subir al *break*, y luego de besarnos recomendándonos que nos portáramos bien, le dijo a la niñera que aprovechara esas horas tempranas para ventilar los cuartos y asolear la ropa de cama. Apenas el coche charolado se alejó en una nube de polvo por el camino de paraísos que corría a la izquierda de la casa, nos fuimos a jugar a la hamaca y los trapecios que colgaban de una viga entre dos eucaliptos del monte. Desde ahí veíamos, tras las rejas de las ventanas abiertas de par en par, el ir y venir de las criadas, atareadas con el encargo que mamá les había dejado, y sus entradas y salidas de la casa para tender sobre los bancos del jardín y las sillas de mimbre, sábanas, frazadas, almohadas y colchas. Advertí entonces que si el lino y la lana blanca entonaban con los árboles y el sol, las colchas de nuestras camas, de fondo rojo y con calabazas amarillas como las de los chales de cachemir, desento-

naban agresivamente en el claro del monte de eucaliptos donde las habían colocado.

A las once y media nos llamaron para almorzar. Cuando terminamos, al cruzar el patio interior, vimos, recortándose contra el gris celeste del cielo, una infinidad como de papelitos que un viento de hornalla empujaba, rumbo al Sur, haciéndolos revolotear. Algunos cayeron sobre el broquel del aljibe. Me fué fácil atrapar la mariposa cansada del largo vuelo; vi entonces que no eran blancas como en el aire parecían, sino de alas amarillentas con finísimas nervaduras verdes. En la habitación donde la niñera nos encerró en seguida, la mariposita batía sus alas cada vez más débilmente en mi mano, pintándome la palma y las yemas de los dedos con un polvo impalpable y graso como polen. No sé si por repugnancia o piedad decidí soltarla afuera para que prosiguiera con sus compañeras el vuelo hacia el Sur.

Creyendo que Laura se había alejado por la puerta trasera para ver a su novio, el cochero, que en ese momento debía estar en la casa de los peones o en el galpón, Celina y yo nos pusimos los sombreros de brin blanco, abrimos con cuidado la puerta de entrada y salimos.

Ya nos habíamos alejado algunos pasos y soltado la mariposa, cuando la niñera llegó corriendo desde el fondo de la casa, se paró bajo el alero de la terraza y aparentando que la luz la enceguecía, nos gritó:

—¡Van a ver: los va a agarrar la resolana!

En lugar de hacerle caso, nos alejamos más aún por el camino de paraísos que partía de la terraza y dividía en dos el monte de eucaliptos. Laura nos miró un momento, luego levantó los hombros y, refunfuñando, volvió a entrar, dejando la puerta apenas entornada.

Quedamos solos bajo el sol que caía a plomo; solos en el parque reverberante de espejismo; solos en el aire denso de olor a eucalipto. Era una soledad abrumadora y propicia para que se cumpliera la amenaza de la niñera. ¿Quién podría ser esa persona antes nunca nombrada? ¿Cómo sería? ¿Por dónde llegaría?, —me preguntaba sin decir nada a mi hermana, que, tomada de mi mano húmeda, miraba embobada el continuo pasar de las mariposas. Y yo, debo confesarlo, si miraba hacia el cielo, era para no mirar a otra parte; pero la interminable migración blanca pasaba ante mis ojos sin que la viera, mien-

tras todo a mi alrededor cobraba una intensidad que agudizaba mis sentidos y detenía el tiempo; el insistente canto de las chicharras parecía ser el de la vibración misma del aire que hacía arder en llamas líquidas las lejanías; bajo las suelas de mis sandalias la tosquilla crujía con ruido calcáreo de huesos secos, y en la rama alta y pelada de un eucalipto el pájaro negro que solía posarse allí hubiérase dicho inmovilizado para siempre.

En pleno mediodía intuí, de repente, una presencia invisible como las que se adivinan en la oscuridad por una respiración o latido que no existen; en plena soledad la sentí a mis espaldas como en una multitud sentimos la única mirada que cae en nuestra nuca. Lenta, muy lenta y cautelosamente, me volví y miré hacia el claro del monte de eucaliptos.

Al comienzo creí que era una de las colchas de cachemir rojo olvidada sobre la silla; pero en seguida se movió. Yo debí de apretar involuntariamente la mano de Celina, porque ella se volvió también; miró hacia donde yo miraba y dijo:

—¡La Resolana!

Estaba agachada recogiendo leña con movimientos lentos, cansados, de mujer vieja. El pañolón rojizo, con calabazas color naranja y ramazones verdinegras, la cubría como manto de la cabeza a los pies. Calculo que estaría a unos treinta metros de distancia, porque veía muy bien sus manos sarmentosas, morenas y delgadas; pero no oía el ruido de las ramas y cortezas que iba recogiendo. Levantó la cabeza y fijó en nosotros unos ojillos negros y oblicuos, unos ojos indios como su cara de pómulos altos y con el color y el bruñido que adquieren los mates muy usados. En realidad la cara cobriza no tenía edad; mas bajo el pañolón escapaban a cada lado unos mechones de pelo blanco.

No sé cuánto tiempo nos habremos mirado; a mí me pareció una eternidad, y que éramos nosotros los intrusos, los extraños, en ese instante interminable y en ese lugar solitario cuya dueña y señora única era ella. Cuando cantó un benteveo, se irguió y se puso a reír sin dejar de mirarnos. Reía con la cara, con el pecho opulento, sacudiendo el cuerpo entero. Si no hubiera reído, tal vez nos hubiéramos quedado mirándonos por los siglos de los siglos. Fué su risa lo que nos hizo sentirnos a su merced, correr hacia la casa, subir en dos saltos la escalera de la terraza, entrar y cerrar la puerta con violencia.

Sólo al respirar hondo en el cuarto semi-oscuro me dí cuenta de que no había oído sus carcajadas. Solté la mano de Celina y fuí a la ventana; miré por entre los barrotes de hierro: nadie estaba fuera.

Mi hermana se había detenido en el centro de la habitación, jadeante y con los ojos grises muy abiertos, muy brillantes en el turquesa pálido de las ojeras húmedas. Le dije que no tuviera miedo; que la mujer se había ido ya.

—No tengo miedo y no puede irse, contestó con aplomo, echando hacia atrás su flequillo negro.

—¿Por qué no puede irse?

—Porque pertenece a esta hora. . . es la mujer del sol.

La seguridad con que hizo esta afirmación me dejó perplejo. Por un segundo hasta creí que se estaba burlando de mí, porque, además, jugueteaba mecánicamente con sus dos trencitas como lo hacía cuando se sentía superior; pero lo que acababa de decir era lo mismo que yo había pensado sin saber concretarlo en palabras. En seguida, recordando que fué ella quien la nombró, le pregunté cómo la había reconocido.

—Vos me lo dijiste —contestó.

—No, vos la nombraste primero.

—No, acordate: fuiste vos. . . fuiste vos. . .; pero ahora me querés echar la culpa; siempre hacés lo mismo —dijo, rompiendo a llorar.

—¿La culpa de qué?, decime: ¿la culpa de qué?

—De haber visto lo que nadie ve —chilló entre sollozos.

Un escalofrío me corrió por la espalda mientras Celina se esforzaba por seguir llorando. Su llanto atrajo a la niñera; pero cuando ésta, mirándome con severidad, preguntó qué le había hecho a mi hermana, Celina se quedó callada. Adivinando una complicidad entre nosotros, Laura nos tomó de los brazos, nos arrastró al dormitorio y nos dejó allí encerrados con llave.

El aposento en penumbra tenía frescura de cántaro y olor a estera y piso encerado. Celina se echó sobre la cama y empezó a llorar de nuevo; pero yo sabía que lloraba sin ganas y para ocultar otra emoción. De pronto se cansaba, me miraba de reojo y volvía a tratar de hacerse la víctima. Se cansó de lloriquear después de ver repetidamente que yo alineaba mis soldaditos ante la chimenea; con los ojos secos y la voz indiferente, se incorporó sobre un codo, y señalando la colcha doblada a los pies de la cama, me preguntó:

—¿A qué se parece?

Sí, la colcha se parecía al manto de La Resolana; pero recordando a aquélla tal como la había visto por la mañana aireándose en el claro del monte, advertí que la diferencia consistía en que los colores de la colcha eran artificiales y los del pañolón de La Resolana naturales.

—No se parece a nada —le dije a Celina, mas se quedó dormida mientras yo había estado comparando los colores.

Aquel día mis soldados no tomaron por asalto la fortaleza; sólo podía pensar en la extraña mujer que hacía unos instantes había visto. Pero, ¿es en realidad extraña?, me pregunté, acostándome de espaldas sobre la estera y cerrando los ojos para recordarla con mayor exactitud.

Sin confundirse con lo que la rodeaba, era igual a ello: tenía el color de las ramas secas y de las cortezas que pendían sueltas de los troncos de los eucaliptos; su manto parecía tinto en la savia de la hojarasca tostada y las calabacitas impresas en él eran llamas amarillas que subían con la ondulación del espejismo. Subían serpenteando como lenguas de fuego que el sol hubiera encendido dentro de mis párpados cerrados. Y las llamas, al ascender, derretían el aire; lo convertían en agua, un agua muy llena de luz en la que nadaban horizontalmente hacia el sur miles de pececitos plateados. También la mujer comenzó a flotar en el líquido luminoso y sus mechones blancos se movían pausadamente como aletas de bagre; flotando entraba por la ventana y, dando vueltas sobre sí misma, descendía con lentitud, echada boca abajo, sobre mí; haciéndose cada vez más grande y riendo con una risa que en lugar de sonido dejaba escapar burbujas. La Resolana me iba a agarrar; pero yo no podía gritar porque estaba dentro del agua. Cuando me volví para no verla caer sobre mí, sentí la uña de un índice huesudo clavarse en mi costado. . .

Entonces desperté y, metiendo la mano entre el piso y mis costillas, saqué el soldado de plomo con cuyo fusil me había pinchado.

El calor fué más intenso aún al día siguiente. No se movía una hoja de los árboles sedientos y cubiertos de polvo. El cielo de un gris candente me causaba mayor malestar que a los demás porque tenía la misma luz que el agua de mi sueño. Los

ojos me ardían, sentía una ligera náusea y en el almuerzo no pude probar siquiera las croquetas de pollo y el dulce de leche. Mi falta de apetito y mi aire amodorrado alarmaron a la niñera.

—Te ha de haber agarrado la resolana —dijo, mirándome por sobre la mesa.

Celina y yo bajamos los ojos, fijándolos en los platos. A mí me pareció raro que si estaba ahí, ahí en mi silla, ante mi mesa y frente a mi plato, La Resolana me hubiera "agarrado". Lo que Laura quería decir era que me había tocado; pero ella no podía saber de mi sueño, si bien parecía ser la única persona en la casa que no ignoraba la existencia de la mujer que habíamos visto.

—Parecen pollos apestados —dijo, levantándose de su asiento. Ahora van a dormir hasta que los despierte.

Con aire decidido pretendió arriarnos hacia el dormitorio sin dejarnos ir antes a ver a mamá, lo cual me hizo sospechar su temor de que el descuido del día anterior llegara a saberse. Me zafé de su mano y crucé el patio disparado. Mamá cosía sentada junto a la ventana que daba a la terraza cuyo alero era "una pestaña más", según solía decir. Me acerqué a ella, apoyé las manos en el brazo del sillón y el mentón en su cabeza; aspiré el olor a los jazmines del país que se ponía en el pelo y miré por entre los barrotes de la ventana.

La vi. Avanzaba lentamente hacia el mismo lugar del día anterior, siempre recogiendo ramitas con movimientos despaciosos y envuelta en el pañolón, que debía darle mucho calor, aunque la defendiera del sol.

—Mi hijito, me sofocás —dijo mamá moviendo la cabeza y tratando de apartarme un poco; pero yo tomé su cara entre mis manos y la volví hacia la ventana.

—Mirá, mirá a la vieja —le dije.

—¿Qué vieja? —preguntó—, yo no veo nada que se parezca a una vieja.

—¡Sí, mamá, ahí, entre los árboles!

—Que imaginación tenés: esas son las cortezas que caen como los andrajos de un manto de mendiga.

—No, mamá, se parece a los troncos, pero se mueve. ¿No la ves? —insistí, apretándole las mejillas para que siguiera mirando.

—Ay, Dim, no seas cargoso ¡Dejate de pavadas! ¡Quién ve fantasmas a medio día! —exclamó, levantándose del sillón y cerrando los postigos.

Laura, con Celina de la mano, abrió la puerta que daba al patio y se detuvo en el vano tratando de adivinar si yo le había contado algo a mi madre; pero al ver que ella estaba guardando tranquilamente su costura, se atrevió a hablar.

—Señora, los traje a que le dieran un beso antes de irse a dormir.

—Sí, necesitan dormir una buena siesta: Dim está muy nervioso, —dijo mamá dándome un beso en la frente.

—Es la calor, señora —se apresuró a explicar Laura, mientras comenzaba a guiarnos con gestos inusitadamente suaves hacia el dormitorio.

Ya no me cabía duda: la niñera tenía miedo y no sólo a que se supiera su descuido sino a que se sospechara también de sus amoríos. Decidí aprovechar su debilidad para conseguir lo que yo quería y apenas llegamos al dormitorio se lo pedí; pero ella me miró como si yo acabara de exigirle la luna y me preguntó para qué quería salir afuera a esa hora.

—Para buscar mi bicicleta —le contesté, mintiendo sólo a medias porque, en efecto, esa mañana había dejado la bicicleta apoyada contra el respaldo del banco más cercano del lugar donde había visto el día anterior a la mujer. No la había dejado allí por casualidad o descuido, sino para contrastar un objeto mío, reluciente y nuevo, con su aire lejano, opaco y eterno. Todo esto, por supuesto, no me lo formulé tan claramente entonces; pero al pensarlo ahora, sé que fué así.

—Dejá la bicicleta: nadie te la va a robar —dijo Laura, volviendo a adoptar el tono brusco.

Presentí que mi táctica fallaría si seguía insistiendo en salir. Le pedí entonces que abriera la ventana para ver si la bicicleta estaba aún donde yo la había dejado. Se negó con palabras tan perentorias que palidecí de rabia.

—Si no la abre, voy a contarle a mamá que ayer nos dejó salir afuera cuando había más sol, —le dije, oponiendo un arma de cobarde a su prepotencia de déspota.

Me miró con un desprecio que sentí justificado; la furia enrojeció su rostro tanto como la vergüenza el mío; musitó una palabra cuyo significado exacto yo no entendí, pero que sonó como el nombre que los españoles dan al maní; fué a la ven-

tana y la abrió. Un calor de fragua se coló por las persianas que en las habitaciones de aquel costado de la casa sustituían a las rejas; con furia las abrió también.

La incandescencia del mediodía era enceguecedora y el canto de las chicharras me pareció el de una inmensa fritura; encandilado, me refregué los ojos, pues para ver mejor ni parpadear quería: había avanzado unos pasos más y estaba mirando mi bicicleta. La miraba un poco de costado y con la misma expresión con que nos había mirado a nosotros; como si hallara extraño y risible todo lo que no fuera planta, pájaro, tierra o sol.

—Bueno... ¿estás contento? Ya has visto que nadie se ha comido tu maldita bicicleta —dijo la niñera cerrando una de las persianas.

—No, no cierre —murmuré, tomándole el brazo—, déjeme ver lo que hace.

—¿Quién? —preguntó perpleja y, sin quererlo, bajando también la voz.

—Ella. ¿No la ve?

—¿A quién? —volvió a preguntar, mirando hacia donde mi mano señalaba, para agregar luego, levantando los hombros—. Yo no veo a nadie.

—Sí, mire, junto a la bicicleta: es La Resolana —dije casi en secreto por temor que al oírse nombrar, ella advirtiera que estábamos observándola; pero Laura con tres golpes secos cerró las persianas, las ventanas y los postigos; echó una mirada a Celina que se hizo la desentendida; me miró con ojos asustados y, atrayéndome hacia ella, apoyó sobre mi frente la palma de su mano.

—¡Esto te sucede por quedarte al sol! —exclamó muy enfadada; pero, al comprobar que yo no tenía fiebre, agregó aliviada, casi conciliadora—. Lo que he visto es que viene una tormenta de padre y muy señor mío.

De la mano me llevó a la cama; me quitó el delantal y sacó las sandalias, cuidados que en general prodigaba sólo a mi hermana. "Me trata como a un cómplice o a un enfermo —pensé—; todo porque la hipócrita de Celina se ha quedado callada". Y no sólo se había quedado callada: sin que nadie se lo ordenara, se había trepado a su cama, descalzado y vuelto hacia la pared como si durmiera ya. Laura la miró; poniéndose el índice sobre los labios, me impuso silencio y

salió de puntitas cerrando tras ella la puerta con cautela de ladrón.

Apenas sus pasos se alejaron, Celina se volvió rápidamente sobre mí, apoyó la cabeza en la mano y con ojos chispeantes de indignación comenzó a interpelarme.

—Zonzo ¿por qué le contaste lo de La Resolana? ¿Todavía no te has dado cuenta de que los grandes saben y ven cosas de las cuales nunca nos hablan? ¿Te olvidás de que en cuanto nosotros queremos saberlas o verlas nos mienten, nos engañan o se enojan? ¿Por qué, entonces, vamos a enterarlos de lo que nosotros vemos y ellos no? Tardaron años en decirnos cómo nacen los chicos y vos, así no más, querés mostrarles la mujer del sol. ¡Pavote! —dijo, volviéndose de nuevo hacia la pared.

—Decime, Celina, ¿será una bruja como las de los cuentos? —le pregunté bastante intimidado con su reprimenda tan lógica.

—Brujas... brujas... ¿quién cree en brujas? —contestó sin volverse hacia mí—, además, ellas son flacas y con nariz ganchuda: La Resolana es más bien gorda y tiene la nariz y los labios como los de los indios pampas de la Geografía... Es simpática... a mí me gusta... —dijo en un bostezo, punto final de sus conversaciones.

Por la cabeza inmóvil en la almohada y el perfil del hombro que subía y bajaba lentamente con ritmo regular, vi que esta vez su sueño no era simulado. Me pregunté cómo podría dormir habiendo tantas cosas misteriosas en qué pensar, aun cuando, en realidad, a ella nada le parecía tan misterioso como a mí. Por ejemplo, que los bebés nacieran del vientre de la madre como los gatitos del de la gata, ni que los relampagueantes revuelos de plumas vistos en el gallinero fueran los casamientos de los gallos con las gallinas, ni que si la vaca era la novia y el toro el novio, el buey forzosamente tenía que ser el cura. Era como si la naturaleza la enterara más fácilmente que a mí de sus secretos, ahorrándole tener que cavilar sobre ellos, o como si los captara mediante un poder que yo no tenía. Pensé que *captar* quería decir lo mismo que *agarrar,* mientras miraba una araña inmóvil en medio de su tela tendida en un rincón del techo de pared a pared; la araña, iluminada por un rayo de luz que entraba por la rendija superior de un postigo, estaba a punto de capturar uno de los dos moscar-

dones que se perseguían por el cuarto zumbando y zumbando. Al zumbido se mezclaba el ruido de unas gotas de agua que cayendo del alféizar, tamborileaban contra los tablones del piso; pero afuera, la presión del agua debía ser terrible porque logró abrir la ventana y meterse en la habitación. Sin desprenderse de las camas, las colchas coloradas comenzaron a flotar como algas arrepolladas, abriéndose y cerrándose sobre sí mismas, y en el centro de una de ellas dormían, encogidos en forma de haba, dos bebés que parecían renacuajos. Mirándolos de costado, pronta a agarrarlos, estaba La Resolana; pero mientras uno de los bebés, que era yo, permanecía encogido tapándose con los puños los párpados saltones, el otro, Celina, se desplegaba como un pétalo y leía en voz alta lo que la mujer decía en una gran burbuja que le salía de la boca: *"el agua es más mala que el sol"*, y ya iba a reírse de los bebés transparentes como gelatina, cuando la corriente la arrastró hacia el hueco de la chimenea donde quedó enganchada por las ramas y cortezas que llevaba debajo de un brazo mientras con el otro golpeaba furiosamente contra el capuchón de hierro. . .

Un trueno, sin duda más fuerte que los anteriores, me despertó. Afuera llovía y alguien abrió la puerta. Celina se incorporó y miró hacia la chimenea; pero no tuve tiempo de preguntarle por qué: mi madre había entrado al dormitorio y nos decía que ya era hora de ir a tomar el té. Abrió la ventana y en seguida las persianas, extendiendo los brazos hacia afuera con gesto triunfal. El olor a tierra mojada me dió un hambre repentina.

Nos dejaron llevar a la terraza y seguir comiendo ahí las tajadas de pan tostado con su crujiente costra de azúcar. A través de las rayas oblicuas de lo que, al comienzo, creímos un simple chubasco, me parecía ver todo en una película cinematográfica muy gastada. Luego las rayas sesgadas se hicieron verticales y un gris de plomo sustituyó al de acero; la lluvia arreció con una violencia que fué en aumento y trajo tal oscuridad, que sólo a la luz sin sombra de los relámpagos pudo mostrarnos la obra cumplida en pocos minutos: había restituído a las hojas y al pasto su verde tierno; barnizado el tronco de los eucaliptos reavivando los tenues colores de mapa; dotado al de los paraísos de aterciopelada negrura porosa y cerrado las heridas de la tierra con sed. Pero los truenos, que seguían más y más de cerca a los relámpagos, terminaron por asustar

a mi madre y a la niñera; hallaron de pronto que el alero no era un amparo seguro contra las grietas eléctricas que rasgaban el cielo con estallido seco dejando el aire impregnado de olor a azufre. Santiguándose, nos metieron, cerraron la puerta, hablaron de rayos y de centellas y, en la casa oscurecida, las velas prendidas a Santa Bárbara Bendita recortaron pronto sombras oscilantes contra las paredes.

De noche, cuando después de acostarnos Laura se alejó con el quinqué, pensé que en la vida nada podía haber más agradable que oír el caer de la lluvia y el retumbar de los truenos estando bajo el doble abrigo de las frazadas y el mosquitero. Me arrebujé bien y, recordando la racha de calor que durante tantos días habíamos soportado, le pregunté a Celina por qué hablarían las personas mayores de "las inclemencias del tiempo" refiriéndose tan sólo a las tormentas y al frío.

—Porque hablan como los libros —contestó sin vacilar.

—Los libros. . . ¿qué libros?

—Los que ellos leen; los escritos en Europa, donde no hace calor y hay nieve en Navidad.

—Qué lindo ha de ser oír caer la nieve —dije casi en un suspiro.

—La nieve no hace ruido; cae en silencio. Tampoco se oyen los pasos de los que sobre ella caminan dejando una huella.

—¿Crees que La Resolana dejaría huella en la nieve?

—Derretiría la nieve sólo con mirarla; pertenece al sol; por eso lo encuentra bueno, más bueno que el agua.

—Celina: ¿quién te ha dicho eso? —pregunté levantando la cabeza de la almohada y tratando desesperadamente de adivinar sus ojos en la oscuridad y a través de los dos mosquiteros.

—Me lo dijo ella misma.

—¿Cuándo? —pregunté con un escalofrío.

—Esta tarde. Lo dijo junto a la chimenea.

—Eso lo has soñado como yo lo soñé —dije para tranquilizarme.

—No, si yo estaba despierta oyendo los truenos. Lástima que entrara Mamá: quién sabe cuántas cosas más me hubiera dicho. . . ha de saber cosas que sucedieron antes o que van a suceder después, y en todo lugar del mundo donde no haya

niebla... Ahora callate; voy a contarme sola lo que ella me hubiera contado.

La calma con que pronunció esas palabras me serenó. "No es extraño —me dije— que siendo gemelos pensemos lo mismo, y si bien puede ser incómodo tener pensamientos en común, peor sería estar unidos por la cintura como aquellas mellizas siamesas que veíamos fotografiadas en las páginas de *La ilustración francesa.* Aunque quizá de haber nacido idénticos y ligados como las dos figuras geométricas que se forman doblando un papel junto a una gota de tinta, nos hubieran exhibido en las ferias de Europa; en aquellas *kermesses* tan distintas a nuestras ferias donde sólo se ven vacunos, bovinos, equinos y aves de corral; y donde no hay más nota de color que la de anuncios de sarnífugos e insecticidas. Las ferias de Europa —lo sabía por las estampas y los cuentos— eran coloridas y ruidosas; llenas de escaparates con panes dulces en forma de corazón o de cerdito; erizadas de tiendas rematadas por banderines; salpicadas de pregoneros mostrando carteles chillones, y vibrantes de matracas, trompetas y música de calesitas. Y para verlas tendríamos que tomar un barco grande y surcar un mar que nunca habíamos visto. Un barco que en las noches de niebla dejaban oír los lúgubres, largos silbidos de su sirena mientras nosotros, bien abrigados en las cuchetas, oiríamos el golpe de las olas contra la quilla... el suave galopear del agua que dulcemente me iba adormeciendo.

Me costó saber si estaba soñando o no con las voces, los pasos y la luz de una vela que, a medianoche, nos despertó. Dormido aún adiviné que algo insólito sucedía, y mi deseo de despertar y enterarme de lo que pasaba luchó breves instantes contra las ganas de seguir durmiendo.

—Hay que levantarse —oí decir a mi madre mientras se metía bajo el mosquitero de Celina—. El agua llega ya al último escalón de la terraza y sigue subiendo.

—Envolvete en la colcha para que te lleven al galpón —ordenó mi padre junto a mi cama.

—¡No, en la colcha no! —exclamé con terror, arrancando rápidamente la frazada y envolviéndome en ella.

—Hay inundación, niño —me explicó Damián el jardinero, tomándome en sus brazos mientras mi padre alzaba en los suyos a Celina.

Salimos del dormitorio siguiendo a mi madre que alumbraba el camino con un candelero de plata que llevaba en la mano. El patio entre las cuatro galerías que lo bordean semejaba una piscina construída en medio de la casa; del alero bajaba una cortina de agua y sólo se oía chapoteo, borboteo, regurgitar de gárgolas y el caer sin término de la lluvia.

Cuando abandonamos la casa por la puerta trasera y los hombres bajaron los peldaños, el agua les llegaba a la cintura. Mi padre había cambiado de carga poniendo a Celina, como un envoltorio liviano, en brazos de un peón, y él levantó a mi madre, que trataba de mantener encendida la llamita de la vela amparándola de la lluvia con su mano; pero el esfuerzo fué vano y emprendimos la marcha en una oscuridad de pozo.

La creciente venía del río que corría a cinco cuadras al oeste de la casa; por lo tanto, tomaba a los hombres de flanco y parecía empeñada en desviarlos de la línea recta en su trabajoso avance por los ochenta metros que separaban la casa del galpón. En el intervalo negro entre un relámpago y otro los despavoridos cacareos que llegaban de la derecha, los mugidos desamparados que se oían a la izquierda y el batir de alas mojadas en las copas de los árboles iban marcando nuestro derrotero.

Dentro del galpón, que era a la vez caballeriza, cochera y granero, los caballos metidos en los establos relinchaban y caracoleaban dando rienda suelta al pánico demente siempre latente en ellos. Al ver sus crines revueltas y sus ojos encendidos, se me ocurrió que los cascos al golpear contra la piedra del pavimento deberían estar haciendo saltar chispas bajo el agua misma. Por las dos galerías superiores abiertas al interior la gente se atareaba desplazando sombras de vigas y balaustradas. La superficie líquida que ocultaba el piso firme daba a todo un aire inestable y mareante. Cerré los ojos, pero por el tufo alternado a heno húmedo, a petróleo de lámpara, a vela de estearina y a maíz seco, podía adivinar a qué altura de la escalera de caracol nos iban subiendo.

Las criadas que nos habían precedido llevando los colchones, los habían extendido sobre el piso de la segunda galería, donde el olor a bolsa de arpillera y el polvo de maíz hacían estornudar. Pese a ello y pese a los granos desparramados sobre el piso, que se incrustaban en las plantas de los pies, fué inútil que nadie intentara hacernos acostar: por entre los

barrotes de la balaustrada abierta sobre la planta baja veíamos, como desde un palco, lo que ocurría dentro en el galpón: el ir y venir de los hombres en su esfuerzo por salvar animales y muebles; la llegada de los que se habían aventurado lejos a indagar la causa del desastre y calcular su posible magnitud; los corcovos de las grupas relucientes y el rielar de las luces a flor de agua, mientras las voces de orden o de lamento, encerradas entre cuatro paredes y un techo de zinc, sonaban amplificadas y con el énfasis de quien las emitía en un momento que creía decisivo.

Nada hubiera podido arrancarnos a la contemplación de aquel espectáculo si no hubiera sido más fascinante aún el que a través de los vidrios sucios de las ventanas se nos ofrecía. A la luz, ininterrumpida ahora, de los relámpagos, medíamos la crecida por los nudos de los troncos que iba cubriendo; la parte superior del alto cerco de ligustros que bordeaba la huerta parecía un senderito de yuyos ralos y bajos cruzando un charco; en la superficie del agua flotaban tablones, ramas secas, cortezas, barriles, carretillas, cascarones de huevo, bancos y pesebres; los peones nadaban ligeros de ropa, pues habían perdido todo pudor; en las enramadas y en lo alto de los postes las gallinas, los gallos y los pavos parecían querer alargar sus alas a fuerza de batirlas, y las vacas y los terneros, levantando desesperadamente el testuz, mugían pidiendo un socorro que nadie podía prestarles. Cuando el agua les llegó a los belfos, Celina me tocó el brazo y murmuró:

—¿Has visto?

—¿Qué?

—Que es más mala que el sol.

Verdad, el agua era mala, era implacable y cruel; tanto, que no tuve fuerzas para seguir mirando su obra destructora: corrí al colchón y me tiré boca abajo tapándome los oídos con los extremos de la almohada; pero no pude pegar los ojos en toda la noche: estiraba las piernas, las encogía, volvía a estirarlas, envidiando a los perros que dormían ovillados en un rincón. Me acosté de espaldas: por las vigas del techo corrían ratas y arañas, y entre las vigas y el techo volaban de aquí para allá algunas palomas. El galpón me pareció entonces un Arca de Noé que la escalera de caracol —construída impensadamente por falta de aviso divino— había inutilizado para todo ser viviente incapaz de subir por sus estrechos escalones. Iba a

decírselo a Celina, que estaba acostada con mi madre en un colchón cercano al mío, pero al ver que mamá lloraba en silencio, me quedé callado.

El alba llegó inadvertida entre relámpagos y con ella unos botes enviados en nuestro auxilio por la policía del pueblo vecino. Los que en el bote venían, informaron sobre el origen de la catástrofe: se había roto un terraplén que servía de dique para contener las aguas de los campos altos; el aluvión, desbordando el río, había inundado los terrenos situados en sus márgenes; pero en el pueblo el agua no había entrado a las casas y los trenes para la Capital corrían con puntualidad.

Sólo se oía el chirrido de los toletes y el golpe de los remos cuando abandonamos el galpón en la mañana gris; tan gris que, al parecer, la lluvia había borrado todo otro color: de cerca el agua era de un gris pardusco, de lejos de un gris de plata; gris lechoso estaba el cielo y gris plomizo los árboles tras la llovizna fina; gris era la desolación inmensa que ya ni los relámpagos encendían. Sentados en la popa del bote, a ambos lados de mi madre, que nos apretaba contra su cuerpo tibio, abríamos los ojos agrandados por el desvelo para no perder un detalle de algo que sin duda no volveríamos a ver. Al pasar cerca de la casa, Celina miró largamente las ventanas de nuestro dormitorio y suspiró.

—Cuando el agua baje, volveremos —dijo mamá, como en respuesta a su suspiro.

—¿Volveremos? —preguntó Celina a modo de eco triste, mirando hacia atrás.

—¿Por qué lo dudás? —inquirió mamá con vaga inquietud.

—Quién sabe... quién sabe todo lo que se encontrará cuando el agua se retire —dijo Celina dirigiéndose a mí. Yo desvié los ojos sin atreverme a resistir su mirada, y menos todavía a adivinar lo que presumía que ella pensaba.

Por una tabla tendida desde el bote a la puerta, entramos a la estación bajo la mirada indiferente de algunos vecinos que, con los brazos cruzados bajo los ponchos y el ala de los chambergos hasta taparles los ojos, se habían apostado en la sala de espera para tener luego algo que comentar junto al mostrador de la cantina. Su vestimenta —el pañuelo de seda blanca atado al cuello, el cinto de cuero tachonado de monedas de plata que relucían bajo el poncho en cuanto movían los brazos, las lustrosas botas de media caña con la estrella de sus espuelas—

contrastaba con la de aquellos que, como nosotros, envueltos sólo en la primera prenda de abrigo que encontraron a mano, esperaban en el andén la llegada del tren. Ese contraste entre los inmunes y las víctimas —pues sin duda así nos llamarían los periódicos de la tarde— acentuaba la altiva indiferencia de los paisanos y el atribulado desamparo de los terratenientes, ahora en fuga.

En el vagón, cuando el tren se puso en marcha, un viejo emponchado y de barba blanca que apretaba en la mano su boleto doblado, dijo a su compañero de viaje mirando por la ventanilla, con tono de oráculo, que el agua comenzaba a bajar.

MIS padres ni hablar quisieron de volver a *Los paraísos,* y si al comentar entre ellos la inundación nosotros por casualidad entrábamos al cuarto, cambiaban de tema. Celina, sospechando que nos ocultaban algo, hizo algunas preguntas capciosas, pero sin otro resultado que el de hacerles asumir un aire falsamente despreocupado. Luego, "el misterio de la inundación", como entre nosotros lo llamábamos, dejó poco a poco de interesar a mi hermana; después, también yo dejé de pensar en él: los problemas y entusiasmos de la adolescencia relegaron al olvido los de la infancia. Cuando transcurridos nueve años mis padres decidieron veranear de nuevo en *Los paraísos,* yo había entrado a la universidad y Celina acababa de casarse.

Nos precedieron albañiles, pintores y carpinteros que al cabo de dos meses dejaron como nuevo el viejo caserón. Lo ocupamos en octubre, durante la quincena en que los últimos azahares y las primeras flores de paraíso embalsaman el aire con sus fragancias mezcladas. El dormitorio que había sido de Celina y mío, ahora era únicamente mío, y olía a cal, a pintura fresca y a pino, pues de esta madera eran los libreros para mis libros de estudio, la mesa de trabajo y el par de sillas con asientos de paja trenzada. Pese a los muebles nuevos y a las cortinas de cretona floreada que le daban un aire inesperadamente alegre, el cuarto me pareció el más familiar de cuantos en mi corta vida había habitado: ahí estaban las cuatro ventanas altas con sus postigos y sus celosías; la chimenea de mármol blanco con su capuchón de hierro negro; el sempiterno mosquitero y los tablones del piso cuyas grietas y nudos me enternecieron, como después de una ausencia nos enternece

encontrar en un rostro querido la cicatriz o un lunar que habíamos olvidado.

Tampoco habían cambiado los ruidos que al cuarto entraban: siempre el mismo crujir de la tosquilla y el arrullo de las palomas torcaces por la mañana temprano; los mismos cacareos, el mismo hervir de chicharras y zumbido de moscas durante las siestas; los mismos ladridos lejanos, voces de arrieros y croar de ranas al atardecer; los mismos cantos de grillos y silbidos de murciélagos y lechuzas por las noches. Pero más que los ruidos, los olores despertaban mis recuerdos; los traían inesperadamente y de manera tan aguda, que, a veces, llegaban a perturbarme, dándome la sensación de que los nueve años vividos lejos de *Los paraísos* habían sido un sueño.

Así, un mediodía —a la hora en que, dicen, Pan dormita—, cuando me hallaba estudiando afuera en el lugar donde antes estuvieron la hamaca y el trapecio, el aroma a eucaliptos calientes de sol se hizo tan intenso que de pronto tuve miedo de levantar los ojos del libro y ver a La Resolana, ahí, cerca.

Para librarme de ese temor acudí al razonamiento. Ante todo recordé que sólo Laura, la niñera, la había mencionado; que debía ser un personaje inventado por ella, pues no figuraba en ningún relato o mitología; que las apariciones, de haberlas —cosa en la que ya no creía— jamás surgen a mediodía; que la mujer con cara india debió de ser una alucinación causada por el calor y el miedo, materializada en mi imaginación de manera tan concreta que mentalmente había transmitido su imagen a mi hermana, así como yo, al día siguiente, había captado su pensamiento en mi sueño. Todo proviene, me dije, del impacto que en nuestra mente infantil hizo un nombre sonoro, hasta entonces nunca oído, y atemorizador por el artículo antepuesto. Estos argumentos empleados conmigo mismo para demostrarme que no había visto lo que vi, me convencieron lo suficiente para permitirme mirar hacia el lugar temido.

Me llamó la atención la diafanidad de la atmósfera que acercaba las lejanías y la fluidez con que se movían sobre el pasto tierno las sombras azules de las ramas y los discos de sol que el follaje filtraba. La brisa mecía el verde translúcido de las hojas de los paraísos contra el cobalto del cielo, y el lila de sus flores en racimo; los bienteveos saltaban de rama en rama llamándose con su trino pifión, y las torcazas paseaban sobre la tosquilla del camino alternando carreritas locas y

orondo pavoneo. Miré hacia la rama alta y pelada del eucalipto: el pájaro que solía posarse allá debía ser uno de los dos puntos diminutos que ahora planeaban, haciendo círculos, arriba, muy arriba en el espacio.

Por primera vez desde que se había casado, eché de menos a Celina. Voy a escribirle, me dije, y contarle que en lugar de "pertenecer al sol", como ella afirmaba, La Resolana pertenece a esos instantes fugaces en que el mundo parece inmovilizarse.

Con la intención de ponerme en seguida a escribir la carta, entré a la casa; fuí a mi cuarto y me senté ante el escritorio. Por supuesto, y como reacción contra el absurdo temor sentido minutos antes, comencé la carta en broma y mencioné a La Resolana entre comillas; pero apenas lo hube hecho, sentí que de cierto modo cometía una infidelidad conmigo mismo: mi conciencia tropezaba molestamente con los pares de comas aisladoras, signos de mi cobardía. Las taché. Eso fué peor; por las tachaduras Celina adivinaría mi proceso mental, mi inveterado temor al ridículo y se reiría; quizá hasta lo comentaría con su marido. No pudiendo soportar esta idea, rompí la carta comenzada. Mis ojos toparon con el volumen macizo del *Diccionario de la lengua española,* colocado sobre la mesa, al alcance de mi mano. Lo abrí decidido a saber si existía el término causa de mi perplejidad. El corazón me latía un poco cuando comencé a volver las páginas; mientras lo buscaba, iba preguntándome si ese vocablo de sonido para mí tan criollo, figuraría en el académico libro. Lo encontré "*Resolano, na.* (de resol) adj. *Dícese del sitio donde se toma el sol sin que ofenda el viento*". ¡Esto era todo! una definición decepcionantemente corta. ¿Un lugar? no, una persona real o un personaje imaginario. Sonreí aliviado y decidí salir al encuentro del viento que a mí no me ofendía.

Silbando, contento de haber comprobado que mis razonamientos habían sido justos, me dirigí a la casa de los peones a pedir que me ensillaran un caballo: el galope, campo adelante, activaría aún más mi cerebro, tan preciso y lógico. En la cocina pintada de azul y oscurecida en sombra verde por los rosales trepadores que cubrían a medias las ventanas, sólo encontré, inclinada sobre la pileta, lavando platos, a la mujer del jardinero. Apenas la vi olvidé para qué había ido allá: la tela de la falda que llevaba puesta apagó en mis labios la tonada que iba silbando y me hizo detenerme en seco. Al oírme entrar, se

volvió, y advirtiendo la demudación de mi semblante, me preguntó:

—¿Qué le pasa, niño? ¿Por qué me mira con esa cara?

—¿De dónde sacó esa tela, Paulina? —pregunté a mi vez señalando su falda y tratando de disimular mi turbación.

—Me l'háice con la colcha e su cama. ¿Se acuerda e la colcha? Está desteñida por l'agua e l'inundación... Si la tela no juese e tan buena calidá, Dio me libre de haberla usao: ma trai un mal recuerdo ¿sabe?

—¿Qué recuerdo? —dije, apoyándome al marco de la puerta, pues sentía que el suelo se hundía debajo de mis pies.

—Si es igualita, o muy parecida al pañolón qu'envolvía a la pobre "china" que encontraron ahugada junto a la chiminea e su dormitorio —explicó, secándose las manos en el delantal.

—¿Quién era esa "china", Paulina? —logré preguntar con la boca seca.

—La correntada debió arrastrarla desde lejos. Naides l'habia visto nunca por estos pagos, a no ser el finau Venancio Almeyra. ¿Se acuerda, niño, ese que murió de ciento catorce años? Bueno, cuando él vió el calaver espuesto en la polecía, dijo que tal cual la veía ahí, él había visto a esa mujer cuando era muy chico. Contó que un mediodía de calor sofocante él estaba pescando junto al río y que todo se quedó quieto y él levantó la cabeza y la vió en l'autra orilla, mirándolo fijo hasta que una garza pegó un grito, entonces la vieja se puso a rair y a rair, pero él, aunque había oído el grito del pajarraco, creyó haberse vuelto sordo de óido porque no oía la risa. Pero el pobre Venancio —que Dios lo tenga en su santa gloria— no andaba bien e la cabeza: se pasaba horas mirando correr el río, ¿sabe? Dicen que se quedó así desde muy chiquito; desde el día que lo agarró la resolana. De manera que vaya una a saber...

LUCIO MANSILLA

FACUNDO, MARTÍN FIERRO, UNA EXCURSIÓN:* tres alegatos. Pero no se busque en Mansilla el ímpetu lírico de Hernández y Sarmiento ni el vuelo llameante de sus invectivas. Cierto que recuerda muchas veces a Sarmiento por su estilo despreocupado y montaraz, y es hermano suyo y de Hernández en lo recio de la crítica y en la tensa y contagiosa simpatía con que arrastra al lector. A Sarmiento en su convicción de que lo que más importa en un libro no es el *cómo,* sino el *qué.* Hasta se le parece en esa actitud de cicerone a la vez asombrado y divertido él mismo con el espectáculo que está mostrando al forastero: al lector francés o inglés, o —¿por qué no?— al lector de Buenos Aires, no menos extraño a la vida lejanísima de las pampas, a sus cosas y a sus palabras. Sólo que no encontraremos en la *Excursión* el alegato-poema, vibrante y de una pieza. Será a través de continuas fracturas, desajustes y reajustes como nos lleguen sus lecciones de sociología, zoología, botánica y geografía pintorescas. ¡Y qué lecciones! Todo un Congreso Internacional de Geografía premiará en 1875 la *Excursión a los indios ranqueles.*

Tentación del pedagogo de hoy: destrenzar esta obra, separar sus vetas, marcar con signo de alarma —como en el *Guzmán de Alfarache*— sus mil digresiones; ordenarla, descarnarla, encasillarla. De los grandes libros argentinos, éste es el de textura más zigzagueante, el más desigual y mixto. La hebra del argumento se corta a cada instante. La armonía total del relato brota de una unidad de desarmonías, de las sorpresas y las continuas refracciones, del cabrilleo de noticias pintorescas, de la ambigüedad y agridulzura en que aparecen envueltos el relato, las descripciones, los comentarios. Nada de simetrías rotundas como la de "civilización y barbarie", con cuyo manejo hubiera sido fácil al narrador mostrarse bajo la mejor luz. Ni él mismo se siente cómodo en el papel que ha debido representar durante la excursión; no se ha acercado precisamente a los bárbaros como embajador de generosidad y de justicia. Prefiere lamentarse —o, mejor, burlarse— de su papel. Es nuestro pequeño coronel Lawrence, enternecido con el

---

* LUCIO V. MANSILLA: *Una excursión a los indios ranqueles.* Edición, prólogo y notas de Julio Caillet-Bois. México-Buenos Aires, 1947. Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, vol. IV.

trato íntimo de esos mismos ranqueles ante quienes le toca aparecer oficialmente como emisario de la civilización. Y es nuestro pequeño Forster, el del *Passage to India*, a quien le basta plantear las situaciones humanas en su pura desnudez para que ellas mismas se encarguen de revelarnos el drama (acaso sin solución) que encierran.

Pero un Lawrence y un Forster en que el patetismo nunca llega a ser actitud duradera. Mansilla exhibe su caleidoscopio de miserias y sobre ellas deja caer su gracia, y sus gracias. Esas miserias (movimientos de la posición y ardides del hambre, inmortales como la muerte) reinan por igual sobre indios y blancos, y aunque la conducta literaria de Mansilla sea diversa en uno y otro caso, en ambos se logra ese juego alterno de compasión y burla, de malicia y cordialidad, que da tan inconfundible sabor al relato y que, desde luego, sólo la lectura directa puede trasmitir. El choque con las costumbres del campamento indio mueve a sorpresa o risa; pero la descripción se ahonda después, y advertimos que, por dentro, las cosas más extrañas y risibles tienen también su sentido coherente (parecida es la presentación de los caracteres individuales: también aquí la primera impresión viene a menudo acompañada de sorpresa o risa; luego el novelista intima con su personaje, descubre su sentido cabal en sus actos y palabras, y no oculta su viva simpatía hacia él). Mansilla se complace en hacernos penetrar, atravesando, por lo común, una corteza de superfluas o caprichosas convenciones rituales, hasta un meollo de vida primaria, ni más ni menos seria, ni más ni menos digna que la del blanco. Entonces el chiste suele ceder el paso a la gravedad y a la ternura. Y entonces es también cuando, de rechazo, nuestras propias costumbres, relativizadas por el contraste, aparecen como igualmente huecas y absurdas. "Yo he visto el mundo tal cual es en mi viaje al país de los ranqueles". El moralista no está muy lejos de predicar la infinita vanidad de casi todo; el humorista insinúa que casi todo es ridículo si se sabe mirar bien.

"...Después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay...". Sí, para Lucio Mansilla la vida sólo podía ser un continuo saltar entre extremos: entre los salones parisienses y los infiernos de Boquerón y Curupaití, entre el Louvre o la Opera y la política turbulenta del Plata. De unas y otras experiencias, que su memoria se complacía en mezclar y enfrentar, fué dejando, en sus libros, una crónica desigual, llena de graves altibajos, radicalmente impulsiva y discontinua. El idioma de esos libros también parece obedecer a una estética (y a veces,

se diría, a una preceptiva) del serpenteo y el contraste. Escritor guerrillero, como Sarmiento, no se limita a despreocuparse del estilo; lo vemos consciente de ello, y hasta jactancioso: llega hasta el cinismo de la despreocupación. No sería justo decir que acarrea bien y construye mal. Se empeña, generalmente, en no construir —claro que cada cual se empeña en lo que puede— y en dejar que observaciones y digresiones vayan sucediéndose al hilo de su humor y de sus libres recuerdos. El propio Mansilla gusta de referirse a su obra como a montón de cartas mal zurcidas, de prosa conversada e improvisada, "memorias escritas en diez minutos", llenas de costurones, remiendos y desniveles.

Todo conspira para romper en la *Excursión* la unidad de tono. Le agrada a Mansilla burlarse de la retórica con remedos grotescos de mal discurso o mal periódico: "Sólo quien haya tenido ya el gusto de ser padrino, comprenderá que noches de ese género pueden ser realmente inolvidables para un triste mortal sin antecedentes históricos, sin títulos para que su nombre pase a la posteridad, grabándose con caracteres de fuego en el libro de oro de la historia". Pero la retórica, el cliché, la reminiscencia no elaborada, ni siquiera vigilada, se burlan a veces de él. Quisiéramos borrar de su libro frases odiosas como ésta: "¡Qué abismos insondables de ternura y de fiereza oculta en sus profundidades tempestuosas el corazón humano!". Verdad es que, cuando el Pegaso se le desboca, el escritor a menudo lo advierte, y nos lo advierte. Hasta es parte muy característica de su juego el mostrar su pericia de narrador y burlarse luego de ella, como en esa historia del cabo Gómez (capítulos V a VIII) que Mansilla relata a sus compañeros de aventura, junto al fogón, entre mate y mate, y que, balanceándose con arte admirable entre el humorismo y el sumo dramatismo, arrastra al lector, a través de los cuatro capítulos, hacia el trágico clímax final. Acabado el relato, sentimos como que Mansilla se avergonzara de haber dominado al lector por espacio de tantas páginas. Se ha dado él mismo demasiada importancia, importancia de *literato,* y no puede menos de añadir lacónicamente, evocando la escena del fogón: "Cuando yo terminé, unos roncaban, otros (la mayor parte) dormían".

A cada instante parece amenazada por dentro la existencia misma del libro, íntimamente anárquico; pero Mansilla va salvando obstáculos con gallardía y vigor incomparables. Una vitalidad misteriosa y pujante hace que en sus páginas el encuentro y oposición de dos pueblos no se reduzca a frío contrapunto de ciertos modos de ver, sentir y obrar; que la denuncia (no sin su gota de ferocidad) de la mala fe con que para despojar al indio se esgrimen leyes, pactos, promesas,

monumentos de inanidad sonora, no acabe por empantanarse en memorial curialesco, tan tedioso como bien intencionado; que aquel ir y venir entre la narración de lo importante y la de lo minúsculo y superfluo, entre la confidencia y la parodia, entre lo pintoresco y lo pedagógico, y aquel desorden de observaciones fragmentarias, y hasta las mil discordancias, trivialidades y pequeñas torpezas que tan abrupta hacen la marcha de esa prosa, en nada lastiman la originalísima y seductora fisonomía del conjunto. Toda el alma de Lucio Mansilla se nos da en su *Excursión,* sin duda la más lograda de sus obras. Agradezcamos a Julio Caillet-Bois el haberla puesto a nuestro alcance en esta impecable —imprescindible— edición anotada. Al extenso y sabio prólogo de Caillet-Bois tendrá que acudir, en adelante, todo aquel que desee estudiar al general Mansilla siguiendo de cerca las menudencias de su inquieta vida y el itinerario de su genio sinuoso y disperso.

Raimundo LIDA.

MEMORIAL DE LA SANGRE

SURGE la última obra de Manuel Maples Arce * cual un puño cerrado en actitud de levantada protesta en una noche poblada de columnas y fantasmas de la Hélade. Mitos, estatuas, dioses y máscaras antiguas giran en torno al mundo hoy convertido por el odio y la fuerza en un solo amasijo de escombros y de sangre. De este armónico juego brotan las formas líricas como interpretación de los valores actuales en una sinfonía de resonancias modernas "con lejanos fragmentos de homéricos rumores".

De sentido profundo y deslumbrante belleza arquitectónica, el contenido del libro está dispuesto en dos partes —siguiendo el orden clásico— a manera de pórtico en el que las columnas son los grandes poemas, y el frontón, los restantes.

Los poemas mayores desarrollan seis temas esenciales:

1) *Memorial de la Sangre.*—El nacimiento del hijo en cuyas venas se perpetúa la estirpe del poeta.

2) *España, 1936* y *Este día de Pasión.*—El doloroso alarido de la sangre en la tragedia española que dió principio al drama contemporáneo.

3) *Cántico de Liberación.*—El sentido creador como un recurso de libertad posible no sólo individual sino colectivo.

4) *Fundación del Olvido.*—La desesperación ante la angustia de un mundo que se va desangrando entre "los dientes orificados de la fuerza" mientras crece el anhelo de eternizar los sueños en un olvido de mármoles y fábulas.

5) *Elegía Mediterránea.*—La profunda meditación frente a las ruinas de la Atenas Antigua, columnas y estatuas que persisten a través de los siglos como únicos testigos de lo que fué radiante civilización helénica.

6) *Elegía Paterna.*—El eterno retorno simbolizado en la memoria del padre, sombra amada que lo induce a evocar su juventud en el paisaje natío donde la tierra guardará sus cenizas y le dará la paz.

Coronando la teoría de columnas, campea el frontón formado por la segunda parte del libro intitulada *La Memoria y el Viento,* donde diez variaciones de motivos eróticos rematan la estructura de la obra

* MANUEL MAPLES ARCE: *Memorial de la Sangre.* México, 1947.

y le dan gracia como en los frisos griegos. El enigma del rótulo que enmarca estos caprichos sostiene un contrapunto entre esa cosa eterna que es la memoria, y el viento que es lo aleve, lo fugaz, lo inasible.

Los seis temas primarios guardan íntima correlación entre sí, pues, significan, en línea parabólica, la condición humana desde el primer vagido hasta la muerte. Son así un panorama de la vida del hombre logrado en una síntesis de la que se desprende el vivo anhelo por hallarle un sentido palingenésico a los fenómenos vitales. Renacer de los seres que ya explicó Rodó cuando afirmaba que "el alma de cada uno de nosotros es el término en que remata una inmensa muchedumbre de almas. . .". Agregando: "Debajo de la raíz de tu conciencia, y en comunicación siempre posible contigo, flota la vida de cien generaciones".

El punto de partida de esta oculta secuencia coincide para Maples con el acto biológico en que el párvulo emerge de la entraña materna, significando que en la Naturaleza toda la vida brota del seno de la tierra, principio y fin de todo.

Así asistimos en el primer poema al nacimiento del hijo que, al separarse del nido protector "rompe la forma maternal" y, cubierto aún de sangre, lanza un leve gemido, claro símbolo de su razón de ser. Ante el misterio de aquel pequeño ser ensangrentado, el poeta deja correr sus sueños y recuerda los momentos del éxtasis en el "jardín inmortal de los amantes" a orillas del estío, cuando la exaltación del amor en compañía de la amada llegaba a convertirse en acto puro, quintaesenciado, "un grito que se eleva sobre el pedestal de la sangre".

Habla el poeta dirigiéndose al hijo imaginario—fantasma creado por él—y le dice:

—Tú no estabas anunciado, como Cristo, en las Antiguas Escrituras ni tampoco en los Calendarios de piedra de los aztecas, pero yo te presentía en mi corazón, "fuente original que se derrama en el pecho". Hasta ti llegan, a través de mi sangre, las tumultuosas corrientes del ancestro. Por eso, cuando yo esté ya muerto, con las manos cruzadas sobre el pecho, convertido en un gesto, en tierra muda, la luz que en mí se apaga renacerá en tus ojos. (Porque no has de olvidar, le advierte, que has nacido en Bruselas, en medio de la guerra, y bien podría suceder que alguna esquirla de granada o "un tacto de metal me arranque la voz" y me convierta en un sollozo de piedra y una inscripción fugaz).

Emocionado por la idea de la muerte, el Poeta dicta su testamento, exclamando:

¡Que sea mi voluntad esta criatura deseada que ha de crecer y en cuya sangre renazco!

Sigue hablándole al hijo, imaginándolo mayor, al lado suyo, y le dice:

—Más allá del Océano te espera tu verdadero país, México, tierra de tus antepasados. Allí descifrarás los jeroglíficos seculares, y sentirás en tu propia sangre la belleza de las pirámides. Verás también al pueblo del México moderno, que es un pueblo consciente, persuadido de las doctrinas sociales, un pueblo que "profiere la unidad cerrada de los puños". Sólo así ha conseguido la ecuánime repartición de tierras en las distintas zonas de las altiplanicies y de los lagos desecados. Yo veo surgir tu rostro desde el fondo de esos lagos fantasmas, y en ti despierta viva toda el alma de mi naturaleza. "Mis ríos, mis cataratas, mis rumores de bosques, todo lo que me sonoriza y me afirma" revivirá en tu voz. Por eso he de enseñarte la verdad de las cosas y la necesidad de combatir para salvar a la humanidad de toda clase de convencionalismos como los de la raza y la religión. Por eso canto "la libertad terrestre de los sexos".

El Poeta vuelve a la realidad. Contempla al niño que acaba de nacer y le recuerda la situación del mundo en ese instante:

—Tú llegas a la vida en una hora de odios, en una hora en que la guerra sopla sobre las indefensas poblaciones de Abisinia. En España, hombres de diferentes nacionalidades se confunden en un abrazo sangriento.

Al meditar en lo que esas matanzas tienen de cruel e injusto, el Poeta no puede reprimir una exclamación:

—"Oh, tú, hecho de mi sangre y de mi fuerza", tú que puedes ser víctima de injusticias como ésta, porque, como hijo mío, no crees en rezos ni en prejuicios raciales, ya que en este momento apenas eres "absoluta presencia que sube de las profundidas de mi ser". Tú traes el germen de la rebelión que existe en mí, el fermento de la inconformidad que se trasmite a través de la sangre de una en otra persona y de una en otra generación, ya que cada individuo no es más que un eslabón de esa infinita cadena en que se unen flotando en el espacio las formas sucesivas con su encendido grito de rebelión.

El Poeta vuelve a sentir la realidad que lo circunda, e interrumpe su meditación, mientras el niño duerme arrullado por la música que produce el viento al remecer los pinos en uno de esos parques donde una muchedumbre de hojas amarillas cae al suelo rendida por el otoño.

Al llegar a este punto, el Poeta se pregunta qué cosas perdurarán de su poema. Si al menos le quedara la esperanza de la metamorfosis,

para que tanto el poema como el hijo lleven en sí su sangre y sean como una reencarnación o renacer de él mismo. Pero aun le queda la duda de que el poema no consiga comunicar al pueblo su mensaje porque los que lo lean lo consideren un abismo de letras, un jeroglífico, un cuerpo mudo, sin expresión posible, sin llegar a su sentido profundamente humano y eterno.

Las dos composiciones que el Poeta le dedica a la tragedia española pueden considerarse como un solo poema. ¿Qué actitud toma él frente a esos hechos trágicos y desgarradores? Nos lo ha dicho en el poema del hijo. No la del simple espectador, desde luego. Su sensibilidad penetra en lo hondo de ese angustioso drama contemporáneo. La tragedia de la tierra española hollada por la morisma y por los mercenarios de la "ecleswástica" le inspiran los versos más profundos y dolorosos, en los que las imágenes adquieren tanta fuerza como belleza.

—¡Oh España negra de sangre y de sollozos!

Luchas contra la bestia africana que aúlla ensangrentada tras un bosque colérico de armas.

En la segunda de estas composiciones, el Poeta compara la tragedia española con la pasión de Cristo simbolizada en las representaciones sagradas del Viernes Santo, sobre todo en la Semana Santa de ciertas poblaciones españolas.

Este día de pasión a través de multitudes,
de hierro traspasadas las entrañas,
la fiebre de las manos deja escapar el grito
con que la libertad despide sus pájaros de octubre.

Nos recuerda el Poeta que estos pueblos injustamente oprimidos tienen los ojos fijos en la aurora de la revolución.

Es necesario echar a un lado los sueños de belleza para unir nuestro esfuerzo al de los hombres deseosos de justicia que salen de todos los rincones de la tierra dispuestos a luchar en beneficio de la ecuanimidad.

Invita a Cristo a luchar por el pueblo y le dice:

—Oh, tú resucitado a imagen de mi violencia, vuelve a estar con nosotros en esta hora en que "una sombra ecleswástica ensombrece las ciudades", marcha al lado de un pueblo al parecer extinguido pero que todavía respira. Nuestra única esperanza es levantarnos con los puños cerrados: preparemos las armas nuevas en la fuerza del silencio.

En el *Cántico de Liberación* desea otras realidades más perdurables, más allá de los horrores presentes, en donde sea posible realizar el anhelo de la liberación por el canto. La poesía es una fuerza bajo la cual se rinde la naturaleza como ante la belleza femenina. Por ella se realiza el prodigio plástico de la columna y el desnudo marmóreo de la estatua; pero el poeta se apresura a advertirnos que la poesía no es ni escultura ni arquitectura. Ni tampoco es la nube, ni la ola ni el árbol, a pesar de que en todo hay elementos de belleza.

Pero de nada sirve definir la creación poética. Lo que crea la poesía es una especie de violento presagio que atormenta al poeta, y que irrumpe de pronto echando a un lado los mayores obstáculos. Es como un fuego interno que permanece sin expresión en las tinieblas del subconsciente hasta el segundo mortal en que se agolpa en las venas tras una exaltación que tiene mucho del éxtasis sexual.

La aspiración del Poeta consiste en que su verso logre captar la esencia de los siglos, dando perennidad a los valores intrínsecos de la Naturaleza: la gracia de los bosques y el frescor de las fuentes, cuya apariencia cambia en cada nueva estación. Por ejemplo, en otoño los campos dan idea de la muerte. De la vida sólo queda un latido que adquiere su vigor en las demás estaciones hasta llegar a las potencias frutales o a los rojos violentos que invitan a la contemplación.

Contra la certidumbre de los horrores que circundan al Poeta, la Poesía llega hasta él de una manera enigmática y huye al instante dejándolo sumido en la contradicción de un combate interior. También se le rebela muchas veces en las horas radiantes en que mayo penetra y se diluye en su alma. Como también penetra y se diluye la Poesía que es tan esquiva a veces como los ruiseñores que a través del follaje desenvuelven su canto de belleza.

La idea de la muerte está presente en este poema lo mismo que en los otros poemas de la primera parte del libro; pero esta idea de la muerte aparece siempre asociada al sentimiento creador como una concepción de la vida.

—"La muerte abre su surco y deposita su germen negro".

Y agrega:

—Cuando la vida con sus diferentes trajines y angustias enmudezca mi voz y cuando ya cansado de los horrores de la guerra yo deje de existir, tú hijo mío, cuya vida está puesta en el futuro, no podrás resistir la opresión que ha de producirte el silencio de mi canto, y, lleno de mi mismo entusiasmo, proclamarás mi amor por la verdad y la belleza.

El Poeta trata de definir lo que es la inspiración. Algo así como una especie de deseo desbordante en el que se presienten "ignotas maravillas". La brisa del jardín le llena el alma "de frescas pubescencias". Siente de pronto una profunda nostalgia de cosas maravillosas entrevistas bajo una luz extraña, tal vez durante el sueño, maravillas que tienen la semblanza de superpuesta proyección de colores y trazos inasibles; pero de pronto la inspiración escapa, y al poeta, vuelto a la realidad, sólo le queda entre las manos el ligerísimo "tremor de un acto".

Desesperado, el Poeta se pregunta: ¿qué es al fin la Poesía? Es la misma pregunta que se han planteado otros poetas como Bécquer y Juan Ramón Jiménez. También Holderlin trató de definirla sin lograr su propósito.

La imagina el poeta como persona viva capaz de oír y ver. Le pregunta:

—¿Quién eres? ¿No serás "el arcano latido de la sangre"? ¿No serás el impulso vital que nos libera en los mejores momentos? ¿Serás acaso esa perfección de que ya hablaron los filósofos griegos y que en el fondo no es otra cosa que el deseo de reintegrarse al todo universal y perfecto?

El Poeta no descubre el enigma de la Poesía, y aun duda, al expresarla, haber logrado captar la esencia de las cosas. Sólo el tiempo dirá si el nombre del poeta debe un día renacer de entre las sílabas con que ha forjado sus poemas. De lo que sí está seguro el Poeta es de que existe un porqué de la Poesía. Hay mil razones para justificar su existencia. Y si no, que lo digan las maternidades que simbolizan el nacimiento de la vida y de los hijos del hombre (la mente del poeta vibra siempre por la obsesión del hijo). Otras razones de la existencia de la Poesía son la palidez que causan la muerte, las enfermedades, el horror de la guerra; también existe un fermento de poesía en las neblinas y vaguedades de los sueños; en las cenizas en que el odio y la fuerza convierten la belleza; en los adioses eternamente melancólicos; en el rumor del viento; en los distintos elementos de la Naturaleza. Aun en la piedra hay música y belleza cuyo misterio sólo el poeta es capaz de descifrar.

La poesía, en general, es la expresión del ancestro por mediación del ser predestinado. Así los vates antiguos profetizaban lo que iba a suceder. Por boca de ellos se expresaba el Destino.

El Poeta siente que está predestinado a consumirse por el fuego interior de la belleza. No olvida que él también es la expresión de una tierra surcada de volcanes e inundada de sol. De manera que

como un imperativo categórico, la noche de sus sueños estallará algún día como en chispeante erupción de luz y música.

Nuevamente presiente al lado suyo la alada y enigmática presencia de la Poesía. Siente el Poeta el ligerísimo roce de sus alas pero las sombras adversas de la guerra han convertido la poesía en algo férreo, en un horrísono vértigo con resonancias de acero.

El Poeta comprende que en esta época sólo debe cantar acomodando el sonido de su voz a esta estridencia de furores astrales, expresándose en poemas de bronce.

En el poema *Fundación del Olvido* el poeta nos habla de su viaje por las tierras del Nilo. Es una especie de fuga, un alejarse de nuestra decantada cultura occidental hacia el Oriente Mediterráneo donde acaso logrará descifrar el enigma de la belleza sumergiéndose en las fuentes del arte.

Los versos iniciales del poema tienden a darnos la sensación del viaje en el momento en que el gran trasatlántico zarpa de nuestra América hacia Europa cuyas grandes ciudades deberá atravesar antes de dirigirse a Alejandría y al Cairo que para él constituyen las verdaderas piedras liminares de su viaje con rumbo hacia lo incierto. Desde el puente del barco deja vagar sus sueños escuchando la onomatopeya del mar que desenvuelve sus olas en imágenes de perfecta y simultánea plasticidad fonética, y presiente las lejanas criaturas de la Biblia y de la mitología esperándolo en los umbrales de la historia antigua.

Después del cruce del Atlántico, el poeta debe aún atravesar el continente europeo utilizando esos "pulsantes caminos de latidos" que son las ferrovías que a veces saltan sobre los caudalosos ríos del odio y otras veces penetran en multitudinarias ciudades en las que el hombre y las bellezas casi desparecen suplantados por el bullicio de las fábricas.

Pero el viaje al Oriente sigue siendo la obsesión del Poeta. Imaginando los históricos monumentos de piedra que ha de admirar en el Egipto, piensa que en México, su patria, existen también maravillosos vestigios de una civilización tan importante como las del Oriente.

Se interroga sobre el misterio que guardan las piedras ancestrales labradas por los sabios de la antigua civilización mexicana. Y se pierde en los espacios de esa noche de siglos en la que sus recuerdos se confunden con la existencia primitiva de sus ancestros.

Pero el Poeta no se ha dejado minar por la fiebre de molicie que originan los trópicos veracruzanos. Su voluntad, templada en la vida de los fríos altiplanos, le hace saltar de las palabras a la acción, del infecundo ensoñar a la intensísima vida de la creación.

Siente el poeta la luminosidad del amanecer en un mundo nuevo para él donde la belleza le tiende los brazos más allá de los límites materiales. Las mañanas europeas le hacen sentirse con deseos de crear. Hay algo que lo llama fuera del tiempo y del espacio en que ha vivido hasta ahora.

Atraviesa las fronteras que se han formado a base del odio y de la sangre. Comienza a descubrir el mundo de las representaciones estéticas; y, en las grandes ciudades italianas, le deslumbra la claridad que baña las esfinges, columnas, templos, monumentos que le hacen presentir el mundo egipcio. Las catedrales góticas ("entretejidas viñas a la más pura gloria") no le producen la emoción de belleza que despiertan en él "las formas apacibles del mármol" que le hacen presentir las bellezas de la Hélade. Las manifestaciones del arte renacentista con sus innumerables vírgenes, profetas y bambinos se agolpan en su mente como en un gran vitral de maravillosos colores donde los ángeles de las anunciaciones pronuncian su mensaje iluminados por las doradas luces del otoño.

El Poeta se acerca, finalmente, al Oriente, a la vida elemental de los sexos, donde la gente anda semidesnuda, diezmada por el hambre y la miseria. Los trabajadores de los puertos mediterráneos esclavizados por el capitalismo europeo le producen una terrible impresión de dolor y de muerte. El Poeta se siente alucinado y se pierde entre aquellas multitudes, "extranjero en un pueblo que flagela la muerte".

Inconforme por tales injusticias humanas, camina por aquellas ciudades "con una sed amarga" en la garganta, pues lo "devora un fuego de blasfemias". Al notar la influencia de la Roma Imperial en el Oriente, piensa con amargura en las ciudades donde ha visto progresar un nuevo orden del que ha de perdurar únicamente lo que ahora ve entre ruinas: "las estatuas ecuestres, las cenizas votivas y los dientes orificados de la fuerza".

Sólo las leyes de la violencia dominan sobre estas pobres tierras convertidas en propiedad del capitalismo europeo, y un viento de miseria amenaza ir aún contra la ciencia y el arte.

Impresionado por el encono que le producen las fanfarrias de ese nuevo orden que todo lo transforma en proclamas y pura demagogia,

el Poeta duda aún de la luminosidad del sol en el Oriente como de la belleza de abril y hasta llega a parecerle irreal la jovialidad de esas bíblicas jóvenes que embellecen a su paso los misteriosos jardines orientales.

Sin embargo, la visión de esa alegre teoría botichelesca le hace pensar en el amor, símbolo eterno de vida y libertad. Siente el poeta una efusión espiritual de euforia. Todo ha de renacer y transformarse como la vida de la tierra, pues todo ha de tener las fluctuaciones del proceso vital. Por tal razón, asocia la idea del Nilo —creador de civilizaciones— con la idea de la muerte, imaginada, no como fin o término, sino como algo eterno, indefinido, nirvánico. Más allá de la muerte despertará el poeta a la sombra del árbol paradisíaco, y su existencia ha de confundirse entonces con un sueño de olvido.

En este olvido funda el Poeta la razón de su viaje al Oriente. De ahí el título del poema: *Fundación del Olvido.* Cuando todo termine, quedará su recuerdo transformado en poema o en fábula cantada por las sirenas.

En los poemas anteriores el Poeta ha tenido ocasión de mostrar a su hijo las diferentes actividades del espíritu creador y el anhelo de liberarse por medio de la Poesía y el Arte. Ha visitado diferentes ciudades de Europa y sólo encuentra la muerte en todas ellas. Ahora se alejará de esos horrores para buscar en la serenidad de las ruinas del mundo griego la convicción de que lo único es el arte.

Comienza esta *Elegía Mediterránea* con una meditación ante la inmóvil armonía de estos mármoles arrullados por el rumor del mar cuyo oleaje parece que conservará aún fragmentos de la leyenda homérica.

Se enternece ante la idea de que estos mármoles también hayan caído por la barbarie humana. La única cosa viva que turba ahora el silencio del paisaje es la luz del sol y la canción del mar.

Las formas griegas y el culto a la belleza del cuerpo han perdurado a través de estos mármoles, porque sólo perdura lo que es genuina expresión de arte. El pueblo griego logró expresar su anhelo de perfección a lo largo de una maravillosa historia. El arte griego lucía ya su carácter definitivo desde la época primitiva en que las Nikés arcaicas tienen el rostro iluminado por una deliciosa sonrisa.

Qué lejos le parece toda la época helénica, "cuando la cólera inefable agitaba a los hombres". De todo aquello sólo queda la soledad de estas ruinas. La nostalgia de hallarse tan distante de la belleza

de Helena y de la cólera de Aquiles le hace evocar a la belleza diciéndole:

—Aun alteras la paz que te circunda, pues, lo mismo que ayer, hoy la opresión ha de ser causa de que el rencor irrumpa como un cráter en erupción; también hoy como ayer se presiente un espíritu de rebelión tras las cárceles.

La culpable cabellera de Helena parece que aun ondea al pie de las hogueras de la violencia ya que la nuestra también es época de batallas y de luchas. Las fabulosas bestias de la antigua mitología se han transformado hoy en monstruos de acero.

—¡Oh, Mar Mediterráneo que arrullaste tantos siglos de historia, purifica mis sueños! —exclama.

A través de las estatuas el Poeta reconoce el milagro de la cultura griega. ¿Para qué volver a la realidad de los sentidos? El sólo vive para cantar la belleza que es la fuerza mortal que lo destroza.

Desea que esta perfecta belleza helénica se convierta en una forma de vida, en algo real, palpitante, bajo cuyas arterias corran las fuentes de la sangre.

—Duerme, duerme —le dice a esa Belleza Creadora— de ti emanan el sol, los árboles, el cielo y todo lo que es bello. Además de los mármoles hay belleza semioculta en los jardines y mágicos crepúsculos cuando el verano hace madurar los pámpanos. Y el misterioso silencio de las ruinas viene a ser reemplazado por los cantos de los vendimiadores y las risas de las frescas muchachas. Ante ese palpitante renacer de la vida, permanece en silencio enmudecido por la gran emoción que hincha su pecho de "arroyos tumultuosos de rumores obscuros".

Ahora comprende que la evidencia carnal de la belleza es imposible puesto que ella es eterna y en ella nada cambia.

Y al presentir de pronto que la guerra puede anular los mármoles de la Hélade, se pregunta angustiado: ¿Quién volverá a mirar estas estatuas deslumbradas de siglos?

La Belleza, cuerpo inasible, etéreo, intuición pura, es como un soplo que propaga las fiebres inmortales de la creación estética y eterniza el recuerdo no sólo de los genios sino aun de multitudes anónimas, siempre que hayan sentido la inspiración divina, pues solamente el arte es eterno.

LA parábola de los grandes poemas termina con la *Elegía Paterna,* meditación en el cementerio natío de Veracruz, donde el Poeta interroga a las sombras familiares.

Nos describe el ambiente maravilloso que lo rodea, lleno de luz, de brisa y de rumores de mar.

Vuelven a su memoria los años de su infancia arrullada por la estrofa marina y los susurros del pinar, cuando paseaba con el padre y aprendía de sus labios el nombre de las constelaciones.

Evoca "la voz yerta y silente" que, a la orilla del mar, vivió una vida austera desdeñando las vanidades del mundo y los favores políticos.

Piensa que el padre, a pesar de su brío y su fortaleza, se extinguió lentamente. Pocas huellas quedarán de su paso por el mundo:

En su rostro se ha helado la verdad de la muerte...

Como el padre era un gran entusiasta de los astros, el Poeta se dirige a los cielos y pregunta a los "signos argentados" el misterio de la vida y de la muerte.

Y así como brota el ardor nuevo de la escueta cumbre, de su dolor se enciende la llama fúnebre del holocausto.

Se conduele de la fragilidad de las criaturas humanas convertidas en polvo por el abrazo glacial de la muerte. Lo único que perdura ante ese sueño desierto es la angustia viva de la soledad, eternamente mecida por el viento de la fronda y del mar.

Se despide de sus amadas sombras con expresiones de tan hondo lirismo que nos hacen pensar en las eternas creaciones de la Hélade.

Con la *Elegía Paterna* concluye, como he dicho, la línea parabólica que inicia su curso en el seno materno y termina fatalmente en la tumba.

¡Oh frágiles criaturas! ¡Oh padres de ceniza!
Un abrazo glacial en polvo os eterniza
y ante el sueño desierto que duerme la creación
la viva soledad de vuestra ausencia siento
mientras un viento
incierto
como de mar y huerto
turba mi expectación.

Mis obscuros ausentes,
dormid en vuestra orilla,
al pie de los baluartes que esconde el oleaje.
El incólume azul del mediodía
en mí clava sus garras relucientes
y arde el suplicio estéril de la arcilla.
Sobre reliquias rotas

que devastó el ultraje
del tiempo, cedro y palma.
cernidos de gaviotas
—epigrafía
blanca y fugaz
el silencio perlúcido se astilla
y con su grito
entra en el alma
el infinito
de la marina paz.

BAJO el título *La Memoria y el Viento* se agrupan los poemas de la segunda parte del libro, escritos en épocas diferentes, caracterizados por su sintética brevedad y perfección formal.

El mismo título define la índole de estos pequeños trozos poéticos: Lo permanente (la memoria) y lo fugaz (el viento).

Hay en esta sección del libro poemas juguetones, de un estilo rápido, en los que se ha logrado una completa fusión entre humanismo y modernidad. A veces la imagen es de un encanto pictórico evocadora de una firme plasticidad sobre un fondo de tizianescas difuminaciones: Una marmórea teoría de formas deslumbrantes en las que el aura toca las mejillas y, por gracia verbal, la carne se trasmuta y las estatuas tienen voz en el callado misterio de los parques.

En la atmósfera de estos fragmentos se respira la gracia de los jardines franceses y el erotismo del alma italiana: equilibrio entre la inteligencia y la libido.

La sensación fugaz, el goce, la voluptuosidad contemplativa, la belleza plástica deslumbrante, la gracia de la primavera y del estío, los momentos eróticos frente al paisaje marino, la emoción de la pintura y la escultura, el éxtasis amoroso, lo temporal en contraposición a lo eterno, tal es la clave y el hechizo de esta poesía desnuda.

En cada poema encontramos a modo de una síntesis transfigurativa del tema, la idea de la creación. "Metamorfosis" sugiere la idea de la rosa girando como una espiral y transformándose al fin en la pura belleza carnal: la mujer, la poesía; "Plenitud", es la entrega sexual con elementos de paisaje y de mujer estatua; "Cita" es más bien el compromiso amoroso con la poesía, la llegada de la inspiración y del éxtasis: "Venus Prospecto", nos da la sensación de una muchacha moderna; "Oceanidad" es un finísimo poema erótico en el que se ha

logrado la transfiguración con sugerencias e imágenes marinas; "Verbo" es la génesis formativa de las palabras que utiliza el poeta; "Renacimiento" nos evoca un bello paisaje italiano en el otoño con sus mármoles derribados; "Verano", delectación amorosa de hondas y delicadas sensaciones en las que se confunde el azul de las riberas y el mármol de la carne; "Transfiguración", revelación que expresa el sentido mágico del goce en su belleza esencial.

Cierra el libro un "Mensaje" a sus hijos, de estrofas intachables, en el que se unen con sumo acierto la firmeza de la expresión y la seductora brillantez lírica:

Sombra, cielo, misterio tremante entre ramajes,
jardín que junio enciende con luz flava y ardiente.
¡Oh belleza inefable que a mí llegas sonriente
sobre olas de ausencia y polvosos mirajes!

Cuando en la soledad, el tiempo detenido,
en secreto me entregue su más bello presente,
la piedad y el furor se habrán ya confundido,
más brillará el deseo de tu fuerza impaciente.
Ven entonces con manos de nácar y de olvido:
apaga tú esa fiebre y serena esa frente.

Rogelio SINAN.

SUBORDINACIONES

Un hombre encarcelado está rodeado de sus pensamientos. No tiene otra perspectiva que una sucesión interminable de imágenes poblando su recinto. Carlos Pellicer es un prisionero de América. Sobre su superficie ha transitado, bajo su égida ha guiado el carro de la poesía llevándola por los caminos heroicos que afortunadamente todavía no se han mixtificado: Bolívar, Sucre, Martí y Morelos, mantienen su sitio sin contaminaciones y se sostienen en medio de las tempestades sociales que todavía en nuestros días dejan mucho que desear para el suelo americano. Sin adoptar una postura militante no por ello ha constreñido su voz en favor de los elevados designios continentales que, si bien por momentos parecen alejarse, no cabe duda que su arribo a nuestras tierras es inexorable. Por eso Pellicer es un cautivo de América. Y la mejor demostración es su último libro de poesía, *Subordinaciones.*

Cuando se ha entregado la cosecha de varios años cabe pensar que los futuros frutos adolecerán o de fuerza o de belleza. No es posible sostener el tono contundente de manera interminable. Pero la creación posee un raro privilegio: salva los muros del tiempo recreando para sí la lozanía. Por eso no es raro hallar en los finales actos de un hombre sus más perfectos pero también sanos y frescos productos. No se trata de una repetición formal sino de la reincorporación de situaciones, de emociones nacidas al contacto con el ambiente siempre mutable. El artista tiene la posibilidad frente a sus ojos al escoger los elementos más distintivos para construir desde el tallo esbelto hasta la catedral asentada y majestuosa. Si la obra sólo fuera el cambio de los aderezos no podría considerarse valedera. Sería nada más el mismo objeto con atuendo variado. Pero si la sangre permanece depurada no importa que a su alrededor se cuelguen los más diferentes objetos: su personalidad destacará porque lo primario perdura imponiéndose al tiempo. Tal cosa se advierte también en *Subordinaciones.*

Las preferencias son como los signos que nos guían entre la borrasca o en ese laberinto de caminos que es forzoso escoger. Una preferencia acerca a unos al arte, a otros a la ciencia, a unos más a la política o la sabiduría. Y en la expresión de lo primero, la preferencia por especiales vocablos, situaciones sentimentales, imágenes emotivas, cumplen con tal designio. Un verso se traza con la ayuda de un léxico

personal, invariablemente constante, como el fiel lebrel que siempre sigue de cerca a su amo. *Subordinaciones* no es ajeno a esa perseverancia.

El tiempo, amo de la serenidad, lo es también de lo esencial. Como si fuera un alambique, todo lo que por él pasa adquiere contextura de perfección. El dolor, desgarrado en sus principios, concluye en un noble y admirable silencio. El amor de iniciales desbordamientos es corriente tersa, próxima a desembocar al gran mar de la conformidad. Y hasta la envidia y el celo parecen olvidar su objetivo: la fraternidad los domina. La obra de arte sale de las manos del artista, bajo la sazón del tiempo, no sólo con el peso que la madurez requiere sino, además, con ese tamiz a veces imperceptible de lo sustancial. Porque en repetidas ocasiones el meollo de la emoción aparece en la poesía sostenido por finos filamentos que se enredan unos con otros y que, ya próximos a desligarse, quedan tal cadena de delicados eslabones como acontece en esos tres poemas en los que la caoba y el cedro, el sabor y el talle, y la noche en el agua, dejan un hilillo fosforescente. No puede hablarse propiamente de una poesía delicada en Pellicer, no porque le falte ese don, más bien por no ser su tesitura. Y en estos tres poemas su voz se afina hasta conseguir el rumor.

América necesita una constante lectura de las páginas de su historia. Sólo reverdeciendo los hechos que dieron nacimiento a su independencia se podrá sopesar la responsabilidad que a todo americano le corresponde. Si se ha visto en América una tierra de renovación donde la posibilidad salta a cada paso; si es para los ojos europeos no nada más sedante sino amplio campo donde el futuro parece que asienta su raíz con firmeza, urge exhumar los nombres que se han erigido por su propia gloria en guías. El heroísmo a secas o como pretexto para componer el discurso afectado, debe desecharse por inútil, por improductivo. Una escuela de heroísmo americano debe mostrar las excelencias del sacrificio como único medio de dar a los pueblos un camino ejemplar. Las epopeyas que forjaron las distintas nacionalidades de nuestro Continente permanecen a oscuras por la actitud de algunos. Cantar su bronco acontecer es tarea de la poesía americana como recurso además de artístico, humano. El arte tiene que conmoverse frente a los desgarramientos de Bolívar, isla prodigiosa en las aguas tempestuosas americanas, ante Artigas "hombre a caballo, tragado por la selva", alrededor de Morelos, flama mexicana en el asedio de Cuautla. Pero no para aquí la trascendencia. El arte envuelto por el heroísmo llega al pueblo para decirle de bajezas, de traiciones, de desvelos y de sufrimientos, de los cuales los primeros deben proscri-

birse y los segundos fecundizarse. ¡América está tan apurada de los últimos! Y Pellicer continúa su fisonomía en este aspecto. Los aires americanos le llenan el pulmón como antaño. Es en la poesía mexicana quien representa la voz epopéyica pero sin las altisonancias de las fiestas civiles: la poesía surge dominando los acontecimientos y elevando los datos biográficos a la altura del arte. Difícil profesión es cantar los trozos históricos que han fijado la nacionalidad, porque si no se mantienen tensas las riendas, el desbocamiento concluye en vocablo rimbombante; y en *Subordinaciones* la materia épica se desenvuelve en tres poemas, uno de ellos ya conocido, reuniendo los requisitos de la emoción robusta y de la forma. Por esto y porque en general el libro no muestra sentimientos decaídos, debe considerarse como un volumen vigoroso, bien nutrido, resistente. Si la preocupación americana sale a flote desde los empiezos de la poesía de Pellicer, no ha traicionado este sendero porque *Subordinaciones* es en este sentido una estafeta más de una carrera principiada en *Piedra de Sacrificios*.

Podría exigirse a los artistas poner su obra al servicio de una causa social. Pero habría mucho de forzado en semejante petición. Más vale que por natural inclinación, por propio apetito emocional, se llegue a esa fuente inagotable de lo heroico y, escudriñando, un buen día se ponga en las manos del pueblo la canción que le anime y le compense de los fraudes políticos: sólo así comprenderá, por comparación, la virtud.

Después de ensayar, sin entregarse totalmente, las corrientes poéticas en las que la inteligencia tiene un papel predominante, Pellicer como cuando en el río se sumerge la mano y al sacarla sólo queda la humedad, espíritu del agua, ahora detiene los elementos esenciales y los coloca de tal manera que su conjunto forma o la vara esbelta o el tronco señero. Juego parece su canto a las flores; pero, en el fondo, es una nutrida y transparente manifestación de la inclinación mexicana a la floricultura, porque "A sangre y flor el pueblo mexicano ha vivido".

Las ondas civiles parecen haberlo envuelto últimamente. La anunciación de un aniversario luctuoso, como en el caso de Justo Sierra, o el recuerdo musical, presencia de Juventino Rosas, lo orillan a fijar poéticamente más que los rasgos biográficos, la emotividad nacida al contacto de esas rememoraciones. En el primer caso el aliento épico se acerca al poema para situarlo en un ambiente de trascendencia, no así en el segundo, en el que el juego se mezcla a la añoranza por un ritmo perdido.

El soneto ha sido en manos de Pellicer una equilibrada figura: el trazo y el volumen —contenido y forma— van de la mano, inse-

parables. Ya el amor, ya el envío, la heroicidad o el paisaje, caben en los catorce versos. El desahogo y la libertad para expresar, son aquí líquido constreñido en armoniosa copa que se ve y se palpa. Porque la poesía táctil, incita; transparente, no veda la luz. El soneto viene a ser la cautividad voluntaria de la sangre que mantiene su efervescencia, pero colocada en recipiente. Y el amor, por consiguiente, no mira en lo personal el fin inmediato. Si jadeaba anteriormente, hoy se acerca a los sentidos con delicadeza saltando la pasión para llegar a ese lago inamovible de la serenidad. Por primera vez el amor materno, más humano que poético, hace su entrada en su poesía.

Inclinar la cabeza hacia la tierra es signo tácito de reconocimiento filial. Hay un toque inexorable en el hombre, tardío o prematuro que lo hace considerar su propia materia como inevitable patrimonio telúrico. Y este sentimiento, y más aún cuando es sensación, se agrega a la poesía como producto vital, la arrastra dentro de su devenir Lo vegetal, el paisaje, el profundo aliento de la naturaleza han engendrado cantos de gran entereza: *Subordinaciones* al loar la corriente del río Usumacinta, "con el cuchillo de la luz entre los dientes", y a Tabasco, no hace sino contribuir al homenaje del arte a la tierra, madre que engendra y acaba. Un panteísmo latente cruza conmovido.

Todavía es poderoso el estro de Pellicer. Lo rotundo gana preferencia en los temas, que abarcan del amor al heroísmo. Aun subsiste el afán por los símbolos americanos. México ha entrado por los cantos civiles más confiadamente a su expresión. *Subordinaciones* es, por esto, complejo y firme, sereno pero vigoroso.

Manuel LERIN.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

MENSAJES DEMOCRÁTICOS

Andrés Iduarte — Carta a Rómulo Gallegos.
Jesús Silva Herzog — Recordación del drama contemporáneo.
Emilio Romero — Meditaciones indigenistas.
Francisco Ayala — Para quién escribimos nosotros.

Notas, por Daniel Cosío Villegas y Manuel Crespo.

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

Leopoldo Zea — La filosofía como compromiso.
Roger Caillois — Economía cotidiana y juegos de azar en América Latina.
Héctor P. Agosti — La expresión de los argentinos: la conciencia nacional.

Notas, por Román I. Duque y Eugenio Imaz.

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

Felipe Cossío del Pomar — El arte de Parakas.
Arturo Ardao — Rosas.
Carlos M. Rama — Visión y legado del siglo XIX.

Nota, por Javier Malagón Barceló.

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

Alfredo Cardona Peña — Valle de México.
B. Ortiz de Montellano — Del "Diario de mis sueños".
José Moreno Villa — En la intimidad de Tirso.
Mario Monteforte Toledo — Marcel Proust, profundo superficial.
María Rosa Oliver — La Resolana.

Notas, por Raimundo Lida, Rogelio Sinan y Manuel Lerín.

Printed in Mexico.